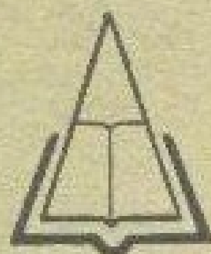
ALEXIS CARREL

LA CONDUCTA EN LA VIDA



COLECCION
VERTICE

EDITORIAL GUILLERMO KRAFT LTDA.

Alexis Carrel

Premio Nobel de Medicina (1873 – 1944)



* Digitalizado y maqueteado por carlosguerra
** Numeración de las páginas corresponde al formato original impreso
*** Edición original: Guillermo Kraft, 1951.

LA CONDUCTA EN LA VIDA
ALEXIS CARREL

Título original de la obra: REFLEXIONS SUR LA CONDUITE DE LA VIE
Primera Edición- Mayo de 1951

Es un alegato multiforme en el que se han amalgamado la biología, la política, la filosofía y la ética. El famoso autor de la INCOGNITA DEL HOMBRE vuelve sobre su tema predilecto, del que posee sabiduría profunda, para expresar las condiciones del desarrollo orgánico y psicológico del ser humano y deducir de allí las posibilidades de una evolución armónica tendiente a edificar una personalidad robusta, en lo físico y en lo espiritual. Como las actuales condiciones son deficientes, la sociedad va integrándose con individuos incapaces de superación - en su gran mayoría -, de donde se originan innumerables trastornos sociales y políticos que agobian a las naciones. En consecuencia, Carrel preconiza nuevos sistemas educativos, fundados en los principios vitales, impugnando las teorías filosóficas que, a juicio del autor, han acrecentado el intelectualismo a expensas de la moral y de los sentimientos, cuya supremacía en la formación espiritual del hombre modificaría fundamentalmente los regímenes de vida vigentes.

El pensador penetra en todos los campos de la especulación intelectual, pretendiendo demostrar que las escuelas filosóficas anteriores erraron el camino y que por lo tanto debe ser rectificado el sentido y la orientación de la vida, no solamente en cuanto a la crianza de los niños, sino en la posterior calidad de sus estudios.

Esta nueva doctrina y sus argumentos, pueden, naturalmente, ser discutidos, pero precisamente en esta posibilidad reside el mayor interés de la obra, porque tamizadas las ideas por la controversia, los hombres podrán avanzar más seguros en el empeño inexcusable de su perfeccionamiento integral.

PREFACIO

No es la inspiración patrimonio de todos; quien con su soplo no fue vivificado, obrará imprudentemente si se decide a expresar públicamente su pensamiento. Lo menos que puede ocurrir es que se produzca la incomprensión total entre ese presuntuoso. . . y los demás. Sin embargo, voy a tratar de explicar a los hombres de buena voluntad las circunstancias que impulsaron a Carrel a escribir este libro.

Cuando Francia fue invadida, hallábase él en Nueva York, enviado en misión por el Gobierno. Nada le forzaba a volver; se encontraba en el círculo de sus amigos más queridos, que comprendían su pensamiento y admiraban su trabajo.

A pesar de ello, como en 1914, el llamamiento del país fue el más fuerte; lo sacrificó todo y se embarcó.

Quería darse cuenta de las necesidades de la población, remediar, con todas las fuerzas de su saber, las deficiencias que entreveía en la juventud, pero que el alejamiento no le permitía juzgar.

A su regreso se le mostró la gran confusión moral, física y fisiológica, y la carencia de alimentos que arrastraba hasta el marasmo a una parte de la población.
pag8
Tras un combate interior muy duro, tomó su resolución: no volvería por el momento a América, donde le hubiera sido fácil proseguir la realización de su obra final, de aquel hijo de su pensamiento que, gracias a los discípulos que supo formar, habría de sobrevivirle, crecer y alcanzar la finalidad que el se proponía.

Para el, en efecto, la "ciencia del hombre" difería en absoluto de las ciencias clásicas, que, considerando cada una un aspecto particular del ser humano, lo diseca artificialmente para no estudiar más que sus componentes. Tendía, en cambio, la concepción de Carrel hacia una síntesis total que utilizaba todos los materiales accesibles integrados en un conocimiento superior al tomar al hombre como un todo, en la integridad de sus funciones: fisiológicas, mentales y espirituales.
Hubiera él deseado confiar ese trabajo a un pequeño número de hombres de primera categoría, colocados en condiciones de calma y fuera de las contingencias de la vida, lo que habría de permitirles concentrarse en común en un verdadero "cerebro colector", hogar convergente de todos los trabajos puestos a su disposición según un método que califica Carrel de "pensamiento colectivo".

Como francés, creyó era Francia donde debía intentar la realización de esta obra, cuyo esbozo fue "La Fundación Francesa pare el Estudio de los Problemas Humanos". Con el concurso de jóvenes, que el quería capacitar en sus métodos, haciendo caso omiso de los obstáculos y de las dificultades terribles que encontró a cada paso, emprendió esta tarea sobrehumana que había de conducirle a la muerte.

Aun cuando muy deprimido por el hecho de la ocupación, y, como sus compatriotas, privado en absoluto de bienestar material y debilitado por una alimentación insuficiente, con las piernas envueltas en una manta, para combatir el frío que tanto temía, púsose resueltamente a trabajar. Hubiera deseado vivir todavía algunos años para llevar a cabo una empresa que entreveía claramente.

Dios no lo permitió. A pesar del apoyo moral de amigos que permanecieran fieles a él hasta sus últimas horas, y, que le rodeaban de sincero afecto, su corazón, demasiado gastado y herido mortalmente por las calumnias de algunos envidiosos, no pudo resistir la maldad de quienes causaron, su muerte.

La aceptó con pleno conocimiento y con la serenidad del cristiano. Había resuelto, en su actividad infatigable, entregar, antes de morir, sus conocimientos a su "prójimo", en un libro que había titulado "La conduite dans la vie", titulo que yo he creído necesario sustituir por el de "Reflexions sur la conduite de la vie", que me parece más apropiado.

En efecto de haber vivido él algunos meses más, ese libro, que escribió completamente de su puño y letra, hubiera sido presentado de modo diferente. Los textos que lo componen son los materiales reunidos por él para ser desmenuzados, completados, pulidos y expuestos más tarde en el lenguaje preciso y viviente cuyo secreto tenía.

En tales condiciones, ¿por que hacer que aparezca esta obra? Durante los cinco años que he pensado en ello... se han suscitado discusiones y se han emitido juicios contradictorios sobre el particular.

¿Tengo acaso derecho a guardar en mi poder sus últimos pensamientos?
No creo tenerlo.

Estas últimas reflexiones, aunque incompletas, se dirigen sobre todo a quienes deseen continuar y desarrollar las ideas expuestas en estos capítulos. Comprenderán que la desaparición prematura de Alexis Carrel le impidió dar a este "Testamento" la perfección a que nos tenía habituados.

Mi esperanza descansa en los jóvenes; hacia ellos se dirigían las preocupaciones y el afecto de Carrel; sentirán ellos la verdad contenida en estas líneas, que, aun siendo incompletas, habrán de ayudarles, en las horas difíciles de la vida, a entreabrir las puertas tras las cuales les espera una vida útil y quizá feliz... se habrá alcanzado una parte de la finalidad que Carrel se proponía...

Con esta esperanza lanzo su "Nave" al mar de fondo, augurando su llegada a buen puerto, aunque el piloto no maneje ya el timón.

A Dieu Vat...
ANNE CARREL
10

INTRODUCCION
SE trata hoy de mejorar a la vez el estado mental y el estado orgánico de la humanidad civilizada, es decir, de desarrollar seres superiores a todos cuantos han habitado hasta el presente en la superficie de la tierra. Esta empresa es necesaria porque nuestra inteligencia no ha aumentado al mismo tiempo que la complejidad de los problemas a resolver. Por ello nos encontramos en decadencia. La sociedad moderna no se ha ocupado más que de valores materiales. Ha descuidado los problemas humanos fundamentales, que son a la vez materiales y espirituales. No solamente no nos ha proporcionado la felicidad sino que se ha mostrado incapaz de impedir nuestro menoscabo. La conquista de la salud no basta. Es preciso también provocar en cada individuo el desarrollo óptimo de sus virtualidades hereditarias y de su personalidad, porque la calidad de la vida es más importante que la vida misma.

pag12

Debemos, pues, encontrar el medio de hacer nacer artificialmente en cada hombre actividades que, a la vez que aumenten su capacidad de adaptación al mundo social y cósmico, faciliten también su ascensión mental. Estas actividades son, sobre todo, el sentido moral, el discernimiento, la solidez mental o resistencia a la locura. Además, comprenden la inteligencia y la intuición. Pero para ser verdaderamente útiles, el carácter y la inteligencia piden como substrato el equilibrio del sistema nervioso, la fuerza orgánica y la inmunidad natural a las enfermedades.

Durante el crecimiento, el cuerpo y el espíritu poseen una plasticidad muy grande. Esta plasticidad les permite obedecer a la influencia de todos los factores del medio. Innumerables observaciones han demostrado que el clima, la profesión, el régimen alimenticio, el atletismo, ciertas disciplinas intelectuales y morales, etcétera, marcan profunda huella sobre la personalidad. La variación de una sola condición del desarrollo, como la de la alimentación, basta para producir grandes cambios en los

animales. En el curso de experiencias hechas en el Instituto Rockefeller de New York, se aumentó o se redujo a voluntad la talla de ratones de raza pura. En un grupo, el peso medio de los jóvenes a la edad de un mes descendió en 65 gramos, mientras que en otro grupo llegó a 117 gramos. La duración de la vida se mostró igualmente modificable. En un amplio grupo sometido a un excelente régimen, el nueve por ciento de los ratones vivieron más de veinte meses. En otro grupo, habiendo recibido la misma alimentación, pero dos días por semana, el número de los ratones que vivieron más de veinte meses se elevó al sesenta por ciento. La mortalidad de los jóvenes antes del destete resultó también influida por el régimen alimenticio de las madres, y pasó del cincuenta y dos al diecinueve por ciento. Cambios en la alimentación modificaron la resistencia natural a la neumonía. Los ratones que constituían uno de los grupos murieron de neumonía en proporción de cincuenta y dos por ciento. Una mejora del régimen disminuyó la mortalidad al treinta y dos por ciento; otra modificación, al catorce por ciento. La adición de cierta substancia química suprimió completamente la enfermedad. Pero en este último grupo murieron los ratones de tumor del hígado a edad más avanzada en proporción del ochenta y tres por ciento. Aparecieron caracteres más sutiles. En un grupo que durante varios años recibió una alimentación excelente, pero en cantidad insuficiente, la talla se hizo menor y aumentó la inteligencia de modo notable. Por el contrario, la inteligencia y la talla disminuyeron a la vez en un grupo que tomaba agua de mar con los alimentos.

Demuestran estas observaciones que es grande la fluidez que posee el organismo viviente. No es, pues, arracional el tratar de obtener, mediante una sabia utilización de los factores físicos, químicos y fisiológicos, un mejoramiento espiritual del ser humano.

La formación del espíritu y del cuerpo depende de las condiciones químicas, físicas y psicológicas del medio, y de los hábitos fisiológicos. Los efectos de estas condiciones y de estos hábitos sobre el conjunto del individuo deben estudiarse de modo preciso en todas las actividades del cuerpo y del espíritu.

a) Efectos de los factores químicos. Gracias a la ciencia de la nutrición, sabemos cómo alimentar a los niños de suerte que lleguen a ser grandes y hermosos y de que su mortalidad sea muy baja. Pero esta ciencia no nos ha enseñado cómo habremos de dotarlos de un sistema nervioso sólido, de una mente equilibrada, de valor, de sentido moral, de inteligencia, y protegerlos contra la degeneración mental. Este problema afecta al porvenir de millones de niños. Es, pues, urgente comenzar su estudio. Se le puede abordar por tres métodos convergentes.

Consistirá el primero en repetir, en un vasto conjunto de perros muy inteligentes y de raza pura, las experiencias hechas con los ratones y las ratas mediante la ayuda de pruebas psicológicas y químicas, será posible medir el efecto de los regimenes alimenticios y de ciertas sustancias químicas sobre el estado mental y orgánico de dichos animales.

Como los perros llegan en un año a ser adultos, se obtendrán rápidamente muchos resultados. Pero otros, tales como los efectos de la alimentación sobre las enfermedades degenerativas y sobre la longevidad, aparecerán mucho más tardíamente. Es preciso prever, pues, para estas experiencias la duración de unos veinticinco años.

Comprenderá el segundo método el examen, desde el punto de vista del régimen alimenticio, de grupos humanos que no se hallen todavía sometidos a un régimen tipo, y también grupos de hombres o de animales que se han encontrado naturalmente aislados en condiciones particulares de existencia. Serán probablemente posibles algunos estudios retrospectivos. Además se someterán a examen crítico los regimenes preconizados por el cuerpo médico y las supersticiones sobre alimentación que tienen consecuencias importantes en el estado orgánico y psicológico de amplios grupos de individuos.

El tercer método será experimental. Consistirá en aplicar a grupos de niños, en Europa, en America o en África los datos que poseemos y los que muy pronto serán adquiridos. Esta experiencia durará una centena de años.

b) Efectos de los factores físicos. La civilización tiende a suprimir los climas naturales. Al proteger a los hombres contra la intemperie, sometiéndolos a condiciones físicas nuevas en la casa, las fábricas y las oficinas, ha creado climas artificiales. Importa, pues, estudiar la influencia del calor, de la humedad, de la uniformidad de la temperatura, del viento, del polvo, de los campos eléctricos, del gas, del ruido, etcétera, sobre el estado orgánico, nervioso y psicológico. Este problema será abordado por los mismos métodos que el precedente. Los resultados obtenidos nos darán indicaciones preciosas para la construcción de casas y de ciudades y para nuestros hábitos de vida.

c) Efecto de los hábitos fisiológicos. La utilización por cada individuo de los factores del medio depende en gran parte de sus hábitos fisiológicos. Estos hábitos o costumbres varían según el tipo orgánico y mental. Por esta razón debemos estudiar en individuos de tipos diferentes el efecto de la duración del sueño, de la frecuencia y de la abundancia de las comidas, del trabajo manual, de los ejercicios físicos, de las intemperies, del esfuerzo prolongado, etcétera.

Estos tres ejemplos tienen solamente el objeto de indicar cómo este problema del mejoramiento del individuo puede ser abordado de modo concreto. Pero están lejos de agotar el tema. Muchos otros problemas piden una solución. Por ejemplo: se ha logrado hacer vivir órganos separados del cuerpo en un aparato inventado por Lindbergh. Es este método ideal para estudiar la nutrición de las glándulas. El descubrimiento de las exigencias alimenticias de un órgano conduciría quizá al medio de estimular su actividad cuando esta disminuye. Sería mucho mejor restablecer así las funciones glandulares que inyectar hormonas a los pacientes. En el campo del espíritu, ignoramos completamente las condiciones del desarrollo de ciertas actividades no intelectuales, tales como el sentido moral, el sentido estético, la intuición. Se sabe, sin embargo, que la intuición es uno de los factores esenciales de la superioridad de un hombre. Esta cualidad es probablemente del mismo orden que la clarividencia y la telepatía. Sería, pues, de gran interés práctico comenzar un estudio científico de estos fenómenos normales.

pag17

También deberíamos tratar de hacer crecer cierto número de individuos por encima de la talla mental que comprobamos en los mejores. Podría hacerse esta investigación en los perros, sometiéndolos a combinaciones de ciertos factores del medio. En menos de dos años se vería ya los resultados. La creación de una selección es de capital

importancia. Ningún hombre moderno tiene suficiente inteligencia y valor para acometer los grandes problemas de la civilización. Sería muy importante colocar niños, provistos ya de una buena herencia, en un medio físico, químico y psicológico cuidadosamente adaptada a su tipo. Obtendríanse así quizá, individuos extraordinariamente idóneos. La sociedad necesita superhombres; porque no es ya capaz de dirigirse, y la civilización de Occidente se encuentra quebrantada hasta en sus cimientos.

Para alcanzar este resultado no hay necesidad ni de construcciones imponentes, ni de grandes sumas de dinero, ni de burocracia. Bastan pequeñas unidades, independientes entre si y que se administren por si mismas. Así, la organización de una nueva unidad, o la desorganización de una antigua, no tendrá ningún efecto sobre las demás. Edificios sencillos y poco costosos serán construidos para un problema determinado, y sin preocupación de la belleza arquitectónica. La substancia de este Instituto será la materia cerebral de un pequeño grupo de hombres consagrado al complejo problema cuya solución es la finalidad de esta empresa. La función esencial de este grupo será la de orientar las investigaciones en la dirección deseada y asegurar su continuidad durante largo tiempo. No conviene olvidar que ciertas experiencias hechas sobre seres humanos deberán prolongarse más de cien años. El carácter sintético de este trabajo exige que su dirección no caiga nunca en manos de especialistas de la biología, de la psicología o de cualquiera otra ciencia. Sólo hombres de inteligencia muy comprensiva y libres de toda doctrina o prejuicio son capaces de considerar los problemas fisiológicos y mentales desde un punto de vista verdaderamente humano. Sin duda será necesaria la presencia de especialistas al lado de esos hombres. Existen, felizmente, muchos excelentes especialistas; pero los espíritus no especializados de tendencias sintéticas son raros. Sin embargo, su papel es de importancia capital en la dirección de un centro de investigaciones. No se debe olvidar que el Instituto Kaiser Wilhelm se ha desenvuelto de modo admirable bajo la dirección de un teólogo de vasta inteligencia: Adolf von Herneck. El éxito del Instituto Rockefeller se debe a Simón Flexner, que abandonó sus propias investigaciones para interesarse en todas las ciencias. Últimamente, la Fundación Rockefeller juzgó oportuno poner a su cabeza, no a un sabio, sino a un hombre de ley, cuyo talento es capaz de captar los temas más variados. Hombres de este tipo intelectual serán el alma del nuevo centro de investigaciones.

Esta institución no rivalizará en modo alguno con los grandes institutos de investigaciones, tales como el Instituto Rockefeller, el Instituto Pasteur y el Instituto Kaiser Wilhelm, o con cualquier otra institución. Se conformará con ser su complemento. Difiere de ellos por su finalidad. Este es el estudio sintético de organismos provistos de inteligencia, no el análisis separado de los procesos fisiológicos o psicológicos hacia el cual se dirige el esfuerzo de todas las instituciones biológicas. Además, se propondrá aplicar este conocimiento sintético y los datos fragmentarios que poseemos ya, no a los enfermos, sino al mejoramiento de los individuos normales. En lugar de fomentar la supervivencia de los débiles y de los defectuosos, es preciso ayudar a los fuertes. Porque la minoría selecta es la única que hace progresar a la masa. Hasta el momento actual ningún instituto científico se ha consagrado a la formación de calidad superior. Esta es la razón de que sea urgente fundar un organismo capaz de emprender este trabajo.

Este organismo se dedicara al servicio de los individuos pertenecientes a las razas que han creado la civilización de Occidente a que pertenecen. Su centro se encontrara en

Europa. Pero esas unidades se colocarán en todas las partes del mundo en que puedan existir con comodidad.

PLAN DE LA OBRA

CAPITULO I
DESOBEDIENCIA A LAS REGLAS DE LA VIDA
Sección I. - La rebelión contra las reglas ancestrales de la conducta. - Su historia. - Liberación de los constreñimientos impuestos por el medio cósmico y la moral cristiana. - Abandono de toda disciplina: individual, social y racial.
Sección II. - Organización de la sociedad según las concepciones del pensamiento filosófico. - Desconocimiento de los conceptos científicos. - Liberalismo y marxismo. - El triunfo de las ideologías.
Sección III. - La enfermedad de la civilización. - Cómo afecta al individuo.
Sección IV. - Consecuencias de la rebelión sobre la vida individual. - Aspectos de la libertad. - Persecución del provecho, de la satisfacción de los apetitos y de la diversión. - El reino de la fantasía.

CAPITULO II
NECESIDAD DE OBEDECER A LAS LEYES NATURALES
Sección I. - El orden del mundo. - Leyes naturales y leyes inventadas por el hombre. - Carácter de las leyes naturales. - Predicción de los Fenómenos y dominio de la naturaleza.
Sección II. - El lugar del hombre sobre la tierra. - Conformidad del medio cósmico con la vida y de la vida con el medio Cósmico. - Dependencias reciprocas de las actividades corporales y mentales. - El hombre forma parte de la naturaleza.
Sección III. - Medio de insertarse los vivientes en la naturaleza. - Papel del instinto. - Advenimiento de la libertad. - Papel de la inteligencia y de la voluntad.
Sección IV. - La realidad a nuestra escala. - La dificultad de captar la realidad. - La afición a las ideologías. - Aspectos de la realidad.
Sección V. - Divorcio entre el hombre y la realidad. - Cómo la civilización moderna ha desobedecido las leyes naturales. - Respuesta de la vida. - Explicación de nuestras desdichas.
Sección VI. - Conflicto entre las leyes naturales y la libertad humana. - Necesidad de una restricción voluntaria de la libertad. - La ley del sacrificio.
Sección VII. - Necesidad de conformarse al orden del mundo.

CAPITULO III
LAS TRES LEYES FUNDAMENTALES DE LA VIDA HUMANA
Sección I. - Las leyes de la vida humana. - Es preciso no deducir estas leyes de principios filosóficos, sino inducirlas de la observación de la misma vida.
Sección II. - Complejidad de las leyes de la vida. - Aspectos contingentes y necesarios de la actividad humana. - Cómo reconocer nuestras necesidades primordiales. - Las tres leyes fundamentales de la vida.
Sección III. - Ley de conservación de la vida. - Su aspecto automático. Su aspecto consciente y voluntario. - Excepciones a esta ley. - Aberraciones del instinto de conservación.

CAPITULO VI
APLICACION DE LAS REGLAS DE LA CONDUCTA
Sección I - Dificultad de la conducta racional. - Obstáculos que se encuentran en nosotros mismos. - Obstáculos que encontramos en nuestro derredor.
Sección II. - Cómo salvar esos obstáculos. - Impotencia de la razón. - Los verdaderos móviles de nuestras acciones - Poder del sentimiento. - Búsqueda de lo ventajoso.
Sección III. - técnica de nuestra propia transformación. - El progreso del adulto. - El progreso del niño. - Islotes de conducta racional.
Sección IV. - El objetivo del viaje y código de la ruta. - Espejismos. - Cómo definir claramente la finalidad de la vida. - Necesidad de una orientación común para la humanidad.
Sección V. - Significación de la vida. - ¿Para que vivir? - Mutismo de la ciencia. - Respuesta de la religión. - Necesidad de hipótesis de trabajo. - ¿Que somos nosotros?
Sección VI. - Posición del hombre en el universo. - ¿Es el único ser pensante? - Aspecto psíquico del cosmos. - La creencia en las entidades exclusivamente espirituales. - La hipótesis de Dios.
Sección VII. - Necesidad de Dios. - La oración. - La experiencia mística. - Su significación. - Liberalismo y religión. - Naturaleza de la realidad.
Sección VIII. - ¿A donde vamos? - Significación de la muerte. - Disolución, supervivencia temporal o inmortalidad. - Respuesta de la ciencia. - Respuesta de la religión. - Oposición entre la ciencia y el sentimiento. - Lo que la vida ordena. - La elección de una hipótesis.
Sección IX. - Influencia de la conducta racional sobre la vida. - De Yo a Nosotros. - Los cuatro tipos de unión con el prójimo. - Aumento de la aptitud para la unión. - Valor social del individuo.
Sección X. - Las leyes de la vida y la estructura de las comunidades humanas. - Los derechos del hombre y sus necesidades. - Necesidades reales y artificiales. - Asociaciones organismicas. - Asociaciones orgánicas. - Transformación de la vida colectiva.

CAPITULO VII
ENSEÑANZA DE LAS REGLAS DE LA CONDUCTA Y DE LA APTITUD PARA CONDUCIRSE RACIONALMENTE
Sección I. - Incapacidad de dirigirnos nosotros mismos. - Sus causas. - Ignorancia. - Ineptitud intelectual y moral. - Los subhombres.
Sección II. - Ineptitud hereditaria para la conducta racional. - Topología de los deficientes. - Ineptitud parcial y total. - El numero de los degenerados.
Sección III. - Ineptitud adquirida para la conducta racional. - Sus causas. - Ausencia de formación fisiológica y moral. - El error de la educación. - Alcoholismo.
Sección IV. - Aptitud para conducirse racionalmente. - Rareza del Homo Sapiens.
Sección V. - Cómo preparar al hombre para recibir la enseñanza de la conducta racional.

CAPITULO VIII
ENSEÑANZA DE LA REGLA DE LA VIDA

CAPITULO I
DESOBEDIENCIA A LAS REGLAS DE LA VIDA

La rebelión contra las reglas ancestrales de la conducta. - Su historia. - Liberación de los constreñimientos impuestos por el medio cósmico y la moral cristiana. - Abandono de toda disciplina: individual, social y racial

Todos sienten el deseo de vivir según su fantasía. Este deseo es innato en el hombre, pero en las naciones democráticas se exacerba extrañamente y ha terminado por adquirir una intensidad verdaderamente morbosa. Fueron los filósofos del siglo de las luces los que entronizaron en Europa y en America este culto ciego de la libertad. En nombre de la razón, lanzaron el ridículo sobre las disciplinas tradicionales. Hicieron de este modo absurdo u odioso todo constreñimiento. Entonces comenzó el periodo final de la lucha contra las reglas a las cuales nuestros antepasados sometían su conducta. Reglas que procedían a la vez de la experiencia duramente adquirida por la humanidad en el curso de los milenios y de la moral evangélica.
pag26

En verdad, nuestra emancipación comenzó hace ya más de cuatrocientos años. Sin embargo, a pesar del inmenso esfuerzo del siglo XVIII, apenas ha terminado hoy. Porque su éxito último dependía del progreso del conocimiento científico. Para gozar de la libertad integral era preciso, no solamente liberarse de las antiguas concepciones, sino obtener también la dominación del mundo material. Y esta dominación solamente por la ciencia podía dársenos. Ahora bien: la ciencia tuvo una infancia difícil y lenta; su madurez sólo data de ayer. Esta es la razón de que hayamos tardado tanto en proclamar nuestra independencia de las costumbres antiguas de la vida y del pensamiento.

Esta rebelión tiene una larga historia. Comienza durante el Renacimiento. Produjose en esta época un acontecimiento insignificante en apariencia. Demostró Copérnico que la tierra no es más que un satélite del sol. Entonces se derrumbó el mundo de Ptolomeo y

la tierra fue desposeída de su posición preeminente de centro del universo. La Iglesia se conmovió con justa razón; pero en vano. El proceso de Galileo exageró más todavía la importancia de esta revolución. El mundo de Aristóteles, de Santo Tomas de Aquino, del Dante, cesó de existir; este mundo tan lógico, tan completo, tan confortable, en que el hombre no pasaba sobre la tierra sino para prepararse para la vida futura, en que el paraíso y el infierno se encontraban a nuestro alcance.

Lo mismo que el cielo, la tierra adquirió una inquietante amplitud. Ya Marco Polo había revelado al Occidente la inmensidad fabulosa de Asia. Ante Cristóbal Colón se había abierto el Nuevo Mundo. Vasco de Gama había encontrado la ruta de las Indias. Hubo entonces un maravilloso florecer de aventureros, de conquistadores, de exploradores, de apóstoles. La riqueza de Europa aumentó prodigiosamente, y también el deseo de conocer y de dominar el mundo material. Comenzó la era de la ciencia. Pocos años antes del advenimiento de Maquiavelo, de Copérnico y de Lutero, Gutenberg había descubierto la imprenta. Las ideas nuevas se difundieron, pues, con rapidez. Al lado de las afirmaciones de la filosofía y de la religión apareció la certidumbre que da la observación sistemática de los fenómenos. La claridad de los conceptos científicos se opone a la luz no intelectual de la fe. Dios, sus ángeles y sus santos se alejaron de nosotros. Comenzó entonces la corrosión de la armazón que durante tanto tiempo había mantenido a nuestros abuelos de la Edad Media en un estado de paz espiritual y social inigualada hasta entonces. Los ataques de Lutero habían quebrantado profundamente la autoridad de la Iglesia sobre los individuos y sobre los pueblos. La cristiandad se dividió. Las naciones de Europa se formaron. Así se sembró el grano, que después de varios siglos de incubación, engendró la guerra entre todas las naciones del mundo y el caos universal.

De un modo análogo, los gérmenes de la división se implantaron en el seno de la conciencia individual. El conflicto entre la fe, la filosofía y la ciencia produjo inquietud en el alma de los hombres de Occidente. Ya no había regla indiscutible para la dirección de la vida. Y la disciplina moral se relajó. La belleza del arte y de la poesía fue preferida a la de la virtud. La voluntad dejó de tender hacia el más allá. Limitó su esfuerzo a la adquisición de los bienes de este mundo. Tal como lo había proclamado audazmente Maquiavelo, la finalidad de la existencia humana es, no ya Dios, sino el provecho. Entonces comenzó la ascensión de las fuerzas económicas hacia el poder supremo.

pag29

Sin embargo, las antiguas costumbres no se desquiciaron inmediatamente de modo completo porque los pueblos de Europa se hallaban profundamente impregnados de cristianismo. Todavía recordaban haber construido las catedrales góticas. Y el campanario que se eleva por encima del pueblo simbolizaba verdaderamente una aspiración de las comunidades humanas hacia lo divino. Fueron precisos varios siglos para que la razón obscureciera la fe. Además, la dureza de la lucha por la existencia vedaba el abandono de las reglas de conducta indispensables para la supervivencia de la raza. La tecnología no se perfeccionó sino lentamente. Tendía, no obstante, cada vez más a crear condiciones de vida que permitían al hombre comportarse según su capricho. Al mismo tiempo, la sorda lucha de la filosofía y de la ciencia se agudizó. En el terreno de la materia inerte, la ciencia triunfa; engendra multitud de maquinas y nos da el dominio de la tierra. Pero en el campo de lo humano, es decir, de la conducta individual y social, fue vencida. Las construcciones lógicas del espíritu tuvieron

preeminencia sobre los datos de la observación y de la experiencia. Se prefirieron las ideologías a los conceptos científicos y a la moral religiosa. Pascal fue abandonado. Después de Descartes, se figura uno que la claridad de una idea es la prueba de su verdad. Desde entonces toda ideología lógica, toda fantasía de la inteligencia, siempre que fuera racional, pareció digna de servir de base para guiar la vida. Nadie comprendió que, para ser durable, debe edificarse la civilización, no sobre principios filosóficos, sino sobre los conceptos científicos del ser humano y de su medio.

Las tendencias simbolizadas por Maquiavelo, Lutero y Galileo caminaron obscuramente en el espíritu de los hombres durante muchos años. Hasta el siglo XVIII no se manifestaron con toda claridad. En ese momento, bajo la influencia de Voltaire y de los enciclopedistas, se desarrollaron definitivamente. Los Estados Unidos proclamaron su independencia en nombre de esos símbolos. Se reconoció que el poder de los gobernantes depende del consentimiento de los gobernados, y que cada individuo es libre de perseguir la felicidad como le place.

Al mismo tiempo extendíase rápidamente la revolución industrial en Inglaterra. Adam Smith expuso de modo resonante, en su libro "La riqueza de las naciones", la nueva religión. El hombre de negocios se convirtió en una especie de bienhechor publico. Por una extraña impostura, la libertad ilimitada de algunos en la adquisición de la riqueza fue considerada como la condición de la felicidad de todos.

En esta época también, Lavoisier fundaba la química moderna. Era aquella el alba de la libertad, de la prosperidad y del triunfo de la ciencia. El porvenir se presentaba lleno de promesas.

Estalla la Revolución Francesa. El aristócrata queda reemplazado por el burgués, y la feudalidad militar por la feudalidad capitalista. El liberalismo económico comenzó su ascensión; ascensión que prosigue triunfalmente desde Waterloo hasta la Gran Guerra. Durante este mismo periodo transformaba la ciencia los modos de vivir y de pensar. Por otra parte, la religión se mostraba incapaz de resistir los ataques del racionalismo. Bajo la influencia de factores inexplicablemente mezclados, tales como la descristianización, el desarrollo de la tecnología, el aumento de la riqueza, el bienestar material, el automóvil, el cine y la radio, el tono moral de la sociedad descendió cada vez mas. Había llegado para los civilizados el momento de lanzar por la borda los últimos restos de las disciplinas ancestrales.

En la emoliente dulzura de la vida moderna, la masa de las reglas tradicionales que daban consistencia a la vida, se disgregó como se disgrega en la primavera la superficie helada de un río. Esta disgregación es tan evidente en el individuo como en la familia y la sociedad. Hemos quedado liberados del esfuerzo que imponía a nuestros músculos, a nuestros órganos, a nuestros sistemas de adaptación y a nuestro espíritu, la necesidad de arrancar a la tierra el alimento cotidiano, el peligro del hambre, la dificultad de las comunicaciones a través de los bosques, las montañas y las marismas. No tenemos ya que luchar de modo incesante contra el frío, el calor, la sequía, el viento, la lluvia, la nieve. No tenemos ya la duración de las noches de invierno o el aislamiento en la campiña inaccesible. La ciencia ha suavizado de modo milagroso la aspereza del combate por la vida de cada día. Somos alimentados, vestidos, abrigados, alumbrados, transportados y hasta instruidos por el trabajo de las maquinas. Gracias al progreso de la tecnología, la mayor parte de los constreñimientos que nos imponía el mundo cósmico

ha desaparecido, y al mismo tiempo, el esfuerzo creador de la personalidad que esos constreñimientos demandaban.
pag 30
Con la misma diligencia que esa lucha contra el medio hemos abandonado la lucha contra nosotros mismos. Sin tomarnos la pena de examinar si las reglas tradicionales de la conducta ya no eran necesarias para el éxito de la vida individual y colectiva, nos hemos emancipado de toda disciplina moral. La frontera entre el bien y el mal se desvanece en medio del brillar de las ideologías, de los caprichos y de los apetitos. En la ciudad moderna, como en la ciudad antigua, la moral estaba ligada a la religión. Cuando los sofistas destruyeron en Grecia la creencia en los dioses del Olimpo, y el terror que inspiraban, cada uno se condujo de acuerdo con su fantasía. Las reglas morales que habían formado desde la cuna el alma de la civilización de Occidente estaban fundadas en la creencia de una vida futura, en la revelación divina, en los dogmas de la Iglesia y en el amor a Cristo. Naturalmente, no sobrevivieron a la desaparición de la fe.

Al mismo tiempo que a los preceptos evangélicos, hemos renunciado a toda disciplina interior. Las generaciones nuevas ignoran también que haya existido nunca semejante disciplina. Templanza, honor, veracidad, responsabilidad, pureza, dominio de si mismo, amor al prójimo, heroísmo, son expresiones desusadas, palabras desprovistas de sentido que hacen sonreír a los jóvenes. Las creencias religiosas, cuando son sinceras, atraen el mismo respeto que las piezas raras de un museo. Sin duda, en los grandes grupos que siguen siendo católicos se habla de buen grado de caridad, de justicia, de verdad; pero, con excepción de raros fieles, nadie observa ya esos principios en la vida cotidiana. Para el hombre moderno, puede decirse que no hay ya otra regla de conducta que el capricho. Cada uno se encierra en su egoísmo, como el cangrejo en su caparazón, y trata, como el, de devorar a su vecino. Las relaciones sociales elementales se han modificado profundamente. La división reina en todas partes. El matrimonio ha dejado de ser un lazo permanente entre el hombre y la mujer. Estas son a la vez las condiciones materiales y psicológicas de la existencia moderna que han creado el clima propicio para la desintegración de la vida familiar. Los hijos son considerados hoy como un estorbo, cuando no lo son como una calamidad. Así termina el abandono de las reglas que en el pasado los hombres de occidente habían tenido el valor y la prudencia de imponer a su conducta individual y social.

II

Organización de la sociedad según las concepciones del pensamiento filosófico. - Desconocimiento de los conceptos científicos. - Liberalismo y marxismo. - El triunfo de las ideologías

Hubiéramos podido servirnos de la libertad conquistada para establecer sobre base sólida nuestra existencia de comunidad, Sin embargo, no lo hemos hecho así. Por eso, la conducta de los hombres de nuestra época será para las generaciones futuras motivo de profunda extrañeza. Es extraño, en efecto, que una sociedad que conoce tan bien como la nuestra la fuerza de los conceptos y de los métodos de la ciencia no haya utilizado esos conceptos y esos métodos en la organización de su propia vida. La ciencia nos había dado el dominio de casi todo lo que se encuentra en la superficie de la tierra. Podía darnos también el dominio de nosotros mismos y asegurar el éxito feliz de nuestra existencia individual y social. Pero hemos preferido a sus claros y simples conceptos las lucubraciones del pensamiento filosófico del siglo XVIII. Nos hemos estancado en abstracciones en vez de avanzar hacia la realidad concreta. Sin duda ninguna, la realidad

concreta es difícil de asir. Y a nuestro espíritu le gusta el menor esfuerzo. Quizá la pereza natural al hombre le hace escoger la simplicidad de lo abstracto sobre la complejidad de lo concreto. Es menos arduo salmodiar fórmulas o dejarnos llevar por la somnolencia respecto a los principios que averiguar laboriosamente cómo están hechas las cosas y con arreglo a que principios es preciso manejarlas. Observar no es tan fácil como razonar. Como se sabe, pocas observaciones y muchos razonamientos conducen al error; muchas observaciones y pocos razonamientos, a la verdad. Pero hay además un mayor número de espíritus capaces de formular silogismos que de captar exactamente lo concreto. Por eso, la humanidad se ha complacido siempre en manejar las abstracciones, aun cuando esas abstracciones le den una visión, incompleta y a veces totalmente falsa de la realidad. Una cosa lógicamente verdadera puede ser prácticamente falsa. La cosmología de Aristóteles y la de Santo Tomas de Aquino, ¿no son completamente erróneas? La geometría de Riemann no es menos lógica que la de Euclides; sin embargo, no se aplica en nuestro mundo. Para no equivocarse en la búsqueda de lo real, conviene basarse, no en representaciones o modos de ver del espíritu, sino en los resultados de la observación y de la experiencia.

Las naciones democráticas desconocen el valor de los conceptos científicos en la organización de la existencia colectiva. Ponen su confianza en las ideologías; sobre todo en la ideología liberal y en la ideología marxista, esas hijas gemelas del racionalismo del siglo de las luces. Ni el liberalismo ni el marxismo se han basado en una observación exacta que haya agotado la realidad. Los padres del liberalismo, Voltaire y Adam Smith, tenían una concepción tan arbitraria e incompleta del mundo humano como Ptolomeo, del mundo sideral.

Lo mismo ocurría con los signatarios de la Declaración de Independencia, y con los autores de la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; lo mismo también con Karl Marx y con Engels.

De hecho, los principios del Manifiesto Comunista, como los de la Revolución Francesa, son opiniones filosóficas y no conceptos científicos. Burgueses liberales y obreros comunistas comparten la misma creencia en la primacía de lo económico. Esta creencia es una herencia de los filósofos del siglo XVIII. Para nada tiene en cuenta el conocimiento científico que poseemos hoy de las actividades fisiológicas y mentales del ser humano y del medio que exigen esas actividades para desarrollarse de modo óptimo. Un conocimiento así muestra que la primacía corresponde, no a lo económico, sino a lo humano. En lugar de preocuparnos del modo de organizar el Estado desde el punto de vista humano, nos contentamos con declamar los principios de la Declaración de Independencia y los de la Revolución Francesa. Según dichos principios, el Estado es ante todo el guardián de la propiedad, el primer servidor de la banca, de la industria y del comercio.

La libertad de que goza la mayoría de los hombres no es de orden económico ni intelectual ni moral. Los que nada poseen tienen solamente la libertad de ir de tugurio en tugurio, de taberna en taberna, De escuchar las mentiras de uno o de otro periódico, de una propaganda radiofónica o de la propaganda opuesta, Finalmente, de votar. Son libres políticamente. Económicamente son esclavos. La libertad democrática no existe más que para los poseyentes. Les permite aumentar su riqueza y gozar de toda la variedad de los bienes de este mundo. Es preciso reconocer que, gracias a ella, el capitalismo ha obtenido la expansión económica del siglo XIX, inmenso crecimiento de

la riqueza y una mejora general de la salud, de las condiciones materiales de la vida. Pero al mismo tiempo ha creado el proletariado. Asimismo ha desposeído a los hombres de la tierra, ha fomentado su amontonamiento en las fábricas y en las viviendas infames, ha comprometido su salud física y mental y ha dividido las naciones en clases sociales enemigas. Los enciclopedistas tenían un profundo respeto a los poseyentes y despreciaban a los pobres. La Revolución Francesa se produjo a la vez contra el aristócrata y contra los proletarios. Se conformó con sustituir el león por la rata, es decir, el señor por el burgués. El marxismo quiere ahora reemplazar al burgués por el proletario. Al capitalismo sucederá la burocracia. Lo mismo que el liberalismo, el marxismo da arbitrariamente la primacía a lo económico. Concede una libertad teórica solamente a los proletarios, y suprime las demás clases. El mundo real es mucho más complejo que la abstracción que contemplaban Marx y Engels.
pag35
El sufragio universal viene de la creencia en la igualdad de los individuos. Esta creencia no es, sin embargo, más que una fantasía de nuestro espíritu. Porque un individuo no es igual a otro sino por razón de ser un hombre y no un chimpancé o un orangután. Y todavía es preciso preguntarse si ciertas criaturas, nacidas de un hombre y de una mujer, poseen personalidad humana. Un monstruo hidrocéfalo, ¿es una persona? ¿Deberemos asimismo considerar como una persona a un idiota cuyas actividades mentales son infinitamente inferiores a las de un perro? La confusión del símbolo con la realidad nos ha inducido a dar a cada persona las mismas prerrogativas. No hemos comprendido que si, desde el punto de vista filosófico, los hombres pueden ser considerados como iguales, no ocurre lo mismo desde el punto de vista científico. Muchos individuos, tanto en Francia como en los Estados Unidos, no rebasan la edad psicológica de diez años. La mayoría nunca alcanza la madurez mental. Sin embargo, gracias al sufragio universal, son esos hombres los que dan su tono a la política de la nación. No hemos sabido refutar los principios cuya aplicación ha conducido a semejantes consecuencias. La sustitución, por la Revolución Francesa, del estatuto por el contrato reposa en una opinión del espíritu y no en el conocimiento de lo real. El trabajo humano no es una mercancía que se puede comprar como otra cualquiera. Es un error el despersonalizar el ser que piensa y que siente, que conduce la maquina, el reducirlo, en la empresa industrial, a la categoría de "mano de obra". Porque el homo economicus es una fantasía de nuestro pensamiento. No tiene existencia en el mundo concreto.

Nuestros antepasados de la Revolución Francesa creían sinceramente en la existencia de los derechos del hombre y del ciudadano. No sospechaban que tales derechos nunca han sido comprobados por la observación, que son sólo construcciones del espíritu. En verdad, el hombre no tiene derechos sino necesidades. Estas necesidades son observables y mensurables. Para el éxito en la vida es necesario que sean satisfechas. El derecho es un principio filosófico. La necesidad, un concepto científico. En la organización de nuestra vida colectiva hemos preferido nuestros caprichos intelectuales a los datos de la ciencia, y el triunfo de las ideologías consagra la derrota de la civilización.
pag36

III

La enfermedad de la civilización. - Como afecta al individuo.

Los síntomas de esta enfermedad son complejos. Se manifiestan simultáneamente en el individuo, en la sociedad y en la raza.

El individuo se ha adaptado mal al clima moral en que le ha obligado a vivir la democracia moderna, El nivel mental no se ha elevado paralelamente al progreso de la medicina, de la higiene y de la pedagogía. La resistencia nerviosa, la capacidad de esfuerzo, la inteligencia misma, han disminuido desde que la intemperancia, la irresponsabilidad y el afán del "confort" se han convertido en cierto modo en reglas de la conducta. Las sumas inmensas gastadas en los Estados Unidos para la educación pública no han producido el reputado esperado. Según el Comité Nacional de Higiene Mental, por lo menos cuatrocientos mil niños no son lo suficientemente inteligentes para seguir las clases. Los iletrados son todavía más numerosos. La famosa encuesta hecha en 1927 por Herkes sobre los oficiales y los soldados del ejército americano mostró que un 46 por ciento se encontraban mentalmente por debajo de los trece años.

Es probable que un estudio semejante de la población francesa, particularmente en ciertos pueblos de Bretaña y de Normandía, revelaría una situación análoga. Pero no existen aquí estadísticas que permitan comparar la edad cronológica con la edad psicológica de los niños de las escuelas. No conviene dejarse engañar respecto a la significación de los exámenes con que se agota a la juventud. Debemos reconocer que el certificado de estudios, el título del bachillerato y asimismo la admisión en las grandes escuelas, no son pruebas de inteligencia. Muchos jóvenes de débil calibre mental llegan a aprobar esos exámenes. La población adulta contiene muchos anormales. En los Estados Unidos hay quizá treinta millones de individuos inadaptados o inadaptables a la existencia moderna. En Francia, un gran numero de desocupados son excesivamente ininteligentes, ignorantes o enfermos para trabajar. Una cuarta parte de ellos se muestran incapaces de toda actividad. Es preciso, pues, que los individuos normales lleven el peso de los deficientes y de los parásitos. La mayoría se alimenta gracias al trabajo de la minoría. Por una extraña aberración, los enfermos, los débiles, los tarados son preferidos a los fuertes. Se atiende con mayor solicitud a los niños retrasados que a los niños bien dotados.

La inferioridad general de la inteligencia y del buen sentido parece deberse a la influencia del alcohol, del vino, de los excesos de toda clase; finalmente: a la indisciplina de las costumbres. Hay ciertamente una relación entre el alcoholismo de una colectividad y su debilitamiento intelectual. (De todas las naciones que se dedican a la ciencia es Francia la que bebe más vino y obtiene menos premios Nobel). Sin duda ninguna, el cine, la radio, la complejidad absurda de los programas escolares contribuyen también a la crisis mental en Francia. Es indudable, sin embargo, que la intemperancia constituye una de las principales causas del descenso de este pueblo reputado antes como el más inteligente del mundo.

Existen al mismo tiempo graves desórdenes de las actividades no intelectuales del espíritu y una atrofia de algunas de esas actividades. El sentimiento ha sido tan profundamente afectado como la inteligencia por el afán del provecho, de la satisfacción de los apetitos y la diversión. La ausencia de sentido moral, la mentira, la cobardía y la intemperancia producen el desarreglo simultáneo de las funciones afectivas, intelectuales y orgánicas. Es en Francia donde estos desórdenes de la personalidad resultan más señalados y más frecuentes. El francés se muestra en general como un ser limitado, mezquino, aunque bien dotado con frecuencia. Quedan, sin embargo, individuos inteligentes, sanos y de alta moralidad. Hay también familias numerosas y fuertes. En muchos antiguos linajes las potencialidades hereditarias han quedado intactas. Al lado de los idiotas, de los locos y de los criminales se encuentran admirables

artistas, grandes sabios, prestigiosos inventores y héroes. El cristianismo está lejos de haber muerto. Hoy, como en los primeros siglos de su historia, la Iglesia no cesa de producir apóstoles de la caridad, místicos y santos. Estas afirmaciones son exactas. Constituyen sin duda ninguna un motivo legítimo de esperanza. Pero, ¿acaso el alto desarrollo intelectual y moral de una minoría puede compensar la corrupción y la necedad de la mayoría? Cuando Grecia fue vencida por Roma, ¿no se enorgullecía de la presencia de Polibio y de Arquímedes? Francia era antes la nación más inteligente, más valerosa, más numerosa y más rica de Europa. El imperio británico dominaba el mundo con su fuerza gigantesca. Los Estados Unidos vivían en un estado de prosperidad no igualada hasta entonces.
¿Que factor que no sea la degeneración hubiera sido bastante poderoso para determinar las extraordinarias desdichas de los pueblos de Occidente? Ciertamente, el optimismo es una actitud seductora. Se siente la tentación de negar el mal, porque esa negativa dispensa de combatirlo. El optimismo dispensa del esfuerzo. Por el contrario, la clara visión de la falta engendra la acción. No se levanta uno sino cuando tiene conciencia de haber caído. Es preciso reconocer que no hemos sabido dirigirnos.

La derrota, ¿devolverá el sentido de la realidad a quienes lo perdieron? Importa que las democracias comprendan que padecen la misma enfermedad que Francia, y que les espera el mismo destino.

No es la primera vez que esta enfermedad aparece en el mundo. Se manifestó ya en determinado momento de la historia de todos los grandes pueblos de la antigüedad. Como lo escribía el decano Inge, la civilización es una enfermedad invariablemente fatal.

IV
Consecuencias de la rebelión sobre la vida individual. - Aspectos de la libertad. - Persecución del provecho, de la satisfacción de los apetitos y de la diversión. - El reino de la fantasía

Después del abandono de las reglas tradicionales, no hemos sabido organizar nuestra vida individual de acuerdo con los nuevos conceptos. Teníamos la pasión de la libertad. La mayor parte de nosotros nos hemos complacido en el desorden y en el envilecimiento que siguen necesariamente al repudio de todo constreñimiento. Pero, más allá de las disciplinas tradicionales, no hemos encontrado la tierra prometida por los padres del liberalismo materialista. En verdad, pocos de nosotros han tenido la ocasión y el gusto de la meditación. Y a esos pocos, sin embargo, la libertad engendrada por el progreso del racionalismo, de la conciencia y de la tecnología, no les ha mostrado el rostro radiante que le atribuían nuestros antepasados. El hombre emancipado no es en modo alguno comparable a un águila que se cierne en la inmensidad del cielo. Se parece más bien a un perro escapado de su domicilio y errando al azar en el tumulto de los automóviles. Sin duda alguna, puede, lo mismo que el perro, comportarse según su fantasía. Puede ir donde le plazca, pero por ello no está menos perdido, porque no sabe dónde ir ni como protegerse contra los peligros que le rodean. ¿Cómo volverá a encontrar la seguridad moral que conocieron sus antepasados, cuando construían sobre el suelo de Europa las catedrales góticas? Estos hombres formaban parte de una

sociedad donde cada uno tenía su lugar, de la cual nadie se hallaba excluido, en que el más humilde, lo mismo que el más grande, sabía como había de conducirse, adónde iba, qué significaba la vida y que significaba la muerte. Hoy hemos abandonado para siempre la pequeña casa que constituía el universo de nuestros abuelos. Hemos abandonado los árboles y las plantas, y nuestros hermanos los animales, y el dulce valle en donde en la niebla del alba los ángeles del Señor marchaban a veces a nuestro lado. Nos contentamos con ser imperceptibles microbios que vegetan sobre una partícula de polvo perdido en el cielo vacío. Somos extraños en ese misterio universo donde nuestras alegrías, nuestros deseos, nuestra angustia, jamás despiertan ningún eco, donde, en ningún lado, encontramos el espíritu.

pag40

Nos es imposible, sin embargo, ignorar la existencia del mundo de los enamorados, de los poetas y de los santos. Pero este mundo espiritual difiere profundamente del mundo físico, del cual es, no obstante, inseparable. En el océano sin orillas de la realidad, el hombre encuentra solamente lo que busca. San Francisco de Asís descubrió allí a Dios. Einstein, las leyes del cosmos. Porque Dios no se encuentra sino fuera de las cuatro dimensiones del espacio y del tiempo, más allá de la inteligencia, en aquella región indefinible en que, según la expresión de Ruysbroek el Admirable, sólo son capaces de penetrar el deseo y el amor. Para la mayor parte de los hombres, tanto el universo de los físicos como el de los místicos está completamente cerrado. Porque el primero se simboliza por fórmulas matemáticas que todavía no comprendemos. Y el segundo está descrito en términos de filosofía medieval que ya no comprendemos; estos dos lenguajes sólo son inteligibles para los iniciados. Entre el campo del alma y el de la materia no hay hoy comunicación. Nadie ha tratado de repetir para nosotros la tentativa que Santo Tomas de Aquino realizó con éxito para los hombres de la Edad Media. Sin embargo, tenemos necesidad de un universo coherente en que pueda cada uno encontrar de nuevo su lugar, en que lo material y lo espiritual no estén separados, en que sepamos cómo dirigirnos. Porque comenzamos a comprobar que es peligroso el caminar sin brújula y sin guía por los caminos de la vida.

Cosa extraña: esta comprobación del peligro no nos ha conducido a buscar el medio de organizar racionalmente nuestra vida. Es cierto que el número de quienes perciben claramente la magnitud del peligro es, también en la hora actual, ínfimo. Casi nadie comprende que la política del dejar hacer produce resultados tan desastrosos en la vida de los individuos como en la de las naciones. Sólo la Iglesia continúa combatiendo por el mantenimiento de estrictas reglas morales. Pero este combate está lejos de ser victorioso. La inmensa mayoría de los modernos cree vivir exclusivamente según su fantasía. Se ha embriagado con las facilidades materiales que la tecnología, en su inmenso vuelo, ha llegado a ser capaz de ofrecerle. No cree que debe privarse de ninguno de los privilegios que le aporta la civilización moderna. Como el agua del arroyo que va indiferentemente a perderse en el lago, en las arenas del desierto o en las marismas, la vida sigue la pendiente de nuestros deseos, deslizándose hacia todas las formas de la mediocridad o de la corrupción. Así es como se orienta hoy de modo espontáneo hacia el provecho, la satisfacción de los apetitos y las diversiones.

En el clima mental creado por el liberalismo, la idea de provecho ha invadido todo el campo de nuestra conciencia. Aparece la riqueza como el bien supremo. El éxito de la vida se mide en unidades monetarias. Los negocios son santos. La persecución del lucro

material se ha propagado de la banca, de la industria y del comercio a todas las demás actividades humanas. El móvil de nuestras acciones es el obtener una ventaja personal. Ventaja financiera sobre todo. Pero igualmente satisfacción de vanidad; grado, título, condecoración, posición social. Esta persecución del interés se disimula con una hipocresía sutil, bajo una apariencia altruista, bajo el velo de las combinaciones más ingeniosas. En los círculos del ejército, de la universidad, de la administración, de la magistratura, se asiste a pacientes conspiraciones contra el rival peligroso, a traiciones cuidadosamente disimuladas, a la puñalada dada por la espalda en la sombra. El sentido del honor es un anacronismo. Quienes se consagran a un ideal, quienes trabajan con desinterés, son considerados como hipócritas o como locos. La obtención del lucro se insinúa por todas partes. En esta dama de caridad que, en el fondo de su corazón, trata, no ya de socorrer a los pobres, sino de llegar a ser presidenta de una obra, de ser condecorada con la Legión de Honor o, más prosaicamente, de aprovecharse materialmente ella misma con la creación de una cantina. Es este gran médico, que pondera a sus alumnos y a sus enfermos la eficiencia de un remedio porque es pagado, en secreto, por los fabricantes de ese remedio. Es el sabio, cuyos esfuerzos tienen como finalidad, no el progreso de la ciencia, sino un sillón en la Academia y las discretas ventajas financieras que concede la autoridad. Son los médicos que, en sus concursos, y también en sus cuidados a los enfermos, han dado prueba de una sorprendente decadencia moral. Es el candidato al bachillerato que corrompe al ujier de la facultad para que le informe por adelantado respecto al tema de la composición. Es el escolar que vende en el mercado negro los bombones vitamínicos distribuidos por el Socorro Nacional. Bajo la careta de la abnegación, de la ciencia, de la caridad, o de la inocencia, se disimula con frecuencia el vulgar y cruel semblante del interés. Tenemos la pasión del lucro porque el dinero lo procura todo. En primer lugar, da el poder. Casi todos los hombres son comparables: si no con dinero, por lo menos con las cosas de que disponen los que poseen el dinero. Por consecuencia, el dinero permite satisfacer todos nuestros deseos. Porque estos deseos son bajos.

pag42

Vivir consiste hoy en satisfacer los apetitos. Comer con exceso, sin tener en cuenta las leyes de la nutrición de los alimentos mal escogidos y con frecuencia mal preparados. Las mujeres no saben ya cocinar. Poco a poco, los civilizados se han habituado a intoxicarse a diario con cantidades excesivas de café, de te, de alcohol, de vino, de sidra y de tabaco. Gracias a la propaganda de los comerciantes y de los industriales, y a la complicidad de los gobernantes, los pueblos de Occidente se han creado nuevas necesidades, y se abandonan con voluptuosidad al hartazgo de esas necesidades. La mayor parte de la degeneración actual se debe al amor a las bebidas alcohólicas. Los civilizados se dejan dirigir igualmente por el apetito sexual, cuyas perversiones son tan perjudiciales para los jóvenes como para los viejos. Pero existen otros apetitos más sutiles y en apariencia menos peligrosos que el del alcohol o las perversiones sexuales, y cuya satisfacción es más fácil todavía. Por ejemplo: el amor a la denigración y a la mentira, la predilección por la doblez, el gusto por los sofismas, por la verbosidad, la fraseología de las maldades espirituales. Este desarreglo del espíritu en que se complace la mayor parte de los hombres es casi tan peligroso como el absurdo alcohol.

La civilización de Occidente se distingue por su predilección de la inteligencia.

No hay razón alguna para dar a la inteligencia la primacía sobre el sentimiento. Es un error evidente el de clasificar a la juventud según los exámenes en los que el valor moral y orgánico no ocupa lugar. Dar como finalidad del pensamiento el mismo pensamiento es una especie de perversión mental. En efecto, la actividad intelectual, como la actividad sexual, debe ejercerse de modo natural. Está destinada, no a satisfacerse a si misma, sino a contribuir, en unión de las demás actividades orgánicas y mentales, a la satisfacción de todos las necesidades del individuo.

La diversión es la ciénaga donde desemboca naturalmente la vida cuando no tiene ni disciplina ni finalidad. Satisfacer brutalmente los propios apetitos puede tener cierta grandeza. Pero nada es tan absurdo como una existencia dedicada a divertirse. ¿A que conduce el vivir, si ese vivir consiste en danzar, en circular locamente en automóvil, en ir al cine, en escuchar la radio? La diversión volatiliza sin provecho los descansos que los trabajadores, gracias al progreso de las maquinas, a la sistematización de la producción y a una lucha incesante, han conquistado lentamente. Gracias a esta inmensa labor, la vida se prolonga por lo menos cuatro horas por día. Si estas preciosas horas fuesen bien empleadas, permitirían a todos instruirse, desarrollar su cuerpo Y su espíritu, adquirir una personalidad, cumplir su destino de hombres. De hecho, la diversión absorbe todos los momentos de libertad que deja la fábrica o la oficina. Muchos jóvenes trabajadores pasan tres o cuatro veladas por semana en el cine, y las demás en el dancing o en el music hall. La lectura de novelas absurdas y las charlas ociosas ocupan el resto del tiempo libre. El escuchar las mentiras y los absurdos de la radio es otro medio de desperdiciar la existencia. Algunos escolares no pueden, al parecer, aprender las lecciones si no es escuchando la radio. La radio, lo mismo que el cine y el music-hall, impone una pasividad completa a quien se divierte. La diversión es opuesta a la vida. Porque la vida es acción. Sin embargo, el divertirse constituye para la mayoría de la juventud de las escuelas, de los comercios, de las oficinas y de las fábricas, la única razón de existir.

pag44

En suma: durante el periodo que separa la Gran Guerra de la Guerra Universal, todas las reglas ancestrales de la conducta fueron definitivamente rechazadas. La fantasía reinó en todas partes. Nuestra vida colectiva se inspiraba en la ideología liberal, que no es más que una fantasía del espíritu. Y en nuestra vida individual, seguíamos la fantasía de nuestros sentidos y de nuestra inteligencia. Conocemos, sin embargo, la existencia de las leyes de la naturaleza. Deberíamos haber pensado que la vida humana estaba también sometida a ciertas reglas. Nos creíamos independientes del orden del mundo y libres para obrar según nuestro capricho. No queríamos comprender que la conducción de la vida, lo mismo que la de un automóvil, exige la obediencia a determinado código de ruta. Comer, beber, dormir, satisfacer los deseos sexuales, tener un coche y una radio, ir al cine, danzar, ganar dinero, pareciera ser el verdadero destino del hombre. En medio del humo de los cigarrillos, en la beatitud engendrada por la pereza y el alcohol, cada uno goza, a su manera, de la vida.

CAPITULO II
NECESIDAD DE OBEDECER A LAS LEYES NATURALES

El orden del mundo. - Leyes naturales y leyes inventadas por el hombre. - carácter de las leyes naturales. - Predicción de los fenómenos y dominio de la naturaleza

Hay un orden evidente en el mundo. El sol nunca deja de salir. Invariablemente, la noche sucede al día, y la primavera, al invierno. La luna sigue siempre el mismo ciclo. Lo mismo que los seres inanimados, los seres vivientes están construidos de cierta manera. Tienen entre si relaciones definidas. La vida se acomoda al medio cósmico, y el medio cósmico a la vida. Las cosas que se encuentran sobre la tierra y en el cielo provienen de la combinación de menos de cien elementos, Aunque infinitamente numerosas, están todas emparentadas, y cada una de ellas se comporta del modo prescrito por su estructura. La naturaleza no puede tener caprichos. La existencia de estos hechos fue, desde la más remota antigüedad, presentida por los hombres. Mucho antes del alba del pensamiento estoico, Heraclito tenia ya la concepción de un orden del universo, y de la necesidad de someterse a él. La creencia en la uniformidad esencial de la realidad engendró la ciencia. Toda investigación comienza por un acto de fe en el ordenamiento racional de la naturaleza. Y el inmenso éxito de la ciencia ha probado que, lejos de ser una superstición, tal creencia constituía una intuición profundamente exacta de la estructura del cosmos. La ciencia ha podido desarrollarse porque el cosmos ignora la fantasía. Y la ciencia ha revelado poco a poco al hombre los modos de ser del mundo inanimado y, en cierta medida, del mundo viviente. Primeramente, con Aristóteles describió y clasificó los fenómenos. Después, de cualitativa, pasó a cuantitativa. Con Galileo, Newton, Lavoisier, entró en la plenitud de su fuerza.

pag47

Poco a poco ha deducido la uniformidad que se oculta en la complejidad de las cosas. Ha llegado a descubrir la existencia de relaciones constantes entre los fenómenos que varían. Esas relaciones son las leyes naturales: leyes de la materia, de la vida, del pensamiento. Las leyes de la vida y del pensamiento se hallan lejos de tener la simplicidad de las de la materia inerte. No han podido todavía expresarse, como estas ultimas, en lenguaje matemático. Sin embargo, el leucocito al alargar sus seudópodos hacia la bacteria, el recién nacido que lanza vagidos y el sabio que experimenta en su laboratorio, no son efectos de un capricho de la naturaleza como tampoco lo son la oscilación de las mareas oceánicas, el viento que barre la llanura o el alud que retumba en el flanco de la montaña. Cuando se les interroga con los métodos de la ciencia, todos esos fenómenos testimonian, tanto los unos como los otros, el orden inmanente de las cosas.

Las leyes naturales difieren profundamente de las leyes hechas por los hombres. Las primeras nacen de un descubrimiento, y no, como las segundas, de una invención. Como el manantial que cae en el fondo del pozo, preexisten al descubrimiento. El código civil o el código de justicia militar son compilaciones de preceptos. Las leyes naturales expresan la estructura misma de las cosas. Constituyen el aspecto funcional de dichas cosas. Por ejemplo: el ojo tiene la función de proyectar la imagen de los objetos exteriores sobre la prolongación del cerebro que se insinúa en él. Estructura y función representan dos aspectos de un sólo y mismo objeto. Las leyes naturales son inmanentes a los seres inanimados y vivientes. Si el universo tiene como substrato una inteligencia creadora, esas leyes nos revelan un aspecto de dicha inteligencia. El mundo es como el cuerpo de Dios, pensaba Marco Aurelio. Las leyes humanas, por el contrario, son exteriores a los objetos. No son sino convenciones sociales, frágiles productos de

nuestra razón. Lo que es legal en un país no lo es necesariamente en otro. Habrás de llevar la derecha, prescribe en Francia el código de la circulación. Habrás de llevar la izquierda, dice en Inglaterra. Ante estas leyes, todos no son iguales. El rico y el poderoso se sustraen sin dificultad a su imperio. Por el contrario, las leyes naturales son universales e inexorables. En todo el país, sin excepción, nadie puede desobedecerlas impunemente. Nunca advierten a quienes las transgreden: el castigo es tan silencioso como el precepto.

Algunos días del año, la asamblea de Atenas acometía la labor de revisar las leyes. Porque las convenciones sociales son siempre transitorias. Las leyes naturales, por el contrario, son eternas. Han existido desde el origen del universo y durante tanto como el universo dure. La velocidad de la luz jamás cambiará. Ante la ley de la gravedad, los hombres son iguales.

Siempre nos será imposible caminar por nuestros propios medios sobre el agua, o elevarnos espontáneamente en el aire.

Mientras la luna gire en derredor de la tierra, se producirán las mareas. Nada impedirá que una reacción química duplique su velocidad cada vez que la temperatura se eleve en diez grados centígrados. Hoy, lo mismo que hace cien mil años, el glicógeno se transforma en acido láctico en el músculo que trabaja. Y cuando ese músculo llega a ser acido, sobreviene la fatiga. Siempre será cierto que una caloría equivale a cuatrocientos veinticinco kilogrametros. Igualmente, las leyes de la herencia son invariables. Los locos y los deficientes mentales no dejaran de ser engendrados por los locos y los deficientes mentales. Los tejidos de los seres humanos están hechos de tal suerte que se deteriorarán siempre bajo la influencia del alcohol. Las leyes naturales no constituyen, pues, como el Código civil, un aspecto contingente de la realidad. Son un aspecto necesario de todo lo que existe en derredor de nosotros y en nosotros mismos.

El conocimiento de dichas leyes permite predecir los fenómenos o provocar a voluntad su aparición. Por esa razón, la naturaleza ha dado al hombre el dominio de la tierra. Pero el orden no se manifiesta en toda la naturaleza con claridad uniforme. Nuestro espíritu está lejos de penetrar con la misma facilidad en cada uno de los terrenos de la realidad. Sobresale en el descubrimiento de los secretos de la materia inerte y en la construcción de abstracciones matemáticas. Pero comprende mal los fenómenos de la vida, porque le gusta la simplicidad, y la vida es infinitamente compleja. Y por eso, la mecánica, la física y la química están incomparablemente más adelantadas que la fisiología, la psicología o las ciencias sociales. Conocemos mejor los átomos y las estrellas que nuestro espíritu.

Las leyes naturales tienen una gran jerarquía. En la cumbre se encuentran las que expresan una uniformidad completa en el comportamiento de las cosas. Por ejemplo: la ley de la gravitación, la de la conservación de la masa, y las dos leyes de la conservación y de la degradación de la energía. Más abajo se encuentran las leyes biológicas, como las de la adaptación y las de la herencia. Estas leyes se hallan lejos de haber alcanzado el grado de abstracción, de precisión y de belleza de las leyes físicas que se definen por medio de fórmulas algebraicas. No expresan sino las tendencias de ciertas actividades corporales, y solamente así es como deben ser consideradas.

Las leyes de la psicología son más imperfectas todavía. Sin embargo, los modos de ser de la razón o del sentimiento desempeñan en el mundo un papel tan esencial como la ley de la gravitación, porque caracterizan la mayor y más misteriosa energía que existe sobre la tierra: la energía espiritual. En el grado inferior de la jerarquía están las leyes de la sociología. Muchas de esas leyes no son más que suposiciones, porque la sociología es aun, una ciencia conjetural. Estamos, pues, lejos de conocer con igual certeza todas las partes de lo real.

La predicción de los fenómenos no se lleva a cabo con completa seguridad sino en el terreno de la física o de la química. Sabemos, sin posibilidad de error, en que momento se producirá el próximo eclipse de sol. Y lo que ocurrirá si ponemos en presencia del acido sulfúrico el carbonato de calcio. Pero no podemos determinar por adelantado la época de la muerte de un individuo cualquiera, o la influencia de la derrota o de la victoria sobre el porvenir de una nación.

Quizá la inteligencia humana no haya alcanzado todavía el periodo de evolución en que llegue a ser capaz de captar lo real en la multiplicidad de sus formas. Quizá también sea suficiente emplear mejores y más pacientes métodos para que las leyes naturales se nos revelen con igual claridad en todos los terrenos. Pero nuestra ignorancia no debe incitarnos a creer que el orden no se extiende sino sobre una parte del mundo.

El éxito de la vida moral o social depende, sin duda, de reglas tan definidas aunque más complejas que las de la mezcla de los gases o de la propagación de las ondas luminosas. Sus reglas las ignoramos todavía.

Es preciso no olvidar que nuestros antepasados sentían la presencia de un orden del universo, pero que nunca descubrieron sus leyes. Nosotros, los modernos, hemos encontrado las leyes de la física, de la química y de la fisiología. Quizá seguiremos siendo siempre incapaces de formular esas leyes de las relaciones humanas, cuya existencia suponemos hoy. En esta lenta ascensión hacia la luz, el espíritu no adquiere sino poco a poco la fuerza para captar los mecanismos obscuros de la armonía del mundo.

II

El lugar del hombre sobre la tierra. - Conformidad del medio cósmico con la vida y de la vida con el medio cósmico. - Dependencias reciprocas de las actividades corporales y mentales. - El hombre forma parte de la naturaleza.

En la conducción de nuestra vida no podemos permitirnos ignorar la ordenación natural de las cosas. Es cierto que conservamos todavía la ilusión de ser los privilegiados entre todos los vivientes y de escapar a la regla común. El sentimiento de ser libres nos da una engañosa seguridad. Creemos ocupar sobre la tierra una situación muy superior a la asignada a las plantas, a los árboles y a los animales. Conviene, sin embargo, que sepamos de modo preciso cual es nuestro verdadero lugar en la naturaleza.

Nuestro cuerpo, como se sabe desde Aristóteles, es una unidad autónoma, cuyas partes todas están entre si en relaciones funcionales y existen como sirvientes del todo. Se compone de tejidos, de sangre y de espíritu. Estos tres elementos son distintos, pero inseparables unos de otros. Son igualmente inseparables, aunque distintos, del medio físico, químico y psicológico en el cual estamos sumergidos. Todas las substancias, pues, que constituyen los tejidos y la sangre vienen de este medio, bien directamente, bien indirectamente, por mediación de las plantas y de los animales. La mayor parte de nuestro cuerpo está hecha del agua de la lluvia, de los manantiales y de los ríos. Esta agua interior tiene en solución proporciones definidas de sales minerales cuyo origen se encuentra en el suelo. Constituye el substrato de las células y de la sangre.

Como la tierra y el agua de mar, contiene sodio, potasio, magnesio, calcio, hierro, cobre, y una cantidad de elementos más raros, como el manganeso, el zinc, el arsénico que nos aporta la carne de los animales, la leche, los granos de los cereales, las hojas de las legumbres, los tubérculos y las raíces. Son también los animales y las plantas los que suministran las materias azoadas, las grasas, los azucares, las sales y las vitaminas indispensables para la construcción de los tejidos, para su conservación y para sus gastos energéticos. Los elementos químicos que entran en la composición del cuerpo son idénticos a los que componen el sol, la luna y las estrellas. No hay diferencia alguna entre el oxigeno atmosférico del planeta Marte y el oxigeno que respiramos. El hidrogeno contenido en la molécula del glicógeno del hígado y de los músculos y el calcio del esqueleto son los mismos que el hidrogeno y el calcio de las llamas cinematográficas por Mac Math en la atmósfera del sol. El hierro de los glóbulos rojos de la sangre es semejante al hierro de los meteoritos. Los átomos de sodio que flotan como niebla ligera en los espacios intersiderales podrían ser utilizados por nuestros tejidos tan bien como los de la sal de nuestros alimentos. En suma: todos los elementos químicos de que se halla hecho nuestro cuerpo vienen del cosmos, de la tierra, del aire y del agua. Los elementos químicos se comportan de la misma manera dentro del cuerpo como fuera de el.
Desde Claude Bernard, sabemos que las leyes de la fisiología son fundamentalmente las mismas que las de la mecánica, de la física y de la química. Los modos de ser de las cosas son invariables, por ejemplo: las leyes de las masas de la capilaridad, de la osmosis, de la hidrodinámica, siguen siendo verdaderas en el seno de nuestros tejidos. Es posible, sin embargo, de acuerdo con la hipótesis emitida por Donnan, que ciertas leyes estadísticas cesan de obrar en los órganos celulares tan pequeños que sólo encierran algunas gruesas moléculas de materia proteica.

pag52

En suma: nuestro cuerpo es un fragmento del cosmos, dispuesto de manera muy particular, pero en el cual se manifiestan las mismas leyes que en el resto del mundo. Está constituido por los mismos elementos que su ambiente físico.

Hay también entre el hombre y su medio relaciones funcionales indivisibles. El medio se acomoda al hombre y el hombre al medio. Se puede decir que el medio es para el hombre lo que la cerradura para la llave. Hombre y medio forman las dos partes de un todo. En efecto; la superficie de la tierra presenta un conjunto de condiciones físicas y químicas excepcionales en el universo y eminentemente propias para nuestra existencia. Nuestro planeta retiene en su derredor una atmósfera bastante densa para permitir a los vivientes obtener, aun sobre las altas montañas, el oxigeno indispensable para la

respiración. Es también la atmósfera la que protege a las plantas y a los animales contra la acción nociva de los rayos solares y del frío. La atracción que el globo terrestre ejerce sobre todos los cuerpos nos hace adherirnos al suelo en la medida apropiada a las necesidades de nuestra vida.

En la superficie de Júpiter nos hallaríamos inmovilizados por nuestro peso. En la luna seríamos excesivamente ligeros. Como Henderson lo ha demostrado, el medio cósmico se adapta a la vida, sobre todo gracias a las propiedades singulares de tres elementos: el oxigeno, el hidrógeno y el carbono, que forman el agua y el acido carbónico. El agua y el acido carbónico estabilizan la temperatura de la tierra. Además, el agua moviliza la mayor parte de los elementos químicos. Una vez movilizados, estos elementos penetran por todas partes y sirven de alimento a los vegetales. En fin, el hidrógeno, el oxigeno y el acido carbónico son los más activos de todos los elementos. Forman los compuestos más numerosos y los edificios moleculares más complejos. Gracias al agua, que les proporciona en solución la mayor parte de las substancias químicas, las plantas y los animales preparan los alimentos complejos que el hombre necesita. De ese modo, el medio se adapta a la vida. Al mismo tiempo, la vida se adapta al medio. Emplea para ello dos procedimientos diferentes. Consiste el primero en absorber o asimilar el medio. El organismo, por ejemplo, absorbe el oxigeno del aire y asimila las substancias alimenticias. El segundo procedimiento consiste en reaccionar contra el medio y en ajustarse a el. Este ajustamiento se hace por un esfuerzo de los grandes sistemas de adaptación. La repetición de este esfuerzo aumenta el poder de estos sistemas, es decir, de los vasos, de los centros nerviosos, de los músculos, de las glándulas, del corazón, de todos los órganos. Esta es la razón de que el individuo, a fin de alcanzar su desarrollo óptimo, deba luchar constantemente con su medio. La dureza de las condiciones de la vida es la condición indispensable para la ascensión de la persona humana.

Los sabios cometen con frecuencia el extraño error de observar los fenómenos naturales como si ellos mismos se encontrasen fuera de la naturaleza. En realidad, forman parte de un sistema material compuesto del observador y del objeto de su observación.

pag54

Nuestro espíritu, es cierto, no está encerrado en las cuatro dimensiones del espacio y del tiempo.1 Aun cuando estemos sumergidos en el cosmos, tenemos el sentimiento de podernos librar de el. De un modo que todavía no comprendemos, el espíritu es capaz de evadirse de la continuidad física. Sin embargo, continúa inseparable del cuerpo es decir, del mundo físico. Está sometido a este mundo. Basta que el plasma sanguíneo quede privado de ciertas sustancias químicas para que las más nobles aspiraciones del alma se desvanezcan. Cuando la glándula tiroides, por ejemplo, cesa de segregar la tiroxina en los vasos sanguíneos, ya no hay ni inteligencia, ni sentido del mal, ni sentido de lo bello, ni sentido religioso. El aumento o la disminución del calcio produce un desequilibrio mental. La personalidad se desintegra bajo la influencia del alcoholismo crónico. Si, como lo hizo Mr. Collum, se suprime completamente el manganeso de la alimentación de una rata, esta pierde el sentido maternal. Por el contrario, cuando se suministra un extracto de glándula pituitaria llamado prolactina a ratas vírgenes, adoptan estas a jóvenes ratas, construyen nidos para ellas y las rodean de cuidados. Y a falta de jóvenes ratas, consagran su amor maternal a pichones recién nacidos. Es cierto también que los sentimientos son profundamente influidos por ciertas enfermedades. Un ataque ligero de encefalitis letárgica puede producir como consecuencia una

transformación de la personalidad. Cuando el treponema pálido comienza su invasión del cerebro, ilumina a veces la inteligencia con relámpagos de genio. Es cierto que el estado del espíritu se halla condicionado por el del cuerpo. Las actividades intelectuales y afectivas dependen de las condiciones físicas, químicas y fisiológicas de los órganos. Por consiguiente, del mundo cósmico.

En suma: nuestro cuerpo está hecho de agua y de elementos tomados en el aire y en la tierra. Las leyes de la física y de la química se aplican lo mismo a los fenómenos que se realizan en el mundo interior de nuestros tejidos y de nuestros humores que a los del mundo exterior. Somos en la superficie de la tierra seres análogos a los demás seres; más próximos, sin embargo, a las plantas, los árboles y los animales, que a las rocas, las montañas, los ríos y el océano. Formamos evidentemente parte de la naturaleza. Tenemos lazos estrechos de parentescos con los animales superiores, en particular con los chimpancés y los orangutanes. Pero les superamos inmensamente por la potencia de nuestra mente. Gracias a nuestra inteligencia tenemos libertad de conducirnos como nos place. Es el sentimiento de la libertad lo que nos da la ilusión de ser independientes de la naturaleza. Si bien es cierto que somos libres, es cierto también que estamos sometidos al orden del mundo. Podemos, si lo queremos, no tener en cuenta ninguna de las leyes naturales. Sólo nuestra voluntad nos obliga a tomar en consideración las propiedades esenciales de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, y los modos de ser del mundo que nos rodea. Podemos, si lo deseamos, descender de un barco para caminar sobre las aguas, saltar desde lo alto del Empire State Building a la Quinta Avenida, habitar gracias al hashish entre las maravillas del país de los sueños, o abandonarnos a la corrupción de la civilización moderna. En otros términos: tenemos la facultad de comportarnos o no según el orden que emana de las cosas. Pero jamás conseguiremos romper los lazos que nos unen al mundo del cual procedemos. La voluntad del hombre será siempre impotente para modificar la estructura del universo. Como nuestros hermanos inferiores, los cetáceos de los mares polares, o los antropoides que viven en las selvas tropicales, formamos parte de la naturaleza. Estamos sometidos a las mismas leyes que el resto del mundo terrestre. Por razón de formar parte de la naturaleza, debemos, como lo enseñaba Epicteto, vivir conforme a sus órdenes. Tenemos que ser lo que somos en nuestra esencia de ser.

III

Medio de insertarse los vivientes en la naturaleza, - Papel del instinto. - Advenimiento de la libertad, - Papel de la inteligencia y de la voluntad

¿Cómo se insertan en el orden del mundo los animales autónomos? El comportamiento de todas las cosas es específico de su estructura. Como las cosas son en numero inmenso, su articulación entre si es de complejidad infinita. Aun cuando ignoren todo de si mismos y de su medio, los animales se orientan con maravillosa precisión en este inextricable laberinto de la realidad. Parecen poseer, como lo suponía Fabre, el sentido innato de la armonía del universo. No ocurre lo mismo con el hombre. Diríase que la vida ha escogido para introducirse y progresar en el mundo dos procedimientos diferentes. El primero es el instinto. El segundo, la inteligencia y la voluntad.

Todos los seres vivientes, con excepción del hombre, poseen una especie de ciencia innata del universo y de si mismos. Este instinto les fuerza a insertarse en la realidad de manera completa y segura. No tienen, pues la libertad de equivocarse; solamente los seres dotados de razón son falibles. Como consecuencia, perfectibles. Los insectos, por el contrario, no lo son. Sus comunidades eran tan prósperas hace diez mil años como hoy. Es cierto que en los animales superiores, como los antropoides, los elefantes o los perros, el instinto está rodeado de una franja de inteligencia. Pero en los actos fundamentales de la existencia; la inteligencia desaparece siempre ante el instinto. Contrariamente a la mujer, la perra jamás se equivoca en los cuidados que da a sus crías. Los pájaros saben cuando deben hacer su nido. Las abejas conocen las substancias propias para la cría de la reina, de las obreras y de los zánganos. Gracias al automatismo del instinto, los animales no son libres, como el hombre, para vivir de acuerdo con sus caprichos. Se adaptan a su medio de un modo tan ciego y tan exacto como las células de los órganos se adaptan a las condiciones fisicoquímicas de la sangre y de los humores. El animal y su medio son hasta cierto punto comparables a un sistema físico en equilibrio. Un pájaro o un pez, por ejemplo, no se equivocan mucho más en su manera de obrar con el mundo exterior que lo que se equivoca una nube en sus relaciones con la atmosfera en que flota. El instinto era el amo supremo de la conducta de nuestros antepasados, cuando eran todavía animales salvajes.

pag57

El advenimiento de la conciencia conduce poco a poco a la disolución del instinto. Indudablemente, una franja de instinto envuelve todavía la inteligencia humana, pero su poder no es bastante grande para permitirnos aprehender seguramente el mundo exterior y para adaptar nuestra conducta a las condiciones de ese mundo. El hombre no sabe, como el lobo, dirigirse sin guía en la oscuridad del bosque. No sabe tampoco distinguir a primera vista al enemigo del amibo. O el cadáver del viviente. Se ha emancipado definitivamente del automatismo de los tropismos y de los reflejos. Es libre. Ha adquirido el privilegio de poder equivocarse. Es el quien debe elegir su camino entre todos los que se le ofrecen, y sujetarse a seguir el camino de esa manera elegido. No puede contar, para dirigir su existencia, más que con el esfuerzo consciente de su espíritu. Ahora bien, el espíritu es un guía menos seguro que el instinto. El hombre ignora todavía la manera de conducirse. No ha logrado nunca edificar una civilización durable. Diríase que la conciencia no ha llegado todavía al punto de evolución en que sea capaz de dirigir nuestra vida colectiva con tanta efectividad como el instinto dirige la de las hormigas. No hay, pues, empresa más importante que la de hacer crecer la fuerza del espíritu. El espíritu es a la vez inteligencia y sentimiento, razón y corazón, actividad lógica y actividad no lógica. Para adaptarnos a la realidad, tenemos necesidad tanto del sentimiento como de la inteligencia.

La inteligencia capta el mundo exterior y las relaciones que existen entre las cosas. Pero no nos impulsa a la acción. La actividad intelectual consiste, como es sabido, en observar, en recordar, en comparar, en juzgar, en experimentar. En primer lugar hace el inventario de las cosas. Después analiza las influencias que esas cosas ejercen entre si. Por ejemplo: la influencia de la alimentación sobre la salud, del tiempo calido sobre la putrefacción de los alimentos, del mal humor sobre la paz familiar, de la intensidad del excitante sobre la magnitud de la sensación, y multitud de otras relaciones. El conocimiento así obtenido es lo único absolutamente seguro. Es preciso que nos iniciemos en el modo de ser esencial de nuestro cuerpo, de nuestro espíritu y de nuestro

medio. Se trata, para nosotros, de ponernos en contacto con la realidad concreta; de saber, por ejemplo, como alimentarnos, como trabajar y descansar, y también como comportarnos en nuestra familia, con nuestros amigos, con nuestros camaradas de trabajo. Cómo cooperar al trabajo de nuestros vecinos. Únicamente de los datos de la observación y de la experiencia podemos inducir las nociones indispensables a nuestra inserción en el mundo. Cada uno de nosotros debe, pues, esforzarse para adquirir esta ciencia de si mismo y de su medio.

pag58

IV

La realidad a nuestra escala. - La dificultad de captar la realidad. - La afición a las ideologías. - Aspectos de la realidad.

Nada es tan difícil para el espíritu humano como captar la realidad. Y, sin embargo, este conocimiento es necesario para nuestra inserción en el orden del mundo. No se obtiene más que por la observación y la experiencia. La observación y la experiencia exigen un esfuerzo. Y semejante esfuerzo repugna a nuestro espíritu. Es más fácil leer los periódicos, escuchar la radio y asistir al cine. Las gentes, en su mayor parte, son incapaces de un contacto íntimo consigo mismos, con otros espíritus, con cualquier cosa. Son victimas de su educación y de sus hábitos de vida. No han tenido, en general, otra formación intelectual que la del certificado de estudios o la del bachillerato. En la artificialidad de la fábrica, de la oficina y del café, nunca han mirado cara a cara lo concreto. Ignoran la belleza de la nieve virgen, la soledad de la montaña, la alegría celebrada por las bandadas de pájaros, el silencio del mediodía sobre los trigos inmóviles, la angustia de la enfermedad en la granja aislada. Son incapaces de observar exactamente lo que pasa en ellos y alrededor de ellos. Sin embargo, la realidad que nos importa conocer se compone, no de nociones obtenidas en los periódicos, las revistas y los libros, sino de los datos inmediatos de la observación y de la experiencia. Y estos datos no son verdaderamente utilizables sino bajo la forma de abstracciones que se encuentran muy próximas a lo concreto. En otros términos: bajo la forma de conceptos simples que pertenecen a la clase de los conceptos operantes que hemos dejado ya mencionados. Estos conceptos son tan necesarios para la conducción de la vida como para el desarrollo de la ciencia. Nos protegen contra los espejismos de los sistemas filosóficos y científicos, de los deseos y de los sueños. Son el único instrumento que permite al espíritu introducirse en la realidad con seguridad igual a la del instinto.

pag59

La realidad tiene diversos aspectos. Estos aspectos están creados, bien por las técnicas empleadas en el análisis de los fenómenos, bien por la escala en la cual se hacen las observaciones. Ninguno de ellos debe ser excluido. Las técnicas, en virtud de las cuales las actividades espirituales se nos revelan, son, aunque mucho menos precisas, tan importantes como las destinadas al análisis de las actividades orgánicas. Todo lo que sabemos del universo y de nosotros mismos procede de dos ciencias distintas: la del mundo inorgánico, donde se encuentran, sin demarcación precisa, la física y la química; y la de la vida, que comprende la psicología y la sociología, lo mismo que la anatomía, la fisiología y la genética. según que nos sirvamos en el estudio del hombre de las técnicas de la fisiología o de la psicología, descubriremos en el una estructura material,

actividades fisiológicas, o actividades intelectuales y morales. La más directa de todas las técnicas analíticas es la introspección. Este examen de nosotros mismos por nosotros mismos nos pone frente a una cosa distinta de todas las que han existido desde el comienzo del universo; con un acontecimiento que nunca se produjo, ni se producirá jamás de nuevo; con esta cosa a la vez fija y moviente, misteriosa y conocida, material y espiritual que somos nosotros mismos. La visión de este ser único en el mundo, que se obtiene por la introspección, constituye para nosotros el aspecto más cierto y menos variable de la realidad: porque las observaciones no cambian de escala desde el momento que es el observador el objeto observado. Además se hacen directamente, sin ayuda de instrumentos que disminuyan o aumenten la agudeza de la observación. No existe ni microscopio, ni telescopio, para la exploración de nuestra propia conciencia. Sin embargo, el hábito del examen de nosotros mismos da mayor penetración a la mirada interior. Obtenemos de ese modo un conocimiento progresivo mejorado de los caracteres y de las tendencias particulares de nuestra personalidad. Todos los demás aspectos de la realidad, (trátese de nuestro cuerpo, de los demás hombres, de los animales, de las casas, de las plantar, de los árboles, de las nubes o del sol) resultan observaciones en escalas diferentes y variables.

En efecto, contemplamos los objetos a corta o a larga distancia, con nuestros ojos o con la ayuda de instrumentos. El aspecto de un mismo objeto varia según la escala de la observación. La estatua de la Libertad iluminando el mundo que se levanta a la entrada del puerto de Nueva York, pierde toda significación si se la contempla demasiado cerca o de demasiado lejos, Cuando uno se pasea a sus pies, aparece como una masa casi informe de bronce. Si se vuela sobre ella a una altura de dos mil metros, se convierte, lo mismo que su isla, en una insignificante manchita en la superficie del lago. Nuestros conceptos respecto a una cosa determinada dependen de la escala a que se hace la observación. La piel del rostro que ve el pintor es profundamente diferente de la que examina el anatomista a través de su microscopio. Pero una observación hecha en determinada escala no es más o menos cierta que una observación hecha en otra escala. La concepción de la sangre que nos da la físico-química no es mejor que la de la histología. Pero aquella expresa el aspecto de la sangre a escala molecular, mientras que la histología considera la misma sangre en escala celular; y si se hace en escala humana, la sangre es simplemente el líquido rojo que, por ejemplo, brota de la pequeña herida hecha por la hoja de afeitar. Los conceptos que se desprenden de observaciones efectuadas en cierta escala no se aplican siempre a otra escala. Por ejemplo: los principios de Euclides son ciertos en la superficie de la tierra, pero no en el conjunto del universo, que parece no ser euclidiano. Del mismo modo, Las reglas de la mecánica racional son inaplicables al mundo intraatómico. Un concepto no es seguramente valido sino según la escala en que ha sido adquirido.

¿Que suerte de realidad es sobre todo necesaria al conocimiento para la conducción de la vida? de la realidad en nuestra escala, tal como se presenta en el campo de nuestra experiencia ordinaria. Para nosotros, el aspecto real de un álamo es el que percibimos cuando paseamos bajo su sombra a lo largo de la carretera. No el que nos aparece cuando pasamos en avión a algunos metros por encima de su copa. Nuestro universo cósmico se acerca mucho más al universo de los hombres que vivían en la época en que se construían las catedrales góticas que a aquel de Planck, de Einstein o de Broglie. En verdad, el sol gira en derredor de la tierra como antes de la época de Copérnico y de Galileo. Y la tierra sigue siendo para nosotros el centro del mundo. Nuestra realidad son

las cosas que vemos en nuestro derredor cuando caminamos por las calles, por los bosques y por los campos; el mundo que se mide en dimensiones del mismo orden que las de nuestro cuerpo no es el que se nos aparece cuando miramos desde un coche lanzado a cien kilómetros por hora, o de un avión que vuela a un millar de metros por encima del suelo. Tampoco es el que percibimos a través de la lente de un microscopio o en el espejo de un telescopio. En realidad nuestra escala son los trabajos, los dolores y las alegrías de la existencia cotidiana. Son los seres humanos en todas las circunstancias de su paso por este mundo. Los amantes que se pasean bajo la luna, la madre que cuida a su párvulo, el campesino que unce sus bueyes, el empleado que mata el tiempo en su oficina, el obrero que trabaja en cadena, el anciano que vegeta en su butaca, el recién nacido, tal como nosotros lo hemos sido, y el cadáver que seremos. Pero la realidad de nuestra escala se extiende fuera del continuo físico, físico, fuera de las cuatro dimensiones de la especie y del tiempo, en el reino inmaterial cuyo inefable esplendor nos han revelado los poetas y los santos. El sacrificio del héroe tiene una belleza no menos emocionante que la salida del sol sobre la nieve de las montañas. La grada ilumina el semblante del elegido de Dios con una luz interior tan real como la de la aurora. De hecho, el mundo de la materia no se halla separado del mundo del espíritu. Es preciso que nos habituemos a comprenderlos a uno y a otro. Las leyes que antes de todo debemos conocer, son, no las del universo sideral o intraatómico, sino las tendencias fundamentales de las cosas tal como nos son reveladas según nuestra escala por la observación y la experiencia. Constituyen verdaderamente el aspecto de la realidad que imperativamente debemos tener en cuenta en todas las circunstancias de nuestra vida.

62

V

Divorcio entre el hombre y la realidad. - Como la civilización moderna ha desobedecido las leyes naturales - Respuesta de la vida. - Explicación de nuestras desdichas

El hombre no ha captado más que un aspecto de la realidad. Del árbol de la ciencia ha cogido el fruto prohibido; pero este fruto no estaba maduro; nos da el conocimiento de todas las cosas, con excepción de nosotros mismos. La ciencia hizo el inventario del mundo material, organizando su explotación sistemática. La tecnología nos trajo la riqueza, la salud, el bienestar material, todas las facilidades de la existencia, permitiéndonos crear un nuevo paraíso terrenal. Pero se desliza en nuestro plan un error capital. Porque las ciencias de la vida estaban en inmenso retraso con relación a las ciencias de la materia inanimada. Poseíamos el dominio del mundo físico antes de haber adquirido el conocimiento de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Tal es la razón de que nos rodeemos de un medio bien adaptado al progreso de las maquinas, pero impropio para nuestro desarrollo individual, colectivo y racial. En lugar de establecer nuestras instituciones sobre conceptos científicos, es decir, sobre la realidad concreta, las modelamos de acuerdo con la ideologías, Así se edifica un mundo que es incapaz de satisfacer nuestras verdaderas necesidades y en el cual seguiremos siendo extraños eternamente. El hombre moderno da la primacía a la materia y sacrifica lo espiritual a lo económico. Prefiere el bienestar a la fuerza y a la alegría.
Abandona la tierra de sus antepasados y de sus humildes amigos los animales para vivir en el pueblo sin alma de las maquinas. Olvida los trigos ondulantes bajo el sol, el recogimiento del bosque, la paz de la noche, la armoniosa belleza de las plantas, de los árboles y de las aguas. Se encierra en las duras ciudades de líneas geométricas. Se

despersonaliza en el monótono trabajo de las fábricas. Viola, sin sospecharlo, todas las leyes de la vida. Entonces se consume nuestro divorcio de la realidad.

Avanzamos hoy por el camino del tiempo al azar del progreso de la tecnología, sin ningún miramiento para las necesidades elementales de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Aunque sumergidos en la materia, nos creemos independientes de ella. Queremos ignorar que, para sobrevivir, es preciso que nos comportemos, no ya según nuestra fantasía, sino de la manera exigida por la estructura de las cosas y de nosotros mismos. La humanidad civilizada se hunde en este error desde hace varios siglos. La historia de nuestra emancipación moral y de nuestro abandono del sentido de lo sagrado se confunde con la de la desobediencia a las leyes esenciales de nuestra naturaleza. Considerar, por ejemplo, el provecho como la finalidad específica de la existencia ha restringido arbitrariamente el campo de las actividades humanas. No es posible limitar nuestros esfuerzos a la persecución exclusiva de ventajas materiales sin restringir nuestra personalidad. El homo aeconomicus es una creación del liberalismo y del marxismo, no de la naturaleza. El ser humano no está construido únicamente para producir y consumir. Desde el comienzo de su evolución ha dado pruebas de amor a la belleza, de sentido religioso, de curiosidad intelectual, de imaginación creadora, de espíritu de sacrificio, de heroísmo. Reducir al hombre a su actividad económica equivale, pues, a amputarle una parte de su ser. El liberalismo y el marxismo violan, por consiguiente, tanto uno como otro, las tendencias fundamentales de la naturaleza.

La formación exclusivamente intelectual de la juventud constituye también una infracción a una ley esencial del desarrollo del espíritu. Porque el espíritu manifiesta actividades no racionales, lo mismo que actividades racionales. Las actividades que no son específicamente racionales, es decir, el sentido moral, el sentido estético y el sentido místico desempeñan un papel muy importante en la construcción de la personalidad. Nos hemos equivocado al descuidar la formación afectiva del niño.
Ignoramos todavía que el desarrollo fisiológico es inseparable del desarrollo de los sentimientos. Para obedecer plenamente a las determinaciones de la naturaleza, la educación debe dirigirse tanto a las actividades no intelectuales del espíritu y a las actividades orgánicas como a las actividades intelectuales. Faltas más graves todavía se cometen contra la vida por los padres y los educadores. Una ley esencial del desarrollo de los seres vivientes es la del esfuerzo. Los músculos, los órganos, la inteligencia, la voluntad, todas las partes de nuestro ser, no se fortifican sino trabajando. La supresión del esfuerzo voluntario del espíritu y de los músculos, y del esfuerzo involuntario de los sistemas de adaptación, constituye un error de los más graves. Las reglas pretéritas de la conducta eran expresión de intuiciones profundas de la humanidad. Del mismo modo, la moral cristiana impuso reglas que no eran distintas de las exigidas por la vida. Por eso es preciso considerar la emancipación de toda disciplina moral y del esfuerzo como equivalente a una desobediencia de las leyes naturales. A esta desobediencia ha respondido la vida, como es sabido, alejándose de nosotros. Su replica ha sido a la vez silenciosa y brutal.

Sin embargo, los más clarividentes tuvieron la conciencia del peligro. Desde hace mucho tiempo se elaboraba la lenta respuesta de la vida. Hace menos de un siglo las instituciones francesas eran envidiadas por todos los pueblos de Europa. Esta tierra privilegiada producía la selección de los artistas, de los escritores y de los sabios: su riqueza aumentaba sin cesar; era esta la gran nación. Sin embargo, existían ya pruebas irrecusables de decadencia. Hacia 1830, la enfermedad de la civilización estaba ya muy

avanzada entre los franceses. No obstante, el derrumbamiento definitivo no se produjo hasta más tarde, Esta retirada de la vida se hizo de modo espontáneo. El cuerpo humano, centro autónomo de actividades fisiológicas y mentales, esta dotado de un poder casi milagroso para dar cara a las circunstancias más adversas. Cuando alcanza los límites de su poder de adaptación, aparecen desordenes variados: corrupción moral, debilidad de espíritu, nerviosismo, criminalidad, esterilidad. El organismo se comporta como una maquina que no es conducida según las reglas impuestas por su estructura: se rompe. No conviene pasar bruscamente de la tercera velocidad a la marcha atrás. No conviene tampoco echar agua o arena al motor. En la conducción de la vida, como en la de un automóvil, toda falta se paga. Esta es la razón de que las familias, las naciones y las razas que no supieron distinguir lo prohibido de lo permitido se abismen en las catástrofes, la degeneración y la muerte. Y esta punición es automática. Los que infringen las leyes naturales son aniquilados por el simple juego de los mecanismos inherentes a las cosas.

Esta respuesta inevitable de la vida a las aberraciones del hombre explica todas nuestras desdichas. La enfermedad de la civilización y la guerra universal son las consecuencias necesarias de la transgresión de las leyes naturales. No se puede impunemente prohibir a la vida que siga sus tendencias fundamentales. La ausencia de toda disciplina interior, por ejemplo, lleva consigo el abandono del esfuerzo voluntario. Conduce también al abuso del bienestar material y a la molicie de la existencia. Por consiguiente, al reposo de las funciones de adaptación y a la supresión de los esfuerzos incesantes de los vasos, de los órganos y de los centros nerviosos que determinaban la lucha contra la intemperie, el hambre, el sueño y la fatiga. El esfuerzo, sin embargo, es la condición esencial del desarrollo de los tejidos y del espíritu. Por eso, los niños y los jóvenes educados en la ignorancia del esfuerzo se han convertido en subhombres demasiado débiles para mantener la civilización ancestral. En semejantes individuos, la inteligencia, a pesar de su cultura, es frágil, superficial, incapaz de gran obra creadora. Porque la inteligencia, para ser armoniosa y fuerte, exige un substrato orgánico de buena calidad. La emancipación moral y los cambios económicos han conducido, como se sabe, a una confusión en las funciones específicas del hombre y de la mujer. La mujer no puede ya desarrollar su oficio de mujer. De ahí se deriva el debilitamiento cualitativo tanto como cuantitativo de la nación. Nuestros antepasados del siglo XVI no sospechaban las consecuencias que tendría para la humanidad el amor al provecho por el cual sustituyeron tan ligeramente el amor de Dios. La primacía de lo económico engendra la revolución industrial, el impulso del liberalismo, un prodigioso aumento de la riqueza y el mejoramiento general de has condiciones de la existencia. Se produce entonces un enorme aumento de la población de Europa y un perseguir furioso de las materias primas y de los mercados. De ahí la guerra universal. Y finalmente el caos. Tal es la respuesta de la vida a la desobediencia del hombre.

VI

Conflicto entre las leyes naturales y la libertad humana. - Necesidad de una reducción voluntaria de la libertad - La ley del sacrificio

No existe límite para nuestra libertad de pensar. Nuestra imaginación es tan independiente de todo constreñimiento como el viento errante sobre la arena del

desierto. Nuestra inteligencia puede, a su antojo seguir o no seguir los principios de la lógica. Todos tenemos el privilegio de no obrar razonablemente cuando nos viene en gana. También, tenemos el de levantar construcciones lógicas que se basen en la realidad concreta como la geometría euclidiana, o bien que no tengan relación con ella, como la geometría de Riemann. Del mismo modo no encontramos ninguna barrera a la expresión de nuestra afectividad. No es posible abandonarnos a la envidia, a la rapacidad, al orgullo, a la intemperancia, a la lubricidad, al egoísmo; seguir todos nuestros impulsos:, satisfacer todos nuestros apetitos. La libertad de nuestras acciones es casi tan grande como la de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos.

pag67

Está permitido al hombre comportarse verdaderamente como quiere. Ante él se abre la intensidad de lo posible.

Nuestra libertad de pensar y de obrar está limitada solamente por las consecuencias de nuestros pensamientos y de nuestras acciones. Porque el campo de lo posible esta dividido en dos sectores por una frontera invisible, inmaterial e inmutable. En uno de los sectores puede nuestra libertad ejercitarse sin peligro. En el otro sector, su ejercicio conduce tarde o temprano a las catástrofes. La frontera que separa la zona peligrosa de la que no lo es se halla fijada para siempre por el modo de ser de las cosas, es decir, por la estructura misma del mundo cósmico y de nosotros mismos. La libertad humana no se ejerce sin peligro más que en el campo en que no viola alguna de las leyes de la vida. Nuestros antepasados poseían un conocimiento tradicional, una especie de intuición de las regiones peligrosas. Nosotros hemos despreciado ese conocimiento. Por eso ignoramos donde termina lo permitido y donde comienza lo prohibido. Somos, por consiguiente, incapaces de servirnos impunemente de la libertad.

Pag 69

La finalidad de la ciencia de la vida es precisamente la de mostrarnos donde se encuentra dicha frontera entre lo permitido y lo prohibido, la de darnos el medio de no franquearla; de hecho, nos enseña el empleo racional de la libertad.

Indudablemente, es fácil saber que margen de seguridad nos dejan las leyes de la física o de la química. La ley de la gravedad, por ejemplo, limita mucho nuestra libertad, pero sus órdenes son claras. El niño aprende pronto que no puede, al modo de un díptero, caminar por encima del agua, o sostenerse en el aire como una mariposa. Aprende también muy pronto que el fuego quema. Pero jamás comprobará por si mismo que el alimentarse exclusivamente de carne y de pasteles sea también peligroso. Muchas de las leyes de la fisiología y de la psicología son todavía ignoradas del público y mal conocidas por los sabios. La mayor parte de las gentes sólo tienen un conocimiento rudimentario de si mismas. Por ejemplo: su concepción de la higiene es muy insuficiente. Napoleón fue una victima de esta ignorancia. Si Gambeta era ya un anciano a los cuarenta y dos años, lo era sin duda a causa de las restricciones excesivas en la alimentación que se impuso en su juventud. Del mismo modo, en el terreno de la pedagogía, o en el de la sociología, los hombres modernos no advierten la existencia de leyes mal definidas, pero intangibles como las de la física. Se dejan todavía guiar por las especulaciones de los filósofos y de los reformadores. Por las ideologías de Juan Jacobo Rousseau o de John Dewey, cuando se trata de educación, y en materia de sociología,

por las de Adam Smith, de Jeremy Bentham o de Karl Marx. Como las leyes de la vida no castigan generalmente a los transgresores sino al cabo de varias generaciones, no hemos aprendida a plegarnos a sus reglas, como nos hemos plegado a las exigencias de la ley de la gravedad y de las demás leyes elementales de la física. Hay un conflicto trágico entre la libertad humana y las leyes naturales. Conflicto de que es victima el hombre moderno. Porque el hombre quiere una autonomía absoluta.

Y, sin embargo, no puede hacerlo sin peligro de su libertad, sino en la medida en que no le arrastre a las regiones prohibidas por las leyes silenciosas de la vida. La libertad es, como la dinamita, un instrumento eficaz, pero peligroso. Es preciso aprender a manejarla. Y nadie puede manejarla felizmente si se encuentra desprovisto de inteligencia y de voluntad. Las leyes naturales son mudas. La frontera entre lo permitido y lo prohibido, como ya lo sabemos, es invisible. En lugar de errar a nuestro antojo en la inmensidad del llano, no debemos abandonar el camino. Y este camino es estrecho, incomodo y mal trazado. La observancia de las leyes naturales exige, pues, la restricción voluntaria de la libertad. Sin disciplina interior, el éxito de la vida es imposible.

70

La oposición existente entre la libertad humana y las exigencias de las leyes naturales hace necesaria la práctica del ascetismo. Para evitarnos a nosotros mismos o a nuestros descendientes las catástrofes, debemos resistir muchos de nuestros impulsos, de nuestros gustos y de nuestros deseos. Es imposible adaptarse al orden del mundo sin sacrificio: el sacrificio es una ley de la vida. Tener hijos representa para la mujer una interminable serie de sacrificios. Es preciso someterse a un duro ascetismo para llegar a ser un atleta, un artista o un sabio. La salud, la fuerza y la longevidad se obtienen negándose a ceder a ciertos apetitos. No hay grandeza, ni belleza, ni santidad sin sacrificio. Para cumplir su destino, muchos tienen que renunciar a su bienestar material, al descanso, a la fortuna o hasta la vida. Nuestra era comenzó bajo el signo del sacrificio. Pero el sacrificio no es una virtud reservada a los héroes y a los santos. Debe ser practicado por todos. Porque es una necesidad especifica de la vida humana. Esta necesidad apareció cuando el automatismo del instinto quedó sustituido en nuestros antepasados por la libertad. Cada vez que el hombre se ha servido de toda su libertad ha infringido las leyes naturales y ha sido duramente castigado. El éxito de la vida exige el sacrificio. Sólo renunciando a una parte de su libertad puede el hombre adaptarse al orden de las cosas.

71

VII Necesidad de conformarse al orden del mundo

En resumen, hay un orden en el mundo. El comportamiento de cada ser depende de su estructura. Las leyes naturales expresan los modos de ser de las cosas. Son inexorables, universales, silenciosas y eternas. Estamos hechos de los mismos elementos que la tierra, el agua y el aire. Formamos parte de la naturaleza. Como, el espíritu es inseparable del cuerpo, toda modificación química o física de los órganos tiene una expresión mental. El hombre está, en su totalidad, sometido a las leyes naturales. ¿Cómo se inserta en el mundo material? por el juego de sus órganos sensoriales, de su cerebro, de su espíritu y de sus músculos. La inteligencia le revela los modos de ser de las cosas. La voluntad la compromete en la lucha por la vida. Inteligencia y voluntad desempeñan en él el mismo papel que el instinto en los animales salvajes. Cuanto mejor conozcamos nuestro medio, más capaces seremos de adaptarnos a el. El conocimiento más útil para la conducción de la vida es la realidad a nuestra escala. Para tener éxito, la vida debe conducirse de la manera exigida por la naturaleza. En otros términos: de la manera indicada por la estructura de las cosas. La desobediencia a las leyes naturales es

la que ha producido la enfermedad de la civilización. El castigo ha sido automático. Como una maquina conducida por un chofer ignorante, la vida se ha roto, y la civilización de Occidente se derrumba.

El hombre ya no tiene el instinto para guiarla. La inteligencia es su única salvaguarda. La inteligencia le muestra lo permitido y lo prohibido; pero tiene libertad para comportarse como le plazca. Hay en esto una oposición trágica entre su libertad de pensar y de obrar y las exigencias de las leyes naturales. Si quiere sobrevivir debe imponerse una disciplina estricta y respetar los modos de ser de las cosas. El uso sin restricción de la libertad le condena, a él o a sus descendientes, a la degeneración y a la muerte. El ascetismo es una necesidad de la vida. No conviene tratar de dirigirnos nosotros mismos y deformar la infancia y la juventud según nuestros deseos y según nuestras doctrinas. Ni los filósofos, ni los teólogos deben tratar de construir al hombre según sus doctrinas, sean ellas las que fueren. Porque el horizonte del hombre es siempre limitado. Tiene el gran orgullo de creerse capaz de enmendar la naturaleza. ¿No es acaso la naturaleza obra de Dios? El hombre debe ser lo que sus potencialidades hereditarias permiten que sea. Nos es preciso desarrollar las tendencias que debemos tratar humildemente de leer en nuestro cuerpo y en nuestra alma. Tenemos el poder de formar la juventud casi como queramos. Porque la materia viviente es infinitamente plástica. Con buenas técnicas, podemos construir el hombre que queramos. Pero esta criatura de nuestras doctrinas no será viable. Y, como nosotros, se abismara tarde o temprano en la bestialidad, la corrupción y el caos. Para sobrevivir el mismo y asegurar la supervivencia de la estirpe debe el hombre regular sus actos según la estructura de las cosas que le rodean, y después la de su cuerpo y la de su alma. Para dominar a la naturaleza es preciso obedecerla. El precio que hemos de pagar por el éxito de nuestra existencia individual, social y racial es una humilde sumisión a los modos de ser inmutables de las cosas.

CAPITULO III

LAS TRES LEYES FUNDAMENTALES DE LA VIDA HUMANA

Las leyes de la vida humana. - Es preciso no deducir estas leyes de principios filosóficos, sino inducirlas de la observación de la misma vida.

Es vano, como se ha hecho hasta el presente, tratar de deducir estas leyes de principios filosóficos o de ideologías políticas o sociales. Por ingeniosas que puedan ser semejantes construcciones del espíritu no dejan de ser concepciones fragmentarias de la actividad humana, pálidos fantasmas de la realidad. La filosofía trata siempre de reunir el conjunto de nuestros conocimientos en armoniosa síntesis, de especular sobre el origen y la naturaleza de las cosas, y de edificar doctrinas capaces de satisfacer las aspiraciones de nuestra alma. Pero de sus doctrinas, como de las formas luminosas que se elevan a veces en la lejanía por encima de las brumas de la llanura, nadie podría decir si son montañas inmutables o nubes que pronto el viento ha de dispersar. Ningún sistema de ideas ha contado nunca con la adhesión de todos. Los principios considerados como eternos por unos no lo son por los demás. Las leyes de la vida deducidas de tales principios no son de hecho sino suposiciones. Jamás tendrán autoridad universal. Aun cuando la querella entre materialistas y espiritualistas viene desarrollándose desde hace veinticinco siglos, se encuentra lejos de estar terminada hoy.

¿Es el hombre materia, o espíritu, o las dos cosas a la vez? ¿será preciso deducir las leyes de la vida de los principios de Zenón o de los principios de Epicuro? ¿Habrá que deducirlas de las concepciones de Santo Tomas de Aquino o de las de Jeremy Bentham? ¿Era acaso la vida de los primitivos necesariamente buena y mala la vida en sociedad? "Todo esta bien al salir de las manos del autor de las cosas; todo degenera en las manos del hombre", escribía Juan Jacobo Rousseau. A pesar del éxito de esta doctrina, el buen salvaje sigue siendo, sin embargo, un mito.

Del mismo modo, el principio de la identidad natural de los intereses se aparecía a los utilitarios como la ley esencial de las relaciones económicas. Sabemos hoy que estos filósofos se equivocaban. Muchos hombres creían que la finalidad de la vida es enriquecerse. Algunos otros, que consiste en divertirse en el cielo de los tesoros "que ni los gusanos ni el moho corroen". La primacía de lo económico, que enseñaron Adam Smith y Karl Marx, conduce a reglas de la existencia opuestas a las que se deducen de la primacía de lo espiritual. En nuestro derredor, los principios, las controversias se encarnizan. Ningún sistema es bastante seguro para servir de base indiscutible a nuestra conducta. No más que las leyes de la física, las leyes de la vida no pueden ser deducirlas de principios eternos. Es preciso abandonar la esperanza de descubrir las reglas de la conducta, gracias únicamente al juicio del pensamiento lógico.

Para no engañarnos, debemos inducir las leyes de la vida, de la observación de la misma vida, lo mismo que hemos inducido las leyes de la química o de la física de la observación del mundo inanimado. Ha llegado el momento de sustituir los principios filosóficos por los conceptos científicos. Los conceptos derivados de la observación o de la experiencia son, como ya lo sabemos, de una solidez a toda prueba. Es fácil para cualesquiera que lo dude repetir cuando lo desee las experiencias de donde proceden esos conceptos. Sólo un demente puede negar, por ejemplo, la existencia de las leyes de la herencia o las de la adaptación. Desgraciadamente, es mucho más laborioso inducir las leyes de la vida de la observación de la realidad que deducirlas de fórmulas almacenadas en los libros. Porque el estudio del hombre exige el conocimiento de técnicas precisas y numerosas. Para captar las actividades humanas en su complejidad, tenemos necesidad de los métodos de lo anatomía, de la fisiología, de la física, de la química, de la patología, de la medicina, de la pedagogía, de la psicología, de la economía, de la sociología. Antes de que un fenómeno sea considerado como la expresión de un modo de ser fundamental de la vida, debe ser analizado gran numero de veces por investigadores diferentes y en circunstancias distintas. El resultado de una observación o de una experiencia no está admitido como cierto sino después de su confirmación por otras observaciones u otras experiencias hechas en el mismo país y en otros países. La validez de un dato científico esta sometida a una fiscalización mucho más severa que la validez de un principio filosófico. Se sabe, por ejemplo, gracias a un número inmenso de observaciones, que todo individuo que se traslada del nivel del mar a una altura considerable, manifiesta síntomas del mal de las montañas. Al cabo de algunas semanas, estos síntomas desaparecen. Se ha producido la aclimatación. Entonces el examen de la sangre muestra que los glóbulos rojos han llegado a ser mucho más numerosos. De estos hechos es legitimo inducir que el organismo se adapta a la rarificación del oxigeno atmosférico al aumentar la cantidad de hemoglobina capaz de fijar este gas. Así se ha hecho evidente uno de los muy numerosos aspectos de la ley de adaptación. Del mismo modo, la observación del comportamiento de los hombres en

todas las épocas y en todos los lugares ha mostrado que el ser humano no degenerado busca a la vez la libertad y la disciplina, la actividad y el reposo, la aventura y la seguridad. Este es un carácter inherente a su naturaleza, una ley.

Solamente observando la vida se pueden inducir con seguridad las leyes. Estas leyes no son otra cosa que los modos de ser elementales, Las tendencias esenciales, las necesidades primordiales de los humanos en todas la épocas y en todos los países. Modo de ser, tendencias y necesidades tales que aparecen, no solamente en el individuo, sino también en la sociedad y en la raza.

76

II

Complejidad de las leyes de la vida. - Aspectos contingentes y necesarios de la actividad humana. - Como reconocer nuestras necesidades primordiales. - Las tres leyes fundamentales de la vida

Inmenso es el número de los modos de ser de la vida. Nos es imposible conocerlos todos. Debemos, pues, elegir los que son primordiales. En esta elección es fácil extraviarse. Porque la materia pensante es incomparablemente más compleja que la materia inerte. Las relaciones reciprocas de los hombres son menos fáciles de definir que la de las moléculas o las de los átomos. Es preciso velar para no extraviarse en la multitud de las tendencias, necesidades, apetitos y deseos que nos inclinamos a considerar como fundamentales. Ciertos aspectos contingentes de la vida individual o colectiva se presentan a veces como necesarios. De esta confusión han nacido los errores históricos. El hombre cede fácilmente a la tentación de creer impuestas por la naturaleza las formas de vida que desea él. Durante el siglo XVI, por ejemplo, enseñaba ya Bodin que la ley natural se opone a que el príncipe se apodere de los bienes de sus súbditos. Del mismo modo, los fisiócratas presumían que el mundo humano estaba construido según leyes análogas a las del mundo físico. Y estas leyes se les aparecieron como si fueran justamente las que asegurarían la prosperidad económica. Enseñaron, pues, que al perseguir cada uno su interés particular, trabaja necesariamente por el interés general. Adam Smith elevó la persecución del provecho a la dignidad de una ley esencial de la naturaleza. A causa de su inexperiencia del método científico, los economistas del siglo XVIII creyeron poder descubrir el secreto de las relaciones humanas tan fácilmente como los sabios descubren el de las relaciones de las cosas. Jeremy Bentham, por ejemplo, supuso que hacía por la ciencia del hombre lo que Newton había hecho por la ciencia de la materia. más todavía que los filósofos utilitarios, los marxistas pretendieron emplear el método científico en la elaboración de su doctrina. Pero ni Marx, ni Engels, ni Lenin tenían la experiencia de la investigación científica. Ignoraban la existencia de los conceptos operacionales. Mezclaron, sin sospecharlo, dos disciplinas del espíritu. Confundieron una interpretación filosófica de la vida con la ciencia del hombre. De ese modo, el marxismo, como el liberalismo, dió la primacía a lo económico. Tales errores muestran con cuanto cuidado hemos de buscar entre las leyes de la vida las que son verdaderamente fundamentales.
77
En verdad, ciertos modos de ser del individuo y de la raza son de una realidad y de una generalidad indiscutible. Por ejemplo: es un dato inmediato de la observación que todo individuo de buena salud orgánica y mental desea vivir. El numero de suicidas es relativamente muy pequeño. Es cierto también que los seres vivientes se ven

irresistiblemente impulsados a reproducirse. Tampoco se puede dudar que el espíritu haya emergido progresivamente de la materia viviente en el curso de la evolución de las especies animales. Igualmente se produce espontáneamente en cada individuo, desde el nacimiento hasta el umbral de la vejez, un desarrollo progresivo de la conciencia. De estos tres ordenes de fenómenos se inducen naturalmente tres leyes, que son inseparables, aunque distintas. La ley de la conservación de la vida, de la propagación de la especie y de la ascensión del espíritu. En todos los países y en todas las épocas se han caracterizado los hombres por estos modos de ser elementales. En verdad, las leyes así descubiertas son, lo mismo que los principios filosóficos, abstracciones, pero abstracciones sumamente próximas a lo concreto y todavía impregnadas de realidad. Indudablemente, no tienen la simplicidad ni la belleza de las leyes de la física. No pueden expresarse en fórmulas matemáticas. Sin embargo, son hijas legítimas del método científico. Porque proceden, lo mismo que las leyes de la química o de la psicología, de la observación sistemática de los fenómenos. Se deducen, evidentemente, del análisis de las actividades prodigiosamente complejas de los animales y de los hombres. Su enunciado se reduce a la comprobación de las tendencias más fundamentales manifestadas por los vivientes. Comprobación que es un breve resumen de observaciones innumerables hechas en el curso de los siglos por millares de observadores.

Podemos, pues, estar persuadidos de la realidad y de la importancia primordial de esos modos de ser, tendencias y necesidades de nuestra vida. Tan convencidos como estamos de la realidad de la ley de la gravedad o de la ley de la conservación de la energía.

III

Ley de conservación de la vida. - Su aspecto automático. - Su aspecto consciente y voluntario. - Excepciones a esta ley. - Aberraciones del instinto de conservación.

La vida tiene una tendencia irresistible a conservarse. De no ser así, no existiría ya hoy. El instinto de conservación es el que desencadena el pánico en el ganado cuando se incendia la pradera. Contra las condiciones adversas del medio, reacciona automáticamente el animal salvaje para asegurar la continuación de su existencia. En el hombre esta reacción es automática y voluntaria a la vez.

La ley de la conservación de la vida se encuentra inscrita en la estructura de nuestro cuerpo. Se expresa por un modo muy particular de la actividad inconsciente de nuestros tejidos: la función de adaptación.[1] El organismo se moldea en cierto modo sobre los acontecimientos; a cada situación nueva, improvisa automáticamente un medio de enfrentarle, y este medio es tal que tiende a hacer rendir al maximum nuestra duración. Ante el peligro, los procesos fisiológicos se inclinan siempre en la dirección que conduce a la más larga supervivencia del individuo. Gracias al poder de adaptación de todos los sistemas anatómicos, las agresiones del medio exterior, en vez de gastar nuestros órganos, los fortifican. La vida se conserva y se intensifica por la lucha contra el frío, el calor, el sol, la lluvia, el viento, la nieve, el hambre.

1 "L'homme, cet inconnu".

Del mismo modo, los ataques de los virus, de las bacterias, de los hombres, de las desazones y de las inquietudes dan impulso, sin que tengamos de ello conciencia, a los mecanismos conservadores de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Provocan un esfuerzo espontáneo del corazón, de los vasos sanguíneos, del cerebro, de las glándulas, de los músculos, de todos los órganos. Los animales de sangre caliente están constituidos de tal suerte que el medio interior en que se hallan sumergidas las células de los tejidos debe permanecer en un estado invariable. Solamente a ese precio se conserva la vida. Como el medio exterior es esencialmente variable, los grandes sistemas anatómicos trabajan sin cesar para neutralizar esos cambios y para mantener la constancia del medio interior. Este poder de adaptación al ambiente expresa un modo de ser del cuerpo que sólo hace posible nuestra supervivencia. La ley de la adaptación es, en el mundo de los vivientes, tan fundamental como la segunda ley de la termodinámica en el mundo cósmico. Esta extraña función toma tantos aspectos diferentes como los tejidos y los humores que vuelven a encontrar situaciones nuevas. No es la expresión particular de ningún sistema orgánico. Es definible solamente por su finalidad. Sus medios varían, pero su fin sigue siendo siempre el mismo. Este fin es la conservación de la vida. El organismo lucha contra la enfermedad produciendo substancias que destruyen los microbios. Contra las hemorragias por debilitamiento y a veces por detención momentánea de las pulsaciones cardiacas; contra la destrucción de los tejidos, por su regeneración. Contra la privación de alimentos, por una disminución de los cambios químicos en los tejidos; contra la ancianidad, por el amortiguamiento del ritmo del tiempo fisiológico Esta defensa espontánea del organismo es análoga a la resistencia opuesta por un sistema físico en equilibrio al factor que tiende a modificar este equilibrio. Si, por ejemplo, se disuelve azúcar en el agua, la temperatura baja y el enfriamiento disminuye la solubilidad del azúcar.1 Del mismo modo, cuando un agente interno o externo tiende a modificar el estado del organismo, se producen reacciones fisiológicas que se oponen a dicho agente. La ley de la adaptación es tan esencial en el mundo de los vivientes como el principio de Le Chatelier en el mundo físico. Representa el mecanismo principal de la conservación de la vida.
1 "L'homme, cet inconnu". pags. 267-268

Este apego obstinado a la existencia ha llegado a ser en parte consciente en los seres humanos. Tenemos temor innato a la muerte. A nosotros, los occidentales, se nos aparece la vida como el bien supremo. Cualquiera que trate de apoderarse de nuestra tierra, de nuestros alimentos, de nuestra agua, de nuestro dinero, de las cosas indispensables para nuestra supervivencia, se convierte en nuestro enemigo mortal. Combatir al invasor se ha considerado siempre como el más noble de los deberes. Como los animales salvajes que en la jungla se devoran entre si, los seres humanos luchan incesantemente por su propia conservación. La conquista por los civilizados, de las materias primeras y de los mercados tiene el mismo móvil que la conquista por el tigre de la presa que le impide morir de hambre. La lucha por la vida exige una actividad incesante del cuerpo y del espíritu. Esta ley del combate es tan fundamental como la de la adaptación. La vida no se conserva ni se aumenta más que por el esfuerzo. Por muy penoso que sea este esfuerzo, jamás retrocedemos ante él cuando se trata de conservar la vida. Aun cuando esta nos torture, tratamos de retenerla. Para continuar viviendo, el hombre acepta la esclavitud de la maquina, el trabajo fastidioso de las oficinas, la larga miseria del proletariado, la huida deshonrosa ante el enemigo, las enfermedades de la ancianidad, la lucha sin esperanza contra la enfermedad incurable. La primera obligación que se nos impone, por la estructura misma de nuestro cuerpo y de nuestra conciencia, es la de mantener nuestra vida.

La tendencia de la vida a conservarse parece menos irresistible bajo su aspecto consciente y voluntario que bajo su aspecto inconsciente. La inteligencia y la voluntad no velan sobre nuestra existencia con la misma determinación que el automatismo de los sistemas de adaptación. El sistema nervioso gran simpático es para el organismo un guardián más vigilante que el cerebro. El hombre es el único entre los animales que prefiere a veces la muerte a la vida. Se suicida o se crea hábitos de existencia que son equivalentes al suicidio. En todas las épocas de su historia ha considerado como un honor el morir combatiendo. El principio de conservación no inspira siempre su conducta.

El hombre, como se sabe, tiene libertad para violar todas las leyes naturales. Esta guiado, no por el instinto, sino por la inteligencia. Y la inteligencia es falible. Puede también, por un esfuerzo de su voluntad, fiscalizar sus más profundos impulsos. Le esta permitido imponer silencio hasta al llamamiento de la vida. Se suicida cuando la vida no tiene ya valor para él. De hecho, es un muerto que mata a un muerto.

Cosa extraña: los civilizados han instaurado costumbres que hacen imposible la vida misma. Por ejemplo; el amontonamiento de muchedumbres en las ciudades industriales, la supresión de las condiciones naturales de la existencia, el alcoholismo, la emancipación de toda moral. Pero estos errores son debidos ante todo a la ignorancia de las exigencias de la vida. Porque el hombre de Occidente tiene la pasión de vivir. Esta pasión se mide por la grandeza de los esfuerzos a que se entrega para evitar la muerte. Pero su inteligencia no le ha hecho entrever más que de un modo parcial el campo en que su voluntad puede ayudarle a conservar la vida. Ignora, por ejemplo, que muchos de los hábitos modernos nos degradan y nos asfixian. Pero ha comprendido la utilidad de la higiene y ha hecho un gigantesco esfuerzo para desarrollar la higiene y la medicina. Con grandes dispendios, ha construido por todos partes laboratorios de investigación, de química, de bacteriología, de fisiología, escuelas de medicina y de higiene. La ciudad de New York está dominada por las gigantescas construcciones del Medical Center de la Universidad de Columbia. Y a orillas del East River se eleva la masa del Instituto de Rockefeller.

IV

IV

La ley de lo propagación de la raza. - Atracción sexual. - Amor materno. - Sus bases orgánicas. - Disociación del acto sexual y de la fecundación.

Hay en todos los animales una segunda tendencia fundamental y no menos imperiosa que la de conservar la vida. Es la tendencia a propagar la raza. Los seres humanos son irresistiblemente impulsados a reproducirse. Entre los animales, sólo el hombre puede poner el obstáculo de su voluntad al desencadenamiento del apetito sexual. En todas las épocas ha habido ascetas. Pero los ascetas nunca fueron numerosos porque el apetito sexual es, después de la sed y del hambre, el más exigente de los apetitos. La naturaleza da casi la misma importancia a la propagación de la vida que a su conservación. Afecta de una especie de locura a quienes trata de unir. Las sustancias que vierten en la sangre los testículos o el ovario obran de modo poderoso sobre los centros cerebrales. Y la claridad del juicio se oscurece. El apetito sexual es el dueño incontestable de los

individuos y de las naciones. La historia de los pueblos, como la de las familias, dependen con frecuencia de las fantasías genésicas de sus jefes. Multitud de hombres han sacrificado su fortuna o su honor para obedecer al impulso de sus glándulas genitales. La necesidad de propagar la raza puede en ciertos momentos dominar a la necesidad de conservar la vida. El amor es literalmente más fuerte que la muerte. Es preciso no confundir el amor con el deseo genésico. El amor supera al deseo, como el incendio supera a la llama de la cerilla. Es el producto misterioso todavía de las glándulas de secreciones internas, de los centros nerviosos y del espíritu. Hace que un ser se dé para siempre a otro ser. Forja de modo indestructible el acoplamiento del macho y de la hembra. Completa la unión de los cuerpos con la de las almas. Asegura la permanencia, la paz y la alegría de la familia. Permanencia, paz y alegría indispensables al desarrollo óptimo de los descendientes del hombre. Constituye el más sutil y el más grandioso de los procedimientos empleados por la naturaleza para determinar la propagación de la raza y la ascensión del individuo.

86

En la transmisión de la vida, el papel de la hembra es incomparablemente más importante que el del macho. Es en los tejidos y en el alma de la hembra donde pueden leerse las intenciones de la ley de la propagación de la raza. Hay en todas las hembras un respeto sagrado a su descendencia. El amor materno es mucho más profundo que el amor sexual. La perra, como la leona, defiende sus crías con valor feroz cuando no está degenerada, la hembra no vacila en dar su vida por sus hijos. Sigue inconscientemente el precepto inscrito en sus tejidos y en su sangre desde antes del alba de la humanidad. La naturaleza prefiere el niño a la madre. En los primeros tiempos del hambre de Madrid, las mujeres enflaquecían, pero parían todavía hijos de peso normal. Pero como la cantidad de alimentos había sido excesivamente insuficiente para satisfacer las necesidades a la vez de la madre y del feto, el crecimiento del feto se hacía a expensas de las substancias de la madre. Del mismo modo, la leche materna variaba apenas en calidad y en cantidad. La criatura prosperaba pero la nodriza perdía durante el tiempo de la lactancia una cuarta parte de su peso. Así, la madre era automáticamente sacrificada al niño.

En otras circunstancias, el sacrificio, en lugar de ser inconsciente, se hace voluntario. Los padres prefieren generalmente la salud de su progenitura a la suya. Durante el hambre de Paris, muchos padres y abuelos se privaron de alimentación en favor de sus descendientes, a veces hasta el punto de morir.

El amor materno es de corta duración en el perro, mucho más persistente en el mono. En la especie humana, nunca cesa. Porque el hijo del hombre tiene necesidad de amor y la madre tiene necesidad de amar. Sea cual fuere la duración de su vida y la modestia de su posición, los padres que han conseguido criar hijos de buena calidad experimentan al final de su existencia el sentimiento de haber cumplido plenamente su destino. Se ven recompensados en la enfermedad o en los achaques de la vejez por la serenidad y la alegría con que la naturaleza gratifica a quienes la han obedecido completamente.

El hombre y la mujer son diferentes entre si, pero complementarios. No se particularizan solamente por sus órganos genitales y por su morfología.

Sus células, sus humores, su sangre misma llevan la huella anatómica o química de su sexo. Literalmente se encuentra inscrito el destino del individuo para propagar su especie en lo más profundo de sus tejidos. El impulso genesico que aparece en la pubertad viene bajo la influencia de causas desconocidas, de las glándulas de secreción interna.

La hipófisis, esa pequeña masa de células glandulares que se encuentra en parte incluida en la base del cráneo, vierte a la sangre ciertas substancias muy activas. Estas substancias son arrastradas por la corriente sanguínea a los testículos y a los ovarios y determinan su actividad. Las glándulas suprarrenales y tiroideas contribuyen también a la actividad genital. En el momento de la pubertad determinan la aparición de las señales que dan sus caracteres específicos a cada sexo. Es evidente que el organismo está enteramente ordenado con relación a la función sexual; en otros términos para la propagación de la vida. La mujer está mucho más especializada en su papel que el hombre. Sus funciones orgánicas y psíquicas están centradas sobre las modificaciones cíclicas del ovario. Tota mulier in utero, decían los antiguos. La elaboración de los óvulos, la preparación para las maternidades eventuales, el embarazo, la lactancia, son el destino natural de la mujer.

Pag 87

Destino al cual no se sustrae sin peligro: el desequilibrio nervioso y mental es el precio que la mujer debe pagar cuando las condiciones de la vida o de su propia voluntad se oponen al cumplimiento de su función natural. El amor materno no es una virtud, es una función del sistema nervioso femenino, como la secreción láctea es una función de la glándula mamaria. Amor materno y secreción láctea dependen ambos de la misma sustancia, la prolactina, que, como ya hemos dicho, aporta a la sangre el lóbulo posterior de la hipófisis. Esta glándula, por su acción sobre el aparato genital, sobre las mamas y sobre el cerebro, ordena a la vez los impulsos que conducen al hombre y a la mujer a acoplarse, que dan a la mujer el amor a su pequeño y la posibilidad de alimentarlo.

El progreso de las técnicas anticoncepcionistas ha disociado el acto sexual de la fecundación. Al mismo tiempo, el aborto ha dejado de ser considerado como un delito. El hombre y la mujer ya no obedecen a la ley de la propagación de la raza. La naturaleza ha permanecido al principio muda; los transgresores mismos no han sido castigados, o lo han sido solo débilmente. Después han llegado terribles catástrofes. Francia ha declinado. Inglaterra sigue el mismo camino y se ha producido una gran transformación cualitativa en los Estados Unidos. La severidad del castigo muestra la gravedad del pecado.
La necesidad de propagar la raza es, en los modernos, tan fundamental como la de conservar la vida. Está arraigada en la estructura misma del cuerpo y del espíritu. Todo el organismo se halla impregnado de sexualidad. Las glándulas que producen los elementos del ser futuro dan al mismo tiempo al procreador la fuerza y la audacia. Propagar la vida es, como conservar la vida, un impulso a la vez instintivo y consciente que tienen en su origen, en lo más profundo de los tejidos y del espíritu, una tendencia primordial, una necesidad esencial.

V

Ley de la ascensión del espíritu en el curso de la evolución de los animales y de los seres humanos. - El desarrollo del cerebro y el advenimiento de la inteligencia.

Existe una tercera tendencia de la vida, mucho menos fácil de comprobar, pero tan fundamental como las dos primeras: la ascensión del espíritu en el curso de la evolución de los seres vivientes. Ciertamente, la paleontología no es, como la historia, más que una ciencia conjetural. Sus datos son raros y frecuentemente poco seguros. Se halla lejos de poseer la exactitud de la química o de la fisiología. No podemos esperar de ella un conocimiento preciso de nuestros antepasados. Sin embargo, nos aporta sobre nuestro pasado documentos de valor incontestable. Considerada en sus grandes líneas, la evolución de los vivientes es un hecho cierto. El espíritu no se manifiesta fuera de la materia sino después de una larga ascensión en las formas animales que se sucedieron en la superficie de nuestro planeta desde la mónada hasta el hombre.

Quizá, antes de la aparición de la vida, estaba ya presente en el mundo terrestre. quizá se ocultaba bajo la apariencia del impulso interno, del esfuerzo creador, de la idea que se realiza progresivamente en los seres únicelulares, en los invertebrados, los peces, los anfibios, los reptiles, y finalmente, en los animales de sangre caliente. "Lo que es esencialmente del dominio de la vida - escribía Claude Bernard - y lo que no pertenece ni a la química, ni a la física, ni a otra cosa, es la idea directriz de esta evolución vital". Las plantas y los árboles se parecen en este aspecto a los animales. ¿No hay en la bellota una idea creatriz que se desarrolla poco a poco y se manifiesta completamente en el roble? Parece que el desarrollo de la raza, como el del individuo, se hace bajo el impulso de una fuerza inmanente que no deja de tener analogía con el pensamiento. Pero con un pensamiento ciego y clarividente a la vez, pródigo y económico, vacilante y seguro, muy diferente del pensamiento humano.

El espíritu fue incapaz de manifestarse a nosotros en el mundo bajo el aspecto con que lo conocemos hoy, antes de que la materia viviente hubiera adquirido una estructura apropiada. La realización de esta estructura exigió de la vida una preparación que duró quizá mil millones de años. Entonces, al lado de los gigantescos y estúpidos dinosaurios de cerebro rudimentario, aparecieron los pequeños animales inteligentes y avispados, cuya sangre tenía una temperatura constante. Con estos primeros mamíferos comenzó, hace verosímilmente cuarenta a cincuenta millones de años, el progreso rápido de la substancia cerebral. Acontecimiento de inmensa significación, porque era indispensable para la aparición del espíritu en la materia viviente cierto de perfección de esta substancia. La paleontología nos da una imagen sumamente incompleta de nuestra historia. Los documentos en los cuales se basa la doctrina de la evolución son poco numerosos. Es posible que los eslabones que faltan de la cadena no sean jamás conocidos por nuevos descubrimientos.

Quizá también las pruebas de nuestra descendencia de un antepasado que seria común a nosotros y a los antropoides no existan. Es cierto, sin embargo, que el cerebro se perfecciona de modo irregular, discontinuo, pero progresivo, en la serie animal, a medida que pasan millones de años. Del aspecto rudimentario que presentaba en los animales inferiores, la medusa, por ejemplo, el sistema nervioso llegó a una alta complejidad en los mamíferos. En particular, en el tarsero, que algunos paleontólogos consideran como nuestro antepasado probable. El cerebro del monuelo, del mono, del antropoide, muestra un aumento de los centros de la vista, del tacto, de los movimientos de las extremidades. Ciertamente, las relaciones entre lo cerebral y lo mental están lejos

de ser conocidas. Pero se sabe que el espíritu depende a la vez de la cantidad y de la calidad de la materia cerebral, y de las glándulas endocrinas. Es seguro también que la inteligencia no está relacionada únicamente con el volumen del cerebro. Porque el cerebro de algunos idiotas es tan grande como el de Napoleón. Relativamente a su peso, el ratón posee un encéfalo más pesado que el del hombre; sin embargo, no es más inteligente que este último. Por otra parte, el volumen de la substancia nerviosa, con relación al de los demás tejidos, era pequeño en los reptiles, los dinosaurios y los pájaros. Es mucho más grande en los mamíferos, y sobre todo en los primates. A pesar de los tanteos, de las detenciones y de los saltos bruscos de la evolución, el cerebro creció irresistiblemente, al mismo tiempo que la inteligencia se elevaba.

Durante el periodo mioceno, hace quizá veinte o treinta millones de años, erraban ya por los bosques de Europa grandes antropoides cuya capacidad craneana no era inferior a la de los gorilas que existen en nuestros días. Ahora bien, el cerebro de un gorila de más de trescientos kilogramos de peso no rebasa los seiscientos centímetros cúbicos. Al finalizar el período plioceno se produjo un fenómeno de importancia capital: el aumento rápido del cerebro en las criaturas que se parecían, en ciertos aspectos, a los antropoides del mioceno. Uno de los primeros seres cuyo volumen cerebral se elevó netamente por encima del de los otros primates, vivía en Java hace quizá quinientos mil años. Era este el pitecantropo, un subhombre cuya capacidad craneana era aproximadamente de novecientos centímetros cúbicos, y el ángulo facial de cincuenta y dos grados. Algunos cientos de milenios antes de él había en el Sussex otro ser más inteligente, el Ecantropo de Pietdown, cuyo volumen cerebral llegaba a mil trescientos cincuenta centímetros cúbicos aproximadamente. Este ser sabía ya tallar groseramente el silex para hacer con él herramientas y armas. Probablemente en una época bastante próxima prosperaba el Sinantropo u hombre de Peiping. Mucho más tarde, después de la cuarta glaciación, quizá de cuarenta a cien mil años antes de la era cristiana, apareció el hombre Neanderthal. Este pequeño ser, rechoncho, de cuello poderoso y corto, tenía todavía el modo de andar de un antropoide. Habitaba en Alemania, cerca de Dusseldorf, y también en Francia, en el valle del Dordogne. Construía herramientas muy bellas de silex.
89
Su ángulo facial variaba entre cincuenta y ocho y sesenta y siete grados. Su capacidad craneana era de mil quinientos cincuenta centímetros cúbicos aproximadamente, igualando la de los actuales habitantes de Europa. Dejó su puesto, como es sabido, hace aproximadamente veinte o treinta a mil años, al hombre de Cromagnon, cuyo ángulo facial alcanzaba a noventa y cinco grados y cuyo poder de observación, sentido estético y habilidad manual no eran probablemente inferiores a los nuestros.

En suma: la ascensión del espíritu prosiguió lentamente en la serie de las formas animales, en el curso de cientos de millones de años. Después, a partir del comienzo de la época pleistocena, hace apenas dos mil siglos, se aceleró mucho. A pesar de las convulsiones geológicas, de la invasión repetida de la superficie de la tierra por los hielos, de los ataques de los formidables animales prehistóricos, del hambre y de las enfermedades, el hombre continúa automáticamente su marcha hacia la luz. Fabrica armas y utensilios. Descubre el fuego. Inventa la rueda. Cultiva los cereales. Domestica los animales salvajes. Y cuando su inteligencia y sus invenciones le procuran algún descanso, comienza a reflexionar sobre la naturaleza de las cosas, sobre si mismo y el universo, sobre Dios. En el siglo cuarenta antes de nuestra era, los egipcios poseían ya un código moral escrito. Según el canon de Confucio, los astrónomos chinos del siglo vigésimocuarto determinaron los solsticios de invierno y de verano y calcularon

aproximadamente la longitud del año. Una centena de años más tarde el emperador Shum ofrecía oraciones y sacrificios a un Dios único. En fin, en el siglo sexto, con los filósofos de la escuela jónica, "Thales, Anaximandro, Anaximeno, apareció el alba de nuestra civilización ...

Así, en un espacio de tiempo que en la historia de los seres vivientes no es superior a una hora en la existencia de un hombre, el espíritu emergió de la materia y se instaló en nuestro planeta. A partir de este momento, continua su ascensión en dos direcciones distintas, aunque complementarias. La de la inteligencia, creadora de la filosofía y de la ciencia, y la del sentimiento, es decir, la del arte, de la religión y de la moral.

VI
Vuelo de la inteligencia y del sentimiento en la raza

La inteligencia escoge para emprender su vuelo el minúsculo promontorio que se adelanta en Asia hacia el Océano Atlántico, al norte del Mediterráneo. De un solo aletazo se eleva, en la Grecia antigua, a una altura que apenas ha sido superada hoy. Se dedica inmediatamente a problemas formidables. Problemas que los filósofos que van sucediéndose a lo largo de los siglos, desde Pitágoras, Platón y Sócrates, hasta Kant y Bergson, no han sido todavía capaces de resolver. Pero la inteligencia no se conforma con la filosofía. De Grecia emigra al oeste de Europa. Y, en una ascensión genial, crea la ciencia. Su éxito fue entonces prodigioso. Durante el corto tiempo que separa la edad de Galileo y la de Newton de la Claude Bernard, de Pasteur y de Planck, descubre las leyes esenciales del mundo físico y del mundo de la vida. Gracias a ella, "los hombres obtuvieron el dominio de todo cuanto se encuentra en la superficie de la tierra, con excepción de si mismos".

El sentimiento, bajo la forma del arte, de la poesía, de la grandeza moral, de la inspiración religiosa, fue, desde el alba de los tiempos prehistóricos, la luz de la humanidad. En cuanto salió de la noche original, trató el espíritu de reproducir la belleza de las cosas en la madera, el marfil o la piedra, y de expresarlo por medio de la música y de la poesía. Hubo artistas desconocidos en la época de Cromagnon. Hubo un Fidias y un Praxiteles, y hubo un Virgilio. Al mismo tiempo se elevaba el espíritu hacia la concepción de la belleza moral, de la verdad, de Dios. Surgieron Platón, Aristóteles, Zenón, Epicteto. El espíritu se lanzó de repente en un inmenso vuelo.
91
En una aldea ignorada de Palestina, a orillas del lago de Tiberiades, un joven carpintero, Jesús de Nazaret, anunció a algunos pescadores ignorantes una conmovedora noticia.

Somos amados por un Ser inmaterial y omnipotente. Ese Ser es accesible a nuestras oraciones. Debemos amarle más que a otro cualquiera. Y amarnos también los unos a los otros.

Comenzó una era nueva. Se había encontrado el único lazo bastante poderoso para la unión entre si de los hombres. Quiso, sin embargo, la humanidad ignorar la importancia de este nuevo principio en la organización de la vida colectiva. Se hallaba muy lejos de comprender que podría ser salvada de la división, de la ruina, del caos, por el amor mutuo. No se ha realizado ningún descubrimiento científico ni se ha producido jamás un hecho de más trascendental significación que la ley del amor predicada por Jesús

Crucificado, porque esta ley es, de hecho, la de la supervivencia de las sociedades humanas.
La regla evangélica fue solamente aplicada, en cierta medida, a la vida individual. Aun cuando tuviera todavía en el fondo de su ser los apetitos de un gorila, feroz y lubrico, el hombre sentía la belleza de la caridad, de la abnegación, del heroísmo, que consiste en dar, en el infierno de la guerra moderna, su propia vida por los demás, en tener piedad para el vencido, el enfermo, el débil, el abandonado. Esta necesidad de sacrificio y de fraternidad se precisó en el curso de los siglos. Aparecieron entonces San Luis de Francia, San Francisco de Asis, San Vicente de Paul, y la interminable legión de los apóstoles de la caridad.

Hoy, en esta edad de egoísmo y de bajeza, multitud de hombres y de mujeres siguen todavía, en los campos de batalla, en los monasterios, o en la turbulencia de la ciudad moderna, el camino del heroísmo, del renunciamiento y de la santidad.
Al mismo tiempo se precisaba una tentativa audaz y más desconcertante todavía. La de alcanzar, por el sentimiento, el país desconocido que se extiende más allá de la ciencia y de la filosofía. País en cuyo umbral se detiene automáticamente la inteligencia. Y los grandes inspirados, Benoit de Norcie, por ejemplo; Juan de la Cruz, Maitre Eckhardt, Ruysbroeck el Admirable, enseñaron a los hombres del Occidente cómo, siguiendo la voz del ascetismo y de la mística, pueden alcanzar a Dios. En otros términos, cómo se ha de satisfacer la antigua necesidad del alma humana de unirse a este ser inmanente en todas las cosas que, sin agotarse en la naturaleza, como el Sabio de Heraclito, la domina a la manera de Javeh, y como el Dios de San Francisco de Asís, tiene para nosotros el afecto de un padre.

En verdad, ha olvidado nuestra civilización que nació de la sangre del Cristo. Ha olvidado también a Dios. Pero comprende todavía la belleza de los relatos evangélicos y del Sermón de la Montaña, de esas palabras de piedad y de amor que aportan la paz, a veces también la alegría, a los vencidos, a los afligidos, a los débiles, a los enfermos, a los moribundos; a todos cuantos, tarde o temprano, seremos aplastados por los mecanismos despiadados de la vida.

Hoy, a pesar de la quiebra de las ideologías y del desorden universal, la inteligencia y el sentimiento continúan su inmenso vuelo. Indudablemente, la humanidad deja detrás de si una innumerable muchedumbre de mediocres, de débiles de espíritu, de idiotas morales, de locos, de criminales, de degenerados de toda clase. Sin embargo, no cesa de engendrar seres de poder mental cada vez mayor. Los conductores de pueblos, los héroes, los sabios, los santos; engendrados por la civilización moderna, ¿no son superiores a Platón, a Pericles, a Aristoteles, a Cesar, a todos los grandes hombres de la antigüedad? Aun cuando el cerebro no haya aumentado de volumen de modo apreciable desde la época de Neanderthal, es decir, desde hace más de cuatrocientos siglos. su valor funcional ha aumentado enormemente. Quizás este crecimiento sea la expresión de modificaciones cualitativas de células nerviosas o de secreciones de células glandulares que, mezcladas a la sangre, bañen el cerebro; modificaciones que nuestros técnicos, histólogos y químicos no son todavía capaces de descubrir. Quizá sea debido simplemente a la trasmisibilidad de los conocimientos, a su acumulación y al mejoramiento de las condiciones de la vida. Sea lo que fuere, la potencia mental se eleva cada vez más en la raza, a pesar de la indignidad de la mayoría de los individuos.

En suma: el espíritu, bajo su doble aspecto lógico y no lógico, intelectual y sentimental, se ha manifestado casi súbitamente en los más evolucionados de los primates después de una larga ascensión en la noche del reino animal. Ha aportado a los vivientes dos dones divinos: el sentido de la belleza moral y la luz de la ciencia.

Gracias a estos dones, el hombre se ha evadido de la barbarie. Ha transformado su propia existencia y ha conquistado la tierra.

La emergencia del espíritu fuera de la materia constituye verdaderamente la razón de ser de la evolución. La finalidad hacia la cual avanza desde el fondo vertiginoso de las edades la procesión de las formas vivientes, el acontecimiento más solemne de la historia del universo. Con absoluta evidencia, esta brusca ascensión del conocimiento en las formas animales es la expresión de un modo de ser fundamental de la vida.

VII

Ley de la ascensión del espíritu en el curso de la evolución del individuo. - carácter a la vez automático y voluntario del desarrollo de la conciencia.

La conciencia aparece en cierto momento de la evolución del individuo como la conciencia de las razas. Esta emergencia de lo espiritual fuera de lo material, fuera de la masa de células y de sangre que compone el organismo, es un dato inmediato de la observación. Constituye un carácter esencial de la substancia de que estamos hechos. La vida humana comienza en la noche del espíritu. El óvulo mismo, cuando contiene en potencia el genio de Newton, de Goethe o de Napoleón, no es muy diferente de los seres únicelulares, que durante el periodo arqueozoico del precambriano, representaban el humilde comienzo de los vivientes en la superficie de la tierra. Una vez fecundado, el óvulo se divide y engendra el embrión. Y el embrión se convierte en feto. Nace el niño. Pero la noche continúa. Continúa hasta los momentos radiantes del primer año, en que la madre ve alzarse, en los ojos de su nene, el alba de la inteligencia. Como la luz de la mañana bajo los trópicos, la inteligencia crece muy de prisa. En algunas docenas de meses, el niño termina el camino que las formas vivientes invirtieron quizá más de un millón de milenios en recorrer en su ascensión hacia el espíritu. Desde el punto de vista mental, lo mismo que desde el punto de vista corporal, la evolución del individuo presenta al una analogía, como lo suponía Haeckel, con la evolución de la especie. En otros términos: la evolución filogenica del espíritu parece prefigurar su evolución ontogenica.

96

El desarrollo mental es a la vez automático y voluntario. En la tierna infancia es enteramente automático, lo mismo que el de los órganos, los músculos y el esqueleto. Hasta mucho más tarde no reclamará la ayuda de la inteligencia y de la voluntad. Primeramente, el espíritu crece, al mismo tiempo que el sistema nervioso y los demás tejidos, bajo el impulso interno de las fuerzas hereditarias que tienen su sede en los genes de todas las células del organismo. Y esta influencia de los genes le da, lo mismo que a los rasgos de nuestro semblante, algún parecido con nuestros padres o con algunos de nuestros antepasados. Sin embargo, la actualización de las potencialidades hereditarias no es fatal. Depende de las condiciones físicas y químicas del medio en que el individuo se desarrolla. Por ejemplo: del clima o de la cantidad y de la naturaleza de los alimentos.

Esta es la razón de que muchos individuos continúen durante toda su existencia inferiores a lo que hubieran podido ser.

Porque el alma no es independiente del cuerpo. La calidad del espíritu depende de la calidad de los órganos; en particular, del cerebro y de las glándulas endocrinas. Jamás se han visto aparecer genios entre los microcefalos. Si Virgilio hubiera sido afectado de mixoedema de origen tiroideo o de diabetes pancreática, no hubiera aparecido la "Eneida". Es cierto también que una gran alma puede habitar en un cuerpo enclenque. A veces la enfermedad no es incompatible con una gran elevación mental. Santa Teresa de Lisieux era tuberculosa. La sifilis, por el contrario, lesiona frecuentemente el cerebro. Pero da a veces al pensamiento una amplitud magnifica. Alfonso Daudet padecía ataxia locomotriz. Guy de Maupassant murió de parálisis general. Hay deficiencias orgánicas que atacan al alma, mientras que otras la dejan indemne. Pero el estado de la conciencia nunca es independiente del estado de los tejidos, de los humores y de la sangre.
97
El crecimiento espontáneo del espíritu es siempre incompleto. El hombre no alcanza su pleno vuelo mental sino por su propia voluntad. Es bien sabido que el desarrollo de los músculos y de los órganos demanda esfuerzo. No llega uno a ser atleta sin preparación. Del mismo modo es preciso padecer para acrecer en nosotros mismos las fuerzas de la conciencia. Si el discípulo no tiene voluntad de instruirse, el más hábil profesor nada podrá enseñarle. El recitar un tratado de moral no convierte a uno en virtuoso. Nadie puede forjar por nosotros nuestra alma.

Por razón de haber adquirido un espíritu indomable, llegó Henry Ford, de modesto obrero, a emperador de una industria gigante.

La formación de la personalidad es equivalente, según la expresión de Bergson, a la creación de uno por si mismo. Y esta creación de uno por si mismo consiste en sacar de nuestro cuerpo y de nuestra conciencia más todavía de lo que contiene. En modelar nuestra vida interior según un ideal. En construir en nosotros, con la ayuda de materiales, hasta mediocres, un alma nueva y poderosa. Ese milagro se realiza todos los días en la historia de la humanidad. Con frecuencia los grandes hombres se elevan de un humilde origen. Pero todos, ignorantes y sabios, pobres y ricos, jóvenes y viejos, son igualmente capaces, si lo quieren obstinadamente, de hacer brotar del fondo de si mismos la energía espiritual que se halla allí oculta. La conciencia crece al mismo tiempo que el cuerpo. Pero no cesa de crecer al mismo tiempo que él.

97
Vuelo de la inteligencia y del sentimiento en el individuo. - El secreto de la vida. - El término de la ascensión. - El gran repudio.
Es durante la edad madura, cuando las actividades fisiológicas se han hecho menos intensas, cuando tiende a profundizarse, a ampliarse, a purificarse. La inteligencia, la actividad estética, la fuerza moral, el sentido de lo sagrado progresan todavía durante la ancianidad. En el mismo momento en que Dante se quejaba de su decrepitud y de su espalda encorvada como un arco, escribía los versos más sublimes del "Paraíso". Pero el espíritu continúa hasta el fin su ascensión solamente en aquellos que durante toda su vida han sido sus sumisos servidores.

Los hombres, en su mayor parte, ignoran que son los artífices de su destino espiritual. Además, no se preocupan en absoluto de dicho destino. Sabemos ya que el desarrollo del espíritu en el individuo está lejos de ser irresistible, como lo ha sido en la raza. En el curso de la evolución de innumerables especies animales, la conciencia ha vacilado, ha tanteado y ha llegado a un callejón sin salida, donde se ha detenido para siempre. Por ejemplo: en las hormigas y en las abejas. Se comporta frecuentemente de la misma manera en el individuo; porque no puede alcanzar su desarrollo optimo sin educación y sin esfuerzo de la voluntad. Por una extraña aberración, los civilizados no se preocupan del progreso de su alma. Una parte importante de la población, como ya lo hemos dicho, no rebasa jamás la edad psicológica de doce o trece años. No conoce exactamente las causas de esta desastrosa detención. Generalmente, el infantilismo mental se observa en la descendencia de los alcohólicos, de los sifilíticos, de los débiles mentales, de los débiles morales. Pero en vez de ser hereditario, puede ser debido a deficiencias de alimentación, a la acción de substancias tóxicas, a malos hábitos fisiológicos, al ataque de ciertos virus. Entre los hombres cuya inteligencia continúa durante más largo tiempo desarrollándose, muchos son incapaces de alcanzar la madurez mental. Podrían, sin embargo, emplear para su progreso fisiológico y espiritual las oportunidades que les ha dado el progreso de las maquinas.

Por el contrario, pierden el tiempo que no pasan en la fábrica, en el taller, en el almacén o en la oficina, en beber, en jugar a las cartas, en ir al cine, en danzar, en leer novelas hechas a su imagen. Son victimas a la vez de la educación y de los hábitos de la vida moderna. La responsabilidad del infantilismo intelectual y de la atrofia moral que han causado nuestra decadencia, ¿no obedece a una mala educación? En la atmósfera de mentira y de frivolidad creada por la radio y por los periódicos, en la inconsistencia de la existencia cotidiana, en el desprecio de lo bello y de lo sagrado, se encuentra paralizado el vuelo de la inteligencia y del sentimiento.

Sin embargo, tal deficiencia no invalida la ley del desarrollo del espíritu. Así como tampoco la existencia de la enfermedad hace que consideremos a la salud como una ilusión. La ascensión espiritual de los individuos normalmente desarrollados no deja por ello de aparecérsenos como un modo de ser fundamental de la vida. En todas las épocas, los seres humanos más evolucionados han aplicado su voluntad a su progreso mental. Desgraciadamente, en la sociedad moderna este esfuerzo se halla mal dirigido. Ha separado la inteligencia del sentimiento. Ha creado a veces el deseo de saber, el poder de observar, de comprender, de acordarse, de juzgar, de inducir, de deducir, de edificar construcciones lógicas, de imaginar, de descubrir. Pero no se dirige casi nunca a las actividades no intelectuales del espíritu, valor, audacia, veracidad, fidelidad, abnegación, heroísmo, amor.

"Ver sin amar" - escribió antaño Maeterlinck - es mirar en las tinieblas". Al desarrollar exclusivamente la razón, la educación moderna detiene el desarrollo del espíritu. La preparación para la mayor parte de los exámenes forma la memoria sin formar la inteligencia. Además, su valor espiritual es nulo. Sin embargo, el interés de la comunidad exige una profunda cultura intelectual, porque tenemos necesidad de ingenieros, de biólogos, de economistas, de historiadores, de físicos, de matemáticos, de filósofos. Solamente los especialistas de la inteligencia son capaces de hacer avanzar el conocimiento. La especialización es un mal necesario. Pero se paga con el encogimiento del espíritu. La atmósfera de las bibliotecas, de las aulas y de los laboratorios es peligrosa para quienes se confinan allí durante largo tiempo. Como una niebla, nos

separa de la realidad. Sin Gretchen, el doctor Fausto seguiría ignorando siempre que el secreto de la vida no se encuentra en los libros.
100
El secreto de la vida se encuentra en la vida misma. En la plenitud de las actividades orgánicas, intelectuales y espirituales de nuestro cuerpo. Nunca se descubre este secreto si no se considera aisladamente uno de estos tres órdenes de actividad. Cuando el espíritu se eleva en nosotros bajo el esfuerzo de la voluntad, como la savia en el árbol bajo el esfuerzo de la primavera, toma aspecto a la vez de inteligencia, de juicio, de dominio de uno mismo, de belleza moral. Se convierte en la luz intelectual completamente llena de amor, de que habla Dante en "El Paraíso". Es la prudencia. Esta prudencia que se rehúsa a los filósofos y a los sabios, porque los sabios y los filósofos consideran como irreales las cosas que no pueden expresarse con palabras. Ni Juan Jacobo Rousseau, ni Auguste Comte, ni Claude Bernard han sido prudentes. Es en la muchedumbre anónima de los humildes donde encontramos a veces a los verdaderos elegidos del espíritu. Se les encontraba antaño entre los hombres y las mujeres que cultivaban su campo con su numerosa familia de hijos y de criados. También en la pequeña aristocracia unida a la tierra y cuya vida era semejante a la de los campesinos. Esta prudencia a la vez luminosa e inarticulada existe todavía en algunas familias campesinas, en ciertos viejos médicos del campo, en humildes sacerdotes, en los héroes desconocidos del renunciamiento y de la caridad. Pero se ha encontrado también en los emperadores y en reyes.

¿Acaso se elevó menos el espíritu en Marco Aurelio o en San Luis que en Sócrates o en Epicteto?. El camino que conduce a la cumbre de la montaña es tan duro y tan bello para los unos como para los otros. Nadie progresa sino a precio del sacrificio. Sin sacrificio no hay ascensión espiritual.
101
Sacrificio de la propia fortuna, de la reputación, de la vida, por amor a los suyos, a la patria o a un gran ideal. Es el soldado que entra voluntariamente en el espanto de la batalla moderna. Es Noguchi, abandonando, solo, débil, enfermo, sus laboratorios del Instituto Rockefeller de New York, para ir a morir de fiebre amarilla en África. Son los que tienen el culto de la belleza y de la verdad, los que tienden con todas sus fuerzas hacia Dios, los que dan su vida para que la justicia y el amor reinen sobre la tierra. No es la razón, sino el sentimiento, el que conduce al hombre a la cumbre de su destino. El espíritu se eleva por el sufrimiento y el deseo más aun que por la inteligencia. En cierto momento del viaje, deja detrás de si la inteligencia, cuyo peso es excesivo.

Se reduce a la esencia del alma, que es amor. Solo, en medio de esta noche de la razón, se escapa del tiempo y del espacio.
Y por un proceso que los grandes místicos no han sido nunca capaces de describir, se une al substrato inefable de todas las cosas. Puede ser que esta unión con Dios sea la finalidad secreta hacia la cual tiende el individuo desde el instante en que el óvulo fecundado comienza su división y su crecimiento en la pared del útero materno.

La evolución espiritual sólo en muy pocas gentes termina porque exige un esfuerzo persistente de voluntad, cierto estado de los tejidos, el sentido del heroísmo, la purificación de los sentidos y de la inteligencia, y otras condiciones que conocemos mal. En particular esa condición psicofisiológica que la Iglesia llama la Gracia. Pero todos pueden aventurarse por el sendero que, a través de las nubes, conduce a la luz de las cimas. Es igualmente posible a todos, en lugar de obedecer a la idea directriz de la

evolución individual, vivir para la sola satisfacción de sus necesidades fisiológicas, como nuestros primos los orangutanes, los chimpancés y los gorilas. La mayor parte de los civilizados están todavía tan cerca de la animalidad que buscan exclusivamente los valores materiales. Por eso, su existencia es mucho más baja que la de los animales. Porque sólo los valores espirituales pueden aportarnos la luz y la alegría. Cada uno debe, en un momento dado de su vida, hacer elección entre lo material y lo humano. Es decir, rehusar o aceptar la obediencia de la ley de la ascensión del espíritu. Y no es menos peligroso permanecer en la indecisión que rehusar la obediencia a esa ley. "Así porque tu eres tibio y no tienes frío ni calor, voy a execrarte", está escrito en el Apocalipsis. Aunque la conciencia detenga pronto su desarrollo en la mayor parte de las gentes, su tendencia natural consiste, sin embargo, en ir creciendo desde el nacimiento hasta la muerte. En verdad, la ascensión del espíritu en el curso de la evolución de cada individuo es, no solamente una ley fundamental de la vida humana, sino su carácter especifico.

IX

Unidad de las leyes fundamentales de la vida. - Su jerarquía. - carácter específicamente humano de la ley de la ascensión espiritual

Es, pues, un dato innegable de la observación que la vida tiende a la vez a conservarse, a propagarse y a espiritualizarse. Las leyes de la conservación y de la propagación son tan antiguas como la misma vida. Porque su existencia es evidente en las formas animales más rudimentarias. No ocurre lo mismo con la ley de la ascensión espiritual. Esta tendencia fundamental existía quizá de modo latente en los seres únicelulares que fueron los primeros representantes de la vida sobre nuestro planeta. Pero no se manifiesta claramente en la raza y en el individuo hasta una época mucho más avanzada de la evolución, en el momento de la aparición de los mamíferos, de los primates y, sobre todo, del hombre. Constituye verdaderamente nuestro carácter específico. Solo el hombre, entre todos los animales, es capaz de contribuir, con un esfuerzo voluntario, al desarrollo de su personalidad.

Ningún ser viviente posee un cerebro tan complejo como el cerebro humano. Lo mismo que las leyes de conservación y de propagación de la vida, la ley de la ascensión del espíritu constituye la expresión funcional de la estructura de nuestros órganos. Indudablemente, el vuelo del espíritu no se manifiesta en todos los individuos. Del mismo modo que todos los individuos no son capaces de conservar o de propagar la vida. Porque nuestro organismo es frágil y su desarrollo puede ser entorpecido por causas múltiples, unas hereditarias y otras propias del medio. Tales como los virus, las bacterias, los venenos, los malos hábitos psicológicos, intelectuales y morales. Estas tendencias fundamentales de nuestra naturaleza están lejos de ser siempre libres de expresarse. Sin embargo, son inmutables. Existirán mientras la estructura de nuestro cuerpo no sea modificada. En verdad, representan los modos de ser esenciales del hombre.

Las tres leyes fundamentales de nuestra vida constituyen aspectos diferentes de una sola y misma cosa. Igualmente, las múltiples actividades del hombre no son sino las facetas de su unidad. El corazón, los pulmones, el cerebro, las glándulas endocrinas no tienen existencia autónoma. Dichos órganos son inseparables entre si. Inseparables también del

organismo. Ninguna de las tendencias de nuestra naturaleza puede ser considerada aisladamente. Todas ellas son esenciales. Lo mismo que todo órgano es esencial. Es imposible prescindir de riñones, de glándulas tiroides, de corazón o de páncreas. Igualmente es imposible desobedecer a una cualquiera de las obligaciones capitales de los vivientes. El principio de conservación y el de propagación no forman más que uno. Porque el individuo forma con la raza un todo inseparable. Indudablemente, somos libres de obedecer solamente a una o a dos de esas leyes, o también de rechazar las tres. Únicamente los alienados toman este partido. Pero muchos individuos normales y hasta eminentes por la inteligencia consideran como hábil o meritorio obedecer a la tendencia natural de la vida que les place. Unos se esfuerzan solamente en conservar su vida; constituyen la escoria de la humanidad. Otros conservan y propagan la vida. Siguen siendo ellos mismos subhombres. Pero el espíritu puede, en un momento dado, tomar vuelo de su linaje. Otros sacrifican a la ascensión del espíritu la propagación de la raza, e incluso la conservación de la vida. Este grupo se compone a la vez de ignorantes, de egoístas, de héroes, de prudentes y de locos. Pero la vida no toma en cuenta las intenciones de quienes la desobedecen. Castiga al sabio y al héroe lo mismo que al egoísta, al ignorante y al loco. Los castiga, a ellos o a sus naciones, con la degeneración. No hay otra virtud para ella que la obediencia a su triple ley. Esta virtud la recompensa de modo real al otorgar, a quienes la conquistaron, la felicidad.

La sociedad moderna ha cometido el error fundamental de desobedecer la ley de la ascensión del espíritu. Ha reducido arbitrariamente el espíritu a la inteligencia. Ha cultivado la inteligencia porque la inteligencia da, gracias a la ciencia, el dominio de todas las cosas. Pero ha ignorado las demás actividades del espíritu. Estas actividades cuyo lenguaje científico no es nunca más que representación incompleta y que sólo se expresa, por la acción, el arte o la plegaria. Por ejemplo: el sentido moral, el carácter, la audacia, el sentido de lo bello, el sentido de lo sagrado. Las escuelas no enseñan ni la disciplina de uno mismo, ni el orden, ni la cortesía, ni el valor. Los programas escolares no ponen suficientemente a los niños en contacto con la belleza de las cosas y con la belleza del arte. Han olvidado, en fin, que en el momento de su grandeza, todas las civilizaciones de la antigüedad tenían el sentido de lo sagrado. Han olvidado también que el alma de la civilización de Occidente ha estado, en su infancia, impregnada de cristianismo, y que nada ha reemplazado en el corazón de los hombres la belleza y la pureza de la moral evangélica. Los civilizados no han comprendido todavía lo peligroso de no obedecer completamente a la ley del desarrollo mental. Se figuran que el cultivo de la inteligencia equivale al cultivo del espíritu. Todavía no han descubierto que al lado de la razón se encuentran las actividades espirituales indispensables para la conducción racional de la existencia. Esta ignorancia provoca una lenta y sorda respuesta de la vida, evidente sobre todo en los pueblos y las pequeñas ciudades. Invasión progresiva de la fealdad, de la suciedad, de la grosería, del alcoholismo. Pasión por el bienestar y la seguridad, envidia, denigración, odio mutuo. Y los vicios que Dante consideraba como más abyectos: la hipocresía, la mentira, la traición. A la negativa de conformarse con la ascensión de la ley espiritual ha replicado la vida de modo automático degradándose, degenerando. Es cierto que la vida exige del hombre mucho más que las potencialidades intelectuales de este. El espíritu forma un todo indivisible. No nos está permitido elegir en ese todo la parte que nos plazca.

El desarrollo intelectual y el desarrollo moral son igualmente necesarios, pero la atrofia moral atrae sobre nosotros calamidades más irremediables que la atrofia intelectual.

Aunque las leyes de la vida sean inseparables, forman una jerarquía natural. Los principios de conservación y de propagación son los más arcaicos. Determinan en nosotros los impulsos más irresistibles.

105
La ley de la ascensión espiritual es, como se sabe, de origen incomparablemente más reciente. Es una tendencia muy nueva de la vida. En muchos individuos es débil todavía, vacilante, apenas perceptible. En el fondo de la conciencia se suscitan conflictos a veces entre las necesidades primordiales. Por ejemplo: es preciso a veces elegir entre conservar la propia existencia, propagar la raza. Igualmente, entre servir al espíritu o servir a la vida. Siempre la elección es difícil. Con frecuencia, imposible. ¿En que medida debe una mujer arriesgar su existencia para propagar la raza? La estrechez de la pelvis, la tuberculosis pulmonar, las afecciones cardiacas y otras enfermedades, ¿dispensaran del deber de la maternidad? Se suscitan con mayor frecuencia conflictos entre la ley de la ascensión del espíritu y las de la conservación y propagación de la vida. Hoy y en todas las épocas, los hombres y las mujeres renuncian a la paternidad y a la maternidad para consagrarse al cuidado del prójimo o para alcanzar un ideal religioso. Muchos también sacrifican su vida por lealtad a su fe. En el corazón de cada uno de ellos se produce un conflicto más o menos violento entre dos mandamientos que, por regla general, deben ser simultáneamente obedecidos. Y en los más nobles, esta lucha interior termina siempre por la sumisión a aquella de las leyes de la vida que es específica al hombre. Sócrates bebió la cicuta. San Pablo fue decapitado. Juana de Arco subió a la pira. Y cada vez la humanidad toda los ha engrandecido. Los héroes y los mártires son los que impulsan hoy a la humanidad en el camino misterioso en que se halla comprometida desde su origen en el abismo de las edades.

107

CAPITULO IV
EL BIEN Y EL MAL

Incertidumbre de la noción del Bien y del mal. - Necesidad de una definición única. - El Bien y del mal están determinados por la estructura de la vida humana

"En ninguna época, en ningún país, se han puesto de acuerdo los moralistas acerca de la definición del bien y del mal.
Unos han identificado el bien con lo útil, con lo verdadero, con lo ventajoso, con lo agradable. Otros, con lo que es conforme a la naturaleza y a la voluntad de Dios. En cuanto al mal, ha sido considerado como equivalente del sufrimiento, de la injusticia, de la ignorancia, o de la inspiración de Satán.

Las nociones del bien y del mal han permanecido, pues, siempre inciertas Y diversas, El placer es el único bien, y el dolor es el único mal, decía Aristipo de Cirene. El verdadero bien no es en modo alguno el placer, respondían los estoicos; reside en el conocimiento del orden de las cosas y procede de la razón. Para sobrevivir, debemos adaptarnos a la naturaleza. Y la naturaleza esta toda ella impregnada de Dios. Con Epicteto y Marco Aurelio, la noción del bien se confundió con la del amor a nuestros hermanos, con la de resignación, con la de sumisión a la voluntad divina. Tuvo entre los judíos, y después entre los cristianos, una significación mucho más precisa. Los mandamientos dados por Dios mismo fueron registrados en los libros sagrados, el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Por ello, el moralista, como un jurista que interpreta el Código,

pudo determinar sin trabajo lo que es bien y lo que es mal. Fue esta concepción de lo permitido y de lo prohibido la que reguló en principio la conducta de los hombres de Occidente hasta el fin de la Edad Media. Sin embargo, la moral del placer continuó imperturbablemente su carrera a través de los siglos. Una vez rejuvenecida por Helvetius y Jeremy Bentham, se convirtió en la moral del interés. Su éxito fue entonces inmenso. Porque el hombre está siempre dispuesto a tomar el egoísmo como regla suprema de su conducta. En las democracias modernas, el bien fue definitivamente identificado con lo útil. El egoísmo se mostró más fuerte que el amor. Epicuro venció a Cristo.
108
Sólo una escasa minoría de la población acepta todavía la definición del bien y del mal, que era tradicional entre los civilizados de Occidente. La mayoría ha olvidado el Decálogo.

Muchos ignoran hasta su existencia. No hay ya frontera universalmente reconocida entre lo licito y lo ilícito. Las gentes, en su mayor parte, no distinguen claramente el bien del mal. Son también incapaces de tomar como arbitro de sus actos un egoísmo bien entendido. Se contentan con obedecer a sus apetitos y perseguir su provecho inmediato. Ricos y pobres, viejos y jóvenes, sabios e ignorantes, campesinos, obreros y patronos no tienen ya concepción alguna común respecto a la manera de conducirse. No hay para ellos ni bien ni mal. Traicionar a un amigo no es deshonroso, siempre que la traición sea provechosa. El bien es el provecho. El valor expone a inútiles peligros. Vale más ser cobarde que morir. Un automóvil es preferible a un hijo. Es preciso ganar lo más posible trabajando lo menos posible. Sin embargo, se predica todavía la honradez, la lealtad, el desinterés, la belleza del esfuerzo, el heroísmo.
109
Hay, pues, una gran confusión en el espíritu del hombre moderno. Evidentemente, los miembros de comunidades humanas deben aprender a regular su comportamiento según principios idénticos. Es preciso que acepten una misma definición del bien y del mal, lo mismo que aceptan una definición única del calor y del frío.

Tal definición es posible. A la luz de las leyes fundamentales de la vida humana, lo permitido se distingue de lo prohibido con toda certeza. El conocimiento de esas leyes nos conduce a definir el bien y el mal de un modo preciso, invariable e inteligible para todo individuo dotado de razón.

El bien consiste en lo que es conforme a las tendencias esenciales de nuestra naturaleza. Por consiguiente, las cosas, las ideas, los sentimientos y los actos que por su asociación tienden a conservar la vida, a propagar la raza, a promover la ascensión mental del individuo y del espíritu. Por el contrario, el mal es lo que se opone a la vida, a su multiplicación o a su elevación espiritual. En verdad, el bien supremo se confunde con el éxito de la vida bajo su aspecto específicamente humano.

Bajo el aspecto del triunfo del espíritu, el mal y el bien son cosas complejas. Están hechos de elementos múltiples. Comprenden, no solamente los factores que se oponen o ayudan a la vida en su conjunto o en uno de sus aspectos, sino también los que producen la armonía o la desarmonía de nuestras actividades fisiológicas y mentales.

Hay cosas evidentemente malas porque matan, paralizan, corrompen o disminuyen al individuo. Por ejemplo: el bacilo de la peste, el virus de la fiebre amarilla, el vino en

grandes dosis, la tuberculosis, el cine, la radio. Igualmente el desarrollo exclusivo de la inteligencia a expensas del carácter y de la fuerza de los órganos, del esqueleto y de los músculos, la suciedad, la descortesía, el hábito de la denigración, en fin, la ausencia de dominio de uno mismo, la incapacidad de esfuerzo, el espíritu de mentira. Por el contrario, el aire, el agua, la luz, la ciencia, el arte, la religión, la capacidad de amar, de entusiasmarse y de obrar representan especies esenciales del bien. Porque son factores del engrandecimiento de la vida personal y social.

Los seres inanimados y vivientes de que nos hallamos rodeados, lo mismo que nuestras ideas, nuestras acciones, nuestras instituciones sociales, favorecen o arrastran el desarrollo de la vida. Son buenas o malas. Es mala, por ejemplo, toda forma de sociedad que realice el amontonamiento de grandes muchedumbres de seres humanos en fábricas y habitaciones en las que la conservación de la vida y la propagación de la raza son precarias y se hace imposible la ascensión del espíritu. En las instituciones, como en los individuos, la línea del bien es lo que se conforma con la estructura de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, y el mal es lo que se le opone.

II

Definición del pecado. - Realidad del vicio y de la virtud. - Responsabilidad moral. - Pecados antiguos y pecados nuevos.

El pecado es la negativa o repulsa a obedecer el orden de las cosas. Todo acto o todo pensamiento que tienda a disminuir, a desintegrar, a destruir la vida en su expresión específicamente humana, es un pecado. Es un pecado el odiar al prójimo, porque el odio destruye a la vez el cuerpo y el espíritu. El hábito del pecado constituye el vicio. En cuanto a la virtud, no consiste solamente en el conocimiento del bien, como lo enseñaba Sócrates. Es un acto de la voluntad. Un hábito que aumenta la cantidad, la intensidad y la calidad de la vida. Construye, fortifica y anima la personalidad. La esperanza, la fe, el entusiasmo, la voluntad de poder obran sobre el cuerpo como el vapor sobre la turbina. Las actividades fisiológicas y mentales son sublimadas por el amor. Estas virtudes hacen a la personalidad, más alta, más fuerte, más compacta. Por el contrario, la personalidad se fragmenta y, se aminora por el vicio; por ejemplo: la pereza, la duda, el amor a si mismo, la tristeza, detienen el crecimiento mental. En cuanto al orgullo, el egoísmo y la envidia, separan de los demás a quienes se hacen culpables de ellos y detienen el vuelo del espíritu. También afectan al vuelo del espíritu los desórdenes fisiológicos, los excesos sexuales, la glotonería y el alcoholismo.

Estos vicios son violaciones flagrantes de la triple ley de la vida. En la vida colectiva, lo mismo que en la vida individual, el bien se diferencia claramente del mal. Hay virtudes sociales y vicios antisociales. Las virtudes sociales producen la unión y la paz. La cortesía, la limpieza, el amor a la tierra donde reposan los antepasados, una religión común, un ideal común, hacen la sociedad armoniosa y fuerte, Por el contrario, los vicios antisociales, como la incivilidad, la maledicencia, la calumnia, la detestación mutua, lanzan unos contra otros a los miembros de la misma familia, del mismo pueblo, del mismo grupo social, y conducen a la nación a la impotencia y a la destrucción.

Es absurdo querer ignorar la existencia del pecado porque el pecado es esencialmente perjudicial. La vida, como se sabe ya, aniquila, tarde o temprano, a quienes a ella se oponen. Pero sus veredictos no se parecen a los de la justicia humana. Es a la vez ciega

y clarividente. Deja con frecuencia escapar al culpable y marca a su descendencia. Puede ser lenta, pero siempre es implacable.

El pecado se manifestó en el mundo en el momento del advenimiento de la libertad. En otros términos, cuanto el hombre, una vez emancipado del automatismo del instinto, se convirtió en capaz de equivocarse. El pecado es involuntario o voluntario. Es el resultado, bien de la ignorancia de las leyes de la vida, bien de la incapacidad de obedecerlas, bien de la negativa a plegarse al orden de las cosas. Cada uno de nuestros actos depende a la vez de nuestra herencia, de nuestra educación, de las influencias físicas, químicas y fisiológicas de nuestro medio, de nuestros hábitos y de nuestra voluntad. ¿En que medida un hombre determinado es moralmente responsable de un acto determinado? No lo sabemos.

112
Nadie puede explorar el cerebro, los órganos y el espíritu de su vecino, y descubrir en él la causa de sus actos. El juez mismo es solamente un hombre; por consiguiente, incapaz de sondar el alma de los demás hombres. Es preciso que renuncie a averiguar, ni aun con la ayuda de la psiquiatría, si un detenido es o no moralmente responsable de su conducta. Es preciso que se contente con determinar si el inculpado es verdaderamente el autor del crimen. La cólera, la embriaguez, la debilidad de espíritu o la locura no deben ser una excusa para el criminal. Sea el agresor un borracho, un loco o un gangster, no ha dejado por ello de hacer una victima. El daño sufrido por la victima no se atenúa por la irresponsabilidad moral del autor del crimen. El loco que mata a su vecino es tan perjudicial como el asesino de profesión. La sociedad no tiene calidad para castigar. Pero tiene el deber de proteger a sus miembros. Por consiguiente, de poner en condiciones de no perjudicar a quienes son peligrosos para la existencia de sus vecinos, o para su progreso material y espiritual.

Se impone una revolución en la legislación. Sería fácil desarrollar en la población reflejos condicionales bienhechores. Si, por ejemplo, el borracho que, al conducir un automóvil, mata a un transeúnte, se expusiese a la pena de muerte, pronto aparecería como una cosa peligrosa y que debería evitarse el acto de emborracharse. Es un error del liberalismo el creer que cada uno es libre de dirigir a su guisa su conducta moral, que únicamente los ataques de los ladrones, de los defraudadores y de los asesinos deben ser reprimidos por el Estado. De hecho, la mayor parte de los pecados, voluntarios o involuntarios, cometidos por el individuo perjudican, no solamente a él, sino también a sus vecinos. ¿Por que la sociedad no protege a sus miembros contra los calumniadores, los corruptores, los alcohólicos y desequilibrados mentales, como los protege contra los bacilos de la fiebre tifoidea o los del cólera?
113

Los pecados han sido clasificados según una escala de gravedad que cambia arbitrariamente según las épocas. Sin embargo, los siete pecados capitales reconocidos por la Iglesia continúan mereciendo el primer lugar en la jerarquía de los desórdenes humanos. Pero quizá hayamos subestimado la gravedad de algunos de ellos. Porque las consecuencias de ciertos vicios no se advierten con frecuencia sino al cabo de varios años; a veces, al cabo de varias generaciones. Por ejemplo: en el momento actual comprobamos que papel juegan en la decadencia de una población el alcoholismo, el egoísmo y la envidia. La costumbre de calumniar al prójimo, de sembrar la discordia entre las relaciones de un individuo, de traicionar a los amigos, de explotar a los

empleados, de robar a los clientes, es menos fatal para el culpable mismo que para la nación. Al lado de los pecados antiguos, como el orgullo, la envidia, la intemperancia, hay una floración de pecados nuevos y muy graves. Por una parte, el progreso del conocimiento de las leyes naturales nos ha permitido apreciar mejor la significación de pecados que antes parecían sin importancia. Por otra parte, la tecnología moderna ha puesto a nuestra disposición medios inéditos de atender a nuestra vida orgánica y mental. Por ejemplo: la nueva ciencia de la nutrición nos enseña que una alimentación mal equilibrada puede producir al niño deficiencias del cuerpo y del espíritu que son irremediables. Los padres que no se toman el trabajo de instruirse respecto a la manera de cuidar racionalmente a sus hijos cometen, por consiguiente, un pecado grave. Sabemos hoy que los matrimonios entre primos hermanos, entre alcohólicos, entre sifilíticos o individuos afectados de taras mentales hereditarias, constituyen actos esencialmente reprensibles. No conviene olvidar la historia de la familia Ruke. Entre los descendientes de dos criminales reincidentes del Estado de New York, hubo trescientas treinta y nueve prostituidas, ciento ochenta y un alcohólicos, ciento setenta indigentes, ciento dieciocho criminales y ochenta y seis dueños de casas de prostitución. Goddard observa que en cierto numero de familias en que el padre y la madre eran débiles de espíritu, hubo cuatrocientos setenta débiles de espíritu y solamente seis normales. Es un verdadero crimen engendrar una estirpe de enfermos, de degenerados, de bandidos o de idiotas. El disgenismo constituye un pecado capital.

El hábito del opio, de la morfina, de la cocaína, del haschisch, es equivalente al suicidio.

114

III

Las leyes de la vida y la moral cristiana. - Taras originales. - Sufrimiento inevitable.

Hay una semejanza sorprendente entre el concepto del pecado inspirado por el conocimiento de las leyes de nuestra naturaleza y el concepto del cristianismo. Los dos tienen, sin embargo, orígenes bien opuestos. En efecto, uno es el producto de una operación puramente intelectual, de una inducción seguida de una deducción; en otros términos, de la actividad racional del espíritu ejercitándose sobre los datos de la observación. Por el contrario, el otro precede de una intuición, de una inspiración, de una revelación divina, es decir, de la actividad no racional del espíritu. A pesar de todo, los resultados de estos procesos mentales tan diferentes son, bajo ciertos aspectos, casi idénticos. Los dos códigos de conducta que de ellos emanan prescriben las mismas virtudes y se oponen a los mismos vicios; por ejemplo: la templanza y el amor mutuo, de una parte. Y de otra, la mentira y la envidia.

La moral evangélica está lejos de ser el sueño de un iluminado. No es más que una simple práctica piadosa que cada uno es libre de observar o de no observar. No tiene por función, como lo pensaba Voltaire, impedir a los pobres que maten a los ricos y de permitir a estos últimos que duerman tranquilamente en sus lechos. Representa, al contrario, una necesidad profunda de nuestro ser. Es, en el hecho, como las reglas de conducta deducidas de las leyes fundamentales de la naturaleza humana, la condición indispensable para la supervivencia del individuo y de su progenie y para su ascensión espiritual.

Sin embargo, es incapaz, por si sola, de asegurar esta supervivencia. La fe religiosa no puede ser la única guía de la conducta humana en el orden natural. No ha conseguido formar hombres y mujeres capaces de satisfacer completamente sus funciones. Es

preciso dar a Dios lo que pertenece a Dios y a Cesar lo que pertenece a Cesar. La ciencia es tan necesaria como la religión, la razón como el sentimiento. A decir verdad, la moral biológica es más severa que el Decalogo. Solo poniendo en práctica las reglas de conducta impuestas por las leyes de la vida hace posibles, además, las virtudes evangélicas. Porque el disgenismo, la carencia de alimentos, las condiciones climáticas defectuosas, los males hábitos fisiológicos y mentales, constituyen un obstáculo infranqueable para el progreso espiritual. ¿No sabemos nosotros, por ejemplo, que la ausencia de manganeso en los alimentos suprime completamente, en algunos animales, el amor materno? ¿Que la falta de yodo produce el cretinismo de origen tiroidiano?

En verdad, la moral cristiana no ha pretendido jamás la exclusividad de la dirección de los hombres en el orden natural. Además de los factores morales, el buen éxito de la vida comprende factores físico-químicos, fisiológicos e intelectuales. Las actividades específicamente humanas sobrepasan, de una parte, las actividades intelectuales, y de otra, las actividades morales y fisiológicas. Es por esta razón que la obediencia a la triple ley de la vida es más difícil que obedecer sólo a la disciplina de la fe religiosa.
116

Aun la sumisión perfecta a las reglas impuestas por la estructura de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, y a las de la moral cristiana, no nos preservará del sufrimiento. Porque el plan del universo no es como la inteligencia humana desearía que fuese; y conducirnos de manera racional no nos pone a cubierto de la desdicha. Cada individuo contiene en si mismo todo el pasado de la raza; por consecuencia, tanto los defectos como las cualidades de sus antepasados. Nace más o menos cargado de taras hereditarias. Sufre un pecado original cuyo peso llevará durante toda su existencia. Este pecado no pesa igualmente sobre todos. Entre hijos de los mismos padres, destruye a veces a uno, mientras se manifiesta apenas en los otros. Porque los caracteres defectuosos de algún lejano antepasado, después de haber estado disimulados en estado de receso durante varias generaciones, pueden reaparecer súbitamente y causar la desdicha de un inocente.

Sufrimos la necedad, el desequilibrio nervioso, la inestabilidad mental, la falta de juicio que hemos heredado de nuestros antepasados. Además, cada uno esta expuesto a la contingencia de las agresiones inevitables del medio; es decir: al frío, al viento, a la lluvia, al calor, a las bacterias, a los virus y a los venenos contenidos en el aire, los alimentos y las bebidas; a la corrupción, a la envidia y a la maldad de sus vecinos. En verdad, las calamidades pueden caer tanto sobre el justo como sobre el perverso. Muestran predilección, sin embargo, por el ignorante, el perezoso, el intemperante y el endeble. La voluntad de comportarnos según las leyes de la vida no nos conducen siempre a la dicha porque nuestro conocimiento del orden del mundo es todavía muy rudimentario.

Mucho podría disminuirse el sufrimiento humano con una prudente utilización de la ciencia: particularmente por el eugenismo y por la psico-fisiología. La ciencia es capaz de dar al hombre ciertos medios que lo dispongan a hacer el bien y a evitar el mal. Es imperativo que la sociedad haga un esfuerzo sistemático para transformar las costumbres y las instituciones que violan las leyes de la vida. Ciertamente, jamás suprimiremos las preocupaciones, los disgustos, las enfermedades degenerativas, la ancianidad y la muerte. Los buenos y los malos, los criminales y los santos están expuestos, tanto unos como otros, a las calamidades inherentes a la condición humana.

Pero estas calamidades no tienen el mismo aspecto cuando golpean a la puerta del justo o a la de los perezosos, de los orgullosos y de los perversos. Delante de la del justo pierde su terror. Quien desempeña completamente su profesión de hombre, es decir, que obedece a todas las leyes de la vida, y en particular a las de la ascensión espiritual, recibe con frecuencia como recompensa la resistencia nerviosa y el equilibrio mental; y a veces, una inefable paz, esta paz que la vida da a sus elegidos, como Dios les da su gracia. Contra ella, la desdicha no puede jamás prevalecer; en las atribulaciones y el inevitable sufrimiento, y hasta en las angustias de la muerte, ella acompaña y sostiene con su dulce fuerza a los que han sido inquebrantablemente fieles al llamado silencioso de la vida.

IV

Significación de la virtud

En el medio creado por la ciencia y la tecnología, en este duro mundo de las maquinas, el concepto de virtud, aunque voluntariamente ignorado de los modernos, sigue siendo tan indispensable como los conceptos de la mecánica o de la química. La virtud es un dato muy antiguo de la observación. Sin duda, se la encuentra todavía en la sociedad moderna, pero hay muy poco lugar para ella en las comunidades que viven bajo el signo del materialismo. Una sociedad que reconoce la primacía de lo económico no se entrega a la virtud, porque la virtud consiste esencialmente en obedecer a las leyes de la vida, y cuando el hombre se reduce a la actividad económica, él no obedece más, completamente, a las reglas de su naturaleza. Lejos de ser una utopia, la virtud nos introduce en la realidad. Conduce nuestras actividades corporales y mentales según el orden impuesto por su estructura. Un individuo virtuoso es semejante a un motor que marcha bien. Los desordenes y los desfallecimientos de la sociedad moderna son debidos a la falta de virtud. Las virtudes son tan numerosas como las actividades humanas.

Todas son esenciales, como son también esenciales las funciones fisiológicas y mentales. No existe, entre ellas, una jerarquía natural. Sin embargo, arbitrariamente se las ha dividido en grupos. Platón reconocía cuatro virtudes principales: la prudencia, la justicia, la templanza y la fuerza, o andreia. Estas virtudes fueron adoptadas por San Ambrosio e incorporadas a la teología cristiana. Se convirtieron en las virtudes cardinales. La Iglesia les agregó las tres virtudes teologales: esperanza, fe, caridad.

¡Cosa extraña! la práctica de las virtudes no es enseñada en las escuelas públicas. ¿No es evidente, sin embargo, que ella es esencial para el buen éxito en la vida social como en el de la vida individual?

Nuestras necesidades materiales y espirituales cambian. En ciertos países y en ciertas circunstancias, una virtud puede llegar a ser momentáneamente más importante que otra. Donde reina el espíritu de división y del odio reciproco, las virtudes más necesarias son la cortesía, la paciencia, el perdón de las injurias, el amor fraternal. En las regiones como la Normandia y la Bretaña, donde el alcoholismo conduce a la degeneración de poblaciones en otros tiempos muy vigorosas, es preciso enseñar la virtud de la fuerza que solo hace posible la templanza. Todos los pueblos civilizados tienen hoy necesidad de dos cualidades principales: la prudencia y la eugenesia.

La prudencia, con la justicia, era considerada por Platón como el principio de todas las otras virtudes. Su función es la de armonizar las actividades del espíritu y las del

cuerpo, combatir el desarrollo de lo fisiológico a expensas de lo mental, o de lo mental a expensas de lo fisiológico; y sobre todo, de lo económico a costas de lo humano. Solo la práctica de esta virtud puede detener la derrota de la civilización de Occidente. La eugenesia era practicada por los griegos, en la época de Pericles, de manera natural e inconsciente: hoy debe tener una elevada categoría en las preocupaciones de los pueblos civilizados. La higiene y la medicina han carecido de prudencia, por lo cual han permitido y fomentado la reproducción de los débiles, de los enfermos, de los degenerados; también por eso el número de degenerados aumenta sin cesar. La eugenesia ha llegado a ser, pues, indispensable para la salud de la raza blanca.
119
La virtud ha adquirido, gracias a los puritanos, una mala reputación. Se la confunde con la hipocresía, la intolerancia, la dureza, la gazmoñería. En realidad, ella es virilidad, belleza, luz. Tiene, para la protección de la vida individual y social, el mismo valor que el instinto en los animales salvajes. Es la condición misma para nuestra supervivencia. Porque bajo su impulso el organismo funciona de la manera que lo requiere su estructura anatómica y psicológica.
Es, por consiguiente, una locura no ser virtuoso, como, es una locura poner agua en lugar de esencia en un motor a explosión, o mezclar arena en el aceite de una maquina.

Desde que la moral del placer ha sustituido a la moral cristiana y al antiguo estoicismo, la necesidad de la virtud ha dejado de ser evidente a los civilizados. Como lo pensaba Rumen, no habría para nosotros la obligación de ser virtuosos. La elección entre la virtud y el vicio dependería únicamente del interés y del placer de cada uno. Sabemos hoy que la virtud tiene carácter obligatorio porque no es otra cosa que el sometimiento a las leyes fundamentales de la vida. Y a estas leyes, el hombre no puede sustraerse sino exponiéndose él mismo, su país y su descendencia, a la degeneración y a la muerte.
120
El vicio, como se sabe, apaga y contamina la vida espiritual. De otro lado, en la familia y la sociedad todos los individuos son solidarios los unos con los otros. El abatimiento de una persona por el vicio agravia por entero a todo el grupo. Asimismo, la elevación de la vida individual resultante de la práctica de la virtud beneficia a la comunidad. La tolerancia en el mal es un peligroso error. Cada uno no es libre de conducirse como le plazca. Y el que permitiese la intemperancia, la pereza, la calumnia o cualquier otro vicio, debe ser considerado como un malhechor publico.

Por una razón idéntica, el que es virtuoso hace participar a cuantos lo rodean del aumento de la calidad o cualidad de la vida que se produce en él mismo. Las sociedades, aun las más corrompidas, conservan el sentimiento más o menos claro del valor de la virtud. Los héroes y los mártires son honrados de manera instintiva por la multitud. La grandeza de un pueblo se alcanza con el sometimiento a las leyes esenciales de su ser. Y los Estados modernos se han degenerado porque, agotando en ellos las fuentes de la virtud, han rehusado obedecer a la vida.

V

Consecuencia natural del pecado

En resumen: el bien y el mal no cambian según las épocas y según los países. Son tan reales y tan inmutables como las tendencias esenciales de la vida. Su definición no depende ni de nuestras doctrinas ni de nuestros gustos. Es idéntica para todos los seres humanos. El pecado consiste en hacer el mal voluntaria o involuntariamente; en otros

términos: en ignorar cómo comportarnos de la manera prescrita por la estructura de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu; o, sabiéndolo, negarnos a hacerlo. No es una ilusión, como no lo es la tuberculosis, el cáncer o la locura. El vicio es el hábito del pecado. Todo individuo que ha alcanzado la edad mental de siete u ocho años es capaz de realizar la existencia del bien y del mal, del pecado, del vicio y de la virtud. No es difícil comprender que el pecado es la transgresión voluntaria o involuntaria de las leyes de la vida, Y las leyes de la vida son tan inflexibles como las de la mezcla de los gases o de la caída de los cuerpos.

Como las transgresiones a estas leyes son castigadas tardíamente, y con frecuencia de modo sutil, el hombre todavía no ha aprehendido la gravedad de las consecuencias del pecado. Todo pecado produce desórdenes orgánicos, mentales o sociales, desórdenes en general irreparables. Así como el arrepentimiento no cura la esclerosis de los órganos del alcohólico ni las taras nerviosas de sus hijos, también es impotente para reparar los desórdenes producidos por la envidia, la lujuria, la calumnia, la murmuración y el odio. No preserva tampoco de desgracia las defectuosas consecuencias del matrimonio de individuos tarados. El pecado conduce tarde o temprano, a la decadencia y a la muerte: decadencia y muerte, sea del culpable mismo, sea de su nación y de su raza. Es por esto que cada uno debe ser capaz de distinguir el bien y el mal y de saber dónde encontrar, en el campo de lo posible, la frontera invisible de lo permitido y de lo prohibido.

CAPITULO V
REGLAS DE LA CONDUCTA

Las reglas de la conducta se deducen de la triple ley de la vida. - caracteres de estas reglas. - La disciplina de nosotros mismos y la libertad.

Las reglas de la conducta se deducen naturalmente de las leyes fundamentales de la vida humana. Tienen como finalidad hacernos portar de manera de conservar la vida, propagar la raza y desarrollar nuestras potencialidades mentales. Constituyen un código de la ruta, una tecnología de la existencia, una guía para el peligroso viaje en que estamos comprometidos. Nos suministran el medio de comportarnos como lo exige la estructura de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Gracias a ellas sabemos lo que nos está prohibido y lo que nos está permitido por la misma vida. Para cumplir nuestro destino no basta evitar, con una conducta prudente, los accidentes del camino. Es preciso también avanzar y recorrer, antes de que caiga la noche, la distancia que a cada uno nos está asignada. Es preciso, no solamente conservar la vida, sino propagarla y hacer que crezcan en nosotros las fuerzas del espíritu. Lo mismo que la función esencial del corazón es el latir de modo rítmico, o la función esencial de la mucosa del estomago el secretar jugo gástrico, el cuerpo humano tiene como función especifica el desarrollo de la conciencia. En el hombre, las actividades fisiológicas son inseparables de las actividades racionales y afectivas. Las reglas de conducta prescritas por el materialismo o por el espiritualismo han cometido el error de separar estas actividades unas de otras y de provocar un desarrollo incompleto de la personalidad. Por el contrario, cada una de las reglas de conducta que se deducen de la triple ley de la vida, tiende implícitamente hacia el progreso simultáneo del cuerpo y del espíritu. Porque nos componemos tanto de conciencia como de sangre, de músculos, de glándulas o de substancia nerviosa.

Las leyes de la vida se inducen, como es sabido, de los datos de la observación del hombre. Las reglas de la conducta se derivan de esas leyes por un proceso de deducción. Pero no es posible ningún error en el curso de esta operación. Porque la validez de una regla de conducta puede siempre ser controlada por la observación de las tendencias fundamentales de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Y con estas tendencias fundamentales nunca debe estar en contradicción nuestra conducta.

El conocimiento de las leyes de la vida se induce directamente de la observación de los fenómenos, y las reglas de la conducta fluyen naturalmente de dicho conocimiento de los modos de ser de nosotros mismos. Descansan, pues, por un doble proceso de inducciones y deducciones, sobre los datos mismos de la experiencia; en otros términos: sobre los conceptos científicos. Por consiguiente, su solidez es a toda prueba. Todos pueden, cuando les plazca, verificar por si mismos esta validez, pues poseen una autoridad mucho más grande que la ética filosófica y que la moral religiosa también. Porque la moral filosófica depende de una doctrina, y toda doctrina es discutible. En cuanto a la moral religiosa, descansa sobre la fe en una revelación divina. Pero la mayor parte de los hombres han abandonado hoy las antiguas creencias. Es preciso, sin embargo, que las reglas de la conducta sean las mismas para todos. Los que es verdad más allá de los Pirineos y del Rin debe serlo también de este lado.

Las reglas deducidas de las tendencias fundamentales de nuestra naturaleza son, no solamente ciertas, sino también universales. No cambian, por razón de las opiniones de cada uno, según las costumbres, según los países y según las épocas. Como están basadas sobre los modos de ser fundamentales de la vida, es decir, sobre la estructura misma de nuestro cuerpo y de nuestra alma, son aplicables siempre y en todas partes. Todo ser humano, cualesquiera que sean su edad y su sexo, su color, su posición social, su pobreza o su riqueza, debe someterse a los mandamientos de las leyes de la vida. Las reglas de la conducta son las mismas para todos y en todas las naciones. Solamente la sumisión absoluta a dichas reglas puede dar fuerza a la vida individual y la paz a las sociedades humanas.

Las reglas de conducta deducidas de las leyes fundamentales de la vida son, a la vez, universales e inmutables. Serán idénticas a si mismas en todos los países y hasta el fin de la humanidad. Solamente cambiarían si cambiase la naturaleza de nuestra vida. Todos debemos esforzarnos para conocerlas bien. No son simples ni mucho menos. Es mucho más difícil aprender a conducirse que a manejar un avión, o a domar bestias salvajes, porque somos seres complejos y llenos de tendencias contradictorias. Éramos originalmente animales feroces; esos animales feroces han llegado a ser poco a poco los templos del espíritu. Nuestros antepasados no obedecían más que a la ley de la conservación de la vida y de la propagación de la raza. Al mismo tiempo que el cerebro primitivo se envolvía, en el curso de la evolución, en su manto de substancia gris, la inteligencia y el sentimiento reemplazaban al instinto. El espíritu es una adquisición reciente. Sólo cubre con un ligero barniz la ferocidad pretérita. Indudablemente, la ley de la ascensión espiritual es más específicamente humana que las de la conservación y la propagación de la vida. Pero el espíritu no puede escapar de la violencia de los apetitos arcaicos, si no es por una disciplina estricta. Así, las reglas de la conducta deben ser universales e inmutables, y extenderse como una red inmensa sobre todos los aspectos de nuestra existencia.

Los principios del comportamiento voluntario son comparables al poder de adaptación de los organismos vivientes. Se sabe que, gracias a este poder de adaptación, las actividades fisiológicas se orientan automática e inconscientemente en el sentido más favorable a la conservación de la vida del individuo o de la raza. Las reglas de la conducta son como una prolongación de las facultades de adaptación. Nos permiten orientar consciente y voluntariamente nuestras ideas, nuestros deseos y nuestros actos, no solamente hacia la conservación y la propagación de la vida, sino también hacia el engrandecimiento y la purificación del espíritu. El espíritu es inseparable de la sangre y de los tejidos. Desarrollar el cuerpo sin desarrollar el espíritu es tan absurdo como desarrollar el espíritu sin desarrollar el cuerpo. La doble quiebra del materialismo y del espiritualismo muestra que ni una ni otra de estas doctrinas está de acuerdo con la realidad.

Para ser racional, nuestra conducta debe adaptarse a la estructura de la vida orgánica y mental. Las reglas del comportamiento humano no son otra cosa que técnicas que nos permiten pensar y obrar sin violar las tendencias más profundas de nuestra naturaleza. No existen compartimientos, estancos en lo interior de nosotros mismos. Por ejemplo: las funciones mentales y las funciones de relación o de reproducción no son sino aspectos diferentes de la actividad humana. Sin embargo, dividiremos las reglas de la conducta en tres grupos; la disciplina de la vida personal, los preceptos de las relaciones humanas y la disciplina de la transmisión de la vida. Estas divisiones son arbitrarias. Indudablemente, la disciplina de la vida personal, es decir, de la vida interior de los órganos, de la sangre y del alma, se confunde con la de nuestras relaciones con nuestros parientes y nuestros vecinos, y con las exigencias de la propagación de la especie. Por ejemplo: la honestidad, la veracidad, la voluntad de amor y de sacrificio que condicionan toda alta existencia de comunidad son la expresión de una personalidad armoniosa y fuerte. Lo mismo ocurre con las cualidades fisiológicas y mentales que dan al individuo el poder de trasmitir la vida en su plenitud. Las reglas de la conducta forman un todo. Sin embargo, es cómodo agruparlas en tres grupos diferentes, según que se relacionen con el desarrollo de la personalidad, con las relaciones sociales y con la producción de los hijos.

Toda regla de conducta tiene dos aspectos. Se opone a ciertas tendencias y favorece otras determinadas. Inhibe y estimula; prohíbe y prescribe. Debemos negarnos a seguir las ideas, los deseos y los apetitos, que, como esos remolinos que trastornan localmente el sentido de la corriente de un río, nos arrastran en sentido opuesto al de la vida. Debemos, por voluntario esfuerzo, evitar los pensamientos y las acciones que perjudican a la conservación de nuestra vida o de la vida de los demás, al vuelo del espíritu y a la propagación de la especie. Ciertamente, es preciso ante todo no perjudicar el desarrollo de la vida corporal y mental. Pero la inhibición de tendencias nefastas, la corrección de perturbaciones funcionales, el tratamiento de las lesiones de los órganos y del espíritu no bastan. Se trata, además, de aumentar la calidad, la cantidad y la intensidad de nuestra vida. Porque se llega a ser rico, no economizando, sino trabajando y haciendo trabajar el dinero que se ha ganado. No odiar al vecino está bien; pero amarlo es mucho mejor. El mejor medio de no debilitarse es el acrecer la fuerza propia. Para obedecer completamente la triple ley de la vida es preciso no cometer transgresiones contra ella y desarrollar de modo óptimo las potencialidades hereditarias de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Es preciso también, gracias a un juicioso manejo, transmitir a nuestros descendientes potencialidades de desarrollo mayores todavía.

En suma; las reglas de la conducta deben indicarnos, no solamente lo que no debemos hacer, sino también, y sobre todo, lo que debemos hacer.

Como niño perdido en el bosque, el hombre moderno anda errante, al azar, en el mundo que ha creado. Sigue la dirección hacia la cual le impulsa su fantasía. Es libre para desobedecer todas las leyes naturales, pero con el riesgo de ser aniquilado, él o su descendencia, por los mecanismos inexorables que produce automáticamente toda trasgresión a las leyes esenciales de las cosas. En ningún sitio existen en nuestro camino postes indicadores que señalen las zonas prohibidas. Todos podemos, pues, sin sospecharlo, franquear la frontera que la estructura misma de la vida prescribe a nuestras actividades fisiológicas y mentales, a nuestras ideas, así como también a nuestras acciones. Es indispensable una estricta disciplina para protegernos contra ese peligro. No hay otro medio de evitar los baches, las arenas movientes y los precipicios. Tenemos necesidad de un código de la ruta, de una tecnología de la existencia, de un guía para el peligroso viaje de nuestra vida.

128

II

Reglas para la conservación de la vida. - No destruirla en nosotros mismos ni en los demás.

Que exige de nosotros el principio de conservación? Primeramente respetar la vida. Evidentemente, está prohibido al hombre destruir a los demás hombres, o destruirse a si mismo. "No mataras", prescribía ya el Decálogo. Hay muchas maneras de matar. La civilización nos ha proporcionado técnicas del asesinato más sutiles que las de nuestros antepasados bárbaros y las de los gangster que florecen hoy en nuestras ciudades. El aprovechador que hace aumentar el precio de los artículos indispensables para la vida, el financiero que despoja a los humildes de sus economías, el industrial que deja a sus obreros sin protección contra las substancias tóxicas, la mujer que provoca su propio aborto, el médico que se dedica a hacer abortar, son asesinos. En la misma clase se encuentran también el fabricante de licores y el propietario de viñedos que conspiran con los políticos para aumentar el consumo de bebidas alcohólicas, el vendedor de morfina, de cocaína o de haschisch, el camarada que arrastra a su camarada a beber, el patrono que fuerza a su personal a trabajar y a vivir en condiciones desastrosas para el espíritu y para el cuerpo.

Está prohibido, no solamente destruir la vida, sino también entorpecerla, asfixiarla, hacerla dolorosa, alterar su calidad. Este precepto es infringido a diario por los padres cuyo egoísmo, ignorancia y pereza privan a los hijos de educación moral y fisiológica; por los maridos que maltratan a su mujer, la abandonan o la agotan con embarazos excesivamente frecuentes; por la mujeres cuyo mal carácter, suciedad, desorden, hacen insoportable a su marido la existencia cotidiana; por los pedagogos que imponen a la juventud programas estériles y agotadores; por los hijos que torturan a sus padres con su ingratitud y su maldad. Todos estos actos son formas larvadas de asesinato. Existen otras muchas maneras más de atentar contra la vida de las gentes. La burla incesante, la maledicencia, la calumnia disimulada, el odio, la difamación, el desprecio, hieren

profundamente a sus victimas, destruyen la paz de su existencia, aminoran, con frecuencia para siempre, a sus ojos el valor de la vida.

La sociedad moderna subestima la gravedad de estos actos. Son, sin embargo, tan odiosos como dar una puñalada por la espalda a su propio hermano.

130
El principio de conservación se opone al suicidio lo mismo que al asesinato. Condena, no solamente nuestra destrucción brutal por nosotros mismos, sino todos los pensamientos, acciones y hábitos que tiendan a rebajar nuestra vitalidad, a perturbar la armonía de nuestro sistema nervioso o de nuestro espíritu, a provocar la aparición de enfermedades, a disminuir la calidad y la duración de nuestra existencia. El orgullo y la cólera, por ejemplo, son perjudiciales porque perturban el equilibrio mental y nervioso y falsean el juicio. El egoísmo, la avaricia, la envidia, restringen la personalidad, oscurecen el sentido moral, deprimen la inteligencia. La pereza impide el desarrollo de nuestras potencialidades hereditarias. Trae consigo la ignorancia, el desorden y la miseria. Es, con la intemperancia, el principal enemigo del hombre moderno. La intemperancia es, como la pereza, una forma lenta de suicidio. A estos vicios deben grandes pueblos, en parte, sus caídas. Durante los años que precedieron a la guerra eran los más grandes consumidores del mundo de bebidas alcohólicas. En verdad, el alcoholismo, el tabaquismo, los excesos sexuales, la toxicomanía, el desarreglo del pensamiento, la bajeza moral, constituyen infracciones sumamente peligrosas a la ley de conservación.

Estos vicios debilitan al individuo y lo marcan con un estigma especial. La juventud de la derrota grosera, impúdica, con el cigarrillo en la comisura de los labios, con sotabarba, la espalda encorvada, las manos en los bolsillos, representaba bien la barbarie anémica de que se enorgullecía la Francia de aquella época. Había destruido en si la nobleza y la fuerza. Su destino era inevitable porque había cometido el pecado para el cual no hay perdón. La naturaleza aniquila a quienes se abandonan. El suicidio toma con frecuencia forma sutil y agradable. Por ejemplo: la abundancia de la alimentación, la dulzura de la existencia, la seguridad económica total, la ausencia de responsabilidad. Nadie advertía el peligro del bienestar de que gozábamos durante los años que precedieron a la guerra universal. Ni el de los excesos de alimentación a que todos se libraban desde la infancia hasta la ancianidad. El tener en una administración del Estado posición segura y exenta de responsabilidad parecía a la mayor parte de las gentes algo conveniente. Sin embargo, esta especie de existencia es, para el individuo y la nación, tan peligrosa como la morfinomanía. Existen también hábitos, en apariencia poco funestos, que disminuyen la potencia de la vida. Por ejemplo: el amor propio excesivo, la envidia, el hábito de criticarlo todo, el pesimismo estéril, porque estas actitudes negativas del espíritu repercuten sobre el sistema del gran simpático y sobre las glándulas endocrinas. Pueden de ese modo llegar a ser el origen de desórdenes funcionales y hasta orgánicos. En la Edad Media, consideraba la Iglesia como un pecado la tristeza y la acedía o indiferencia. El principio de conservación nos prohíbe, por el mismo título que el suicidio, los pensamientos y las actitudes morales que relajan en nosotros los resortes del sistema nervioso y de los órganos.

III

Reglas para la conservación de la vida. - Aumentar la vida en nosotros mismos y en los demás

Para conservar la vida no basta abstenerse de destruirla. Es preciso también hacerla más amplia, más profunda, más arriesgada, más alegre. Es decir, aumentar la cantidad, la intensidad y la calidad de nuestra actividad corporal y psíquica. Únicamente la fuerza permite la ascensión del hombre. A los ojos de la naturaleza, la fuerza es la virtud suprema: la debilidad, el peor de los vicios. El débil está destinado a perecer. Porque la vida sólo quiere a los fuertes. La fuerza de que tenemos necesidad no se parece a la fuerza muscular del atleta, ni a la fuerza moral del asceta, ni a la fuerza intelectual del filósofo y del sabio. Es a la vez resistencia, armonía y flexibilidad de los músculos, de los órganos y del espíritu. Es también capacidad para soportar la fatiga, las intemperies, el hambre, la falta de sueño, las penas, las preocupaciones. Es, en fin, la voluntad de esperar y de obrar; la solidez del alma y del cuerpo que no admite la posibilidad de la derrota, la alegría que se infiltra en todo nuestro ser.
132
¿Cómo obtener este poder? El único medio de lograrlo es el esfuerzo cotidiano, eficiente, obstinado. Esfuerzo inconsciente del corazón, de los vasos, de las glándulas endocrinas, de todos los sistemas anatómicos. Esfuerzo consciente de la voluntad, de la inteligencia y de los músculos. Es preciso aprender poco a poco, en el curso del ejercicio repetido cada día, a establecer el orden en la propia existencia, a someterse a la disciplina que se nos impone, a ser dueños de nosotros mismos. Es preciso también prepararse por medio de esfuerzos pequeños y frecuentes a dominar las emociones propias, nuestro nerviosismo, nuestra timidez, nuestro orgullo, nuestra pereza, nuestros apetitos, nuestra fatiga, nuestro sufrimiento. Este aprendizaje es indispensable a todo civilizado. El error fundamental de la pedagogía moderna ha sido el de haberlo descuidado. Solo por un entrenamiento de la voluntad llega uno a ser capaz de aumentar en si el poder de vida.

Las reglas que han de seguirse son numerosas, pero sencillas. Consisten en conducir nuestra existencia cotidiana como lo demanda la estructura de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Por ejemplo: en soportar la fatiga, el frío y el calor; en caminar, en comer, en realizar escalamientos bajo el sol, la lluvia, la nieve y el viento de invierno; en sustraernos en la medida de lo posible al clima artificial de las oficinas, de los departamentos, de los automóviles, de manera de poner en juego los mecanismos automáticos de la adaptación y en fortificar todos nuestros órganos. En seleccionar y limitar nuestros alimentos conforme a los principios modernos de la nutrición. En dormir lo suficiente y en el silencio. En especializarnos en el trabajo al cual somos física y mentalmente capaces de adaptarnos, y en realizarlo bien. En descansar y distraernos, de suerte que el descanso y la distracción no sean una fatiga suplementaria, o una pérdida total de tiempo. En evitar el exhibicionismo de los deportes públicos, pero practicando cada día ejercicios del tipo de los preconizados por Hebert, a fin de desarrollar a la vez nuestros órganos, nuestro esqueleto y nuestros músculos. En realizar cotidianamente, además de nuestro trabajo profesional, algunas tareas de orden intelectual, estético, moral o religioso. Quienes tengan el valor de ordenar su existencia de este modo, serán por ello recompensados en forma magnifica. Se dará a ellos la vida, como se dio a los habitantes de la Grecia antigua, en la plenitud de su fuerza y de su belleza.

En estas reglas se encuentra, indudablemente nuestra salud. En efecto, la historia de los animales y de los hombres nos muestra que los débiles ningún derecho tienen, ni siquiera el derecho de vivir en la tierra de sus antepasados. Los habitantes de Normandía, de Bretaña, de Anjou, de las provincias más bellas, más ricas y también más envidiadas de Francia, han permitido que se debilite la vida en ellos y en sus hijos, Es urgente que se regeneren, pues de no hacerlo así, la historia se repetirá una vez mas. Tarde o temprano, serán reemplazados por razas biológicamente más fuertes. Y tanto más fácilmente cuanto que las técnicas modernas permitirán la deportación rápida de poblaciones enteras desde su país a regiones que el rigor del clima y la pobreza del suelo hayan dejado libres de habitantes.

La naturaleza no se apiada de los alcohólicos, de los perezosos, ni de los deficientes mentales. Favorece, por el contrario, a los individuos sobrios, avisados, inteligentes, entusiastas. Sobre todo a los audaces, que tienen la ambición del éxito, a quienes están dispuestos a vivir dura y peligrosamente. El que rehúsa el riesgo, pierde la vida.
134

IV

Reglas para la propagación de la raza. - Concepción y desarrollo del niño. - Eugenesia

Las reglas para la propagación de la raza presentan la misma complejidad que los procesos de la generación y del desarrollo. Se basan en los caracteres específicos de la reproducción en la especie humana y en las necesidades de los jóvenes durante su crecimiento. Pueden, pues, dividirse en tres grupos. Refiérese el primero a la concepción; el segundo, al nacimiento del niño y a su formación; y el tercero, al medio indispensable para la existencia material y mental de la familia.

La mayor parte de la ruda empresa de propagar la raza incumbe a la mujer. A esta tarea, sin embargo, no puede sustraerse sin desertar de la misión que es propiamente la suya: misión inscrita desde hace quizá más de un millón de años en sus órganos genitales, sus glándulas, su sistema nervioso y su espíritu. No hay para ella error más grave que el de renunciar a la maternidad. El pecado capital de la sociedad moderna ha sido el apartar a las muchachas de su función especifica al darles una educación intelectual, moral y física parecida a la de los muchachos, y el de dejar así que se creen en ellas hábitos de vida y de pensamiento que las alejan de su papel natural.

El tener una carrera lucrativa o brillante, el ser artista, doctora, abogado, funcionario, aviadora, profesora o sabia, no es razón valida para violar, gracias a la ayuda de las técnicas anticoncepcionales, la ley de propagación de la especie. Cuanto mejor dotada mental y físicamente está una mujer, es más importante que tenga numerosos hijos. Además, no alcanza su pleno desarrollo orgánico mental sino por la maternidad. Solamente en este papel sobresale. Porque, en medicina, pedagogía, ciencia, filosofía, aviación o negocios, casi siempre es inferior al hombre.
135
Es indispensable que la opinión publica considere sin indulgencia a los matrimonios que tienen menos hijos de los que deben tener, o que no tienen ninguno. Y sobre todo, que las mismas mujeres se den cuenta de su verdadero papel en la sociedad. Sabemos, por ejemplo, que en Italia, ni las tasas o impuestos a los célibes y a los matrimonios sin hijos, ni las ventajas económicas y financieras a las familias numerosas, ni la protección

de las madres y de los hijos, ni las penalidades severas contra el aborto y la propaganda anti concepcionista, impiden la disminución de la natalidad. Las naciones modernas no se detendrán en el camino de la extinción sino gracias a un despertar de la inteligencia y de la conciencia femeninas. La suerte de las democracias está en manos de las muchachas de hoy.

¿Cuantos hijos prescribe para cada mujer la ley de propagación de la especie? Cada mujer debe dejar por lo menos una hija para sucederle. Como todas las mujeres no son fecundas, como muchas tienen una herencia defectuosa, convendría que los matrimonios normales tengan de cuatro a cinco hijos. A tales matrimonios debe dar el Estado una ayuda financiera muy amplia. Pero no a los demás. Es preciso abstenerse de aumentar, con pensiones familiares mal comprendidas, el número de los tuberculosos, de los alcohólicos, de los idiotas, de los degenerados, que serán una carga cada vez más pesada para la comunidad.

La escasa natalidad es una enfermedad de degeneración que afecta a todas las civilizaciones. Produjo la decadencia de la Grecia antigua y del Imperio de Roma. Devasta actualmente las naciones modernas. El número de ingleses, por ejemplo, quedará reducido a la mitad en noventa años si la tasa de la fecundidad y de la mortalidad no cambia durante dicho periodo. Esta enfermedad, sin embargo, no es necesariamente incurable, porque se debe a las condiciones económicas y sociales, a las prácticas anticoncepcionales y al aborto. Su curación depende, por consiguiente, de la voluntad del Estado, pero sobre todo de la voluntad de las mujeres.

La salvación de nuestra civilización exige la procreación, no solamente de un numero suficiente de hijos, sino también de hijos de buena calidad. Cada uno debe elegir su compañera o compañero de vida de tal suerte que los productos del matrimonio posean las cualidades hereditarias de la raza. Entre los animales salvajes, el acoplamiento se hace al azar del apetito sexual, sin ningún peligro de disgenismo. Porque, gracias a la selección natural no hay entre ellos ni enfermos ni deficientes. No ocurre lo mismo con los animales domésticos ni con los hombres. Unos y otros son portadores de taras hereditarias, ocultas o visibles.

La atracción sexual reciproca, así como tampoco el amor, es razón suficiente para justificar un matrimonio. Es indispensable que a la atracción sexual o al amor se unan buenas condiciones hereditarias. En los pueblos modernos se impone la eugenesia. La protección dada a los deficientes y a los enfermos, el desarrollo de la higiene, de los sanatorios, de los hospitales, la comodidad de la habitación, la del vestido, la abundancia de alimentación, la facilidad de la vida, han permitido la reproducción de muchos individuos tarados cuya existencia no era deseable para el porvenir de la especie. A la calidad publica y al celo de los médicos sería necesario añadir la luz del buen sentido.

En efecto, la ley de propagación de la vida prescribe a los unos el tener hijos, a los otros el no tenerlos. Los matrimonios entre individuos portadores de malas genealogías, entre primos hermanos, o entre tíos y sobrina, constituyen, lo mismo que el incesto, pecados sumamente graves. Por el contrario, estos pecados se convertirían en virtudes en los grupos humanos absolutamente libres de taras hereditarias. El adulterio debe proscribirse a la vez porque rompe el grupo social indispensable para el bienestar de los hijos y porque hace correr el riesgo de que se introduzca sangre inferior en una buena

estirpe. Sería medida prudente por parte de los Estados, la de favorecer el establecimiento de la genealogía de cada hijo y la de tener en cuenta esa genealogía para la asignación de pensiones familiares. Igualmente, el dar a la juventud un conocimiento suficiente de las leyes de la herencia. Todo el mundo debe saber que el casarse con un miembro de una familia afectada de locura, de debilidad mental, de tuberculosis y de alcoholismo, es una trasgresión cardinal de la ley de propagación de la especie, y que esta trasgresión destina a los culpables a una interminable serie de calamidades y de pesares.

Pero la excelencia del patrimonio ancestral no basta para la procreación de hijos de buena calidad. Es preciso, además, que los futuros padres no sean ellos mismos ni sifilíticos, ni alcohólicos, ni morfinómanos, ni cocainómanos. La embriaguez del marido o de la mujer en el momento de la fecundación es un verdadero crimen, porque los hijos concebidos en esas condiciones padecen frecuentemente de incurables taras nerviosas o mentales. En general, los padres que quieren ignorar las prescripciones de la eugenesia sufren automáticamente el castigo de su falta en sus propios hijos.

V

Reglas para la propagación de la especie. - Nacimiento y formación del hijo. - La familia

Las reglas de conducta que se refieren a la familia, tienen como finalidad el desarrollo óptimo de las potencialidades hereditarias de cada hijo. Se deducen directamente de los modos de ser orgánicos y funcionales de la madre y de los jóvenes. La mujer no posee, como la hembra del chimpancé, el conocimiento innato del modo de comportarse durante el embarazo y el parto, de amamantar a su pequeño y de guiar su desarrollo. Su primer deber consiste, pues, en aprender el oficio de madre.

Es una aberración extraña de la sociedad moderna el descuidar completamente esta parte esencial de la educación de las muchachas. Existen reglas científicas para la construcción de los automóviles, o para la cría del ganado. Del mismo modo, hay reglas para la concepción de los hijos y para su formación. Es preciso que estas reglas se enseñen a toda la parte femenina de la población en escuelas especialmente organizadas con esa finalidad. Así, las futuras madres sabrán cómo conducirse durante el embarazo, que alimentación procurarse, en que medida trabajar, cómo prepararse para la lactancia, cómo alimentar y cuidar a los niños. Se les advertirá también el peligro que representa para su nene todo abuso, por parte de ellas, de tabaco, de café, de morfina, de bebidas alcohólicas, durante el embarazo y la lactancia. No llegaran, pues, completamente ignorantes al momento del parto. Habrán aprendido de modo práctico cómo manejar a una criatura, cómo tenerla limpia y alimentarla convenientemente. Serán capaces de resistir a médicos y enfermeras que traten de imponerles la nefasta costumbre de la lactancia artificial. Podrán responderles que los hijos alimentados en el seno de la madre presentan una mortalidad menor, son más sanos, mejor hechos, más vigorosos. En fin, tendrán conocimiento suficiente de la nutrición, de la fisiología de la primera edad, del efecto de los factores físicos y mentales del medio sobre el desarrollo, para dirigir la formación de sus hijos durante los primeros años de la vida. Y después, para contribuir efectivamente a su educación.

Son las particularidades fisiológicas y psicológicas del embarazo, del parto y del desarrollo del hijo las que dan a la familia su estructura especifica. Son ellas también las que imponen a los miembros de este grupo social elemental reglas de conducta definidas e invariables. Padre, madre, hijos constituyen una especie de organismo, es decir, una asociación de seres diferentes, pero complementarios. Lo mismo que los órganos de nuestro cuerpo, trabajan los unos para los otros. Pero no forman un conjunto armonioso sino en el caso de que combatan, con esfuerzo voluntario, su egoísmo, su vanidad, su grosería, su intemperancia, su pereza, y su nerviosismo naturales. Contrariamente a lo que pasa en el reino animal, en la perra o en la vaca, la mujer necesita de la ayuda de su cónyuge para subvenir a su subsistencia durante el periodo final del embarazo, durante el parto y durante la lactancia.

La duración de la fecundidad, es decir, del periodo durante el cual pueden escalonarse los embarazos, varía de treinta a cuarenta años. Por otra parte, el niño es muy frágil durante el primer año de su vida. Después tiene necesidad de cuidados constantes, de una atenta protección, de alegría y de paz. Los choques psicológicos les son muy perjudiciales. Se desarrolla lentamente; su periodo de formación dura por lo menos dieciocho años. Así, la empresa de propagar la raza exige a la mujer la mayor parte de su vida. La lentitud del desarrollo de los jóvenes es la razón última de la permanencia del matrimonio. Considerar el matrimonio como una unión temporal, como un contrato de asociación que los cónyuges pueden romper a su antojo, es un error engendrado por la ignorancia del desarrollo del hijo y de la función materna.

Los padres que trastornan la existencia de sus hijos con sus disputas, su intemperancia, sus adulterios, su divorcio y sus matrimonios repetidos cometen grave transgresión de la ley de la propagación de la vida. El organismo familiar es un individuo colectivo de carácter muy particular. Es preciso darle un estatuto legal, de acuerdo con su estructura y su función. Es una de las más extrañas aberraciones de la Revolución Francesa el haber hecho del matrimonio, por la ley de 20 de septiembre de 1792, un contrato disoluble como los demás.

140

Para desarrollarse de modo óptimo, tienen necesidad los hijos de un medio familiar estable y ordenado. Dicho orden y dicha estabilidad sólo se obtienen mediante la observancia de ciertas reglas. En primer lugar, elegir prudentemente a aquel o a aquella con quien uno ha de casarse; después, desembarazarse del egoísmo, que hace imposible la vida matrimonial; por último, colocarse en las condiciones materiales necesarias para el feliz nacimiento y para la formación de los hijos. En la sociedad moderna, el trabajo de la mujer, la exigüidad de la habitación, la inseguridad del empleo, la ignorancia de los padres, hace difícil la obtención de esas condiciones. Por eso, el Estado debe ayudar generosamente a los matrimonios capaces de tener sucesión de buena calidad. Es preciso además que los futuros padres comprendan la extensión de su ignorancia y aprendan su difícil oficio de criadores y educadores. Porque el descrédito en que ha caído la familia es debido en parte a la quiebra de la educación.

Los hijos modernos constituyen para el grupo familiar una carga verdaderamente insoportable. Su dureza, su grosería, su ingratitud respecto a sus padres son la consecuencia inevitable del egoísmo, de la ignorancia y de la debilidad de dichos padres. Es, pues, una verdadera reforma intelectual y moral la que la ley de la propagación de la especie demanda a los jóvenes que tienen intención de casarse.

Reforma laboriosa, difícil, pero indispensable para la felicidad de su propia existencia y para la supervivencia de nuestra civilización.

VI
Reglas para la propagación de la vida. - El medio social

La subsistencia de los hijos y su formación física y mental dependen a la vez de la familia y del medio que rodea a la familia. Constituir ese medio es la tarea esencial de la sociedad. Y el éxito de la sociedad exige, ante todo, la cooperación y la unión de sus miembros. Debe ordenarse la conducta de cada uno teniendo en cuenta la realización de dicha unión y de dicha cooperación.

Es evidente que la pereza, la embriaguez, la cólera, el egoísmo impiden toda unión durable. Es preciso, igualmente, proscribir de modo absoluto la grosería, la calumnia, la deshonestidad. Los vicios antisociales se han extendido en Francia de modo maléfico. Levantan barreras entre los individuos, hacen imposible la supervivencia de la comunidad. La envidia y el orgullo han causado divisiones tan nefastas entre los campesinos, los obreros y los artesanos, como entre los generales, los políticos, los profesores y los sabios. La envidia es responsable de la esterilidad de nuestras instituciones, porque ha paralizado el vuelo de los hombres mejores en provecho de los mediocres. Por culpa de ella se han eliminado, en todos los terrenos, los que eran capaces de convertirse en jefes y de organizar su nación. Los habitantes de un pueblo, de una ciudad, de una provincia, de un Estado son solidarios entre si. Sin embargo, la solidaridad ha hecho quiebra como principio de conducta. En la mayor parte de las gentes el odio al vecino es más fuerte que el amor propio. La mediocridad de la minoría selecta, la inercia, la estupidez y la pereza de las masas, la detestación mutua, hacen imposible todo esfuerzo colectivo. Es cierto que la crítica de todo y de todos, la maledicencia, el hábito de inventar historias con intención de perjudicar a los demás, no son sino pecados veniales. Los hombres y las mujeres que se dan a esos vicios con los elementos más disolventes, y, por consiguiente, los más perjudiciales de la sociedad.

Nada tan urgente como el poner fin a esta división. Para que la sociedad sea próspera es preciso que sus miembros se hallen unidos entre si como las piedras de una muralla. Pero ¿que cemento podrá unir a los hombres de esa manera? El único cemento bastante tenaz es el amor. Este amor que se encuentra a veces entre los miembros de una familia, pero que no se extiende a los extraños.

Amar a alguno, escribía Aristóteles, es desearle el bien. Cosa extraña, la humanidad ha rehusado hasta el presente el comprender que desear el bien a los demás es indispensable para el éxito de la propia existencia colectiva. Sin embargo, sabe que el amor a nuestro vecino, aun a nuestro enemigo, el perdón de las injurias y la caridad constituyen la base esencial de la vida moral. Hace ya cerca de dos mil años que ha aprendido estas cosas. Los raros individuos que obedecen este mandamiento evangélico no se atraen a veces el respeto de los demás, sino, que, en general, son considerados como simples, o como iluminados. Nadie advierte que esta ley del amor constituye el principio esencial de la prosperidad de los grupos humanas y la condición misma de su supervivencia.

¿Por que ha sido inaplicado un precepto tan verdadero? Probablemente porque era inaplicable. Y era inaplicable porque nunca se ha tratado de darle una aplicación posible. El precepto de amar al prójimo tiene un doble aspecto. Manda explícitamente a cada uno que ame a los demás; pero manda también implícitamente a cada uno que se haga digno de ser amado por los demás, porque esta por encima de las fuerzas humanas el amar el producto medio de la civilización industrial, es decir, a un individuo egoísta, grosero, orgulloso, perezoso, envidioso, intemperante, malo y lubrico. El amor mutuo seguirá siendo una utopia mientras no hagamos el esfuerzo de abandonar los hábitos que lo hacen odioso a los demás. No construiremos una sociedad mejor, ni elaborando nuevas ideologías, ni reformando nuestras instituciones políticas, sino reformándonos nosotros mismos, liberándonos de los vicios que nos separan a unos de otros. Entonces resultara posible al vecino amar a su vecino, al obrero amar a su patrono y al patrono amar a su obrero. Solamente el amor es capaz de instaurar en las sociedades humanas el orden que el instinto ha establecido desde hace millones de años en el pueblo de las hormigas y en el de las abejas.

En resumen: la ley de propagación de la vida nos impone una triple obligación. En primer lugar, tener hijos, e hijos de buena calidad, gracias a las prácticas de los principios de la eugenesia. Después, criar esos hijos de tal suerte que sus potencialidades hereditarias se desenvuelvan de modo óptimo. En fin, adquirir nosotros mismos y enseñar a nuestros hijos las cualidades morales e intelectuales indispensables para el éxito de la vida social. Porque el porvenir de la raza, su felicidad y su desdicha, dependen del valor de la familia y de la comunidad. Nada tan difícil como desarraigar los hábitos antisociales que lanzan a los individuos unos contra otros, esos hábitos que producen nuestra ruina, Es, pues, necesario impedir su desarrollo, habituando a los hijos desde su más tierna infancia a la práctica de la cortesía, de la paciencia, de la generosidad, de la veracidad, de la fidelidad a la palabra dada, del perdón de las injurias, del amor fraternal. Así es como la humanidad podrá desarrollar las cualidades tan penosamente adquiridas en el curso de la evolución. Solamente así continuará su marcha a lo largo del camino que, a través del amontonamiento de los milenios, la conduce hacia su desconocido destino.

145

Reglas para la ascensión del espíritu en el individuo. - Obstáculos físicos, fisiológicos y mentales. - Cómo encontrar nuestra alma. - La disciplina de nosotros mismos. - Desarrollo del sentimiento. - Desarrollo de la inteligencia. - El culto de los héroes. - La intuición. - La búsqueda de la belleza y de Dios.

Desarrollar nuestro espíritu es una obligación tan estricta como la de conservar la vida y la de propagar la especie. De esta obligación, sin embargo, no hacemos ningún caso. Las escuelas y las universidades se contentan con cultivar la inteligencia. Pero la cultura de la inteligencia no es equivalente a la del espíritu. Porque el espíritu supera en todas partes a la inteligencia. Las actividades no lógicas del espíritu son mucho más vastas que las actividades lógicas: constituyen el verdadero substrato de la personalidad. El primer mandamiento que nos da la ley de la ascensión del espíritu es poner en valor la totalidad del patrimonio mental que al nacer aportamos con nosotros. Poco importa que ese patrimonio sea pequeño o grande. Cada uno debe desarrollar su espíritu en toda la medida en que se lo permitan sus capacidades hereditarias. Esta obligación es universal.

Los hijos del artesano, del obrero, del campesino, están sometidos a ella, lo mismo que los del comerciante, del industrial, el funcionario, el financiero. Viejos y jóvenes, pobres y ricos, fuertes y débiles, ignorantes y sabios no están, ni unos ni otros, dispensados de observar esta regla. Este vuelo voluntario del espíritu es para nosotros el único medio de contribuir a la salvación de la civilización de Occidente, y de evitar a nuestra descendencia calamidades más grandes todavía que las que sufrimos nosotros.

Es preciso, ante todo, descartar los obstáculos que se oponen a nuestro desarrollo espiritual. Estos obstáculos son: unos, químicos o fisiológicos, y otros, mentales. Todo lo que perjudica a la vida orgánica perjudica también a la vida del alma. El equilibrio nervioso y el equilibrio mental tienen íntimas relaciones. Uno y otro dependen a la vez de los tejidos, de la sangre, de la inteligencia y del sentimiento. Es preciso imponer calma a nuestro cuerpo lo mismo que a nuestros pensamientos. Es un grave error el permitir que la agitación y el nerviosismo se instalen en los niños. La armonía de las funciones mentales condiciona la de las funciones orgánicas. Recíprocamente, la armonía de las funciones orgánicas es indispensable para la serenidad mental. Por consiguiente, están prohibidos los hábitos capaces de producir el deterioro de los tejidos y de los humores. En particular, el alcoholismo, el tabaquismo, los excesos sexuales, la superabundancia de alimentación, la carencia de alimentación y todas las demás causas de esclerosis vascular, glandular y nerviosa, de decadencia orgánica, de vejez precoz.

En segundo lugar, es indispensable abandonar las actitudes mentales que son para la conciencia equivalentes al suicidio. En primer lugar, la pereza. No solamente la pereza que consiste en no hacer nada, en dormir demasiado tiempo, en no trabajar o en trabajar mal, sino también la que nos conduce a consagrar todos nuestros descansos a cosas inútiles y estúpidas. Charlar interminablemente, jugar a las cartas, danzar, errar en automóvil por las grandes carreteras, abusar del cine y de la radio, es tanto como retrogradar la inteligencia. Es peligroso también dispersarse en excesivos objetos y no profundizar en ninguno. Tenemos que defendernos contra la tentación producida por la rapidez de las comunicaciones, lo numeroso de los diarios y de las revistas, el automóvil, el avión, el teléfono, de multiplicar de modo excesivo el número de las ideas, de los sentimientos, de las cosas y de las gentes que encontramos cada día. Tanto como la dispersión, la especialización exagerada es obstáculo al desenvolvimiento del espíritu. En verdad, todos somos hoy especialistas. Pero no nos hallamos obligados a encerrarnos completamente en nuestro oficio. Nada nos impide consagrar nuestros descansos a cultivar las actividades intelectuales, morales, estéticas, religiosas, que son el substrato de la personalidad.

147

De todos los malos hábitos, el más perjudicial, al progreso espiritual es el de mentir, el de intrigar, el de calumniar a nuestros vecinos, el de traicionarlos, el de robarles, el de reducirlo todo a nosotros mismos y a nuestro interés inmediato. Nunca se desarrolla el espíritu en la corrupción y en la mentira.

¿Como, pues, escapar a la influencia deletérea del mundo actual? Observando una regla análoga a la que se imponían los filósofos estoicos, o los primeros cristianos. Agrupándonos con aquellos que tienen nuestro mismo ideal y sometiéndonos a una estricta disciplina. Por ejemplo: renunciar a escuchar las mentiras de la radio, no leer en los periódicos más que las noticias que sea útil saber, leer solamente los artículos y los libros de autores conocidos por su honradez y su competencia, instruirse en las técnicas

modernas de la propaganda, a fin de poder defenderse de ella. En fin, ser resueltamente no conformistas. Es imposible aceptar los modos de vida y de pensamiento que se han propagado desde las ciudades hasta las aldeas más remotas, sin resultar aniquilados espiritualmente. A fin de aventurarnos en el camino que asciende, debemos primeramente abandonar las costumbres y los vicios que paralizan el vuelo del espíritu.

Una vez descartados estos obstáculos, ¿que hacer? Se trata entonces de comenzar la ascensión ordenada por las tendencias fundamentales de la vida. El ser humano tiene el extraño privilegio de modelar, si así lo desea, su cuerpo y su alma, con la ayuda de esa misma alma. Esta formación del espíritu exige técnica apropiada. Puede uno aprender a conducirse como aprende a conducir un avión. Pero ese aprendizaje sólo pueden emprenderlo con provecho quienes poseen ya el dominio de si mismos. Para hacer que crezca nuestro espíritu no es necesario ser sabio ni poseer una gran inteligencia; basta quererlo. Indudablemente, nadie es capaz de dirigirse por si solo. Todos, en ciertos momentos de nuestra vida, tenemos necesidad de tomar consejo de los demás y de recibir su ayuda. Pero sólo a nosotros nos corresponde desarrollar y disciplinar las actividades intelectuales y afectivas que son la esencia de la personalidad. Es de la prudencia de esta dirección de nosotros por nosotros mismos de lo que depende nuestro destino espiritual.

En esta delicada empresa es preciso, en primer lugar, que encontremos nuestra propia alma. Todos podemos efectuar esta toma de contacto, sean cuales fueren nuestras preocupaciones, nuestra fatiga, la grandeza o la humildad de nuestro trabajo. Es suficiente imponer, mañana y tarde, durante algunos minutos, silencio a los ruidos del mundo, reconcentrarnos en nosotros mismos, instituirnos en nuestros propios jueces, reconocer nuestros errores, formar nuestro plan de acción. Es en este momento cuando los que saben rezar deben rezar. "Ningún hombre ha rezado nunca sin aprender alguna cosa", decía Ralph Waldo Emerson. La oración tiene siempre un efecto, aun en el caso en que ese efecto no sea el que deseamos. Por tal razón, es preciso a edad oportuna, habituar a los niños, a cortos periodos de silencio, al recogimiento, y, sobre todo, a la plegaria. Sin duda es difícil descubrir el sendero que desciende a lo interior de nuestra alma. Pero una vez iniciado, todo hombre puede, cuando lo quiere, penetrar en la calma del país que se extiende más allá de las imágenes de las cosas y del ruido de las palabras. Entonces, la oscuridad se disipa poco a poco, y, como un sereno manantial, brota la luz en medio del silencio.
La primera regla consiste, no en cultivar nuestra inteligencia, sino en construir en nosotros la armazón afectiva que sirva de sostén a todos los demás elementos del espíritu. No es menos indispensable el sentido moral que el sentido de la vista o el del oído. Es preciso habituarse a distinguir el bien del mal tan netamente como se distingue la luz de la oscuridad o el silencio del ruido. Después imponerse la obligación de evitar el mal y de hacer el bien.

Pero evitar el mal exige una buena constitución orgánica y mental. Ahora bien, el desarrollo óptimo del cuerpo y del espíritu no se realiza sin la ayuda del ascetismo. Los atletas, los hombres de ciencia, los monjes se someten tanto unos como otros a las reglas estrictas de la vida y del pensamiento. A quienes quieran promover en sí mismos la ascensión del espíritu no se les permite exceso alguno. La disciplina de nosotros mismos recibe siempre su recompensa. Esta recompensa es la fuerza. Y la fuerza aporta la alegría. Alegría interior, silenciosa, inefable, que viene a ser el tono habitual de la vida. Esta actitud fisiológica y mental, por extraña que pueda parecer a los pedagogos y

sociólogos modernos, constituye, no obstante, el fundamento indispensable de la personalidad. Es como un aeródromo, desde donde el espíritu puede emprender su vuelo.

Se trata, pues, de hacer que crezcan poco a poco las cualidades que dan su grandeza al carácter. Con su experiencia veinte veces secular, coloca la Iglesia con justa razón el comienzo de la vía ascendente en el examen de los defectos, la purificación de los sentimientos y de la inteligencia, y la voluntad del progreso moral. Es esencial seguir ese precepto y adquirir después la rectitud intelectual, la veracidad y la lealtad.
149

Más aun que los filósofos y los sacerdotes, conocen los sabios dedicados a la investigación experimental la absoluta necesidad de esas cualidades. Porque una falta, aun venial, contra la verdad es inmediatamente castigada con el fracaso de la experiencia. De los peligros de nuestra vida colectiva, como de los peligros de nuestra vida individual, sólo la verdad puede salvarnos.

Elevase lentamente el camino a lo largo de los años. En el curso del viaje muchos resbalan y caen en los precipicios, o se echan en la hierba tierna al borde del arroyo y se duermen para siempre. En la alegría o en el dolor, en la prosperidad o en la miseria, en la salud o en la enfermedad, es preciso continuar el esfuerzo. Levantarse después de cada caída, adquirir poco a poco el valor, la fe, la voluntad de poder, el espíritu de ayuda mutua, la capacidad de amor; en fin, el desprendimiento. Estos elementos no racionales del espíritu constituyen la armazón de la personalidad. La lógica jamás arrastra a los hombres. Ni Kant ni Bergson, ni Pasteur, han sido amados por sus discípulos como lo fue Napoleón por sus soldados. Si el modesto puede llegar a ser superior al poderoso es solamente por su capacidad de justicia, de amor y de desprendimiento. Ese es el único procedimiento para que el poderoso se haga grande.

La ascensión de la inteligencia es tan imperativa como la del sentimiento. Al mismo tiempo que forjamos nuestro carácter debemos desarrollar nuestras actividades intelectuales. Actividades que la escuela ha atrofiado casi tanto como las actividades morales. Cuando el individuo puede comenzar su educación intelectual es en el momento en que sale de manos de los profesores y queda libre de exámenes y de concursos. Es preciso, en primer lugar, acostumbrarse a ver, a sentir, a escuchar a observar, a juzgar. En otros términos: a entrar en contacto con la realidad.

El trabajo manual es indispensable de todos porque la precisión de los ademanes ayuda a la del pensamiento. Pero nadie debe encerrarse completamente en la técnica de un oficio una vez que haya adquirido el dominio de dicha técnica. Un escultor puede, como Miguel Angel, ser igualmente pintor y arquitecto. Nada impide que un financiero siga el ejemplo de Lavoisier y se convierta en químico o físico. El tiempo que perdemos en charlas estúpidas, en obligaciones mundanas ilusorias, en el cine, en el teatro, en el golf, nos permitiría, si lo empleásemos bien, conocer el mundo en que vivimos y el mundo en que vivieron nuestros antepasados. Si, en lugar de leer periódicos y revistas escritos para agradar a la multitud de los atrofiados mentales, aprendiésemos en libros y en periódicos técnicos, o en las buenas obras de vulgarización científica, las cosas que se refieren a nuestra vida, a la de nuestros hijos y al mundo que nos rodea, tendríamos la alegría de ver ensancharse nuestro horizonte de modo maravilloso. Sabríamos cómo esta constituido el universo de que formamos parte, cómo estamos constituidos nosotros

mismos, como podemos desarrollar las potencias ocultas de nuestro cuerpo y de nuestra alma; cómo, en fin, nos es posible hacer que nuestros hijos sean mejores que nosotros. Ninguno de aquellos a quienes las condiciones materiales de la existencia permitan hacerlo, tiene derecho de continuar siendo un bárbaro ignorante. Y ni el certificado de estudios ni el diploma del bachillerato pueden sacarnos de esta barbarie ignorante.
150

Las épocas de decadencia se caracterizan por la mediocridad de los jefes. La muchedumbre sufre por no tener a quien admirar. Porque el culto de los héroes es una necesidad de la naturaleza humana, y también una condición indispensable del progreso mental. En los países democráticos no existe hombre capaz de servir de modelo a la juventud. Felizmente, la sociedad se compone, no solamente de vivientes, sino también de muertos. Y los grandes muertos viven todavía entre nosotros. Nos basta querer para contemplarlos y escucharlos. ¿Acaso no se hallan presentes, por ejemplo, en el esplendor del Monte San Miguel, en la luminosa grandeza de Nuestra Señora de Chartres, en la gallardía del castillo de Tonquedec? Al meditar su historia, vivimos con ellos. Por ejemplo: el trato de Roldan, de Carlomagno, de Dante, de Juana de Arco, de Goethe, de Pasteur, ¿no es más provechoso que el de una estrella de cine? Hay en la vida de los sabios, de los héroes y de los santos una inagotable reserva de energía espiritual. Son esos hombres como las montañas que se elevan por encima de la llanura. Nos indican hasta dónde debemos tratar de subir y lo noble de la finalidad hacia la cual tiende naturalmente la conciencia humana. Sólo hombres semejantes pueden aportar a nuestra vida interior el alimento espiritual que dicha vida exige.

Hay en el espíritu elementos menos conocidos que la inteligencia, el sentido moral o el carácter. Dichos elementos son totalmente inexpresables en palabras. Son intuiciones, impulsos instintivos, algunas veces una percepción extrasensorial de la realidad. De la riqueza de ese substrato del espíritu viene la fuerza del individuo y de la nación. Esta indefinible energía espiritual no se encuentra en los pueblos que quieren expresarlo todo en fórmulas claras. Ha desaparecido en nosotros porque Francia rehúsa lo irracional; ha negado la realidad de las cosas que no se pueden describir con palabras. Pascal estaba más cerca de la realidad que Descartes. Los poetas y los místicos conocían mejor al hombre que los fisiólogos. Quienes quieran ascender tan alto como se lo permita la condición humana deben renunciar al orgullo intelectual; rechazar el mito de la omnipotencia del pensamiento iluminado; abjurar de la creencia en el poder absoluto de la lógica; finalmente hacer creer en si mismos el sentido de lo bello y de lo sagrado.

No se aprende el amor a la belleza o el amor de Dios como se aprende la aritmética. El sentido de la belleza no ha sido dado más que por la belleza misma. La belleza se encuentra en todas partes. En la pradera canadiense tanto como en los bosques de la Isla de Francia; en derredor de la bahía de San Francisco lo mismo que en las riberas de Córcega, en las tranquilas colinas de Vermont y en los peñascos de Saint Gildas. Hoy, gracias al progreso de la tecnología, la horrible fealdad de las fábricas de Chicago y Pitsburgo o de los arrabales de Paris puede iluminarse con un reflejo de belleza. Todos escuchamos cuando nos place a Palestrina, Beethoven o cualquier obra maestra clásica. O contemplamos a nuestra elección, el Parthenon, el Empire State Building, la catedral de Reims, o las pirámides de Egipto. Puede uno viajar, sin moverse de su butaca, por los magníficos países del mundo. Cuesta muy poco comprar las obras de Virgilio, de Dante, de Shakespeare, de Goethe. Los humildes, que viven en el ruido de una ciudad obrera de Europa o de America, en el aislamiento de una granja bretona, en la reclusión de la

selva canadiense, pueden, tanto como los ricos, desarrollar en si mismos el sentido de lo bello y penetrar en esas regiones mentales que rebasan la inteligencia. Podemos todos romper el molde en que nos encierra la escuela y permitir a nuestra alma escapar al mundo que conocían ya nuestros antepasados de Cromagnon. El amor a la belleza lleva a sus elegidos más lejos todavía que el amor a los silogismos, porque impulsa nuestro espíritu hacia el heroísmo, el renunciamiento, lo bello absoluto, Dios.

153

Solamente puede terminar su ascensión el espíritu en alas de la mística. Se precisa, pues, el papel de la religión, porque este vuelo en la atmósfera intelectual, más allá de las cuatro dimensiones del espacio y del tiempo, más allá de la razón, es peligroso. Indudablemente, las técnicas de la religión, es decir, de la unión del alma con Dios, se han desarrollado poco a poco en el curso de los milenios. Han sido iluminadas sobre todo por las místicas cristianas, pero en este trayecto del viaje, la mayor parte de la gente debe seguir el camino real. Nadie puede aventurarse solo sin gran riesgo en el campo oscuro de lo sagrado. Un guía experimentado es necesario, pues de no contar con él, corre uno el peligro de perderse en las ciénagas o de aventurarse irremisiblemente en el camino de la demencia. En su visita al Paraíso, Dante era conducido por Beatriz.

En suma: la ley de la ascensión del espíritu impone a todos la obligación de desarrollar la totalidad de las actividades mentales en un esfuerzo voluntario. Es una regla fundamental el no limitar dicho esfuerzo a uno de los aspectos de la conciencia. El cultivo exclusivo de la inteligencia, o el del sentimiento, son igualmente condenables. Es peligroso ser exclusivamente un intelectual o un místico, un lógico o un intuitivo, un sabio o un poeta. Solamente por el vuelo simultaneo de nuestras actividades intelectuales, morales, estéticas y religiosas, podemos alcanzar el más alto nivel intelectual compatible con nuestras potencialidades hereditarias.

VIII

Reglas para la ascensión del espíritu en la raza. - No detener el vuelo mental de nuestros descendientes. - Mejoramiento del medio. - Cómo aumentar el poder del espíritu.

¿Cómo podemos contribuir al progreso espiritual de nuestros hijos, de los hijos de nuestros hijos, de nuestra raza? Nuestro primer deber es no poner obstáculo a ese progreso.

Está lejos de ser seguro que la ascensión del espíritu en las formas vivientes sea irresistible. Ignoramos totalmente la naturaleza de los factores que han hecho cuadruplicar el volumen del cerebro de ciertos mamíferos, en algunos millones de años, y que han emancipado a nuestros antepasados del automatismo, del instinto animal. No sabemos tampoco bajo que influencia el hombre se ha elevado de la condición mental del Pitecantropo o del Sinantropo a la de Leonardo de Vinci, Pascal o Napoleón. ¿Tiene el hombre poder para detener esta evolución? ¿Cómo obra sobre el progreso anatómico y funcional de la especie la artificialidad de la existencia moderna? A estas preguntas no podemos dar respuesta por el momento. Es prudente, sin embargo, preguntarnos si la supresión de los modos naturales de la vida no opone un obstáculo infranqueable a las fuerzas evolutivas del espíritu. Quizá la ascensión espontánea de la conciencia en la raza termine por culpa nuestra. Para evitar esta desgracia, ¿que regla de conducta será preciso adoptar?

Por el momento no podemos contribuir a nuestro progreso mental más que por la eugenesia y por el mejoramiento del medio. El conocimiento y práctica de la eugenesia constituye obligación estricta. La eugenesia es una virtud indispensable para la salvación de la civilización de Occidente. Indudablemente, no eleva el nivel del espíritu de la minoría selecta, pero aumenta el número de los que alcanzan ese nivel. Tenemos el deber de constituir, mediante la unión de individuos que tengan una buena genealogía, familias de valor orgánico y mental creciente; una especie de nobleza biológica hereditaria. Alumbramientos de seres humanos capaces de felicidad, capaces también de arrastrar a los débiles y a los defectuosos por el camino que la naturaleza de las cosas nos ha indicado. El papel del Estado es el de ayudar del modo más generoso a los individuos y a los grupos sociales que adoptan la eugenesia como regla de conducta. Porque no hay mejor medio de promover la grandeza de una nación que el aumentar el numero de los ciudadanos superiormente dotados.

La segunda manera de ayudar el crecimiento de la fuerza mental de nuestros descendientes es el procurar a cada uno de ellos condiciones de vida que permitan el desarrollo óptimo de sus potencialidades afectivas e intelectuales. Esta regla consiste, primero, en colocar a los niños en un medio físico y químico apropiado, y en darles buenos hábitos fisiológicos. Y en segundo lugar, en rodearlos de influencias psicológicas capaces de desarrollar su espíritu en la totalidad de sus actividades naturales.

El desarrollo óptimo del hijo exige cierta estabilidad de la vida. Es preciso arraigar de nuevo a la familia en el suelo en que vivían nuestros antepasados. Es preciso también que cada uno pueda tener una casa, por pequeña que sea, y laborar en ella un huerto. Que quien tenga ya una granja la embellezca, la adorne con flores, empiedre el camino que conduce a ella, destruya las zarzas que invaden el seto, rompa la roca que dificulta el paso de la carreta, plante los árboles cuya sombra abrigará a sus tataranietos. Es preciso, en fin, conservar piadosamente las obras de arte, las viejas casas, los castillos, las catedrales en que se expresa el alma de nuestros padres. Debemos, además, oponernos a la profanación de los ríos, de las tranquilas colinas y de los bosques que han sido la cuna de nuestros antepasados. Pero nuestro deber más sagrado lo constituye el llevar a cabo la revolución pedagógica que haga de la escuela, en lugar de una triste fábrica de certificados y diplomas, un hogar de educación moral, intelectual, estética y religiosa, y, sobre todo, un centro de formación viril.
Sabemos que ni la eugenesia ni el mejoramiento del medio harán ascender el espíritu por encima de la talla que presenta en los hombres modernos mejor dotados, del mismo modo que los progresos de la higiene no han aumentado la longevidad, sino solamente la duración media de la vida. Para acrecer la inteligencia de la raza convendría encontrar el secreto de acelerar la marcha natural de la evolución. El espíritu no ha crecido a la par de la complejidad de los problemas que han de resolverse. Pero esta ascensión no es irrealizable. Tenemos a nuestra disposición dos métodos para producir seres humanos mentalmente superiores a todos cuantos hasta el presente han existido en la superficie de la tierra. El primero es el mejoramiento del individuo. El segundo, el mejoramiento de la raza.

Quizá haya llegado ya el momento, para los hombres de ciencia, de tratar de modificar la calidad de la substancia cerebral y de las glándulas endocrinas de modo que mejore el espíritu. Quizá llegue a ser posible hacer grandes hombres, como las abejas hacen sus reinas. Indudablemente, las cualidades así adquiridas no se trasmitirán hereditariamente.

En cuanto a la raza, no conocemos hasta el presente ningún medio de hacerla progresar artificialmente como ha progresado naturalmente en el curso de la evolución. Todas las mutaciones producidas experimentalmente en los animales son regresivas. En efecto, no tenemos ningún conocimiento de los factores que han determinado la ascensión del espíritu en la serie animal. No es preciso desde ahora comprometer a nuestros más grandes biólogos en la investigación de los factores secretos de la evolución. En otros términos, en la audaz empresa de aumentar la fuerza y la calidad del espíritu en los hombres civilizados.

157

Cómo ajustar estas reglas a cada individuo. - Los conflictos interiores. - La regla suprema. - Dirección espiritual

Ningún código de conducta es aplicable indistintamente a todos los individuos. Porque cada individuo es diferente de todos los demás. Algunos tienen temperamentos tan particulares que las reglas habituales les son inaplicables sin ajuste especial. A primera vista, parece que reglas tan generales como las deducidas de las leyes de la conservación de la vida, de la propagación de la raza y de la ascensión del espíritu convienen a todos los humanos, a todas las épocas y a todas las razas. No es así, sin embargo. La historia de Europa y de America presenta numerosos ejemplos de individuos que transgredieron esas leyes sin que sus transgresiones condujeran a catástrofes ni a ellos ni a su nación. Por el contrario, algunas de esas transgresiones han sido de gran provecho para la sociedad y para la especie. San Francisco de Asís hizo más por la humanidad rezando y mendigando que si hubiera sido padre de una numerosa familia. Era preferible también que Amundsen se sacrificase en la esperanza de salvar a Nóbile que vivir tranquilamente en su casa hasta edad avanzada. Aun cuando las leyes de conservación y de propagación sean imperativas, experimentan, sin embargo, excepciones. Por el contrario, la regla de la ascensión del espíritu es inflexible. A veces esta permitido sacrificar la vida del espíritu, pero esta siempre prohibido sacrificar el espíritu para salvar la vida.

¿Que conducta adoptar cuando se suscita una oposición en el fondo de nuestra alma entre las órdenes que nos dan las leyes fundamentales de la vida? Es preciso comportarnos como lo exige la estructura misma de las cosas. Sabemos que hay una jerarquía en nuestras obligaciones naturales. La vida del individuo es menos importante que la de su estirpe, porque la naturaleza sacrifica en general el individuo a su descendencia. Cuando cada uno prefiere su vida propia a la de la nación, como ocurrió a veces en Roma, la nación se derrumba. En la especie humana el desarrollo del espíritu es la ley suprema, basta para convencerse de ello observar el estado de decadencia en que cae naturalmente una población afectada a la vez de indisciplina moral y de infantilismo intelectual.

En suma: el hombre esta constituido de tal suerte que, en caso de conflicto entre las tendencias fundamentales de su naturaleza, la regla de propagar la raza es más imperativa que la de conservar la vida. Y la obediencia al espíritu más indispensable que la obediencia a la vida. Los padres tienen, pues, la obligación de preferir la existencia de sus hijos a la suya; con la condición, sin embargo, de que ese sacrificio sea útil y no conduzca a un mal más grave. Durante el hambre de Paris, un padre dio la mayor parte de su alimentación a su numerosa familia. Se debilitó y murió- y sus hijos

quedaron sin dirección ni recursos. No conviene separar ni el sentimiento de la razón ni el heroísmo del juicio. En general es fácil saber cuando la salvación de un valor moral exige de nosotros el sacrificio supremo.

159
El llamamiento del espíritu se manifiesta en muchos individuos de modo más imperioso que el de la vida. Los que mueren por salvar una civilización responden de modo magnifico a ese llamamiento. Del mismo modo, legiones de hombres y de mujeres han cometido transgresiones a la orden de propagar la raza para seguir un ideal de patriotismo, de caridad, de belleza y de amor. Para morir con las armas en la mano, la muerte del soldado. Para convertirse en pobres y socorrer a los pobres, como Francisco de Asis o Vicente de Paul. Para consagrarse al servicio de Dios, en la soledad de los monasterios, siguiendo a San Benito.

¿Que regla se impone hoy a quienes prefieren otros deberes al de propagar la vida? ¿A esos hombres, y sobre todo a esas mujeres, que se sienten impulsados a dedicar su vida a la ciencia, a la caridad o a la religión? Como su numero es relativamente corto con relación a la población, les esta permitido obedecer el llamamiento del espíritu. Tenemos necesidad de apóstoles que se pongan enteramente al servicio de los niños, de las madres, de los ancianos, de los abandonados. Tenemos necesidad también de entusiastas, de ingenuos y de intrépidos capaces de abandonar el siglo para consagrarse en la soledad de los laboratorios o de los monasterios al descubrimiento y a la aprehensión de la realidad. Porque los hábiles, los astutos y los prudentes han sufrido resonante bancarrota. Y nuestro mundo se derrumba.

Otros conflictos más sutiles se suscitan a veces entre las diferentes actividades mentales; por ejemplo: entre el sentimiento y la razón. ¿Que importancia relativa será preciso dar a la cultura intelectual y a la cultura moral, estética y religiosa? ¿Convendrá o no que se desenvuelvan algunas de estas actividades no intelectuales del espíritu, con preferencia a las demás, según el temperamento del individuo? La experiencia muestra que la armazón moral es más importante para el individuo y su grupo social que el conocimiento científico, literario o filosófico.

Ciertamente, el ajustamiento de las reglas de conducta a cada individuo no es siempre una empresa sencilla. Las leyes de la vida mental no tienen la precisión de las de la química o la fisiología. Una regla determinada no tiene la misma significación para un niño, para un adulto o para un anciano. Como tampoco tienen la misma significación para un impulsivo que para un escrupuloso o un deprimido, un audaz o un tímido. La mayor parte de los seres humanos tiene necesidad de un guía en su comportamiento fisiológico, lo mismo que en el espiritual y social. Muy pocos son capaces de dirigirse completamente solos. Ahora bien, en la sociedad moderna no existen, desgraciadamente, hombres cuya especialidad consista en ser prudente, en ayudar a los demás con su prudencia. Antaño, algunos viejos médicos de familia poseían bastante honradez y conocimiento general de la vida para desempeñar el papel de directores espirituales y temporales a la vez. Pero el médico se ha convertido en un comerciante. Nadie piensa hoy en pedir a un especialista de la nariz, del recto, del hígado, del corazón, del pulmón, o de cualquiera otra víscera, consejos referentes a las dificultades de la propia existencia. En cuanto a los médicos que comprenden en su especialidad todo el comportamiento del individuo, los psicoanalistas por ejemplo, su intervención es a veces útil, a veces desastrosa, y con frecuencia insuficiente.

Para enseñar a los hombres a conducirse son necesarios guías que unan al conocimiento de las cosas del siglo la ciencia del médico, la prudencia del filósofo y la conciencia del sacerdote. En una palabra: ascetas que tengan la experiencia de la vida y conozcan la ciencia del hombre. Convendría quizá fundar con esta finalidad una orden religiosa cuyos miembros poseyeran un carácter científico y sacerdotal a la vez. Estos hombres serian aptos, cuando alcanzaran el umbral de la vejez, para servir de guías al inmenso rebaño que vaga errante en la universal confusión. A tales hombres les incumbiría adaptar a las necesidades de cada individuo las reglas generales de la conducción de la vida.

CAPITULO VI

APLICACION DE LAS REGLAS DE LA CONDUCTA

Dificultad de la conducta racional. - Obstáculos que se encuentran en nosotros mismos - Obstáculos que encontramos en nuestro derredor

Se trata ahora, para cada uno de nosotros, de poner en práctica en nuestra existencia cotidiana las reglas de la conducta; de someternos a una disciplina libremente aceptada, pero estricta. Nosotros, hombres modernos, ¿seremos capaces de este esfuerzo? ¿Tendremos la inteligencia y la energía suficientes para abandonar los hábitos que nos son agradables y cómodos? Ciertamente, comprendemos que el éxito de la vida exige obediencia a las leyes de nuestra naturaleza. El desprecio de esas leyes es la causa de nuestra desgracia; solamente la racionalización de la conducta puede salvarnos. Pero el conducirse racionalmente en el medio material y mental creado por la sociedad moderna exige verdadero heroísmo. "La humanidad ha llegado a ser dueña de sus destinos. Pero ¿será capaz de utilizar en su provecho la fuerza ilimitada de la ciencia? Para crecer de nuevo está obligada a rehacerse. Y no puede rehacerse sin dolor. Porque es a la vez el mármol y el escultor. Debe hacer brotar de su propia substancia, a grandes martillazos, los destellos que le hagan recobrar su verdadero semblante".1 ¿Podemos hacer todavía nosotros este esfuerzo? ¿Tendremos la inteligencia y la fuerza suficientes para salir de los hábitos en que nos hemos deslizado? Nos gusta abandonarnos. Todo constreñimiento es un sufrimiento para nosotros. No hemos tenido la prudencia ni el valor de someternos a las reglas.

1 Loc. cit.

Lo mismo ha ocurrido al final de todas las civilizaciones, Cuando el hombre se liberta por su inteligencia y sus invenciones de las necesidades de la vida primitiva, no piensa en reemplazar con otras disciplinas las que la naturaleza le imponía. En la Grecia antigua, y en Roma, por ejemplo, el ascetismo estoico solamente fue practicado por una pequeña parte de la población. Siempre fueron poco numerosos los discípulos de Zenón, de Epicteto, de Marco Aurelio. A pesar de su severidad, la moral cristiana tuvo, es cierto, un éxito prodigioso. Fue ella la que dio a la civilización de Occidente su estructura particular. Su obra fue poderosa. Sin embargo, no resistió la formación de las condiciones físicas de la existencia y del clima mental aportado por los progresos de la ciencia y de la tecnología. Desde que la rebelión se hace materialmente posible, rebelase el hombre contra toda disciplina.

Los más duros obstáculos contra la puesta en práctica de las reglas de la conducta surgen en nosotros mismos. El hombre comprende con suma dificultad las cosas que, en el fondo de su corazón, desea no comprender. Cierra instintivamente las avenidas de su inteligencia a los hechos cuyo conocimiento le obligaría a abandonar lo que le place. Se niega a admitir, por ejemplo, que es peligroso beber con exceso vino o sidra, fumar continuamente, abusar del café, mentir, denigrar al prójimo, calumniarle, hacerse aborrecible a los demás por el propio egoísmo y la propia grosería. Uno de los más funestos vicios del espíritu es el buscar exclusivamente en nosotros mismos y en las cosas los aspectos que nos agradan. El confundir las necesidades artificiales creadas por el medio con las necesidades fundamentales de nuestra naturaleza, el perseguir la ventaja inmediata e ilusoria, en vez de la ventaja lejana y real. No queremos vernos como somos. La vanidad y la satisfacción de nosotros mismos nos ciegan. No hay necesidad, a lo que parece, de disciplinarnos ni de modificar nuestros modos de obrar. En verdad, no se evita el trabajo, no se gana dinero y no se obtiene el bienestar material sin imponerse ciertas reglas de conducta. Pero el hombre moderno comprende mejor la necesidad de un constreñimiento al objeto de satisfacer su vanidad, o sus pasiones, que si se trata de adquirir la salud, la inteligencia o la bondad. Un determinado individuo que se somete de buen grado al entrenamiento indispensable para ganar, por ejemplo, la carrera de cien metros, no acepta el esfuerzo de habituarse a ser verídico, a no denigrar a sus camaradas, a combatir su grosería y su egoísmo. Diríase que la inteligencia se paraliza cuando se aplica a nuestra propia dirección, Sabemos que una maquina debe ser conducida de modo racional. Pero nos cuesta trabajo comprender que ocurre lo mismo con el hombre.

165
Los obstáculos para la puesta en práctica de las reglas de la conducta residen, no solamente en la inteligencia, sino también en el carácter. Las gentes, en su mayor parte, carecen de la fuerza moral de plegarse a las duras leyes de la vida. Nunca se les enseñó el dominio de si mismas. Desde su tierna infancia han seguido todos sus impulsos. En la familia y en la escuela se han acostumbrado a la indisciplina, al abandono, al impudor. Nunca han dirigido dura y largamente su voluntad hacia un ideal ardientemente deseado. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, ricos y pobres, son, en suma, neumáticos deshinchados, cámaras de aire, atravesadas por agujeros. Ignoran la significación del ascetismo. Sin embargo, sin ascetismo, nada de grande se ha realizado en el mundo. Durante numerosos siglos la moral cristiana conservó en nuestros antepasados el hábito de la disciplina. Hoy todavía da a quienes observan estrictamente sus reglas el dominio de si mismos y la fuerza de vivir. Pero ha sido abandonada por la mayoría de la población. La moral del placer que la ha reemplazado nos ha debilitado definitivamente. Hemos perdido la noción del bien y del mal. No concebimos la necesidad de una regla interior. Aunque comprendamos que la obediencia a las leyes naturales es condición indispensable de nuestra supervivencia y de la supervivencia de nuestra rata, continuaremos obedeciendo los impulsos del capricho. En suma: los obstáculos que encuentra en nosotros mismos la racionalización de la conducta consisten, por una parte, en la deficiencia intelectual, que nos impide ver la realidad, y por otra parte, en la debilidad moral, característica de nuestra época.

La racionalización de la conducta sufre también las trabas que le imponen las fuerzas adversas del medio en que vivimos. Porque nuestra renovación debe hacerse en las mismas condiciones que han motivado nuestra decadencia. El clima moral de la

comunidad y el espíritu de las instituciones no han cambiado ni cambiarán antes de que nos hayamos transformado nosotros mismos. Es preciso, pues, comenzar a practicar las reglas de la conducta en un medio antagónico.

La sociedad nunca deja de levantar contra los no conformistas la muralla de su oposición. En todas las épocas los herejes han sido quemados. Hoy, como antaño, los inventores mueren en la miseria. Y los profetas son lapidados. En verdad, quienes obedezcan las leyes de la vida producirán inevitablemente la caída del orden presente. Son, naturalmente, considerados como enemigos por la multitud de los mediocres que viven en la ignorancia, la bestialidad y la corrupción. Y sobre todo, por los hábiles, que se aprovechan de semejante corrupción, bestialidad e ignorancia.

En este momento vivimos en un mundo hostil a la vida. En un medio; que no se adapta a las necesidades verdaderas de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Entre la muchedumbre, que desea antes que todo continuar el régimen del dejar pasar, de la pereza y de la amoralidad. A los ojos de nuestros contemporáneos es ridículo decir la verdad, permanecer fiel a la palabra dada, trabajar honradamente, no traicionar a los demás. Los maestros y los profesores no advierten que el sentido del honor y el sentido moral son mucho más importantes que el éxito en los exámenes y de los concursos. Sus alumnos dan prueba de la misma incomprensión. Todo individuo que cree en la existencia del bien y del mal es calificado de necio. Del mismo modo, cualesquiera que considere la envidia al prójimo como una costumbre reprensible, que el desorden de la familia y de la escuela es un signo de degeneración, que los franceses se caracterizan hoy por el egoísmo, la grosería y la envidia, es considerado como un mal ciudadano. La mujer que desempeña completamente su oficio de mujer será ridiculizada por aquellas cuya única preocupación es el divertirse, fumar cigarrillos, practicar los deportes, danzar, satisfacer los deseos sexuales sin tener hijos. O bien imitar a los hombres y seguir las mismas carreras que ellos. En suma: no conformarse con el orden impuesto por la estructura de su cuerpo y de su espíritu. En cuanto a quienes, bastante atrevidos para pensar que la juventud no debe ser desordenada y débil, sino disciplinada y heroica, se les trata como a enemigos de la democracia. Con todas sus fuerzas opónese la sociedad moderna a la ascensión del espíritu.

El prodigioso cataclismo de la guerra universal no nos ha proporcionado el sentido de lo real. Como nube de tempestad, oscurece nuestra inteligencia una extraña locura. La absurda rebelión de los civilizados contra las leyes de la vida continúa extendiéndose. Entre la sociedad moderna y la conducción racional de la vida existe el mismo conflicto que entre la sociedad romana del siglo IV y la moral cristiana. Comer, beber, tales eran, con los deportes, las carreras de caballos y los combates de gladiadores, las únicas preocupaciones de los romanos de la decadencia. Las nuestras son idénticas. Y la civilización construida por la ciencia y la tecnología se desintegra como se desintegraron las civilizaciones del tiempo pasado. Lo mismo que los romanos, tampoco nosotros comprendemos la necesidad de renovación. Un retorno a condiciones más primitivas de existencia y a los sufrimientos debidos al hambre y al frío, ¿eliminarían algunos de los obstáculos que se oponen a la puesta en práctica de las reglas de la conducta?

II

Cómo salvar esos obstáculos. - Impotencia de la razón. - Los verdaderos móviles de nuestras acciones. - Poder del sentimiento. - Búsqueda de lo ventajoso

¿Dónde encontraremos la fuerza para franquear los obstáculos que nos impiden aplicar las reglas de la conducta racional a nuestra existencia cotidiana? La obediencia a las leyes naturales demanda una disciplina más exigente que la disciplina estoica y tan dura como la de los cristianos durante los primeros siglos de la Iglesia. ¿Cómo venceremos nuestra aversión al constreñimiento, a las privaciones y al sufrimiento? La lógica no nos aporta más que una ayuda insuficiente. Muy excepcionales son los hombres capaces, como Sócrates, de preferir la razón a la vida. Nadie se sacrifica totalmente por la verdad científica. El mismo Galileo rehusó el martirio. Las murallas levantadas por la ignorancia, la cobardía y la pereza nunca son destruidas por la lógica. La evidencia racional de una obligación no lleva consigo necesariamente la sumisión a dicha obligación. Cuando una idea logra transformar la conducta de los hombres es porque contiene elementos afectivos al lado, de los elementos lógicos. Karl Marx era, simultáneamente, un filósofo y un revolucionario apasionado. Por esa razón posee el comunismo la fuerza de una religión.

La fe, y no la razón, es la que lleva al hombre a la acción. No es la inteligencia la que dará fuerza para vivir según el orden de las cosas. La inteligencia se contenta con iluminar el camino. Nunca nos impulsa hacia adelante. Los puros intelectuales se comportan en la vida como los paralíticos que asisten a una carrera. Ven claramente la meta, pero permanecen incapaces de lanzarse a la pista. Hacer juegos malabares con las palabras es un pasatiempo estéril. El amor a las abstracciones engendra la impotencia.

No venceremos las dificultades que se elevan ante el no conformista sino, en el caso, de que de las profundidades de nuestra alma suba como la marea el impulso del sentimiento. Los móviles de la acción son de orden afectivo. En el mismo Platón no eran solamente de orden racional. Para obrar prudentemente tenemos necesidad, a la vez, del sentimiento y de la razón. Porque, sin la razón, el sentimiento puede conducirnos lo mismo al fondo del océano que a la estratosfera. Nos vemos arrastrados a obrar por necesidades elementales. Necesidades de agua y de alimentos, de abrigo, de vestidos, de seguridad, de libertad, de aventura; y también por esos impulsos simultáneos del espíritu, de las glándulas endocrinas, del sistema del gran simpático y de la sangre que llamamos envidia, miedo, odio, amor. La necesidad de saber ha impulsado al hombre, a su pesar, en el camino de las invenciones y de los descubrimientos. Esta curiosidad es la que nos ha sacado de la barbarie primitiva. El sabio no es inspirado ni por el amor a la humanidad ni por el deseo de lucro, sino por la necesidad de escudriñar, de buscar, de explorar. Sin embargo, el sentimiento no orientado por la razón se hace peligroso. Por ejemplo: la envidia produce desastres mayores que una epidemia de peste neumónica. Cada uno realiza un esfuerzo más grande para perjudicar a los demás que para ayudarse a si mismo. Lo mismo que el odio, la envidia nos está prohibida por las leyes de la vida, porque es esencialmente destructiva. No hay sino dos pasiones capaces de construir: el amor y el temor.

Únicamente el amor tiene poder suficiente para derrumbar los reductos tras los cuales se guarece nuestro egoísmo; de encender en nosotros el entusiasmo; de hacernos caminar alegremente por la vía dolorosa del sacrificio. Porque el sacrificio es esencial a la

ascensión de la vida. Si el niño se conduce prudentemente es por amor a su madre. El cristiano se somete a una penosa disciplina moral por amor de Dios. Pero es imposible amar una abstracción. La lectura de un libro de derecho nunca suscita el entusiasmo. Se sacrifica uno por los suyos, por su jefe, por el país natal, por Dios, y no por una idea. Los mártires que murieron por Cristo no hubieran dado su vida por las leyes naturales. Una abstracción no se convierte en motriz sino cuando contiene un elemento religioso. Esta es la razón de que la moral cristiana posea incomparablemente más poder que la moral laica. Por eso, el hombre no obedecerá con entusiasmo las reglas de la conducta racional sino en el caso de que considere las leyes de la vida como las órdenes de un Dios personal. Desgraciadamente, la mayor parte de los modernos son incapaces de obrar por amor a sus vecinos, a su país o a Dios, porque únicamente se aman a si mismos.

El amor de nosotros mismos es también a veces una fuerza. Tiene como corolario el miedo. Y el miedo, como el amor, engendra la acción. Es el miedo el que obligará quizá a los civilizados a racionalizar su conducta. En ciertos momentos, los locos son los únicos que no tienen miedo. Ninguna época de la historia ha sido tan terrífica. Nunca se produjeron semejantes cataclismos. Desde hace muchos años sonaba el toque de agonía tras las tinieblas del horizonte. Pero nadie quería escucharlo. Porque Dios quita la razón a los que quiere perder. Entonces estallan las guerras, y la faz del mundo cambia... La hora del caos se aproxima. Sin embargo, es preciso que tratemos a todo trance de salvarnos, de evitar a nuestros hijos sufrimientos indescriptibles que acompañan a la agonía de las naciones. Para atravesar las catástrofes, de otro modo inevitables, necesitamos recuperar la fuerza pretérita. Y no podemos rehacernos más que sometiéndonos humildemente a las leyes de la vida. Quizá el miedo nos aporte la prudencia.

Si fuera inteligente, el egoísmo podría, como el amor o el terror, conducirnos a la racionalización de nuestra conducta. Porque nada es tan ventajoso para el hombre como obedecer las leyes naturales.

El egoísmo no es sino una exageración o una perversión de la tendencia de la vida a conservarse. Cuando presenta su aspecto habitual, es un vicio destructor de la comunidad. Pero, bajo su forma más atenuada, es una virtud. Si estuviéramos fatalmente desprovistos de egoísmo, seríamos incapaces de vivir. Este egoísmo natural obliga al hombre a buscar incansablemente su provecho material o espiritual; tendencia esencial que se manifiesta en el santo lo mismo que en el gangster. La persecución de la felicidad es, de hecho, la persecución de lo ventajoso; es decir, de la salud, de la ciencia, de la libertad, de la belleza. Ahora bien, estos bienes son precisamente los que nos aporta la obediencia a las leyes de nuestra naturaleza. Desgraciadamente, los beneficios de esta obediencia no son evidentes. Se manifiestan tardíamente en el curso de la vida del individuo y de la raza. Y en general, el egoísmo no tiene la inteligencia de discernir entre lo agradable y lo útil, la necesidad real y la necesidad artificial, el bien transitorio y el bien definitivo. No advierte que la conducta racional nos aportaría toda la felicidad compatible con la condición humana. Como lo enseñaba Sócrates, el deber se confunde con el placer y el provecho. Nuestro interés bien entendido consiste en observar estrictamente las reglas prescritas por las leyes de la vida. En suma: ha llegado el momento de aceptar la decadencia y la muerte. O bien de vencer todos los obstáculos que se oponen a nuestra renovación.

III

Técnica de nuestra propia transformación. - El progreso del adulto. - El progreso del niño. - Islotes de conducta racional.

Cuando la casa arde, todos abandonan sus ocupaciones para combatir el incendio. Del mismo modo, cuando se desencadenan los grandes cataclismos sociales, debemos abandonar todos los negocios y entrar en acción. ¿Como salvar a los nuestros y salvarnos nosotros mismos? "Por primera vez en la historia del mundo, una civilización llegada al comienzo de su declinar puede discernir las causas de su mal. quizá sepa servirse de este conocimiento y evitar, gracias a la maravillosa fuerza de la ciencia, el destino común a todos los grandes pueblos pasados. En el camino nuevo nos es preciso, desde ahora, avanzar".1

1 "L'Homme, cet inconnu".

Para avanzar en el camino nuevo, ante todo, es preciso transformarnos nosotros mismos. Pero es imposible que nos libremos inmediatamente de los errores del pasado y de las instituciones que llevan la huella indeleble de esos errores. Porque nos encontramos debilitados y deformados por los hábitos contraídos en nuestra tierna infancia. No tenemos ni suficiente inteligencia ni suficiente energía para romper el molde con que hemos sido formados por la sociedad moderna. Pero somos, en cierta medida, dueños de nuestras acciones. Cada uno puede, por un esfuerzo voluntario, modificar sus hábitos de pensamiento y de vida. Solamente después de esta renovación interior llegaremos a ser capaces de reformar nuestras instituciones. Las revoluciones comienzan, no en el tumulto de la plaza publica, sino en el fondo del corazón de algunos hombres. El comunismo maduró lentamente en el curso de las meditaciones solitarias de Karl Marx y de Engels. La idea no se hace creadora sino cuando desborda del alma. La inspiración necesita del silencio y de la vida interior. El hombre moderno ha decaído porque le ha faltado esta inspiración. Para reconstruir nuestra civilización es preciso primeramente reconstruirnos nosotros mismos de acuerdo con el modelo prescrito por la vida.

Es imposible que racionalicemos nuestra conducta sin una técnica apropiada. Y la adquisición de esta técnica es tan laboriosa como la de la cultura intelectual o la cultura física.

No vacilamos en consagrar numerosos años a aprender las matemáticas, la historia, las ciencias experimentales, la filosofía. Pasamos igualmente mucho tiempo para iniciarnos en los métodos de la gimnasia, de la carrera, de la natación, del football, del ski, del tenis, del golf. La juventud acepta de buen grado el examen del bachillerato, o las pruebas necesarias para la obtención del permiso de conducción de un automóvil, o de un avión. Pero todavía no ha comprobado que la técnica de la conducción de la vida es más difícil que la del desarrollo intelectual o psicomotor.

Aprender el modo de ser fuerte, inteligente y equilibrado, el modo de resistir la fatiga, el de evitar hacerse odioso a los demás, no es menos esencial que el comer, dormir, estudiar en una escuela o trabajar en una oficina, una granja, una fábrica. La lucha contra el egoísmo, por ejemplo, exige un método más sabio que la lucha contra el tifus o el cólera asiático. Sin duda, es tan difícil habituarse a la moderación en el uso del vino, del alcohol y del tabaco como iniciarse en las matemáticas superiores.

Para racionalizar nuestra existencia, el procedimiento más efectivo consiste en hacer cada mañana el plan de la jornada, y cada noche, el examen de los resultados obtenidos. Lo mismo que sabemos de antemano a que hora comienza y termina el trabajo, que personas veremos, que comeremos, que beberemos, cuanto dinero ganaremos, debemos prever que ayuda aportaremos a los demás, cómo impediremos en derredor nuestro la maledicencia, las calumnias y el odio, cómo combatiremos nuestro egoísmo y nuestra grosería, a que ejercicio físico nos entregaremos, de que manera será preciso combatir nuestra propensión a la intemperancia.

La suciedad moral es tan repugnante como la suciedad física. Antes de comenzar una nueva jornada, cada uno debe lavarse moralmente, como lo hace físicamente.

Pero no basta con establecer un programa de conducta. Es preciso también verificar en que medida ese programa ha sido ejecutado y cómo hemos desobedecido las reglas que nos habíamos impuesto. En el momento de levantarse y de acostarse, muchas gentes se prescriben la obligación de algunos ejercicios para flexibilizar músculos y articulaciones. No es menos importante el consagrar algunos minutos al progreso de nuestras actividades morales, intelectuales y psicológicas. Este método tiene acción poderosa sobre el desarrollo de la conciencia.

Meditando cada día sobre la orientación que hemos de dar libremente a todas nuestras acciones, y esforzándonos en seguir a la vez nuestra inteligencia y nuestra voluntad, desarrollaremos en el fondo del alma un campo secreto en que nos encontramos, solos y sin careta, frente a nosotros mismos. De la intensidad de la vida interior depende nuestro éxito en la práctica de las reglas de la conducta.

Del mismo modo que el comerciante lleva exactamente sus libros de gastos y de ingresos, o el sabio su cuaderno de experiencias, cada individuo, pobre o rico, joven o viejo, sabio o ignorante, debe registrar cada día el bien y el mal de que es responsable. Y sobre todo, la cantidad de alegría o de dolor, de inquietud o de paz, de odio o de amor que ha distribuido entre sus hermanos y sus vecinos. Con la paciente aplicación de estas técnicas realizaremos poco a poco la transformación de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu.

Pero esta transformación nunca será total. Es imposible para un adulto el borrar en si mismo las huellas de una mala formación psicológica, moral e intelectual. Además, los hábitos defectuosos no se desarraigan completamente. Únicamente son capaces de comportarse de modo enteramente racional los que se acostumbraron en su infancia a obedecer las reglas de la vida. Es preciso, pues, que nos preocupemos antes de todo de transformar la educación, de formar a los niños mucho mejor que lo que nos hemos formado a nosotros mismos, de modelar su cuerpo y su alma de acuerdo con la forma prescrita por las leyes de la conservación de la vida, de la propagación de la raza y de la ascensión del espíritu.

Corresponde a los padres exclusivamente esta tarea durante los primeros años de la existencia, y no pueden cumplirla si no están en ella iniciados, si no han aprendido las técnicas de la formación orgánica y mental de los niños. Técnicas que varían según la edad, el sexo y el medio. La madre sobre todo tiene necesidad de dicho conocimiento. Por ello se impone la asistencia obligatoria de todas las muchachas a las escuelas

prácticas que hemos dejado mencionadas. La educación exige, para ser eficaz, comenzar mucho antes de lo que hoy acostumbra generalmente a hacerse. Es decir, en las primeras semanas que siguen al nacimiento. Limitada al principio a lo fisiológico, debe ocuparse, desde que termina el primer año, de lo mental. El valor del tiempo no es el mismo para el niño que para sus padres. Una jornada es incomparablemente mas larga cuando se tiene un año que cuando se tienen treinta. Porque contiene quizá seis veces más de acontecimientos fisiológicos y mentales. No conviene, pues, dejar inculto este tiempo tan rico de la tierna infancia. Probablemente es más decisiva y racional la práctica de las reglas de la conducción durante los seis primeros años. El papel de la madre es de importancia capital para el porvenir de su hijo. Y, sin embargo, la educación democrática no prepara en forma alguna a las muchachas para su verdadera función en la sociedad.

174

A partir del quinto o del sexto año, los maestros y los profesores comparten con los padres la responsabilidad de formar la infancia y la juventud en la práctica de las reglas de la conducta. No han tenido éxito hasta el presente, porque separan lo intelectual de lo fisiológico y de lo moral. Pueden, sin embargo, muy bien comprobar que el enorme esfuerzo intelectual exigido desde hace treinta o cuarenta años a los niños, de nada ha servido. La decadencia moral y fisiológica de la juventud es evidente. Y en ningún país civilizado hay, con relación al número de habitantes, tanta penuria de grandes sabios, de filántropos y de atletas. Desde su entrada en la escuela, al mismo tiempo que aprende las letras del alfabeto, el niño debe ser acostumbrado a obedecer las leyes esenciales de la vida social. La descortesía, la suciedad, la envidia, la doblez, la delación son faltas mucho más graves que la ignorancia de la gramática o de la geografía. No es menos importante la aplicación de las reglas de la conducta que la de las reglas de la aritmética. Ha llegado el momento de romper los viejos moldes. La escuela no puede contribuir al salvamento de nuestra civilización si no es ampliando su cuadro. Es preciso que abandone su punto de vista puramente intelectual. Que los exámenes cesen de clasificar a los niños y a los jóvenes únicamente por razón de su memoria.

En Francia, el certificado de estudios, el bachillerato, los exámenes de entrada a las grandes escuelas no tienen en absoluto en cuenta el valor real de los candidatos. Porque este valor es tanto psicológico y moral como intelectual. Es preciso que en lo por venir los diplomas consagren, no solamente los conocimientos de orden intelectual, sino también los resultados morales y psicológicos de la conducta racional.

Las gentes, en su mayor parte, no comprenden todavía la significación de los acontecimientos que trastornan la superficie de la tierra. Con frecuencia ponen su esperanza en el retorno de las condiciones de existencia que fueron causa de sus males. Viven en las mismas mentiras y la misma debilidad psicológica y mental que antes. Esta persistencia en la ceguera muestra cuan lejos se hallan de comprobar la urgencia de modificar sus modos de obrar.

Por eso, sería muy difícil para los individuos aislados la empresa de racionalizar sus vidas. El único recurso de los no conformistas es el de asociarse. Dos o tres personas bastan a veces para crear un hogar desde donde se propague sordamente el fuego de las ideas nuevas. Sabido es cuan grande resulta el éxito de las células comunistas. La conquista de una fábrica puede hacerse por cuatro o cinco hombres. Grupos muy poco

numerosos son capaces de una acción poderosa. Es preciso hoy hacer que se reúnan los que quieren reconstruirse y reconstruir la sociedad.

Dos especies de asociaciones son posibles: asociación de individuos y asociación de familias. Las asociaciones de familias tendrían la gran ventaja de suministrar a los niños el medio educativo apropiado, medio que la escuela no consigue darles. Toda asociación política, religiosa, profesional o deportiva puede, siempre que sus miembros comprendan la necesidad, convertirse en un centro de reconstrucción humana.

Es preciso provocar así, en todo el ámbito de los países civilizados, la creación de pequeños islotes de conducta racional. Y poco a poco, estos islotes crecerán y se reunirán los unos con los otros. Como injertos de piel sana en la superficie de una gran llaga. No conviene ocultar que obedecer estrictamente a las leyes de la vida en las condiciones presentes de la sociedad exige un enorme esfuerzo. Este esfuerzo será menos duro si se realiza en común. Quienes son capaces de ello no se conocen mutuamente. Están todavía separados entre si por la muchedumbre de los cadáveres. Ha llegado el momento, para los vivientes, de separarse de los muertos y de obrar. Únicamente los que arden en las llamas de la pasión y de la aventura son aptos para construir la Ciudad Nueva.

177

IV

El objetivo del viaje y código de la ruta. - Espejismos. - Cómo definir claramente la finalidad de la vida. - Necesidad de una orientación común para la humanidad

Estamos comprometidos en la carrera. Pero ¿hacia que meta correremos? No basta conocer el código de la circulación. Es preciso saber también a dónde ir. No somos paseantes ociosos, como esos automovilistas que, el domingo, andan errantes, al azar, por las carreteras.

Hemos emprendido un viaje difícil. Jamás podremos ya volver hacia atrás. Para no extraviarnos, debemos, no solamente conocer las reglas de la conducción racional, sino saber distinguir claramente la finalidad o meta a alcanzar. Si ignora su destino, el mejor de los pilotos volará en círculos y no llegará a ninguna parte. Es preciso saber desde la mañana hacia que aeródromo tender nuestra voluntad cuando estemos perdidos en la tormenta, la niebla o la noche.

La inteligencia no nos guía de manera segura hacia nuestros fines. Todavía no ha adquirido, en el curso de la evolución, tanta penetración y fuerza como el instinto. No es más fácil conocer las reglas de la vida que su finalidad. Sin embargo, tenemos tanta necesidad de saber orientarnos como de saber andar. ¿Cual es, pues, el objetivo de esta gran aventura en la que cada uno de nosotros se halla obligado a arriesgar todo su ser?

El objeto real de nuestra existencia se halla dictado por la naturaleza de las cosas. Es independiente de nuestros apetitos, de nuestros caprichos, y también de nuestras más altas aspiraciones. En verdad, somos libres para dar a nuestra vida el destino que nos plazca. Porque podemos violar a nuestro antojo las leyes naturales. Los hombres, en su mayor parte, disponen de su cuerpo y de su espíritu sin preguntarse si la finalidad así asignada arbitrariamente por ellos a la vida es aquella que quiere silenciosamente la naturaleza. La orientación de su existencia está determinada por las condiciones

económicas de su familia, por sus cualidades hereditarias, por su medio material y mental, por las doctrinas religiosas o por la actitud filosófica de su época, y por su propia voluntad.

En ciertos momentos de la historia de la civilización de occidente, los hombres se han puesto de acuerdo para tender su pensamiento y sus acciones hacia el mismo objeto o fin.

Para nuestros antepasados de la Edad Media la existencia terrenal no era más que la preparación para una existencia extraespacial y extratemporal en que cada uno debía ser tratado según meritos. La finalidad de la vida se encontraba así situada más allá de la muerte. Ha sido trasladada más aquí de la muerte por los modernos. Hoy, la mayor parte de ellos la colocan en la obtención de ventajas materiales e intelectuales que la sociedad puede procurarles con ayuda de la ciencia y de la tecnología. Es una extraña debilidad del liberalismo democrático la de enseñar que la vida no tiene finalidad fijada por la naturaleza de las cosas; sin más objeto que la satisfacción de nuestras necesidades corporales e intelectuales.
178
En efecto, no pensamos ya en nuestro destino más de lo que piensan nuestros hermanos inferiores los chimpancés y los gorilas. Los hombres, en su mayor parte, no pueden elevar su espíritu por encima de las preocupaciones materiales de la existencia. Trabajen en las fábricas, los campos o las oficinas, tienen, como los animales domésticos, una vida reducida e incompleta. La falta de seguridad de su empleo, la humildad de su condición, la suciedad e insuficiencia de su habitación, su deficiencia moral y su ignorancia les conducen a una concepción mezquina del objetivo de la vida. Comer, beber, dormir, practicar los deportes, danzar, divertirse de todos los modos posibles. Hasta los que habitan en los campos han llegado a ser incapaces de apreciar la grandeza del cielo, la gloria de la luz, la belleza de las tormentas, la serenidad de las plantas, de las flores y de los árboles. Y las innumerables ermitas donde se expresaban antes las más profundas aspiraciones del pueblo de Francia, caen en ruinas en medio de los campos, al mismo tiempo que el amor, la fuerza y la alegría agonizan en nuestra alma.

Entre la multitud de los trabajadores manuales, obreros de fábricas, obreros agrícolas, artesanos, granjeros, tenderos, cuyo único objetivo es el de sobrevivir, se encuentran todos aquellos cuya existencia tiene como finalidad el provecho: comerciantes, grandes y pequeños industriales, intermediarios de toda clase y especuladores. Existe igualmente la muchedumbre de los que exigen poco de la vida y cuyo ideal es la seguridad, un empleo fácil, la ausencia de responsabilidad, un retiro. En otros términos: la muchedumbre de los pequeños y grandes funcionarios, de todos esos hombres que pierden su vida por el temor de arriesgarla.

Sin embargo, se encuentran muchos hombres y mujeres que buscan, no el provecho, la seguridad o la satisfacción exclusiva de las necesidades materiales, sino un gran ideal. Ideal del poeta, del artesano, del artista, que se dedican al culto de la belleza. Ideal del sabio o del religioso, cuyos esfuerzos todos tienden hacia la verdad. Ideal de aquellos que se sacrifican por ayudar a los demás. Ideal de la mujer que se da enteramente a la obra sublime de hacer y de formar seres humanos.
En suma: hay una diversidad profunda en el objetivo que, en la sociedad moderna, dan los individuos a la vida. Todos quieren la felicidad, pero para la mayor parte de nosotros la felicidad se obtiene a expensas del prójimo. Así, la persecución de la felicidad nos ha

lanzado a los unos contra los otros. Individuos contra individuos, pueblos contra pueblos. De hecho los civilizados han escogido la guerra como finalidad de la vida.

La ciencia ha abierto al hombre un país maravilloso, pero lleno de peligros. Hemos sido engañados por extraños espejismos. Por estos fantasmas que crea el conocimiento de las cosas cuando es fragmentario y mal utilizado todavía. En efecto, la ciencia no nos ha traído todavía una ayuda eficaz para la conducción de la vida. En lugar de pedirle la luz, nos hemos servido de ella para explotar en nuestro provecho la naturaleza. Por eso, nada nos ha enseñado respecto a nuestro verdadero destino. En su papel de guía, se ha mostrado inferior a la intuición, a la tradición y a la revelación religiosa. No hemos podido servirnos de su poder.

Sin embargo, sigue siendo la ciencia la única capaz de abrazar toda la realidad accesible al hombre. Porque su jurisdicción se extiende sobre el campo completo de lo observable.

Y ese campo engloba lo espiritual lo mismo que lo material. Porque el único medio de alcanzar lo espiritual es la observación de nosotros mismos y de los demás. Ni nuestras doctrinas, ni nuestros deseos, ni nuestros sueños nos han de dar a conocer la razón y la finalidad de nuestra existencia. El objetivo de la vida no puede sernos revelado más que por el estudio sistemático de los vivientes. Es en el hombre mismo donde tenemos que leer su destino, del mismo modo que se lee en una maquina cual es su función.

Si Prometeo o Arquímedes surgiesen en este momento del fondo de las edades adivinarían sin ninguna duda el fin para el que ha sido creado este organismo desconocido que se llama el avión. No solamente las leyes de la vida, sino también su objeto o finalidad es preciso buscarlo en la estructura de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. El organismo humano, como el cuerpo inanimado del avión, están evidentemente construidos para funcionar. El destino del avión es el volar. El del hombre es el vivir. La finalidad de la vida no es el provecho, la diversión, la filosofía, la ciencia o la religión. Tampoco es la felicidad. Es la misma vida.
180

La vida consiste en la plenitud de todas las actividades orgánicas y mentales de nuestro cuerpo. No alcanza, pues, su objeto sino a condición de no reducir, estropear, desorientar o pervertir esas actividades. Si vivimos realmente según el orden mudo de la vida, estaremos seguros de cumplir nuestro destino. Nos equivocamos de camino cuando oponemos, como tenemos libertad para hacerlo, nuestros ciegos deseos al orden inmanente de las cosas. Buscamos en el mundo exterior lo que no podemos, sin embargo, encontrar sino en nosotros mismos.

La finalidad de la vida es la realización en cada individuo del arquetipo humano. Para desempeñar perfectamente nuestro oficio de hombres es preciso desarrollar todas nuestras potencialidades orgánicas, intelectuales y espirituales. El fin de la evolución del individuo y de la raza es, como ya lo hemos mencionado, la ascensión del espíritu. Pero el espíritu tiene como substrato indispensable la materia viviente. Será, pues, la totalidad de nuestras actividades corporales y mentales la que tenemos orden de desarrollar. Y esta orden se dirige a todos: a los pobres y a los ricos, a los enfermos y a los santos, a los hombres y a las mujeres, a los niños, a los ancianos. Todo ser humano, cualquiera que sea su posición social, su sexo o su edad, tiene necesidades afectivas,

intelectuales y orgánicas, cuya satisfacción es indispensable para el cumplimiento de su destino.

La razón de ser de la sociedad es el permitir la satisfacción de dichas necesidades. Sin embargo, bajo la influencia del liberalismo materialista, las naciones democráticas no han admitido la universalidad de esas necesidades. Rehusamos a los niños de las escuelas y de los liceos, a los obreros de las fábricas y de los campos, a los empleados de la administración, a los maestros, a los profesores, a los oficiales del ejército las condiciones indispensables para el desarrollo completo de su cuerpo y de su espíritu.

Nuestra civilización se derrumba porque hemos dejado crecer a la vez la riqueza que pudre al individuo y la pobreza que lo reduce y lo atrofia. Hemos permitido, por ejemplo, al alcoholismo que embrutezca a nuestros trabajadores; a la radio, al cine, y a los deportes mal comprendidos, que paralizan el espíritu de nuestros hijos.

El primer deber de la sociedad es el de dar a cada uno de sus miembros la posibilidad de cumplir su destino. Y cuando se hace incapaz de llenar ese deber es preciso transformarla.

Si la finalidad de la vida es la misma para todos, los medios de alcanzar esa finalidad varían según las condiciones de cada individuo. Ningún ser humano es idéntico a otro.

Debemos, por consiguiente, averiguar cuales son nuestras aptitudes y nuestras deficiencias fisiológicas y psíquicas. De que manera podemos utilizar nuestras buenas cualidades y combatir nuestros vicios; a que tipo pertenecemos. Solamente entonces podremos elegir el modo de viajar que nos conviene. Cuando no tenemos a nuestra disposición ni avión, ni automóvil, ni ferrocarril, podemos todavía alcanzar nuestro destino a caballo o a pie. La vida se ofrece tanto a los pequeños como a los grandes, a los débiles como a los fuertes, a los negros como a los blancos.

Nuestro destino es tan inmutable como la estructura del Universo. Es mucho más importante para nosotros el conocer este destino que la topografía de Alaska, las propiedades de los sonidos ultralejanos o la constitución del núcleo central de los átomos. La finalidad hacia la cual tiende la vida es el espíritu. Es decir, la emergencia de la razón y del amor en nosotros mismos y en el mundo terrestre. Es preciso hoy que la humanidad entera eleve sus ojos hacia el mismo cielo y emprenda el mismo camino. De no hacerlo así, se hundirá en el caos. Mientras los hombres den a su existencia un falso objetivo, seguirán siendo incapaces de entenderse y se desgarrarán entre si. Entonces las más nobles razas terminarán su suicidio. Es imperativo que nos orientemos hacia el fin que las leyes naturales asignan a la evolución. Si ajustamos nuestra existencia a dichas leyes, como lo comprendía ya Pitágoras, el duro mundo nos será más amable. La vida no da la libertad, el éxito, ni la alegría más que a aquellos que se someten a sus reglas y conocen su objeto o finalidad. Solamente la verdad tiene poder para salvarnos.

V

Significación de la vida. - ¿Para que vivir? - Mutismo de la ciencia. - Respuesta de la religión. - Necesidad de hipótesis de trabajo. - ¿Que somos nosotros?

El hombre, como el mono, se caracteriza por una insaciable curiosidad. Por eso ensaya sin tregua la resolución a los problemas que son insolubles. No le basta con saber que la finalidad de la vida es la misma vida, que al desarrollar armoniosamente sus actividades mentales y fisiológicas, según el código de la circulación, cumple plenamente su destino. Se pregunta también cual es la significación de la vida, ¿Por que? ¿De dónde venimos? ¿Que somos? ¿Cual es el lugar de la inteligencia en el universo? ¿Por que tanto sufrimiento, penas y preocupaciones? ¿Que significa la muerte? ¿A que conduce modelar nuestro cuerpo y nuestra alma según un ideal de bondad y verdad, si volveremos pronto a la nada? ¿Acaso serán algo más que mofa de la naturaleza el entusiasmo, la fe y el heroísmo? ¿Adónde vamos? ¿Se disuelve el espíritu lo mismo que el cuerpo, después de la muerte? ¿Es absurdo creer en la supervivencia del alma?

Hoy, lo mismo que en todas las épocas y en todos los países, existen hombres y mujeres para los cuales el vivir es un objetivo insuficiente. No se les presenta la vida como el más precioso de los bienes. Tienen sed de belleza, de renunciamiento y de amor. Quieren alcanzar a Dios.

A sus preguntas no ha dado nunca la filosofía más que respuestas anémicas. Ni Sócrates ni Platón lograron calmar la angustia de la humanidad ante el misterio de la vida.

Únicamente la religión propone una solución completa del problema humano. El cristianismo sobre todo ha respondido de modo preciso a las preguntas del alma humana. Ha calmado durante siglos la inquieta curiosidad que los hombres han tenido siempre respecto a su destino. La inspiración religiosa, la revelación divina, la fe, aportaron a nuestros antepasados la certidumbre y la paz.

Pero la razón intensifica su lucha eterna contra la intuición. Ante los ataques de los filósofos del siglo de las luces, sobre todo de Voltaire y de los Enciclopedistas, la religión perdió pie. La ciencia aporta al hombre otra forma de certeza distinta de la de la fe; verdades simples, claras, fácilmente demostrables, frecuentemente expresables en fórmulas matemáticas concisas y elegantes. La religión, por el contrario, continúa sirviéndose de los conceptos y de la lengua de la Edad Media. Y hoy las tres cuartas partes por lo menos de los habitantes de Europa y de los Estados Unidos no piden ya al cristianismo la solución del desconcertante problema de nuestra naturaleza y de nuestro destino.

No podemos esperar en esto la ayuda de la ciencia. La ciencia se contenta con trasmitirnos la orden, dada por la naturaleza, de vivir, de propagar la raza y de desarrollar nuestro espíritu. Nos muestra la finalidad de la vida. Pero continúa muda respecto a su significación. Es demasiado joven para responder a las preguntas que se hace a si misma con angustia la humanidad pensante ante el misterio de su origen y de su fin. Porque no conoce todavía la naturaleza del espíritu.[1]

1 Loc. Cit.

Sabe solamente que nuestra personalidad depende a la vez del cerebro, de los órganos y de la sangre. Toda actividad humana es, como ya lo sabemos, a la vez orgánica y psíquica. Pero ignoramos totalmente las relaciones entre los procesos cerebrales y el pensamiento. ¿será preciso considerar lo mental como idéntico a lo cerebral?

¿Habremos de considerar que lo rebasa? ¿Es producido el espíritu por la materia viviente? ¿Se inserta en ella solamente? Estas preguntas continúan todavía sin respuesta.

Sin embargo, los astrónomos del Monte Wilson han logrado fotografiar las gigantescas nebulosas que se encuentran a quinientos millones de años de luz de la tierra. A pesar de su enorme resistencia, el núcleo de los átomos ha sido constreñido por los físicos modernos a revelar el secreto de su constitución. Al mismo tiempo, los genetistas de la Escuela de Morgan han descubierto en los cromosomas de las células sexuales las unidades estructurales, del orden de magnitud de los átomos, que son la sede de potencialidades hereditarias del cuerpo y del espíritu. Pero nadie conoce todavía la función de los delicados órganos que Ramón y Cajal ha observado primero en las células cerebrales, ni las relaciones de esas células con el pensamiento. Sabemos solamente que los caracteres de la personalidad dependen de ciertas condiciones de los sistemas glandulares y nerviosos.

Este ser, a la vez familiar y desconocido, nuestra personalidad, ¿se encuentra todavía fuera del alcance de las técnicas científicas? ¿Es incognoscible? ¿Podría más bien ser aprehendido por métodos muchos más sutiles y poderosos que los de hoy? No lo sabemos. Ante todo problema relacionado con el origen, la naturaleza o el destino del espíritu, la ciencia guarda un completo silencio.

Le es cómodo, sin embargo, construir hipótesis sobre el particular. Las hipótesis son, en efecto, indispensables para el progreso del conocimiento: porque su verificación provoca la invención de nuevas técnicas y la institución de nuevas experiencias. Importa, pues, poco que una hipótesis sea verdadera o falsa; su papel se reduce a obligarnos a emprender la marcha. Por consiguiente, una hipótesis que no conduce a una observación, o a una experiencia nueva, no es más que una vana suposición. Es ocioso, por ejemplo, discutir respecto al origen de la vida o del conocimiento, porque estos fenómenos no tienen testigo alguno. Su historia jamás nos será revelada. Toda hipótesis respecto a ellos seguirá siendo estéril.
Por el contrario, las suposiciones que podemos hacer a propósito de la naturaleza y del porvenir del espíritu son susceptibles de engendrar nuevas investigaciones. Serán, pues, fecundas, aun en el caso de que no sean más tarde confirmadas por los hechos.

Cuando se embarcó en los Grandes Lagos, el padre Marquette creía partir para la China. Esta falsa hipótesis fue, sin embargo, útil. Porque, si no llegó a China, por lo menos fundó Chicago.

¿Que somos nosotros? Sabemos ya que somos cuerpos, autónomos y conscientes, que se mueven libremente en la superficie de la tierra. Cada uno de estos cuerpos se compone de células, de líquidos, de espíritu. Difiere, en virtud de ciertos caracteres, de todos los demás cuerpos. Tiene una personalidad distinta. Sus fronteras especiales están bien delimitadas. Sin embargo, rebasa dichas fronteras y modifica las propiedades del espacio que lo rodea.1 Porque crea en su derredor un campo de fuerza en el cual ejerce su influencia sobre todos los seres animados o inanimados que contiene.
1 Loc. Cit.

Los hombres se repelen o se atraen mutuamente. Existen entre ellos lazos invisibles que unen como en una red a los miembros de una misma comunidad. El pensamiento ha

transformado el mundo terrestre y las condiciones de la vida. Sabemos también que la posesión de esta energía espiritual constituye nuestro carácter específico. Nos diferencia esencialmente de nuestros más próximos parientes en el reino animal, de los antropoides, y en particular de los chimpancés. El espíritu aparece en la materia viviente cuando el cerebro y las glándulas endocrinas alcanzan cierto grado de perfección. Es, como la fosforescencia del gusano de luz, una especie de luz emitida por los tejidos vivientes.

¿Cual es la estructura del pensamiento? ¿existen psicones análogos a los fotones de un rayo de sol, a los electrones o a los protones de los fluidos eléctricos? ¿Se trata, por el contrario, de un mundo completamente nuevo que nuestros conceptos actuales son impotentes para describir? El estudio de la conciencia reserva sin duda ninguna a los biólogos del porvenir, sorpresas mucho más grandes todavía que las suministradas a los físicos por la exploración del mundo intratómico.

El espíritu forma parte del cuerpo. Se encuentra, pues, en lo continuo físico. Pero escapa de las cuatro dimensiones del espacio y del tiempo. Lo mismo que la luz, no continúa aprisionado en la ampolla de la lámpara. La energía espiritual presenta caracteres que varían según los individuos. Estos caracteres se trasmiten hereditariamente. Existen en los genes los factores que determinan, en medida que nosotros ignoramos, la calidad del espíritu. El espíritu, lo mismo que la secreción del jugo gástrico, o de la tiroxina, depende, pues, de la actividad de ciertos grupos de células. Y, sin embargo, no pertenece al mundo en que se encuentran esas células. ¿será el humo producido por la leña que arde, o bien la nube que se detiene un instante en el bosque de abetos en la ladera de la montaña?

No somos ni espíritu ni cuerpo. Porque el espíritu y el cuerpo no constituyen más que aspectos complementarios de nosotros mismos. Aspectos que la estructura de nuestros sentidos no nos permite aprehender simultáneamente. Ninguna actividad mental se produce nunca sin una actividad orgánica correspondiente.

El espíritu, como es sabido, presenta, según los individuos, tipos diferentes. Por ejemplo: los tipos intelectuales, afectivos e intuitivos. Estos tipos se caracterizan por el predominio de unas u otras de las actividades físico-mentales.
La persona humana consta ante todo de conciencia. Pero la conciencia está ligada a la vez al cerebro, a la sangre, a las glándulas endocrinas, al sistema nervioso simpático, al corazón.

La unidad del yo, como la unidad del organismo, consta de elementos múltiples. Nosotros somos inteligencia, sentimiento, intuición, así como también hipófisis, suprarrenal, tiroides, masa cerebral, hipotálamo, glándulas sexuales. Es un error creer que el cerebro es el asiento de la inteligencia. En verdad, pensamos con todos nuestros órganos. Pero es probable que el poder de comprender, de recordar, de asociar entre si muchas ideas, dependa del número de las células nerviosas, de la perfección de su estructura y de la complejidad de su sistema de asociación.

La inteligencia pone en obra los informes que los órganos sensorios le dan respecto del mundo exterior y prepara nuestra acción sobre ese mundo. Gracias al poder creador ha aumentado de modo gigantesco el poder de nuestras percepciones y de nuestras manos. Ha construido los enormes telescopios de California y del Monte Wilson, que alcanzan

los universos colocados a muchos millones de años de luz de nuestra Vía Láctea. E igualmente el microscopio electrónico, cuyo poder es tan grande como para hacer penetrar nuestra mirada en el mundo de las moléculas. Nos ha permitido obrar, tanto sobre los objetos mayores como sobre los más pequeños; de destruir en algunos minutos los monumentos que fueron gloria de nuestra civilización, de practicar operaciones quirúrgicas sobre células aisladas, o de romper el núcleo de los átomos.
188

La inteligencia es creadora de la ciencia y de la filosofía. Constituye, cuando esta bien equilibrada, un guía seguro de la conducta. Pero no nos da ni el sentido de la vida ni la fuerza de vivir. No es más que una de las actividades del espíritu. Si se desarrolla aisladamente, si no va acompañada por el sentimiento, aísla al individuo de los demás individuos y lo deshumaniza.
El sentimiento depende más bien de las glándulas endocrinas, del simpático y del corazón que del cerebro. El entusiasmo, el valor, el amor y el odio nos lanzan en la acción cuyo plan ha hecho la inteligencia. El miedo, la cólera, la pasión de descubrir y de osar, por mediación de los nervios simpáticos, influyen sobre las glándulas cuyas secreciones ponen al organismo en estado de obrar, de defenderse de huir o de atacar. La hipófisis, las tiroides, las glándulas sexuales, las suprarrenales, hacen posible el amor, el odio, el entusiasmo y la fe. Gracias a estos órganos las asociaciones humanas pueden existir. La razón por si sola es impotente para unir a los individuos. No es capaz de amar ni de odiar. Las virtudes cristianas están fuera de nuestro alcance cuando nuestras glándulas endocrinas son deficientes.

El sentimiento aprehende la realidad de modo más directo que la inteligencia. La inteligencia considera la vida de lo exterior. El sentimiento, por el contrario, reside en lo interior de la vida. El corazón tiene razones que la razón ignora, escribía Pascal. Son las actividades no intelectuales del espíritu, es decir, la afectividad, el sentido moral, el sentido de la belleza y el sentido de lo sagrado, las que nos aportan la fuerza y la alegría. Dan al individuo poder para salir de si mismo, de ponerse en contacto con los demás, de amarlos; de sacrificarse por ellos.

La inspiración artística, la inspiración religiosa, el amor, favorecen quizá el desarrollo de la intuición. El poeta aprehende la realidad de modo más profundo que el sabio. La intuición esta muy próxima a la clarividencia.1
Loc, cit, pag. 141.

La intuición parece ser la percepción extrasensoria de la realidad. "Todos los grandes hombres están dotados de intuición. Saben, sin razonamiento, sin análisis, lo que les importa saber". Es probable que haya una diferencia cuantitativa y no cualitativa entre la intuición y la clarividencia. "La clarividencia y la telepatía son datos inmediatos de la observación. Los que tienen ese poder captan los pensamientos secretos de otros individuos sin servirse de sus órganos sensorios. Perciben también los acontecimientos más o menos alejados en el espacio o en el tiempo". Este don se halla lejos de ser excepcional. En sus investigaciones sobre los estudiantes de Duke University, Rhine ha observado frecuentemente la existencia de la percepción extrasensoria. Los profetas del Antiguo Testamento conocían el porvenir. En el siglo XI definían los árabes la percepción extrasensoria como el cuarto grado del desarrollo mental. La doctrina yoga enseña que la trasmisión del pensamiento de un individuo a otro es posible. Fichte, Hegel, Schopenhauer y von Hartman admitían el concepto de la percepción

extrasensoria. Cosa extraña, Aristóteles rechazó la adivinación, porque este fenómeno era para él inexplicable. Descartes y los filósofos del siglo XVIII creyeron igualmente que nada penetra en la inteligencia si no está en los sentidos.
190
Desde el Renacimiento, el hombre ha sido, pues, arbitrariamente aprisionado en las fronteras de sus cinco sentidos. Hoy conocemos muchos hechos irrecusables de telepatía. La naturaleza de la telepatía, de la visión de lo pasado y de la predicción de lo por venir es tan desconocida hoy como en la época de Aristóteles, pero nosotros sabemos que no conviene nunca negar la realidad de un fenómeno simplemente porque ese fenómeno sea inexplicable y difícil de observar.

Es cierto que el espíritu puede comunicar por otro canal distinto de los órganos de los sentidos con el mundo exterior y con otros espíritus. Indudablemente, la intuición está lejos de tener la solidez de la inteligencia. Su empleo es frecuentemente peligroso. Pero esta percepción extrasensoria aumenta mucho la penetración de nuestro espíritu porque nos permite captar cosas que se encuentran fuera de nuestros sentidos en el espacio y en el tiempo. Y quizá también fuera del espacio y del tiempo.

El hombre está constituido de tal manera que puede percibir las influencias puramente espirituales, trátese del pensamiento no articulado de otro hombre, o de la gracia de Dios. Aristóteles, Santo Tomas de Aquino, Descartes y sus discípulos habían hecho concebible la existencia de toda religión revelada. A la verdad, hay entre nosotros y la realidad exterior o interior contactos mucho más extensos que lo que reconocen la filosofía y la ciencia clásica. Vivimos a la vez en el espacio y en el tiempo y fuera de las dimensiones del universo físico. Tenemos a nuestra disposición la fuerza de la inteligencia y la de la intuición o clarividencia. La inteligencia nos da el conocimiento y el dominio del mundo material. La intuición penetra en la realidad más profundamente que la inteligencia y nos une directamente a las cosas. Gracias sobre todo a sus actividades no intelectuales se evade el espíritu fuera del mundo material. Esta propiedad de la substancia físico-mental de encontrarse a la vez en el universo físico y en un universo inaccesible, por el momento al menos, a la razón y a la ciencia, hace del ser humano un objeto diferente de todas las cosas que se encuentran en la superficie del globo terráqueo. Esto es lo que nosotros somos.

VI

Posición del hombre en el universo. - ¿Es el único ser pensante? - Aspecto psíquico del cosmos. - La creencia en las entidades exclusivamente espirituales. - La hipótesis de Dios.

Cada individuo cree ser el centro del mundo. Nada nos parece tan importante como nuestra propia existencia. Nos domina el sentimiento de que nuestra vida tiene una significación profunda. ¿será este sentimiento solamente una ilusión? ¿Podrá considerarse como un artificio de la naturaleza para obligarnos a obedecer la ley de la conservación de la vida? ¿Que posición tenemos en el universo?

Ciertamente, somos los dueños de la tierra. Pero la tierra no es más que uno de los planetas que giran alrededor del sol. Y el sol, una pequeña estrella entre los millones de estrellas que componen la Vía Láctea de que forma él parte. Y más allá de la Vía Láctea hay todavía otros muchos universos que flotan como islas en la inmensidad del espacio.

El telescopio del Monte Wilson ha descubierto esos universos a una distancia de más de cuatrocientos millones de años de luz. Es muy evidente que la presencia del hombre en el universo es despreciable desde el punto de vista cuantitativo. Pero el valor de una cosa no depende de su volumen ni de su peso. Un reloj, por ejemplo, difiere de un guijarro del mismo peso. La Venus de Milo tiene distinta significación que el bloque de mármol de parecidas dimensiones que quedó en la cantera.
192
Indudablemente, el cerebro del hombre es de una pequeñez infinita si se le compara con la vertiginosa magnitud del mundo sideral, o también con nuestra pequeña tierra. Pero es de una calidad incomparable. Esta armoniosa asociación de más de doce mil millones de células nerviosas unidas entre si varios millones de veces por delicadas fibrillas no tiene igual en el mundo cósmico. Y de esta ínfima cantidad de materia viviente se escapa la forma inmensa del pensamiento. Y el pensamiento, no solamente engloba todo el universo material, desde las más vastas nebulosas hasta los núcleos de los átomos, sino que se extiende mucho más allá de él. El ser humano tiene un valor incomparablemente mayor que la enorme masa inanimada del mundo cósmico. En ninguna parte se encuentra semejante perfección de estructura. Quizá el cerebro es el único punto del universo donde se encuentran las condiciones indispensables para la emergencia del espíritu fuera de la materia.

La materia pensante, ¿no existe más que sobre la tierra, con exclusión de los planetas que giran quizá en derredor de otros innumerables soles? Es poco probable que el espíritu se haya manifestado solamente en este punto microscópico del universo sideral. Sin embargo, las condiciones físicas y químicas necesarias a la vida, tal como nosotros la conocemos, son complejas. No se encuentran generalmente en los demás planetas. La luna no tiene ni agua ni atmosfera. No se ve en ella, con la ayuda del telescopio, ningún signo de vegetación. La atmosfera de Venus contiene mucho anhídrido carbónico, pero no contiene vapor de agua ni oxigeno. El clima de Marte es templado; la atmosfera contiene oxigeno, anhídrido carbónico y vapor de agua; los cambios de las estaciones en el color de ciertas regiones del planeta indican la presencia de vegetación abundante. En el sistema solar, la vida solo es posible en la Tierra y en Marte. ¡No hay en él otros mundos que sean habitables por seres como nosotros!

Se saben que los planetas se producen cuando se aproximan dos estrellas tan cerca la una de la otra que se forman satélites por su atracción mutua. Quizá nuestro humilde planeta tiene verdaderamente en el universo la posición privilegiada que los astrónomos, los filósofos y los teólogos de la Edad Media le atribuían antes del advenimiento de Copérnico. Según Eddington, durante un periodo de diez mil millones de años, solamente una estrella, entre cien millones de otras, ha sufrido tal encuentro. Así, los sistemas planetarios son muy raros. Es, pues, posible que no exista otra raza humana.

El espíritu no se encuentra en el cosmos fuera de la materia viviente. Sin embargo, todos los elementos constitutivos del cuerpo del hombre y de los animales los suministran la tierra, el agua y el aire. ¿Vendrá también el espíritu de esos elementos? ¿Nacerá cuando se producen ciertas reacciones químicas? ¿Contiene el mundo cósmico elementos psíquicos que ignoramos, como ignorábamos los rayos cósmicos antes de que se inventara un método propio para descubrirlos?

En este momento no concebimos como pueden producir el desarrollo de la persona humana las reacciones químicas y los procesos fisiológicos. Está permitido, sin

embargo, suponer que el medio exterior contiene energía psíquica difusa, bien libre, bien unida a la materia inerte. Esta energía entraría en la composición del cuerpo, principalmente del cerebro, y se personificaría allí. Pero si tal energía espiritual existiese en el mundo físico que nos rodea, no podríamos suponer su presencia. Lo mismo que somos incapaces de comprobar la existencia de los procesos mentales cuando observamos en el curso de una operación el cerebro de un enfermo no anestesiado, es imposible a nuestros órganos sensorios aprehender directamente el espíritu.

El hombre se ha negado siempre a creer que era el único ser pensante en la superficie de la tierra. Nuestros antepasados creían en la existencia de entidades espirituales que habitaban nuestras casas, así como también los manantiales, las montañas, los bosques y el océano. La ciudad antigua estaba fundada sobre la religión; es decir, sobre ciertas obligaciones que unían al hombre a los espíritus invisibles. Y para atraerse esos espíritus favorables se habían elaborado técnicas minuciosas. Los muertos consentían en regresar entre sus parientes y sus amigos, y darles a veces útiles consejos. Las leyes eran igualmente inspiración de lo alto. ¿La constitución de Esparta, no fue revelada a Licurgo por Apolo?

Después, el cristianismo purificó esas creencias. Los ángeles y los santos reemplazaron a los pequeños dioses domésticos. Durante la Edad Media, el más humilde de los campesinos vivía en compañía de entidades espirituales. En la soledad de los campos o del bosque, nunca estaba solo. Fueron San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita quienes dieron a Juana de Arco su misión. Cada uno podía pasar su existencia en compañía de Dios y de sus santos y recibir de ellos la fuerza y la paz interiores. Y la Madre de Dios bendecía con su presencia innumerables lugares. Por ejemplo: la gruta sita sobre la orilla del riachuelo de Pau, cerca de la aldea de Lourdes.

Pero la civilización industrial se desarrolló. Los calvarios que se alzaban en las encrucijadas, y las ermitas de los campos y de las landas, fueron poco a poco abandonadas por sus huéspedes divinos. Hasta los espíritus que solían encontrarse a veces después de la puesta del sol alrededor del viejo pozo o de la granja abandonada, se marcharon para no volver jamás.

Y los hombres modernos volvieron a las costumbres de sus antepasados paganos. Trataron de nuevo de comunicarse con los muertos. Se sustituyeron los ángeles por vagas entidades espirituales, por almas desencarnadas, por factores psíquicos, que, con el socorro de mediums y de la escritura automática, nos trajeron informes, por lo demás poco interesantes, sobre el más allá.

Hoy, como antaño, busca el hombre la compañía de seres invisibles, capaces de ayudarle, de amarle y de protegerle. Pero sabe que estas entidades espirituales se encuentran fuera de su alcance. Únicamente los grandes intuitivos y los clarividentes podrían percibir su presencia y comunicarse con ellas.

Si la materia inanimada contiene elementos psíquicos, esos elementos permanecerán siempre ignorados por nosotros.

Sin embargo, el cosmos lleva como la huella de un espíritu, al cual se parece en ciertos aspectos nuestro propio espíritu. Hay, como se sabe, un orden evidente en el universo. Somos nosotros capaces de comprender ese orden. Y hasta las abstracciones matemáticas construidas por nuestro espíritu expresan casi exactamente los modos de comportarse del mundo que nos rodea. Hay, pues, algún parecido entre nuestra razón y la que parece haber creado el mundo. Esta razón creadora, este Dios, trata la materia inanimada como lo haría un matemático. Este Dios de nuestro espíritu permanece muy alejado de nosotros. Inexorable como la ley de la gravedad, tan inaccesible como el sol, no se inclina más que hacia los grandes genios; por ejemplo: Newton, Ampere, Planck, Broglie. Pierde, sin embargo, la simplicidad de sus métodos y su triunfante lógica cuando se ocupa de la materia animada. La evolución de los seres vivientes parece haber sido dirigida por una fuerza torpe, derrochadora, brutal, vacilante, aun cuando obstinada, hacia un fin preciso, que es la ascensión del espíritu. En los bordes del camino se abrieron numerosos callejones sin salida en los cuales se aventuró la vida como por error. Sólo al precio de maniobras ambiguas y complicadas, de un esfuerzo muy largo y frecuentemente contradictorio, la naturaleza, o la voluntad de Dios, consiguió realizar el ser humano.

La hipótesis de Dios, escribía Arthur H. Campton, da una interpretación más razonable del universo que ninguna otra hipótesis. Es tan legítima como muchas de las hipótesis de la física. Su fecundidad ha sido ya inmensa. No hay ninguna razón para rechazarla. Millikan, Eddington y Jeans creían, como Newton, que el cosmos es el producto de una Inteligencia creadora. Pero esta hipótesis, que satisfacía a los físicos y a los astrónomos, no es suficiente para el hombre medio, el Dios de Newton, lo mismo que el Dios de Platón, no se ocupa de nuestras alegrías, de nuestras preocupaciones ni de nuestros dolores, No deseamos tener como Dios un matemático o un experimentador cruel y torpe. Tenemos necesidad de un Dios que nos ame, nos oiga y nos ayude.

VII

Necesidad de Dios. - La oración. - La experiencia mística. - Su significación. - Liberalismo y religión. - Naturaleza de la realidad

Desde hace cerca de dos siglos, la religión ha sido reemplazada poco a poco por el culto del provecho y el de la ciencia. Ha sido desterrada de las escuelas públicas. Es prácticamente ignorada por la sociedad moderna. Pero, a pesar de dicho disfavor, se halla lejos de estar muerta.

Continúa el hombre su persecución eterna del substrato espiritual de las cosas. En todas las épocas, en casi todas los países, ha experimentado la necesidad de adorar. Adorar es en él una tendencia casi tan natural como amar. Esta búsqueda de Dios es probablemente la consecuencia necesaria de la estructura de nuestro espíritu. El hombre de Occidente ha encontrado en el carpintero de Nazaret el Dios sublime y familiar a la vez que le convenía. Las palabras de Jesús penetraron profundamente en la realidad de la vida. Ignoran la filosofía. Rompen todas las convenciones. Son tan conmovedoras que, hoy todavía, nos cuesta trabajo el comprenderlas.

Después de todo, somos parientes próximos de los gorilas; el Sermón de la Montaña choca con algunas de nuestras tendencias hereditarias. A quien obedece la ley de la

selva, la orden de amar a su prójimo como a si mismo le parece absurda. Sin embargo, Jesús conoce nuestro mundo. No nos desdeña, como el Dios de Aristóteles. Podemos hablarle, y el nos responde. Aun siendo una persona como nosotros, es Dios y trasciende todas las cosas. Pero se encuentra también en la madera de la mesa, en el alimento que absorbemos, en el rayo de sol que nos calienta, en el bosque, en la tierra, en el océano y en el cielo puesto que el las ha creado y conservado. Sea cual fuere el lugar en que nos encontremos, durante todos los instantes del día o de la noche, está a nuestra disposición. Y podemos escucharle simplemente volviendo hacia el nuestro deseo y nuestro amor. Es un hecho de fácil observación que, hasta en la sociedad creada por la ciencia y la tecnología, esa necesidad de Dios ha persistido, bajo forma más o menos precisa, en un gran número de individuos. Cuando no se satisface, ocurre frecuentemente, lo mismo que con la necesidad sexual, que se pervierte. Esta persistencia en sobrevivir, hasta en las condiciones más desfavorables, muestra que sería peligroso el ignorarlo.

La necesidad de Dios se expresa por medio de la oración. La oración es un grito de angustia, una petición de ayuda, un himno de amor. No consiste en la oscura recitación de palabras cuyo sentido no comprendemos. Su efecto es casi siempre positivo. Todo ocurre como si Dios nos escuchase y nos diese una respuesta directa. Los acontecimientos inesperados se producen. El equilibrio mental se restablece. El sentimiento de nuestro aislamiento, de nuestra impotencia y de la inutilidad de nuestro esfuerzo desaparecen. El mundo abandona su injusticia y su crueldad y se torna amistoso. Desarróllase en el mundo de nosotros un extraño poder.

La oración da fuerza para soportar las preocupaciones y las penas, para esperar cuando no hay motivo lógico de esperar, para permanecer de pie en medio de las catástrofes. Estos fenómenos pueden producirse en todo el mundo, pero sobre todo en los que rehúsan el acceso de su alma al tumulto y a la confusión de la vida moderna. El mundo de la ciencia es diferente del mundo de la oración, pero no es opuesto a él; del mismo modo que lo racional no es opuesto a lo no racional. No conviene olvidar que el espíritu se compone de actividades lógicas y de actividades no lógicas. Los resultados de la oración se refieren a la ciencia tanto como a la religión, porque la oración obra, no solamente sobre nuestros estados afectivos, sino también sobre los procesos fisiológicos. Cura a veces, en unos instantes o en unos días, enfermedades orgánicas. Por incomprensibles que sean estos fenómenos, estamos obligados a admitir su realidad. La oficina de comprobaciones de Lourdes ha registrado más de doscientos casos de tuberculosis, de ceguera, de osteomielitis, de cáncer y de otras enfermedades orgánicas cuya curación casi instantánea es indiscutible. Nos encontramos aquí en un terreno sólido. El hombre tiene necesidad de ayuda. Reza y llega la ayuda; cualquiera que sea su interpretación futura, este hecho continuará eternamente verdadero.

199

El conocimiento del mundo material nos viene del esfuerzo conjugado de la experiencia y de la teoría. Gracias a las técnicas experimentales, hemos descubierto y analizado un gran número de fenómenos físicos. Después la teoría ha reunido todos estos hechos en un sistema coherente, ha previsto nuevos hechos y ha inspirado nuevas experiencias. Del mismo modo, el conocimiento del substrato espiritual del mundo depende de la teoría y de la experiencia. Es decir, de la mística y de la teología. La mística es, como se sabe, la esencia de la religión. La experiencia mística difiere tan profundamente del

conocimiento filosófico como difiere el amor de la razón. Además, siempre será verdadera, mientras que el conocimiento filosófico cambiará, como han cambiado y cambian todavía las teorías físicas.

Los grandes místicos son tan raros como los grandes sabios. El nacimiento de San Pablo fue un acontecimiento más excepcional todavía que el nacimiento de Newton o de Pasteur. La búsqueda experimental de Dios demanda un largo y duro trabajo.[1]
1 Loc. cit., pags. 237 - 238.

Nadie puede aventurarse en la vida mística, antes de someterse a los rigores de la vida purgativa, de salubrificar sus sentidos, de practicar las virtudes cristianas. Entonces solamente comienza el viaje cuyo término es la unión con Dios. Esta unión no es intelectual. Dios continúa siempre indescriptible e incognoscible. Sin embargo, la aprehensión de Dios por el sentimiento es tan inmediata, tan fuerte, tan evidente, que da al contemplativo la certeza completa de su realidad. El Dios así descubierto es amor y no razón. Y la noche oscura que es preciso atravesar antes de alcanzarlo parece ser una suspensión de las actividades de los sentidos y de la razón. Diríase que el hombre no llega a Dios sino después de haber extinguido en si mismo las imágenes del mundo y de haber detenido momentáneamente el curso de los procesos intelectuales. La experiencia mística confirma y extiende las deducciones de la teología. Refuerza la enseñanza tradicional de la Iglesia. Es una prueba del valor de la religión.

¿Será preciso preguntarse si la "experiencia mística es verdadera o falsa, si es una autosugestión, una alucinación, o bien si representa un viaje del alma fuera de las dimensiones de nuestro mundo, y su contacto con una realidad superior"? quizá valiera más contentarse con tener de ella un concepto providencialista, y aceptar, sin buscar su origen, los dones que nos aporta. Pero queremos saber si los místicos alcanzan realmente a Dios y si su experiencia es conforme al orden de las cosas. Dios es, por definición, un ser inmaterial. No puede ser visto, oído, sentido, gustado ni tocado. Dios está, pues, para el hombre, si se acepta la doctrina de Aristóteles, fuera de su alcance. Pero nuestra ciencia es mayor que la de Aristóteles.
Admitimos hoy la existencia de la percepción extrasensorial. Sabemos también que ese fenómeno se produce sobre todo cuando la actividad intelectual está en suspenso. Los clarividentes experimentados han aprendido a hacer el vacío en su espíritu. La noche de la inteligencia descrita por Ruysbrook el Admirable y el éxtasis de Santa Teresa de Avila tienen una extraña analogía con el vacío mental favorable a los fenómenos telepáticos. Además, el clarividente experimenta, como el mítico, la certidumbre absoluta de haber alcanzado su objeto. En ambos casos, esta certidumbre no puede ser quebrantada por ningún argumento. Hay, pues, cierta analogía entre la experiencia mística y la percepción extrasensoria del pensamiento.
200

¿Es acaso más extraordinario comunicarse con Dios que con otro ser humano más o menos alejado de nosotros en el espacio o en el tiempo? Aun cuando no se haya probado que el místico alcance a Dios, sería absurdo no conceder una profunda significación a la experiencia religiosa.

La existencia de Dios explica mejor que cualquiera otra hipótesis los resultados de la oración, los fenómenos de la mística y el sentido de lo sagrado. Es prudente considerar la necesidad de lo divino, no como ilusoria, sino como la expresión de caracteres

estructurales del espíritu humano que son más o menos desarrollados, según los individuos. Siendo el universo un sistema coherente, la comprobación de una necesidad hace prever la presencia en el medio exterior del modo de satisfacer esa necesidad. Por ejemplo: las células del organismo no serian aerobias si no hubiera oxigeno en la atmósfera. Del mismo modo, la necesidad de agua, de grasa, de azúcar o de proteína, implica la existencia de esas substancias en el medio exterior. Está permitido atribuir la misma significación a la necesidad, más o menos oscura, presentida por muchos seres humanos de comunicarse con un espíritu invisible y soberanamente poderoso. Espíritu a la vez personal e inmanente en todas las cosas, que se nos manifiesta por la intuición, la revelación y las leyes naturales.

Cosa extraña: el hombre moderno ha eliminado de la realidad todo factor psíquico. Se ha construido un medio exclusivamente material. Este mundo no le conviene; degenera en él. Durante milenios, nuestros antepasados han considerado, como esencial la presencia en su medio, de elementos espirituales. Por encima de la aldea se elevaba el campanario. La religión presidía los acontecimientos importantes de la vida: nacimiento, matrimonio, muerte. Daba a cada uno el valor de vivir. Parece que para evitar la caída definitiva en la incoherencia y en el caos, la humanidad civilizada debe construir de nuevo catedrales en el universo magnifico y duro de los físicos y de los astrónomos.

No se trata de volver hacia atrás; de resucitar la época de Santo Tomás de Aquino o de Nuestra Señora de Chartres. No se trata tampoco de confinarse en el universo de Einstein, de Shapley, de Broglie. A pesar de su inmensidad, ese universo no abraza ciertamente más que una parte de la realidad. Porque la inteligencia humana que lo ha creado no se ha reservado un lugar en él. Sin embargo, el mundo de los enamorados, de los artistas y de los místicos es tan real como el de los ingenieros, los sabios y los filósofos. El arte, la moral y la religión no son menos indispensables que la ciencia. El universo, tal como ha sido concebido por el liberalismo o el marxismo, es para nosotros como un vestido excesivamente estrecho. Sería absurdo que la realidad exterior fuese incapaz de englobar al hombre en su totalidad. Y también que su estructura no correspondiese en cierta medida a la nuestra. Es, pues, prudente dar al mundo del espíritu la misma objetividad que el mundo de la materia.

201

VIII

¿A donde vamos? - Significación de la muerte. - Disolución, supervivencia temporal o inmortalidad. - Respuesta de la ciencia. - Respuesta de la religión. - Oposición entre la ciencia y el sentimiento. - Lo que la vida ordena. - La elección de una hipótesis.

¿Adonde vamos? Hacia la muerte. Aunque llegáramos merced a nuevos descubrimientos, a invertir el sentido del tiempo fisiológico, a rejuvenecernos periódicamente, y a prolongar nuestra vida durante dos o tres siglos, la muerte no sería vencida, porque la estructura de nuestro cuerpo la hace necesaria. Desde el comienzo de la existencia intrauterina, el joven organismo envejece. Este proceso de envejecimiento es mucho más rápido en el feto y en la criatura que en el adulto, y sobre todo en el anciano. Ciertamente, la marcha hacia la muerte se hace mucho más lenta con la edad. Pero nunca se detiene, ni cambia su dirección. Cualesquiera que sean los éxitos futuros

de la ciencia, todo ser humano está condenado a desaparecer, tarde o temprano, de este mundo.

¿Cual es la significación de la muerte? Sabemos bien en que se convierte nuestro cuerpo: gases y un poco de ceniza. ¿Y nuestro espíritu? Parece que se anula al mismo tiempo que los órganos. Como es inseparable durante la vida de los tejidos y de la sangre, es lógico pensar que se descompone al mismo tiempo que ellos. Sin embargo, el sentimiento ha rehusado siempre la aceptación de ese veredicto de la razón.

Los hombres de Occidente desean ardientemente la vida, no solamente en este mundo, sino también más allá de la tumba. No les basta con sobrevivir en sus obras, por ejemplo, en los árboles que plantaron, en la casa que construyeron, en las invenciones concebidas por su cerebro, en las consecuencias próximas o lejanas de sus acciones. No se contentan tampoco con perpetuarse en su descendencia por mediación de los genes que han recibido ellos mismos de sus antepasados. Lo que deseamos ante todo es la supervivencia personal. Es el volver a ver, después de la muerte, a quienes amamos. El entrar en el campo de la justicia y de la Paz. El gozar de la compañía inefable de Dios.

Los pueblos que se han sucedido sobre la tierra han creído casi siempre en la supervivencia, por lo menos temporal, del espíritu. La iglesia ha elevado también a la categoría de dogma la creencia en la inmortalidad del alma y. en la resurrección de la carne. Es cierto que los civilizados, en su mayoría han abandonado la fe religiosa. Pero, entre ellos, muchos reflexionan profundamente todavía sobre el misterio de la muerte. Y se preguntan con angustia si la ascensión del espíritu en el curso de la vida es verdaderamente su finalidad. Si los tesoros espirituales acumulados por los héroes de la caridad y por los santos están destinados inevitablemente a hundirse en la nada.

A estas preguntas no puede la ciencia, por el momento, dar respuesta alguna. Ignora todavía cuales son las relaciones entre lo mental y lo cerebral, y si la disolución de lo cerebral lleva consigo necesariamente la disolución de lo mental. Ignora asimismo la naturaleza del espíritu. Quizá su ignorancia dure siempre, porque el espíritu, aun cuando inserto en la materia viviente, se encuentra fuera del mundo espaciotemporal, por consiguiente, fuera de la jurisdicción de la ciencia. Pero si las almas desencarnadas pululasen en este momento en nuestro derredor, nosotros no tendríamos sospecha de ello. Porque ningún medio poseemos para comprobar su presencia.

¿Que significan entonces las apariciones de los difuntos? Existen multitud de casos de indiscutible autenticidad, en los que, en el tormento de la muerte, o poco tiempo después, una persona fallecida se ha manifestado a un pariente o a un amigo y le ha informado de las circunstancias del acontecimiento. Además, gracias a la escritura automática o por mediación de un medium, nos llegan supuestas comunicaciones del más allá. Esos mensajes se refieren con la mayor frecuencia a las condiciones inverificables de la vida de los espíritus desencarnados. Pero contienen a veces sorprendentes revelaciones de cosas que sólo la persona fallecida conocía. Sir Oliver Lodge creyó siempre hallarse en comunicación con su hijo durante los dos años que siguieron a la muerte de este último.

Los espiritistas enseñan que los mensajes así recibidos son prueba de la supervivencia del espíritu. Creen que, si no la conciencia entera, por lo menos un principio psíquico persiste después de la muerte. Este principio se uniría con el espíritu de un médium y

constituiría una especie de conciencia perteneciente a la vez al médium y al difunto. Su existencia seria transitoria. Se desintegraría poco a poco y finalmente desaparecería.

La importancia de los hechos en que se basan estas especulaciones es innegable. Pero su interpretación es ciertamente incorrecta, porque los espiritistas no tienen en cuenta la existencia de la clarividencia. Se sabe, sin embargo, que los clarividentes perciben los acontecimientos pasados lo mismo que los futuros. No existe para ellos secreto alguno. Las revelaciones atribuidas al espíritu del difunto pueden ser debidas simplemente a la clarividencia del médium. Nosotros no podemos distinguir entre un fenómeno de supervivencia y un fenómeno de clarividencia. No hay, pues, por el momento prueba alguna científica de la supervivencia del espíritu después de la muerte. Sin embargo, nadie puede afirmar que tal ciencia sea imposible. El estudio sistemático de los fenómenos metafísicos habrá de ayudarnos sin duda a conocer mejor las propiedades del espíritu, lo mismo que los fenómenos patológicos han permitido comprender mejor la fisiología del sistema nervioso. Desgraciadamente, este estudio ha sido desacreditado por los charlatanes que pretenden ocuparse del asunto. Ha llegado el momento, para la ciencia, de abordar las "tierras incógnitas", cuyo descubrimiento proyectará quizá alguna luz sobre la naturaleza del espíritu.

La religión da a la muerte una interpretación muy diferente de la que da la ciencia. Para ella, la muerte representa, no ya el fin de la vida, sino su comienzo. En lugar de disolverse al mismo tiempo que el cuerpo, el espíritu continúa su ascensión, y, sin perder su personalidad, se diluye en Dios.

Desde hace dos mil años, cientos de millones de hombres y de mujeres han muerto en paz, en la certeza de vivir, más allá de la vida, con aquellos que les son queridos, con los santos y los ángeles de Dios, y con el mismo Dios. Los místicos, que han logrado franquear el umbral de la vida unitiva, experimentan, en este mundo, el contacto con Dios, la alegría indescriptible que dará eternamente a los elegidos, después de la muerte, la visión beatifica.

La Iglesia promete al hombre, no solamente la inmortalidad de su espíritu y de su cuerpo, sino también, si es digno de ello, la posesión de Dios y de una felicidad sin fin. La respuesta de la fe a la angustia de la humanidad ante el misterio de la muerte es, pues, incomparablemente mas satisfactoria que la respuesta de la ciencia. Cuando el sentimiento toma la forma de la intuición y del amor, descubre lo que sigue estando oculto para la inteligencia. "Tu no me buscarías mas si no me hubieras encontrado ya", dice la mística, La religión da al hombre la respuesta que su corazón desea.

¿Deberemos aceptar la respuesta de la ciencia o la de la religión? Es preciso que nos dejemos guiar por la razón o por el sentimiento. Los hombres obedecen, unos al sentimiento, otros a la razón. La sabiduría consiste en que conformemos nuestra conducta a la vez a la razón y al sentimiento, a la ciencia y a la fe, a lo verdadero y a lo bello. Nos es imposible negarnos a pensar en la significación de la muerte. Dos hipótesis se presentan: ¿nos disolvemos enteramente en la muerte, o bien, hay algo que nos sobrevive? "Nos hallamos embarcados", tal como Pascal lo decía. Es preciso escoger. Entre dos hipótesis de trabajo, es preciso elegir la más audaz, la que puede conducir a las mayores consecuencias, aun cuando no sea racionalmente la más segura. Nos vemos, pues, precisados a adoptar la hipótesis de la inmortalidad, con la condición, sin embargo, de que la adopción de esa hipótesis no nos impida obedecer a las leyes de

la vida. No debemos olvidar, en efecto, que nuestra razón de ser evidente, el orden imperativo de la naturaleza, la finalidad de nuestra existencia, es el vivir en la plenitud de nuestras actividades fisiológicas y mentales.
206
¿Acaso se opone la creencia en la inmortalidad a las leyes inscritas en nuestro cuerpo y en nuestra alma? ¿Es un aliciente o un obstáculo para la conservación de la vida, para su propagación y para el vuelo del espíritu? Evidentemente, la fe en la supervivencia de la personalidad no puede menos de incitarnos a desarrollar nuestra conciencia en el curso de la vida.

Favorece ciertamente la ascensión del espíritu. Observase con frecuencia tan alto grado de espiritualización en los individuos que se consagran a la vez al servicio del prójimo y al servicio de Dios. Es cierto que, con frecuencia también, un ascetismo mal comprendido separa el progreso del espíritu del progreso del cuerpo. De hecho, el conocimiento no puede alcanzar su desarrollo óptimo sin un desarrollo orgánico correspondiente. Para preparar el espíritu a su encuentro con Dios es indispensable el cuerpo. Además, la obediencia a las leyes de la vida se convierte en una obligación sagrada. Porque las leyes de la vida son, para el místico, la expresión misma de la voluntad de Dios.

Aun cuando la razón considere la disolución total de nuestro ser en el momento de la muerte como más verosímil que la supervivencia del espíritu, no puede, sin embargo, dejar de acoger favorablemente la hipótesis de la inmortalidad. Porque la anulación de la conciencia sería tan inexplicable como su persistencia. Si nuestra personalidad debe desaparecer al mismo tiempo que el cuerpo, ¿a que conduce esta ascensión del espíritu, cuya naturaleza parece realizar, al mismo tiempo que la propagación de la vida, el objetivo de la existencia individual? La existencia individual no tiene solamente como finalidad la propagación de la especie. Porque la personalización del espíritu continua desarrollándose largo tiempo después del momento en que el hombre, y sobre todo la mujer, han perdido su poder de reproducción. La evolución del individuo, como la de las razas, no seria sino una burla de la naturaleza. El inmenso esfuerzo de espiritualización realizado a través de las edades por la materia viviente, no tendría sentido alguno si el alma del hombre se anulara al mismo tiempo que el cuerpo.
Y, sin embargo, no llegamos a comprender como el espíritu, que es inseparable del cuerpo, podría existir sin el.

Transcurrirán siglos, y quizá milenios, probablemente, antes de que el secreto de este enigma nos sea descifrado. Quizá se nos permita, entre tanto, considerar al espíritu como una emanación del cerebro análoga a la luz producida por el hilo de tungsteno de una ampolla eléctrica. La luz toma nacimiento en el hilo, como lo toma el pensamiento en el cerebro. Pero los fotones de que está compuesta se escapan de la lámpara y emprenden por el espacio un viaje que nunca terminará. Aun cuando la lámpara se extinga, los fotones que ha emitido no perecen. Los astrónomos de California registran es sus placas fotográficas la llegada de los fotones partidos de estrellas muertas quizá hace cuatrocientos millones de años. No es absurdo creer que la energía espiritual emitida por el cerebro en las regiones situadas más allá del espacio y del tiempo pueda, después de nuestra muerte, continuar su existencia en ese mundo desconocido, del mismo modo que las partículas de luz prolongan imperturbablemente, después de la extinción de la lámpara, su curso en el espacio infinito.

La muerte tiene para cada hombre diferente significación; porque la muerte depende de la vida, y el sentido de la vida cambia según los individuos. Casi siempre la muerte, es como el fin de una jornada de lluvia monótona, penosa y triste. Tiene a veces la belleza del crepúsculo en la montaña, o se parece al sueño del héroe después del combate.

Pero puede ser, si lo queremos, la inmersión del alma en el esplendor de Dios.

IX

Influencia de la conducta racional sobre la vida. - De Yo a Nosotros. - Los cuatro tipos de unión con el prójimo. - Aumento de la aptitud para la unión. - Valor social del individuo.

Todo individuo que se conduce de modo racional, sufre poco a poco una transformación profunda. Cuando el cuerpo y el espíritu obran de la manera exigida por su constitución, llegan a ser más eficientes. La obediencia simultánea a las leyes de la conservación de la vida, de la propagación de la raza y de la ascensión del espíritu refuerza automáticamente todas las actividades orgánicas y psíquicas. Este progreso se caracteriza sobre todo por el desarrollo del carácter, del sentido moral, de la intuición, del sentido de lo sagrado, de la capacidad de amar y sacrificarse. Al mismo tiempo, la inteligencia se ilumina. Cuando el hombre comprende que la finalidad de la vida no es el provecho material, sino la vida misma, deja de fijar exclusivamente su atención en el mundo exterior. Considera más atentamente su existencia propia y la de cuantos le rodean. Comprueba que depende de los demás y que los demás dependen de él. Que en la especie humana, el varón y la hembra son mentalmente complementarios, del mismo modo que son complementarios sus órganos sexuales; que la lentitud del desarrollo de los jóvenes y su fragilidad psicológica exigen la vida en comunidad. Así se nos aparece el carácter artificial en las convenciones de Juan Jacobo Rousseau, lo absurdo del "Contrato Social", el peligro del individualismo, la necesidad de tomar en consideración, en todas las circunstancias de la vida, a los demás tanto como a nosotros mismos.

Hay un antagonismo evidente entre el egoísmo indispensable para la supervivencia individual y el altruismo que demanda la vida social. El organismo se forma y crece a expenses de su medio y de los demás seres humanos. Durante la vida intrauterina, es un parasito de la madre. Y hasta la edad adulta, de la familia y de la comunidad. Se habitúa así a considerar como un derecho la explotación en su provecho de todo lo que le rodea. El éxito del individualismo viene de esta tendencia innata al egoísmo de todo ser viviente. Por otra parte, el egoísmo exagerado hace imposible toda verdadera comunidad. El altruismo es tan necesario como el egoísmo. El Nosotros y el Yo. Entre estas dos tendencias opuestas es preciso un equilibrio. Este equilibrio es la condición misma del éxito de nuestra vida. Del mismo modo que la precisión de los movimientos de la mano viene del antagonismo de los músculos de extensión y de flexión de los dedos. El Yo se transforma en Nosotros de varias maneras.
La capacidad de unión varía según los individuos. Depende de nuestras potencialidades hereditarias, y sobre todo, de la educación y del clima mental del país y de la época en que vivimos. Es casi nula en el francés moderno; mucho mayor en el alemán y en el americano. Las comunidades cristianas de los primeros siglos de la Iglesia, en el momento de las persecuciones, constituían verdaderas fraternidades; reinaba el amor

mutuo. La unión así realizada era indestructible y continuaba más allá de la muerte. Hoy, una parroquia católica no es más que una agrupación de seres que se unen por causa de su similitud, pero no están en modo alguno ligados por el amor. La capacidad de unión viene a la vez de la capacidad de comprender y de sentir. El campo de fuerza que rodea de cada individuo puede ser pequeño o grande. El Nosotros tiene una cohesión pequeña o grande, según que sea equivalente a Yo como Tú, Contigo o para Ti. El liberalismo materialista, el individualismo, la moral biológica, son incapaces de hacer progresar a los hombres por encima de la solidaridad hasta el amor. Únicamente la práctica de las reglas de conducta deducidas de las leyes de la vida puede aumentar la capacidad de unión del hombre con los demás hombres y establecer la participación de la conciencia en otras conciencias sobre la base del amor.
210

La civilización de Occidente persistirá en el mundo, o perecerá en la degeneración y en la muerte, según que el valor moral del individuo se eleve o continúe su descenso. El valor social del individuo depende sobre todo de su capacidad de unión con el prójimo. La discordia que reina en la familia, en el pueblo, en la oficina, en la fábrica, en el taller, en toda la nación, procede de nuestra ignorancia de las necesidades fundamentales de la vida en comunidad, y de nuestra impotencia para enfrentarla. Para construir una casa se necesitan piedras sólidas, bien talladas y ajustadas entre si, se necesita también cemento. La obediencia a las leyes de la vida impide el exceso del individualismo, que lanza sin cesar al hombre contra el hombre. Reprime el egoísmo, la envidia, la mentira, la doblez. Muestra el peligro de la grosería de los modales, de la nerviosidad, del mal humor, de la falta de miramientos para los sentimientos de los demás. Elimina las asperezas y los vicios de carácter que se oponen a la cohesión del grupo. Simultáneamente, tiende a unirnos a los unos con los otros por la cortesía, la generosidad, la bondad, el amor y el renunciamiento o abnegación. Todo individuo que conozca bien las necesidades de nuestra naturaleza sabe también que su felicidad, así como la de sus hijos, depende de su capacidad para plegarse al orden de las cosas. Ciertamente, es preciso saber combatir, porque el combate ha sido hasta el momento presente la condición de la vida. Pero la guerra engendra la guerra. Es preciso, pues, también saber perdonar a nuestros enemigos, unirnos con ellos y amarlos.

X

Las leyes de la vida y la estructura de las comunidades humanas. - Los derechos del hombre y sus necesidades. - Necesidades reales y artificiales. - Asociaciones organismicas. - Asociaciones orgánicas. - Transformación de la vida colectiva

El Hombre, para vivir, para propagar la raza y para desarrollarse mentalmente tiene necesidad de un medio apropiado. Si vive en sociedad es para procurarse ese medio. Toda sociedad que se muestra incapaz de procurar a cada individuo el medio de obedecer a las leyes de la vida no desempeña su papel específico. No tiene, pues, razón de ser.

La comunidad humana se compone a la vez de los vivientes, de los muertos y de quienes no han nacido todavía. Cada uno debe tener lugar en ella. Porque el individuo forma parte de la comunidad, no en virtud de un contrato, sino por el hecho de que ha nacido.

La intuición religiosa en la Edad Media penetraba más profundamente en la realidad que el racionalismo de la Revolución Francesa. La estructura de la comunidad está

subordinada a la naturaleza del ser humano, o como el automóvil que necesita a la vez gasolina, aceite, agua y el pensamiento de su conductor. Las necesidades del hombre son mucho más complejas. Corresponden naturalmente a la inmensa variedad de sus actividades fisiológicas y mentales. El hombre no posee, como el automóvil, un conductor que provea a sus necesidades. Por su propio esfuerzo ha de sacar del mundo exterior lo que necesita para su vida orgánica y espiritual.
212
Los derechos del hombre y del ciudadano no son más que conceptos del espíritu, abstracciones. No son ni observables ni mensurables. Por el contrario, las necesidades del hombre son cosas concretas y se encuentran en el campo de la experiencia. Son observables y mensurables.

Consiste el papel de la sociedad en suministrar a cada individuo el medio material y mental propio para satisfacer sus necesidades fundamentales. Porque la satisfacción de dichas necesidades es indispensable para el desenvolvimiento óptimo de su personalidad. La finalidad de la sociedad es producir personas perfectas, como debe ser la de cada individuo el contribuir a formar una sociedad perfecta.

Al lado de las necesidades naturales hay necesidades artificiales. Las necesidades artificiales son aquellas cuya no satisfacción no perjudica al hombre ni disminuye su progreso. Por ejemplo la necesidad de beber alcohol, de escuchar la radio, de contemplar el cine, de fumar continuamente. La experiencia ha mostrado que para alcanzar su desarrollo completo, tiene el hombre necesidad, a la vez, de libertad y de disciplina, de estabilidad y de cambio, de seguridad y de riesgo, de actividad y de reposo, de dependencia y de independencia, de calor y de frío, de día y de noche, de vigilia y de sueño, de alimentos materiales y de alimentos espirituales.

Cada individuo tiene tendencia innata a satisfacer de modo exagerado algunas de sus necesidades. Por ejemplo: la necesidad de libertad, de alimento, de seguridad o de descanso. Los progresos de la ciencia y de la tecnología han hecho posible la satisfacción exagerada de todas las necesidades. Y cuando el civilizado cede a esta tentación, degenera moralmente, así como también intelectual y físicamente. Para no degenerar, el hombre no debe satisfacer sus necesidades sino en la medida en que lo permiten las leyes de conservación de la vida, de propagación de la raza, y la de la ascensión espiritual. Así las funciones orgánicas y mentales podrán realizarse de la manera prescrita por la estructura del cuerpo. Y el hombre llegará a ser apto para desempeñar perfectamente su oficio de hombre.

Los individuos difieren en sexo, en edad, en aptitudes fisiológicas y mentales. Unos son capaces de trabajos que otros insuficientemente inteligentes, insuficientemente instruidos, demasiado torpes o demasiado débiles no pueden ejecutar. Algunos están hechos para pensar y otros para obrar. Otros, en fin, tienen el don innato del mando, mientras que muchos no pueden tan siquiera dirigirse a si mismos.

La diversidad de los individuos así como la diversidad de sus necesidades, ha dado a las comunidades humanas sus caracteres particulares. La observación de los hombres muestra la existencia universal de dos tipos de asociación. Las asociaciones del primer tipo se componen de elementos heterogéneos, pero complementarios. Se parecen a la asociación de los órganos en el cuerpo viviente. Son idénticas a la comunidad en el sentido establecido en Alemania por Caumier y en Francia por Perron. Reciben el

nombre de asociaciones organismicas. Por ejemplo: la comunidad natural formada por el padre, la padre y los hijos, o bien la aldea primitiva. O también la explotación agrícola familiar. Sería muy provechoso para la empresa industrial el transformarse en asociación organismica.

Las asociaciones del segundo tipo están constituidas por elementos homogéneos y no complementarios. Son comparables a las asociaciones de órganos semejantes. Por ejemplo: de cerebros, de estómagos, de corazones, de manos. Se las llama asociaciones orgánicas. Su tipo está representado por una clase de niños, un regimiento de soldados, una sociedad de médicos o de juristas, un sindicato obrero, una comunidad religiosa. Los grupos orgánicos no son útiles sino cuando cooperan con los demás grupos orgánicos para formar un organismo social armonioso. Todo grupo orgánico que se desenvuelve egoístamente para si mismo desempeña el mismo papel en el cuerpo social que el cáncer en el cuerpo humano.
214
Los miembros de los grupos organismicos y orgánicos son iguales únicamente en el sentido en que lo son todos los seres humanos. Pero son desiguales en potencialidades hereditarias, en aptitudes adquiridas, en edad, en sexo, en valor psicológico moral e intelectual. Sin embargo, la desigualdad de las capacidades individuales y de las funciones sociales no lleva consigo una desigualdad de dignidad. El estomago y el recto son tan indispensables como el cerebro o los ojos. Todos los órganos dependen del corazón y el corazón depende de ellos. Los obreros están al servicio del patrón, como el patrón está al servicio de los obreros. En una comunidad organismica, el trabajo más modesto no es menos noble que el trabajo mas elevado. El éxito del viaje se debe tanto al ingeniero y a los mecánicos que han hecho el avión como a la habilidad del piloto.

La sociedad moderna se compone de una multitud de asociaciones organismicas y orgánicas. Su confusión es debida a la vez a la falta de coordinación de las asociaciones e instituciones y a su debilidad. La solidez de una asociación, como la de un muro, depende a la vez de la calidad de sus elementos y de la calidad del cemento que los une. En otros términos, del valor individual y social de sus elementos.

Cada individuo es miembro de varios grupos organismicos y orgánicos. De la familia, del pueblo y de la parroquia, por ejemplo, y quizá también de una escuela, de un sindicato, de una sociedad profesional o deportiva. Un numero relativamente pequeño de individuos completamente desarrollados puede, tener gran influencia sobre muchas agrupaciones de la comunidad. Porque el valor de una comunidad varía, naturalmente, en razón directa del valor social de sus miembros, es decir, de su capacidad de unión al prójimo.

Si gracias a la transformación por la disciplina racional de una minoría de sus elementos importante, una comunidad basada en la semejanza o en la solidaridad, se transforma también, de modo parcial, en comunidad de amor, su éxito será seguro. Por ejemplo: el éxito de una familia en la cual los tatarabuelos, los abuelos, los padres y los hijos forman un vasto grupo de elementos muy heterogéneos que están ligados por la complementariedad de las funciones y por el afecto, mutuo, o la de un pueblo en que, por la racionalización de su conducta se abstuvieran los habitantes de criticas mutuas y cesaran de detestarse entre si. Bastaría que patronos y obreros se decidiesen a obedecer las reglas fundamentales de la vida para que el carácter de sus relaciones cambiase. La empresa industrial, en lugar de ser el campo de batalla de las clases sociales, se

convertiría en una comunidad organismica a base de solidaridad y de amor. Y su éxito quedaría asegurado. Porque el hombre trabaja mal bajo la influencia de la necesidad y del terror. Su producción aumenta mucho en calidad y en cantidad cuando es feliz y coopera en una empresa que le pertenece y a la cual pertenece el también. La mayor parte de los problemas que enfrenta nuestra civilización serian resueltos por la aplicación de las reglas de la conducta racional, porque el éxito de la vida colectiva está condicionado por el valor social tanto como personal de cada individuo.

--

CAPITULO VII
ENSEÑANZA DE LAS REGLAS DE LA CONDUCTA y DE LA APTITUD PARA CONDUCIRSE RACIONALMENTE

Incapacidad de dirigirnos nosotros mismos. - Sus causas. - Ignorancia. - Ineptitud intelectual y moral. - Los subhombres.

La época en que vivimos se caracteriza por el extraño fracaso de la civilización.

No hemos sabido conducir prudentemente nuestra vida colectiva. Tampoco sabemos gobernar nuestra existencia individual. Esta incapacidad para dirigirnos nosotros mismos es especifica de nuestro tiempo. El Homo Sapiens ha llegado a ser un mito. El hombre cuyos derechos fueron el tema de una célebre declaración no es quizá más que una abstracción nacida en el espíritu de nuestros antepasados del siglo XVIII. Diríase que no existen ya individuos que sepan utilizar la libertad, por su ventaja real. En cierto momento de la evolución, la inteligencia nos ha liberado del automatismo animal. Pero no parece haber llegado a ser para nosotros, para los hombres, un guía tan seguro como el instinto. Puede ocurrir también que nosotros hayamos degenerado. Los contemporáneos de Fidias, de Virgilio y de Dante, ¿no eran acaso física y moralmente superiores? Nos hemos emancipado de todas las disciplinas ancestrales. Pero no hemos sabido, con ayuda de la ciencia, forjar una sólida armazón para nuestra vida orgánica y mental. Hemos seguido sin protección contra nosotros mismos. Nuestra incapacidad para ordenar nuestros pensamientos, para fiscalizar nuestros apetitos, para disciplinar nuestra existencia personal y para educar a nuestros hijos es pasmosa. Esta quiebra es testimonio de lo absurdo de la conducta, de la que ella es consecuencia. Hoy, como en todas las grandes crisis, las caretas caen y los hombres muestran sus verdaderos semblantes. Y sobre estos semblantes vemos el sello de la ignorancia, de la estupidez y de la debilidad.

¿Cuales son las causas de nuestra impotencia para dirigir sabiamente nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras acciones? Estas causas son dos. En primer lugar, la ignorancia de los principios de la conducta racional. En segundo lugar, la incapacidad para comprender esos principios y ponerlos en práctica.

Es probable que la locura de las costumbres actuales proceda más de nuestra ignorancia que de nuestra insuficiencia mental. Nunca se nos ha enseñado a conducirnos. La enseñanza dada en las escuelas es puramente intelectual. La educación moral es inexistente o insuficiente. Ricos y pobres, jóvenes y viejos, obreros y patronos, no advierten la necesidad de comportarse según reglas definidas e idénticas para todos. Muchos, sin embargo, serían capaces de comprender esta necesidad, si se les enseñara. No es necesario un alto grado de inteligencia y de cultura para concebir que el mundo se ha establecido según leyes inflexibles y eternas. Que nosotros mismos estamos

sometidos a estas leyes. Que es peligrosa la transgresión de las mismas. Que el medio más seguro de evitar el sufrimiento y de cumplir nuestro destino consiste en vivir de la manera prescrita por la estructura de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. El deber se confunde con el interés, como lo creía Sócrates. Y los estoicos sabían ya que es preciso adaptarse a la naturaleza. Si los principios y las reglas de la conducta racional hubiesen sido enseñados en la familia y en la escuela, es probable que el arte de conducir sabiamente nuestra existencia se hubiera desarrollado ampliamente.

Sin embargo, el conocimiento del bien no es la virtud. Sócrates no concebía que, conociendo el bien, se hiciese el mal, desde el momento que cada uno busca siempre lo que le es ventajoso. Pero Sócrates sobreestimaba o concedía excesivo valor a la inteligencia de los hombres. Y es cierto que el conocimiento no basta para darnos la aptitud de conducirnos racionalmente.
La aptitud para conducirnos nosotros mismos está formada de elementos intelectuales y de elementos morales. Es preciso, de una parte, ser bastante inteligente para comprender la necesidad de comportarse según ciertas reglas, y de otra parte, tener bastante carácter para constreñirse a seguir esas reglas. ¿Cuantos alcanzan ese nivel mental? A la verdad, no son todos capaces de adquirir la sabiduría, como tampoco lo son de llegar a ser atletas completos. Nunca fueron numerosos los discípulos de Sócrates, de Zenón, de Santo Tomas de Aquino.

La aptitud para gobernarnos nosotros mismos, lo mismo que la aptitud para conducir una locomotora o para manejar un avión, exige cualidades corporales y mentales que unos poseen y otros no. Cada individuo se distingue de los demás por el valor de su energía nerviosa y espiritual. Este valor puede ser muy grande o muy pequeño. Mientras las dimensiones del cuerpo varían poco de un hombre a otro, hay, entre las formas extremas del espíritu, tanta distancia como entre una topera y el monte Everest.

Indudablemente, sabemos que el hombre abstracto, el hombre de los filósofos y de los teólogos, la persona humana, es hábil para conducirse y responsable de sus actos. Pero no sabemos en que medida conviene al hombre concreto el título de Homo Sapiens. En la conducción de la vida tenemos que habérnoslas con el hombre concreto y no con la idea del hombre.

Nos importa en este momento estudiar, no los atributos de la persona humana, sino cuantos de los habitantes actuales de un país determinado conducen con éxito su vida psicológica, mental y social. Cuantos son capaces de cumplir su destino propio tan bien como cumplen el suyo los animales de los campos y de los bosques. No hay estadística que pueda darnos semejante información de modo exacto. Pero un estudio, aun superficial e incompleto, de ciertas naciones, muestra la frecuencia del fracaso de la vida individual y social. Los signos de este fracaso son evidentes: alcoholismo universal, dislocación de la familia, mujeres abandonadas o divorciadas, niños no educados, mal constituidos y en no pequeño numero, la envidia y división profunda en el seno de cada grupo social, trátese de la familia, del taller, de la oficina, de la fábrica, del pueblo, y también de la universidad, del hospital, de la obra de beneficencia. Desacuerdo, incapacidad para participar en una empresa común. Estos síntomas son la expresión de perturbaciones profundas de la inteligencia y del sentimiento, o un defecto de desarrollo de las actividades mentales. Una parte considerable de la población se halla desprovista en este momento de la aptitud para conducirse de modo racional.

Hay entre nosotros una categoría de individuos que se desarrollan incompletamente o de modo defectuoso. Es un hecho que muchos civilizados están desprovistos de razón. Este problema de los subhombres no se planteaba en la época de la fundación de las grandes democracias. Ni Jefferson, ni Franklin, ni ninguno de los demás signatarios de la declaración de la Independencia preveían que sus descendientes serian mentalmente incapaces de servirse de la Libertad, y que la persecución de la felicidad conduciría a la más trágica de las catástrofes. Diderot, l'Alembert, Helvetius y los demás filósofos del siglo xviii no fijaban su mirada en la humanidad concreta. Complaciese su inteligencia en abstracciones matemáticas. Ignoraban la patología del espíritu. No sospechaban las consecuencias futuras; de la revolución industrial sobre el estado fisiológico y mental de la población. Por eso construyeron una sociedad en la cual los que son ineptos para gobernar su propia existencia no tienen cabida. La doctrina liberal se edificó sin tomar en consideración el estado real de los hombres. Hoy nos vemos invadidos por la multitud de los bárbaros engendrados por las mismas naciones civilizadas. Bárbaros a quienes sus deficiencias intelectuales y afectivas impiden llegar a ser civilizados. Este grave problema de los subhombres atañe, no solamente a la moral, sino también a la genética, a la eugenesia, a la fisiología y a la psiquiatría. Para encontrar la solución es preciso averiguar las causas de las taras orgánicas y mentales que son el substrato de los desórdenes de la personalidad.

II

Ineptitud hereditaria para la conducta racional. - Tipologia de los deficientes. - Ineptitud parcial y total. - El número de los degenerados

Muchos individuos se conducen mal a causa de los defectos que traen consigo al venir al mundo. Estas taras hereditarias son frecuentemente difíciles de distinguir de las taras adquiridas. Porque somos a la vez el producto de la herencia y del medio. La influencia del medio acentúa con gran frecuencia las deficiencias originales. En los hijos de alcohólicos, por ejemplo, la inferioridad congénita de los tejidos y del espíritu se agrava con el desorden, la suciedad, la ignorancia, la miseria del medio familiar. En el curso de la existencia, los vicios innatos, en lugar de atenuarse, se desarrollan casi siempre. Con frecuencia es posible discernir el aspecto de una persona cuando se conocen no solamente los padres de dicha persona, sino también sus antepasados más lejanos. Ciertos rasgos del semblante, y como lo ha hecho notar Galton, ciertas cualidades del espíritu caracterizan a veces a una familia durante varias generaciones; lo mismo ocurre con la debilidad intelectual y con la locura. En cuanto a la criminalidad, no es trasmisible hereditariamente, sino en la medida en que está ligada a una enfermedad del espíritu.

222

El hijo de un ladrón o de un asesino es menos inepto para conducirse racionalmente que el hijo de un loco. Los individuos cuyo comportamiento está viciado congénitamente se encuentran en todas las clases de la sociedad, lo mismo en las ricas que en las pobres, en los intelectuales que en los obreros y los campesinos, porque la eugenesia es la más ignorada de las virtudes. Se encuentran frecuentemente estos subhombres en la descendencia de los alcohólicos, de los toxicómanos y de los sifilíticos. Proceden también de troncos en que ha habido idiotas morales, imbéciles y perezosos. Pero se observan también en familias de alta moralidad, porque la tara nerviosa o mental de un antepasado puede, de acuerdo con las leyes de la herencia, reaparecer bruscamente en

uno o en varios de sus descendientes. Desde antes de su nacimiento, estos individuos están destinados a una ineptitud más o menos completa para dirigir su propia existencia.

Pertenecen a tipos muy diversos. Los hipersensibles, que se repliegan sobre si mismos ante las dificultades de la vida, se lastiman con todos los obstáculos, o se lanzan a la acción sin reflexión suficiente. Los inconstantes, cuya existencia transcurre comenzando empresas y sin acabar ninguna; los soñadores, los indecisos, los abúlicos, que se agitan entre proyectos jamás realizados. Los que tienen falsa conciencia y se equivocan siempre en sus apreciaciones respecto a los acontecimientos y los hombres. Los perezosos, inmovilizados en una inercia patológica. Los envidiosos, que, incapaces de obrar, se contentan con criticar a los demás. Los idiotas morales, caracterizados por deficiencias afectivas que llegan desde el simple oscurecimiento del sentido moral hasta la perversidad. Y también la multitud de los pequeños, de los débiles, de los semienfermos, a quienes el miedo hace malos. Quizá la extraña perfidia y el odio, característicos de ciertas naciones, tiene como causa principal la debilidad, la estupidez y el temor.

Existen, en fin, como es sabido, muchas gentes cuya edad mental no rebasa nunca los diez o doce años. Indudablemente, muchas de esas deficiencias solo parcialmente son de origen hereditario. Es imposible determinar en que medida pueden atribuirse a la constitución de los tejidos y de la conciencia, o a los malos hábitos adquiridos durante el desarrollo. Podemos estar seguros, sin embargo, de que los tipos extremos de debilidad de espíritu, de desequilibrio mental, de impulsividad, de apatía, de maldad, son la expresión de la mala calidad original del cuerpo y del alma.

Hay muchos grados en la ineptitud para conducirse. La manera de obrar de una pequeña parte de la población es tal que resulta peligrosa para la mayoría. Esta categoría de ciudadanos es totalmente impropia para la libre dirección de su existencia. Se compone de los locos, los idiotas y los criminales, que es necesario internar. Una segunda categoría está constituida por los disminuidos psíquicos o mentales que, sin ser peligrosos para la comunidad, son, sin embargo, una carga para la misma. Comprende dicha categoría a los débiles, a los tuberculosos, los inadaptables y los desocupados profesionales.

Una tercera categoría contiene la multitud inconexa de los que son aptos para conducir su existencia material, pero que causan la división y el desorden en la comunidad por su ausencia de sentido moral, y en particular, por su costumbre de la maledicencia y de la calumnia. Estos individuos se encuentran en todas las clases de la sociedad, entre los ricos, los pobres, los obreros y los patronos, los ateos, los protestantes, los judíos y los católicos.

224

Es imposible distinguir entre esas gentes que son sólo parcialmente ineptas para conducirse, los que obedecen a inclinaciones de origen hereditario y los que son victimas de su educación y de su medio. Pero los que son así parcialmente ineptos para conducirse racionalmente son más perjudiciales para la sociedad que aquellos cuya ineptitud completa provocó su internamiento.

¿Cual es la proporción de quienes por sus deficiencias heredadas no pueden comportarse según las reglas de la vida? No existe inventario de los heredosifilíticos, de

los hijos de alcohólicos, de los descendientes de débiles de espíritu, de idiotas morales y de locos.

Las estadísticas americanas han mostrado, como se sabe ya, que la población contiene de cuatro a cinco por ciento de individuos susceptibles de presentar perturbaciones mentales, y tres por ciento de criminales, sin contar los débiles mentales. En los Estados Unidos, por cada millar de personas, hay pues, por lo menos cien que son incapaces de plegarse a las disciplinas morales de la existencia. Entre nosotros no existen estadísticas que nos permitan evaluar de modo ni aun aproximado el número de los deficientes hereditarios. Pero sabemos que los locos son quizás tan numerosos como en los Estados Unidos.

La mayor parte de las taras de nuestra población no son hereditarias. Es probable que mucho más de la mitad de la población tenga un patrimonio hereditario bastante bueno para permitirle comportarse prudentemente en la vida.

III

Ineptitud adquirida para la conducta racional. - Sus causas. - Ausencia de formación psicológica y moral. - El error de la educación. - Alcoholismo.

Muchos individuos que tienen una buena herencia son, sin embargo, ineptos para conducirse racionalmente a causa de defectos tan graves como las taras heredadas de sus mayores.

Estos defectos se producen por las malas condiciones del embarazo, del parto y del desarrollo del hijo, por los ataques de las bacterias, de los virus y de has espiroquetas de la sífilis, por el envenenamiento producido por el alcohol u otros tóxicos, por los hábitos viciosos de que frecuentemente somos victimas desde el comienzo de la vida. Es probable que de los casos de idiotez el veinticinco por ciento sean debidos a paralizaciones o perturbaciones del desarrollo del cerebro producidas en el curso de la vida fetal o en el momento del nacimiento o de la tierna infancia.
El desarrollo del espíritu está ligado al desarrollo del cuerpo; por eso, los desórdenes que se producen en el curso de la infancia y de la juventud en la formación de las glándulas endocrinas y del sistema nervioso repercuten siempre sobre la conciencia. En los altos valles de los Alpes, en los del Himalaya, lo mismo que en la región de los grandes lagos de los Estados Unidos, la ausencia de yodo impide el desarrollo de la glándula tiroides. Por tal causa los niños se convierten en cretinos mixoedematosos.

El equilibrio del sistema nervioso, la agudeza y la armonía del espíritu, dependen en gran parte de la naturaleza de las substancias químicas contenidas en los alimentos durante el periodo de formación del cerebro y de las glándulas. Por ejemplo: la falta de vitaminas, de sales minerales, la insuficiencia y mala calidad de las materias proteicas son probablemente la causa de ciertas deficiencias intelectuales y morales.

Es evidente que el sistema nervioso, los órganos y el espíritu de los niños alimentados con café y pan blanco, azúcar, confitura, y a veces alcohol, tienen que ser defectuosos. Del mismo modo que el desequilibrio de fósforo y de calcio imprimen sobre el esqueleto el estigma del raquitismo, las deficiencias alimenticias, cuando se producen en la infancia, dejan para siempre sus huellas en el cuerpo y el espíritu del individuo.

226
Hay también hábitos fisiológicos y mentales cuya huella sobre la personalidad es indeleble. Los hábitos se toman al contacto de la sociedad moderna tan fácilmente como se toma el hábito de andar al contacto del suelo. Por ejemplo: el hábito de la comodidad, el temor a las intemperies, al frío y al calor, la repulsión hacia el esfuerzo físico y moral, con excepción del que exige el deporte. Igualmente el hábito de la dispersión de la atención, de la superficialidad de la inteligencia, de la irresponsabilidad moral, de la charlatanería. En fin, el de la indisciplina de todos los apetitos. Alimentación exagerada, insuficiente o mal equilibrada. Sueño demasiado largo o demasiado corto. Satisfacción exagerada o perversa del apetito sexual. Abuso de las bebidas alcohólicas. El joven adulto de buen tronco social se caracteriza en general por la vanidad, el egoísmo y una extraña incapacidad para captar la realidad. La inteligencia es estrecha, precisa, abstracta, y no se aplica a lo concreto, sino en tanto que se trata del interés individual. La vanidad y el egoísmo no tienen límites. Por eso se hace imposible todo progreso moral.

Los hombres no se dan en absoluto cuenta de la significación de los acontecimientos que trastornan la civilización. Mientras que el mundo se derrumba en ellos y en su derredor, piensan sobre todo en obtener alimentos, vino y tabaco. Se hallan encerrados en si mismos, como los reclusos en una penitenciaria, y sus probabilidades de evasión son escasas.
Sin embargo, existen, sobre todo en los individuos de más edad, otros tipos más avisados, más abiertos, más instruidos. En particular, los que entreven la verdad, los que distinguen el bien del mal, pero no se deciden por el uno ni por el otro. Como los ángeles, ni fieles ni rebeldes a Dios, encontrados por Dante en el primer círculo del infierno, permanecen neutros. En verdad son atrofiados morales. Forman también parte de la clase de los subhombres. Estos individuos son incapaces de conducirse de modo racional. No tienen bastante inteligencia y valor para someterse a las leyes de la vida.

228
Aptitud para conducirse racionalmente. - Rareza del "Homo Sapiens".

En medio de la inmensa multitud de degenerados, de corrompidos y de simples hay, sin embargo, muchos individuos aptos para conducirse racionalmente.

Lo son, en primer lugar, todos los niños que tienen una buena herencia; además, los adultos que han permanecido sanos; y sobre todo, aquellos que en la edad madura conservan la frescura y plasticidad de la juventud. Una minoría importante de la población, tanto en las ciudades como en el campo, ha conservado los hábitos tradicionales de honor, de moralidad y de valor. Hasta en las familias más o menos decaídas mentalmente o contaminadas por el alcoholismo, la tuberculosis o la sífilis, hay todavía individuos normales. Es probable que la decadencia actual no sea incurable, porque resulta del marchitamiento del individuo bajo la influencia del medio más bien que de una lesión del plasma germinativo. En otros términos, no es la expresión de una degeneración racial. Aunque nuestra civilización está en gran peligro, no es su situación de modo alguno tan desesperada como la de la civilización romana durante los primeros siglos de la era cristiana.

En aquella época, en efecto, la estirpe de los constructores del Imperio se extinguía rápidamente y era reemplazada por la de sus esclavos. Por el contrario, la decadencia de

los modernos es debida sobre todo a sus hábitos de vida y de pensamiento. Indudablemente, hay en Francia, como en Nueva Inglaterra, poblaciones decaídas. Verosímilmente las cualidades hereditarias no revivirán jamás en ciertas aldeas de Bretaña, minadas a la vez por la consanguinidad, el alcoholismo, la tuberculosis y el cáncer. Pero quedan todavía estirpes bastante buenas para que la regeneración sea posible. Muchos niños nacen aptos para conducirse virilmente. Existen todavía en ellos las potencialidades fisiológicas y mentales de nuestros antepasados.
En la luz de la mañana, los hijos de los hombres, lo mismo que los de los animales, crecen alegremente según las leyes de la naturaleza. Se insertan espontáneamente en la realidad. Antes de ser a veces deformados por la familia y la escuela, están en condiciones de entusiasmarse, de amar, de sacrificarse por un ideal. El heroísmo les es natural. Adoptan sin trabajo nuevos hábitos. No le tienen miedo a la verdad. Nada les impide someterse a las disciplinas eternas de la vida. Por ello no es en modo alguno utópica la empresa de transformar la actitud de toda la juventud del país respecto a los problemas humanos fundamentales.

¿Cual es la proporción de individuos que merecen el nombre de Homo Sapiens? Es imposible hacer la estadística de las gentes cuya conducta es racional. Ni el éxito en los negocios, ni la habilidad política, ni la ciencia, ni el heroísmo indican que un hombre sea capaz de conducir sabiamente su existencia y la de los demás. No poseemos prueba cierta de carácter, del juicio, del equilibrio nervioso, del sentido moral y de la solidez del espíritu. Indudablemente, la medida de la edad psicológica es de gran utilidad. Permite conocer a los débiles de espíritu, y los débiles de espíritu son incapaces de conducta prudente. Por otra parte, un cociente intelectual elevado, lo mismo que los éxitos en los exámenes difíciles, son prueba de sabiduría.

Hay entre los individuos enormes diferencias que solamente dan a conocer los éxitos o los fracasos de la vida. Se dice que si se suprimiesen súbitamente unos cientos de personas de Nueva York, esta ciudad toda entera quedaría paralizada. El numero de los hombres capaces de gobernarse a si mismos y de gobernar a los demás es ciertamente muy pequeño. Tan pequeño que la sabiduría parece haber desaparecido de la superficie de la tierra.

Pero ¿no se tratará de una ilusión? ¿Era acaso el mundo más sabio antaño que lo que es hoy? ¿Es en el momento actual mayor la cantidad de los individuos incapaces de conducirse por si mismos que lo que era en la Ciudad Antigua, durante la Edad Media, o en el siglo XVIII?

Los periodos de decadencia se distinguen probablemente de los demás por la abundancia de detritus humanos. La selección está entonces asfixiada por la multitud de los débiles y de los deficientes.

Quizá ciertos periodos de la historia se caracterizaron por la breve floración de una humanidad verdaderamente apta para conducirse. La época de Pericles, por ejemplo; el momento de la fundación de Roma, o el de las catedrales. Tomas Jefferson no hubiera escrito la Declaración de Independencia si no hubiera juzgado a los americanos de aquella época dignos de la libertad. Lo mismo que los animales de la tierra y del cielo, el Homo Sapiens ha retrocedido ante los progresos de la civilización.

V
Cómo preparar al hombre para recibir la enseñanza de la conducta racional

Las reglas de la conducta racional serían simples agudezas del ingenio si el hombre no se hubiera hecho capaz de poner en práctica esas reglas. Sería vano enseñar cosas que nadie puede aprender fuera de los niños y de un número poco considerable de adultos. Nosotros, los modernos, somos incapaces de comportarnos racionalmente. Los defectos hereditarios y adquiridos impiden comprender y aplicar las reglas del comportamiento. Esta es la causa de que la civilización de Occidente se encuentre en grave peligro. El porvenir mismo de nuestra raza blanca esta gravemente amenazado. Los pueblos de Occidente, es preciso esperarlo, advertirán el progreso del mal antes de que ese mal sea incurable. ¿cómo preparar al hombre para recibir la enseñanza de las reglas de la conducta? ¿Cómo dar a cada uno el substrato anatómico y mental indispensable para la construcción de la personalidad?
230

CAPITULO VIII
ENSEÑANZA DE LA REGLA DE LA VIDA
carácter particular de esta enseñanza. - Necesidad del ejemplo
La conducción de nosotros mismos es asunto de inteligencia y de carácter. Exige, en primer lugar, el conocimiento de las reglas de la vida. Además, la voluntad de someternos a esas reglas y de formar, de acuerdo con ellas, nuestros hábitos mentales y fisiológicos. Para dirigir sabiamente nuestra existencia es indispensable un aprendizaje teórico y práctico a la vez. En los niños, como en los perros, ha de recurrirse sobre todo al adiestramiento y al sentimiento.

Sería fácil exponer las reglas de conducta y su base científica en una serie de lecciones didácticas, como se enseña la historia natural, la geografía o la gramática. Todo buen maestro puede realizar esa empresa. Pero para forzar a los niños a la práctica de esas reglas, debe emplearse un modo completamente diferente. No se aprende a pilotear un avión asistiendo a un curso de aerodinámica. Tampoco aprendemos a conducirnos escuchando lecciones de moral y de sociología. Únicamente la práctica desarrolla los reflejos que, en todas circunstancias, nos han de estimular en el buen camino de modo automático. La obediencia a las leyes de la conducta, para ser perfecta, ha de ser instintiva. Quien desde su tierna infancia ha sido condicionado con relación al bien y al mal no experimenta dificultad alguna durante el resto de su existencia, para escoger el bien y evitar el mal. Se aparta uno del mal tan naturalmente como se aparta del fuego. Faltar a la palabra dada, mentir o traicionar, se nos aparece como un acto, no solamente prohibido, sino imposible. Tales reacciones exigen para desenvolverse en el individuo un medio en que los preceptos morales se observen estricta y constantemente.
Únicamente por el ejemplo se inculcan de modo efectivo las reglas de la vida. El hombre tiene, como el mono, una tendencia innata a la imitación, pero imita el mal más fácilmente que el bien. El niño se apropia los modos de pensar y de obrar de las personas que conoce, de las personas de quien oye hablar, cuya historia lee. Se modela inconscientemente sobre determinados camaradas, maestros y parientes. Y sobre todo, sobre los héroes de cine, los personajes reales o imaginarios descritos en los periódicos y en ciertas revistas. "Esta inclinación a imitar que existe en los niños, decía Fenelón, produce males infinitos cuando dichos niños se hallan entregados a gentes sin virtud que no se reprimen casi ante ellos". Sólo se enseñan bien las cosas en que se cree. El niño

nunca es victima de la hipocresía. Para enseñar a los demás a conducirse bien, tenemos que comenzar por conducirnos bien nosotros mismos.

Esta es la razón de que la tecnología de la existencia exija un medio apropiado. En otros términos: un grupo social en que las reglas intelectuales, fisiológicas y morales de la conducta sean puestas en práctica de manera habitual. Este medio, ni la familia, ni la escuela han sido capaces de suministrarlo completamente, porque ni los maestros ni los padres respetan siempre las leyes esenciales de la vida.

Hoy la escuela ha reducido la educación a una cultura más o menos superficial de la inteligencia, una especie de débil barniz con que se cubre uniformemente a la juventud. La mayor parte de los pedagogos desconocen las actividades no intelectuales del espíritu, en particular, el sentido moral y el sentido de la belleza. El inmenso esfuerzo de la educación nueva se ha orientado sobre todo hacia el aspecto intelectual y social de la personalidad. En las escuelas montesorianas, en las concebidas según los principios de John Dewey, o el sistema de Decroly, en aquellas en fin en que se aplica el plan Dalton, hay un conjunto de procedimientos para desarrollar la individualidad de los niños de todas edades, y sin embargo, la mayoría de esos niños sigue siendo incapaz de desempeñar su papel natural en la sociedad.

Cosa extraña: los jóvenes que asisten hoy pasivamente al derrumbamiento de la civilización son los productos de la escuela activa.

Se muestran poco instruidos, hábiles, astutos, marrulleros y desprovistos de carácter y de sentido moral. ¿No serán debidas esas deficiencias a alguna grave, laguna de la enseñanza?

Por ejemplo: ¿cuantos pedagogos se dedican al adiestramiento de la voluntad, al cultivo del dominio de nosotros mismos?
La familia es, en general, un medio educativo deplorable, Porque los padres modernos nada saben de la psicología de la infancia y de la juventud. Son demasiado ingenuos, demasiado nerviosos, demasiado débiles o demasiado severos. Diríase que, en su mayor parte, cultivan el arte de dar defectos a sus hijos. Todo su tiempo esta absorbido por el trabajo, los negocios y los placeres. Un excesivo número de niños asiste frecuentemente en su familia al espectáculo de la grosería, de las disputas, del egoísmo, de la embriaguez, y los que no son iniciados de ese modo en la vida por sus padres, lo son inevitablemente por sus camaradas.

Puede decirse sin exageración que muchos padres modernos, sea cualquiera la clase social a que pertenezcan, son excesivamente ignorantes para educar a sus hijos. Las escuelas carecen todavía de condiciones para reemplazarlos. Porque el ejemplo dado a sus discípulos por los maestros no es frecuentemente mejor que el de los padres. Como Montaigne lo enseñaba, los niños tienen necesidad, no solamente de preceptos y de palabras, sino principalmente de ejemplos y de obras.

En suma: ni la escuela ni la familia son actualmente capaces de enseñar a la juventud cómo conducirse; así, vemos reflejarse en esta juventud, como en un espejo, la mediocridad de los educadores. La educación se limita prácticamente a la preparación para los exámenes; simples ejercicios de memoria y no formación del espíritu. Método gracias al cual no se hace otra cosa que "asnos cargados de libros". Pero los jóvenes

educados de esta manera son incapaces de comprender lo real y de desempeñar su papel natural en la sociedad.

II
Constitución del medio educativo. - Escuela para los padres y para los maestros.

La técnica de la cultura moral, estética y religiosa difiere mucho de la técnica de la cultura intelectual, porque el acostumbrarse a distinguir el bien del mal, la adquisición del dominio de nosotros mismos, el culto de la belleza o el de Dios son cosas muy distintas de la iniciación en la gramática, en la historia, en la aritmética.

Esta enseñanza práctica de las reglas de la conducta no es realizable sino en un medio educativo apropiado. Es decir, en un grupo social en que la juventud se impregne espontáneamente de las cosas que se trata de enseñarle.
¿Cómo constituir semejante medio? En la confusión moral del momento, es una empresa ardua. Sabemos, sin embargo que "algunos grupos, aun cuando poco numerosos, son susceptibles de escapar a la influencia nefasta de la sociedad de su época por medio del establecimiento entre sus miembros de una regla parecida a la disciplina militar o monástica".1
1 "L'homme, cet inconnu".

Deben crearse, pues, asociaciones entre quienes, abandonando las creencias del siglo XVIII, las ficciones sentimentales de Juan Jacobo Rousseau, la seudociencia de Durckheim y de Dewey, los dogmas del liberalismo y del amoralismo moderno, quieran sustituir esas fantasías por los principios racionales de la conducta. Los Estados podrán después apoyarse en dichas asociaciones para el establecimiento de un medio educativo conveniente. Porque sólo un gobierno tiene la autoridad indispensable para realizar la obra de la educación.

La adaptación del medio social a las necesidades de la educación exige en primer lugar una vasta limpieza. Censura efectiva del cine, de la radio, cierre de la mayor parte de los dancings, de los cabarets y de los bares, la transformación de la literatura periódica con que se alimentan en este momento los niños y los jóvenes.

Hace ya mucho tiempo que ha prohibido el Estado el consumo de la carne de animales afectados de tuberculosis, de carbunclo o de muermo. Tiene hoy el deber de preservar de misma manera a la juventud del alcoholismo, de la sífilis y de las enfermedades morales propagadas por las películas, la radio, los periódicos y las revistas. Una vez cumplido este trabajo de saneamiento, será necesario proceder a la educación de los padres y de los pedagogos.

Pedagogos y padres están en general llenos de buena voluntad. Pecan sobre todo por ignorancia. Es preciso dar desde ahora a los futuros padres, por una parte, y, por la otra a los estudiantes de las escuelas normales, los conocimientos que les faltan en lo referente a la guía de su propia vida y a la educación de los niños. Criar pollos y carneros es un oficio infinitamente menos difícil que criar pequeños seres humanos.

Sin embargo, cualquiera que desee dedicarse a la cría de animales realiza un aprendizaje en una granja o en una escuela de agricultura. Nadie cometería la locura de prepararse para ese trabajo con el estudio de la literatura, las matemáticas o de la filosofía. Es, sin embargo, una locura como esta la que cometen hoy las muchachas. En su mayor parte, nada saben prácticamente fuera de los programas escolares.

Llegan al matrimonio totalmente ignorantes de su oficio de mujeres. Es evidente que, a fin de inculcar a la juventud femenina su función específica en la sociedad, son necesarias escuelas especiales. Escuelas donde las muchachas aprendan las realidades de la vida y la formación racional de los niños. Semejante educación exige muchos años. Nada en absoluto se parece a la enseñanza dada hoy en las escuelas donde se enseñan los quehaceres domésticos, o a la de las escuelas de puericultura. Se trata, en efecto, de realizar la formación armónica de las actividades femeninas, tanto corporales como mentales. Actividades que no son menos elevadas que las de los hombres, pero que tienen carácter diferente. Porque, en la especie humana, la estructura orgánica, nerviosa y mental de la mujer está lejos de ser parecida a la del hombre. Dar la misma educación a los muchachos y a las muchachas es una concepción anticuada. Una supervivencia de la era precientífica de la historia de la humanidad.

Los hombres del Renacimiento tenían un concepto más profundo y más justo de los problemas de la educación que los pedagogos del siglo XX. Erasmo pensaba que la mujer debe ser instruida a la vez para si misma, para su marido y para sus hijos. Su deber es, no solamente el alimentar a sus criaturas, sino también el darles su primera educación. Finalmente, el hacerlas aptas para conducirse. Como lo sabia ya Rabelais, el cuerpo, el espíritu y el amor son inseparables. Conciencia y ciencia están íntimamente unidas. "Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma". Las muchachas y las jóvenes madres deben hallarse, pues, iniciadas en lo referente a los medios de desarrollar armoniosamente en el hijo todas sus actividades mentales y orgánicas.

Formación integral del individuo

La formación integral consiste en desarrollar de manera óptima en cada niño la totalidad de sus potencialidades hereditarias. Belleza, agilidad y fuerza del cuerpo, resistencia de los órganos, equilibrio del sistema nervioso, inteligencia, voluntad, sentido moral, sentido estético, sentido religioso, capacidad de esfuerzo, alegría de vivir. Todas estas actividades son solidarias entre si. Los músculos, por ejemplo, no pueden contraerse sin la ayuda del sistema nervioso, de la sangre, del corazón, de los pulmones y de los demás órganos. Para funcionar normalmente las células cerebrales tienen necesidad del cuerpo entero. Es la sangre la que recoge las secreciones de todos los tejidos y las aporta al cerebro. Pero la contracción de los músculos exige, no solamente la cooperación de la sangre y del sistema nervioso, sino también de un factor no fisiológico, la voluntad.

La capacidad de esfuerzo, sobre todo si este esfuerzo es prolongado, depende del carácter. Las actividades morales, intelectuales y glandulares son solidarias entre si. Son las substancias fabricadas por las glándulas suprarrenales, pituitaria o tiroidea las que han permitido al cerebro de Pasteur concebir los descubrimientos que abrieron una era nueva a la humanidad. La agudeza de la inteligencia, la luz de la imaginación, la fe que transporta las montañas, son tributarias a la vez de las glándulas de secreciones internas y de la calidad y del número de las células cerebrales. Una muy ligera disminución de la

cantidad de hierro o de cobre, de calcio o de magnesio, de manganeso o de otros metales en la sangre y los humores haría imposible el equilibrio orgánico y mental. La fuerza, la rapidez, la destreza, la resistencia de los músculos procede de la armonía del sistema nervioso, de la inteligencia y del carácter. En cuanto al sentido moral, está ligado simultáneamente a la actividad de las glándulas endocrinas, a la de la inteligencia y al desarrollo del sentido estético y del sentido religioso. En suma: para alcanzar su estado óptimo, una función tiene necesidad de todas las demás funciones.
La educación es, pues, mucho más que una socialización metódica de la joven generación, como lo creía Durckheim. En verdad, consiste en una acción tenaz, dulce y poderosa del educador sobre los sentimientos, la inteligencia y el cuerpo de su discípulo. Y así, el pensamiento del maestro, como el agua en la arena, se infiltra irresistiblemente en los tejidos, los humores y el espíritu del joven ser humano.

¿Cómo desarrollar de modo total las potencialidades hereditarias de cada niño? Sabemos que durante su crecimiento, el cuerpo puede ser modelado por cinco grupos de factores. En primer lugar, los factores físicos, es decir, el frío, el calor, el sol, el viento, la lluvia, y sobre todo, las variaciones de esos factores. En segundo lugar, los factores químicos contenidos en los alimentos y en las bebidas. Después los factores fisiológicos, que consisten sobre todo en la disciplina de la alimentación, de las evacuaciones intestinales, del sueño, de las actividades musculares y orgánicas. también en el esfuerzo inconsciente de los sistemas de adaptación y en el esfuerzo consciente del trabajo manual y de los deportes. En cuarto lugar, los factores intelectuales, gracias a los cuales el niño aprende cómo aprender. En otros términos, cómo mirar, cómo acordarse, cómo reflexionar, como juzgar, como entrar en contacto con la realidad. En quinto lugar, los factores morales o hábitos de conducta. Ante todo, entrenamiento de la voluntad y dominio de si mismo. E igualmente limpieza, veracidad, cortesía, honradez, obediencia, valor, voluntad de esfuerzo, distinción no equivoca entre el bien y el mal.

El educador no debe nunca limitarse al empleo de uno solo de esos grupos de factores. Porque la fuerza y la resistencia de los músculos, por ejemplo, se desarrolla bajo la influencia de los factores morales tanto como bajo la influencia de los factores químicos y fisiológicos. Y es imposible para el espíritu adquirir su vuelo sin el concurso de la totalidad de los agentes del desarrollo. Importa también que esos agentes sean empleados en la formación del niño de modo cotidiano y desde la más tierna infancia. De hecho, en seguida del nacimiento.

Esta es la razón de que la madre, mucho más todavía que el maestro, deba conocer la existencia de los mecanismos del desarrollo y la manera de utilizarlos.

Todo niño sano resulta apto para aprender las reglas fisiológicas, mentales y sociales propias de su edad. Es muy cierto que no puede comprender el origen ni la naturaleza de dichas reglas, porque la razón se desarrolla tardíamente y poco a poco. El aprendizaje de la vida es al principio un simple adiestramiento. Pero adiestramiento de pequeños seres capaces de oir razones y a quienes gusta ser tratados como criaturas razonables. Es preciso, como lo sabia ya John Locke, servirse de argumentos apropiados a la inteligencia del niño. Por ejemplo: el niño comprende fácilmente que determinado acto desagrada a sus padres. Es como un perrito sensible a la alabanza o la reprensión de aquellos a quienes ama.

Cuando existe una buena herencia, se le conduce fácilmente por el sentimiento. Y la educación depende de la madre, como lo creía muy justamente Augusto Comte.
240
Pero como el niño no tiene capacidad para juzgar, debe ser sometido de modo estricto a la voluntad de los padres. La enseñanza de las reglas de la vida es al principio enteramente práctica. Consiste, en primer lugar, en la comprobación experimental por el niño de la frontera que separa lo permitido de lo prohibido. Después, en la imposición de la noción del bien y del mal. Solo más tarde habrá de hacerse la iniciación en el concepto de ley, en la obligación de pensar y obrar en la existencia cotidiana según principios inalterables y absolutos.

Pero antes del momento en que la razón está bastante desarrollada para captar las bases racionales de las reglas de la conducta, la formación fisiológica y mental debe estar ya muy avanzada. Es, en efecto, en la tierna infancia cuando se necesita educar la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto. Es en ese momento también cuando habrá de desarrollarse la habilidad manual y la estabilidad nerviosa, cuando habrá de combatirse la excitabilidad, enseñar el dominio de si mismo, entrenar la voluntad y la capacidad de esfuerzo. Aprendemos de buen grado lo que nos enseñan quienes nos aman, escribía Erasmo. Los que tienen la experiencia del adiestramiento de los jóvenes animales, así como también de la cría de los niños, conocen la profunda verdad de esta observación. En la formación del niño, como lo enseñaba el sabio Fenelon, es preciso que el placer lo haga todo.

Los seres humanos, cualquiera que sea su edad, son movidos por el sentimiento de modo mucho más poderoso que por la razón. Se someten con menor dificultad a las duras leyes de la vida, si dichas leyes en lugar de ser expresión de una fuerza ciega, se les aparecen como la voluntad de Dios. Es un dato primero de la observación que obedecen más voluntariamente a una persona que a un principio.

El Dios impasible de Aristóteles les deja indiferentes. Pero tienden a amar a un Dios que se interese personalmente por ellos, sobre todo si ese Dios hace solamente dos mil años, se ha dignado manifestarse en la tierra con un cuerpo parecido al de ellos.

Las leyes naturales de la conservación de la vida de la propagación de la raza y de la ascensión del espíritu toman una autoridad mucho mayor cuando se consideran como procedentes de Dios. Por eso, la enseñanza religiosa, y sobre todo la de su mística cristiana, tiene un valor educacional muy grande.

En verdad, es trabajo perdido el hablar a los niños de teología y de deber. Pero es preciso seguir el consejo de Kant y presentarles muy pronto a Dios como un padre invisible bajo cuya vigilancia están ellos colocados y al cual pueden dirigir oraciones. La verdadera manera de honrar a Dios consiste en cumplir su voluntad. Y la voluntad de Dios es seguramente que el niño, lo mismo que el hombre, se conduzca racionalmente.

El sentido estético está más próximo al sentido religioso. La belleza tiene, como la mística, un gran poder educativo. Cuando toma la forma del sacrificio, del heroísmo y de la santidad atrae irresistiblemente al hombre hacia las cumbres. Es esta belleza la que da a la vida su significación, su nobleza y su alegría. Y es preciso mostrar a cada niño que toda existencia, por humilde y penosa que sea, llega a hacerse radiante cuando está iluminada por un ideal de belleza y de amor.

IV
La renovación de las escuelas. - Los maestros de educación integral y la conducción de la vida.

Plantease ahora el problema de la renovación de la instrucción pública. Las escuelas primarias, la escuelas secundarias y las Universidades no han logrado completamente hacer hombres y mujeres capaces de conducirse de modo racional. La civilización del Occidente avanza hacia el caos, porque la escuela ni la familia han logrado hacer individuos verdaderamente civilizados.
242

La quiebra de la educación moderna es debida, por una parte, a la deficiencia de los padres, y, por otra, a la preeminencia dada por los pedagogos a lo intelectual, a su comprensión insuficiente de lo fisiológico y a su negligencia moral. Indudablemente, la importancia capital de la cultura intelectual está completamente justificada. En todos los terrenos tenemos necesidad de altos conocimientos. Pero es preciso intensificar el progreso intelectual, no recargando los programas, sino mejorando las técnicas pedagógicas. Por otra parte, los acontecimientos de estos últimos años han demostrado de modo convincente la insuficiencia individual y social de la juventud salida de las escuelas y de las Universidades. ¿A que conduce el desarrollo de la ciencia, de las letras, del arte y de la filosofía, si la sociedad se desmorona?

Para que nuestra civilización sobreviva es preciso que estemos todos preparados para vivir, no según las ideologías, sino según el orden de las cosas. Debemos sustituir la educación exclusivamente intelectual por la educación integral. En otros términos: se trata de actualizar todas las potencialidades hereditarias del individuo y de insertar en la realidad cósmica y social al individuo así formado.

Pero no poseemos profesores de educación integral. Es preciso, pues, organizar ante todo escuelas para la formación de tales maestros. Escuelas donde se enseñen los principios de la conducta racional, sus reglas y sus técnicas. Escuelas que sirvan también de centro de investigación para la tipología humana, para la fisiología, para la psicotecnia y para la elaboración de nuevos métodos pedagógicos.

Los maestros que hayan recibido esta formación especial tendrían una doble misión. Enseñarían unos a los maestros las nociones de educación integral que todavía no poseen hoy. Otros estarían encargados en las escuelas primarias superiores, en las escuelas secundarias y en las Universidades, de dar a sus alumnos la formación fisiológica y espiritual de que carecen totalmente.

Importa no conceder ni a lo espiritual ni a lo fisiológico la supremacía concedida hasta el momento presente a lo intelectual. Corresponderá en cada escuela al profesor de educación integral el papel de construir seres completos. Este maestro tendrá por función, en primer lugar, el hacer el inventario de las capacidades de los discípulos con la ayuda de instrumentos apropiados, y de clasificarlos de acuerdo con los datos de la biotipología. Después, desarrollar en cada uno, tan completamente como lo permitan sus predisposiciones hereditarias, la cortesía, el dominio de si mismo, la capacidad de esfuerzo, la veracidad, el sentido de la belleza, el sentido religioso, el culto de la fuerza

y del heroísmo. Al mismo tiempo estará en relación constante con los médicos, con los profesores de educación física y con los de educación intelectual, con los maestros de cultura artística, con los sacerdotes encargados de la educación religiosa y con los padres. Podrá también coordinar estas influencias tan diversas para hacer de cada niño un ser armoniosamente equilibrado. Le corresponderá a él ser la cabeza y el verdadero jefe de la escuela.

En el terreno así preparado se sembrarán y germinarán fácilmente los principios de la conducta racional. La sociedad moderna tiene necesidad de formar verdaderos civilizados. Seres viriles, armoniosos y disciplinados.

Sin duda ninguna, necesitamos grandes especialistas, sabios, ingenieros, médicos, artistas, economistas, y la finalidad de la educación integral es impedir que un hombre se deshumanice aun cuando deba pasar su vida en un laboratorio, en una biblioteca, en una fábrica, en una oficina, en una escuela o en un hospital.

244

Para vivir felizmente, según los preceptos inscritos en nuestro cuerpo y en nuestra alma, no hay necesidad de ser un sabio, ni un filósofo, ni un atleta. Muchos grandes intelectuales, muchos laureados con el premio Nobel, o triunfadores en los Juegos Olimpicos, no han sabido conducir sabiamente su existencia. Porque nadie puede, sin peligro para si mismo o para su descendencia, ignorar las leyes de la vida.

Pero, para conocer bien esas leyes, es indispensable haber aprendido desde niños a obedecerlas. Los padres modernos cometen la locura de educar a su progenie en un mundo irreal. Es decir, en un mundo sin leyes. De esa locura padecemos todos hoy. únicamente la enseñanza de las reglas de la conducta racional pueden dar a los civilizados la fuerza de sobrevivir.
A esta tarea deben consagrarse desde el momento actual los educadores.

CAPITULO IX
EL EXITO DE LA VIDA

Consideraciones generales

Una inmensa catástrofe ha descendido, por su culpa, sobre la humanidad civilizada.
La guerra entre pueblos de la misma sangre es un super absurdo.

La guerra no resuelve ninguno de los problemas humanos fundamentales; consagra solamente la supremacía de un pueblo sobre otros pueblos. En el caos que sigue al fin de las hostilidades estos problemas se plantean de nuevo. Sólo con nosotros mismos podemos contar para resolverlos.

En medio de las calamidades presentes, consecuencia de la guerra, ¿que debemos hacer? Debemos ante todo curarnos de nuestra locura. El único medio de curarnos es el seguir las reglas de conducta que se deducen de la vida.

Nuestro porvenir depende de nuestra aptitud para conducirnos racionalmente. Y sobre todo de nuestra voluntad de seguir de modo estricto las reglas de nuestra existencia. La crisis de la humanidad viene de lo absurdo de su conducta. Hasta el presente, ninguna sociedad se ha conducido de modo natural. El espíritu no ha sido capaz de reemplazar al instinto.

245
Ninguna civilización ha conseguido dar al hombre reglas de conducta enteramente conformes a su estructura y a un medio que se le haya igualmente adaptado. El Imperio de Roma se derrumbó. El esplendor de la Época de las Catedrales se desvaneció, y asistimos nosotros a la agonía de la sociedad que comenzó con tanta esperanza en la Declaración de Independencia y en la Revolución Francesa, cuando la libertad, el reino de la ciencia, la revolución industrial parecía habían de dar a la humanidad una felicidad sin límites.

La vida humana no tiene éxito. Diriase que se ha aventurado en un callejón sin salida, como en el tiempo en que la evolución creadora produjo los dinosaurios, esas bestias de proporciones gigantescas, monstruosas y de pequeño cerebro, incapaces de adaptarse. La inteligencia en su desarrollo egoísta, aislada del sentimiento, es una monstruosidad que parece ha de hacer al hombre incapaz de sobrevivir. Es la quiebra de la vida, la guerra que destruye a los más aptos. Los medios de destrucción progresan más de prisa que los medios de ayuda a la vida.

Hemos llegado a este momento singular de la historia de la humanidad en que es preciso triunfar o abismarnos en el caos y la degeneración.

El éxito de la vida es una necesidad urgente de nuestra época, porque el hombre moderno tiene el poder de destruir o de construir.

La empresa capital de la humanidad es, no la producción, el arte o la ciencia, sino el éxito de la vida. Es preciso que comprenda que tiene en sus manos su propio destino. Debemos consagrar toda nuestra inteligencia al éxito de la vida. Empresa completamente nueva, esfuerzo gigantesco que se impone a los habitantes de la tierra y debe absorber al planeta entero. Es preciso emprender de nuevo la obra de la evolución hacia una vida más alta, porque el hombre ha sustituido por su inteligencia y su voluntad el misterio de las fuerzas evolutivas; se trata de elevarse o de perecer.

Hay una obligación para todos los seres humanos, sea cual fuere su color, su nacionalidad, su edad, su sexo, su conocimiento, su riqueza, su religión, de conducirse de cierta manera. Porque esta manera viene de su naturaleza y de su destino. De este destino que podemos leer en su estructura psico-fisiológica como leemos el del ojo en su estructura anatómica.

247
Es cierto que comenzamos a distinguir, a través de las nieblas del alba, el camino de nuestra salvación.

Pero ¿cuantos en la muchedumbre de los civilizados son capaces de percibir este camino? ¿Cuantos tendrán valor para aventurarse en el por un esfuerzo personal inmediato, por un cambio en su manera de pensar, de obrar, de comportarse respecto a los demás, por el dominio de si mismos?

Porque la civilización es, ante todo, una disciplina. Disciplina fisiológica, moral, social, científica.

La barbarie, por el contrario, es esencialmente indisciplinada. Pero mientras que la barbarie primitiva estaba sometida a la dura autoridad de la naturaleza, la anémica barbarie moderna no tiene freno alguno.
La grosería, la insubordinación, el mal comportamiento, la pereza de la juventud en las escuelas, en el ejército, en los comercios, en las fábricas, en los campos, sobre los terrenos de deporte o sobre las playas muestran una clara premonición de los futuros desastres.

Al contrario, la fuerza de un pueblo se expresa por su disciplina, tanto en la paz como en la guerra.
En la Francia todavía desordenada, débil, adormecida, las gentes, en su mayor parte, no comprenden la significación de los acontecimientos que ocurren en el mundo.
248
La vida individual se debilita y las civilizaciones se derrumban cuando las leyes de la vida son violadas; se produce lo que ocurre a un automóvil si se reemplaza el carburante por agua de mar.

Hoy, la tarea maravillosa consiste en emprender de nuevo la marcha de la humanidad que desde hace cuatrocientos años se había aventurado en un callejón sin salida, se había deslizado hacia lo material. Se trata de tomar de nuevo el camino de la evolución, que es la ascensión del hombre, cuerpo y espíritu; se trata de forjar ese cuerpo, ese espíritu, de rehacer toda la superficie de la tierra. Para ello es preciso humanizar al hombre, haciéndole reflexionar sobre las necesidades de su cuerpo y de su alma. Llevarle a las realidades tanto de la ciencia como de la mística, impedirle que se deslice en lo material como lo ha hecho hasta aquí, impedirle también confinarse en lo espiritual, y asimismo, impedirle confundir lo temporal y lo espiritual como en la ciudad antigua.

Es la ciudad nueva, lo espiritual y lo material deben ser inseparables; aun cuando regidos por leyes diversas. El código del camino es el mismo para los creyentes y para los no creyentes. Los unos creen que sus reglas son del mismo Dios, los otros que son de la naturaleza. La ventaja corresponde a los creyentes por virtud de la oración. El único medio de curarnos es el seguir las reglas de la vida.

Así nos insertaremos de nuevo en la realidad y ganaremos de nuevo la claridad de nuestra visión con nuestras fuerzas. Y transformándonos nosotros, llegaremos a ser capaces, aun cuando entre sufrimiento y desastres, de transformar poco a poco nuestro medio, nuestras instituciones. Todavía entonces podremos utilizar el poder de la ciencia para desarrollar del mejor modo las potencialidades hereditarias de nuestra raza y para construir sobre las ruinas de la sociedad moderna, un mundo que está modelado sobre las verdaderas necesidades de la persona humana.

Es esta una empresa cuya dificultad se ha ocultado a los hombres durante mucho tiempo; exige un inmenso esfuerzo de la inteligencia y del sentimiento, porque el espíritu no posee la sabiduría del instinto.
249
Hay en el universo un inmenso derroche de energía, en apariencia. ¡Que inmensidad en el esfuerzo para lo insignificante del resultado! Por ejemplo: cuantos espermatozoides para fecundar un solo óvulo.

La precisión de nuestro espíritu humano no se manifiesta en la naturaleza. Presenta un complejo de podredumbre y de germinación, de vida y de muerte, de los que devoran y de los que son devorados. Al mismo tiempo se puede comprobar una utilización muy económica de la energía.

¡Y es tan lento el progreso!

El tratamiento actual de la tuberculosis por el neumotorax y la permanencia en el sanatorio parecerá un absurdo antes de un siglo.

La alegría es el signo con el cual la vida marca su triunfo. La ascensión del espíritu es signo supremo del éxito.
El éxito de la vida se manifiesta en la plenitud de sus dones.

II
Que es el éxito en la vida

El éxito de la vida consiste a la vez, en la expansión del cuerpo, de la raza y del espíritu, porque la vida es todo esto al mismo tiempo.

El éxito en la vida es, en cierto modo, "conseguir nuestra salvación". Esto es lo único que importa; todo lo demás es fracaso. De nada sirve ganar el universo si se pierde el alma. Los teólogos estarán quizá de acuerdo en convenir que no hay salvación sin éxito de la vida en el sentido en que el éxito es así definido.
No es el dinero ni los honores lo que cuenta; es el conducir la vida en su sentido propio, porque la vida debe ser conducida como su misma estructura lo indica, de ello depende su éxito.

Logró éxito en su vida quien hizo ascender su espíritu todo lo alto que puede ascender.

El éxito de la vida significa acrecimiento de fuerza, poco o nada de provecho.

Este éxito será progresivo o no tomará jamás completamente conciencia y conocimiento de si mismo.

Es preciso conducir la vida de tal suerte que el éxito de su finalidad desconocida y quizá incognoscible quede asegurado. Hay diferentes tipos de éxito: la herencia, el medio, la educación influyen en él. La voluntad no basta para asegurarlo. Algunos no pueden tener éxito en su vida: entidad biológica, la carga de la herencia, la falta de las condiciones sociales indispensables oponen a ello obstáculos.

Hasta un ser enfermizo puede triunfar en su vida: hay posibilidad de éxito en casi todos los niveles orgánicos; las dificultades se encuentran sobre todo en la cumbre y en los bajos fondos.

III
Cómo asegurar el éxito

a) Lo que no puede ocurrir.

No podemos pensar en conducirnos según la fantasía de nuestro espíritu o de nuestros sentidos, ni según las verdades parciales de las religiones y de los sistemas filosóficos.

Hay verdades en todos los sistemas que han tenido éxito durante largos años.

Por un instinto de interés, por una revelación, y también por el libre trabajo de su inteligencia, aprende el hombre a conducirse, pero sólo de un modo parcial. Ha logrado una ascensión relativa, pero por lo demás ha errado, y los pueblos se han derrumbado.

La humanidad asciende y desciende; hay en ella ascensión y caída, progreso y regresión. Posibilidades innatas de éxito y de felicidad quedan sin emplear.

Ninguno de los ensayos ha tenido éxito; la ciudad antigua, la Edad Media, el liberalismo, el marxismo, el nacionalsocialismo, etc..., han fracasado.

El espíritu ha equivocado el camino; debe cambiar, como ha cambiado la evolución.
Los principios filosóficos son y serán siempre incompletos; expresan solamente los prejuicios de un hombre.
El pan, los juegos del circo, no bastan tampoco para satisfacer las necesidades de la humanidad.
Materialismo y espiritualismo son igualmente falsos, lo que explica su fracaso. Quien se apoya únicamente en lo espiritual, lo intelectual o lo material, fracasa igualmente.

Un arquitecto, un médico, un maestro, lo mismo que un sacerdote, un político, son incapaces de dirigir solos la vida de los hombres, porque no conocen más que un aspecto de ella.

Separadamente, el sacerdote, el maestro, el médico son incapaces de conseguir el éxito de la vida; solo podrían lograrlo uniendo sus conocimientos.

El éxito de la vida exige que renunciemos, pues, a las fantasías de los sentidos o de la inteligencia para someternos a las leyes de la vida tal como nos han sido reveladas por la observación de la vida misma.

El éxito de la vida es compatible con muchas faltas y errores. Lo que se opone completamente a él es la mentira, la doblez, la apatía, la inacción. En la vida primitiva, la inacción, la debilidad, son siempre castigadas con la muerte. En cuanto a la mentira, a la traición, son una invención humana. Dante coloca a los traidores en el abismo más profundo del infierno, en el pozo de hielo donde reside el mismo Satán. El liberalismo y el marxismo no han sido capaces de dar a los hombres las condiciones necesarias para el desarrollo de la vida.
252
El liberalismo está hecho para la clase de los que poseen. Carece del elemento pasional, único que hace marchar a los hombres. Ofrece a estos una filosofía limitada, abstracciones mezquinas de la realidad. Ha falseado todo el espíritu y no ha triunfado.

El burgués liberal es el hermano mayor del bolchevique. El marxismo sí que posee el elemento pasional, lo que es ideal: la liberación de los oprimidos; pero está basado en una doctrina filosófica. Tiene santos y mártires, tiene una grandeza titánica. En él, la

pasión engendra el resentimiento, la lucha de los que nada poseen contra los que poseen, la opresión de los ricos por los pobres.

b) Necesidad de un medio adaptado.

Para conducirnos según las reglas de la vida tenemos necesidad de un medio que se adapte exactamente a nuestra estructura. La función de la sociedad consiste precisamente en suministrar este medio a cada individuo, en forma, por consiguiente, de instituciones que satisfagan nuestras necesidades fundamentales. El medio debe adaptarse al hombre y el hombre al medio. Cuando un humano se encuentra en un medio que no conviene a su estructura, se comporta como un animal salvaje en una casa de fieras. Se debilita y degenera.

El éxito de la vida individual y racial exige, pues, un cuadro social apropiado.
El hombre tiene necesidad de una habitación de su propiedad, lo mismo que un oso es propietario de su guarida. Tiene necesidad de cierta seguridad en lugar de un control. Es preciso asegurar a la hembra la libertad de criar a sus hijos. La sociedad debe estar concebida como un organismo en que cada uno tiene su papel, en que cada uno pueda satisfacer sus necesidades fundamentales. La empresa misma debe concebirse como basada en la desigualdad de las funciones y de los individuos.
253
Hay una nobleza biológica hereditaria, como había la nobleza de la Edad Media. . .

La aplicación de las reglas de la conducta basadas en nuestra estructura orgánica demanda y conduce a una trasformación de la comunidad para que el medio se adapte al hombre. Teniendo en cuenta este hecho, los cuadros de la sociedad permiten el desarrollo de los elementos más vigorosos y más inteligentes.

c) Condiciones positivas del éxito.

Comprobamos la quiebra de las ideologías, la insuficiencia de la religión, lo mismo que la de la ciencia; asistimos al desorden y confusión de la civilización de Occidente.

El éxito de la vida pide una revolución; es preciso ponerlo todo en tela de juicio, hacer un acto de fe en el poder del espíritu humano.

Nuestro destino pide este gran esfuerzo; debemos consagrar nuestro tiempo todos los días al esfuerzo de vivir; estamos aquí para realizar este esfuerzo.

Que todos los hombres decididos a que su vida tenga éxito se reúnan. En todos los tiempos, esos hombres se han reunido. Con Pitágoras tenemos la primera tentativa; pero es la Iglesia católica la que nos la ofrece más completa. Necesitamos rechazar la ilusión de que podemos vivir según el instinto, como las abejas. El éxito de la vida exige, ante todo, un esfuerzo de la inteligencia y de la voluntad, porque es preciso conocer y practicar esas reglas. La inteligencia no ha reemplazado al instinto; es preciso hacer esfuerzo para convertirla en capaz de dirigir la vida.

Tenemos que seguir la vida y no las ideas a priori que nos formamos en la vida.

Cambiando el camino seguido desde el Renacimiento, es necesario que sustituya a lo económico lo humano en el sentido de la ascensión del espíritu.
254
Ninguna de las adquisiciones hechas por la humanidad ha de abandonarse: utilizando al mismo tiempo la inteligencia y la fe, la ciencia y la religión, las matemáticas y el amor, haremos lo que la ciencia y la religión han sido incapaces de hacer obrando separadamente.

El camino del éxito de la vida es el camino real. No consiste en la persecución de la felicidad. El hombre esta constituido de tal suerte que, conscientemente o no, pasa su vida buscando la felicidad. Pero esta búsqueda ha sido siempre infructuosa.
La moral del placer y del utilitarismo no ha cumplido sus promesas.

En efecto, la felicidad no puede alcanzarse directamente; no es por lo demás lo que generalmente se tiene por tal. La única felicidad que puede alcanzar el hombre es la que resulta del funcionamiento perfecto de su cuerpo y de su espíritu, del cumplimiento del destino que le ha asignado el orden de las cosas.

El único medio de alcanzar la felicidad está, pues, en perseguir el éxito de la vida; de nada sirve el perseguir directamente la felicidad, que viene por añadidura cuando la vida tiene éxito.

Comencemos por cambiar nosotros mismos, lo que cada uno pueda, y todos contribuiremos así, por idéntico procedimiento, a la alegría y a la fuerza comunes.
Es preciso que sustituyamos la persecución de la felicidad por el perfeccionamiento del cuerpo y del espíritu. Si alcanzamos la perfección, la felicidad nos será dada por añadidura. Consideremos la alegría del atleta, la serenidad del santo.
Pero la felicidad está en la fuerza, no en la apatía ni en la facilidad.

Para ver claro en las reglas de la vida y seguirlas es preciso:

1) Considerar el éxito de la vida como nuestra ocupación principal.

2) Aceptar el orden de las cosas, resignarse a una limitación voluntaria de la libertad para someterse a una regla.

3) Sustituir la fantasía por el orden, el dejar hacer por un esfuerzo constante.

4) Utilizar a la vez el conocimiento y la creencia, la inteligencia y el sentimiento.

5) Utilizar todas las adquisiciones de la humanidad, la religión lo mismo que la ciencia.

6) Incorporar a las formas racionales el elemento pasional, afectivo, religioso.

7) Sustituir los principios filosóficos por los conceptos y los principios científicos.

8) Incorporar de lo económico lo que es condición necesaria, pero no suficiente: del éxito. Subordinar lo económico a lo humano.

9) Sacar partido de todos los elementos humanos idóneos, como los liberales sinceros, los intelectuales demócratas. Neutralizar a los perezosos, los aprovechados, el poder del dinero, los traidores, los avaros, los criminales, los locos. La calidad de la raza es lo que importa; la cantidad no basta.

10) Recordar la importancia del desarrollo simultáneo y conjugado de lo fisiológico y de lo intelectual.

11) Recordar también que el hombre tiene necesidades, no derechos, y que esas necesidades difieren según las funciones. Los creyentes no tienen por que inquietarse de la sustitución de los elementos ideológicos por los científicos, no hay más que una verdad, y se encontrarán todas sus parcelas encerradas en las ideologías.

IV
Éxito en la vida individual

El éxito tiene dos aspectos, según que se trate de la vida individual o de la vida colectiva. Cada uno de ellos consta de escalones, de muchos grados, desde el fracaso total hasta el éxito completo.

El individuo que realiza esfuerzo para que ascienda el espíritu todo lo alto que le sea posible ascender ha alcanzado el éxito en su vida, como el héroe, el místico.

La vida individual puede tener éxito en cualquier medio y en cualquier individuo, en el enfermo y en el deficiente. Sin embargo, su éxito completo exige cierta organización de la vida en comunidad. Es preciso que la comunidad suministre al individuo el medio indispensable para su desarrollo óptimo.

En este éxito existen tantos tipos diferentes como individuos.

El individuo es un todo fisiológico, moral, intelectual; es inseparable del medio, de la raza.

Que realice su oficio de hombre con los instrumentos suministrados por la herencia y la educación; que su esfuerzo para desarrollar estas virtualidades sea constante; pero recordando que todo esfuerzo deshumanizado conduce al fracaso, a la muerte, como el esfuerzo exclusivamente intelectual o espiritual, o fisiológico.

El éxito de la vida individual es posible aun con una deficiencia en ciertos aspectos del individuo, de un miembro, por ejemplo, privado del sentido estético. Pero es incompatible con la carencia de personalidad moral.

Las reglas de la conducta individual deben, más allá del individuo, tener en cuenta a los demás individuos, presentes y futuros. La salud de uno no debe obtenerse a expensas de la salud de los demás. Por otra parte, el éxito de la vida sobre la tierra se halla ligado al éxito de la vida de cada individuo humano, al esfuerzo de cada uno.

V
Éxito en la vida colectiva

257
Para muchos individuos es suficiente añadir a su comportamiento en la vida un complemento. Así, para los místicos, es poco pero es indispensable lo que necesitan completar, en cuanto a lo fisiológico y a lo intelectual. Del mismo modo para los intelectuales liberales, para los que tienen como ideal la liberación de los oprimidos.

La vida colectiva no tiene, para ser conducida, las mismas reglas que la vida individual, como la moral individual y la moral de las naciones no son idénticas. La vida de la comunidad nunca ha tenido éxito sino en cortos periodos; es, sin embargo, posible con muchos individuos hasta antisociales.

Pero sus reglas se deben fundar, no sobre conceptos filosóficos, sino sobre conceptos científicos. La estructura de la comunidad se deduce necesariamente de la de los individuos; el conocimiento científico de los individuos y de sus relaciones reciprocas debe ser el fundamento de la organización social. Basados sobre conceptos filosóficos, el liberalismo y el marxismo dan importancia demasiado exclusivamente preponderante a lo económico. Pero lo humano es lo que tiene la primacía, no lo económico.

El hombre es homo faber, porque es homo sapiens. Sus cualidades de operación vienen de la perfección del sistema cerebro-mano.1

1 cerveau-main.
258

La comunidad, la empresa, deben ser concebidas como organismos que conducen a constituir centros de fraternidad humana en que todos son iguales en el sentido en que la Iglesia entiende la igualdad de los hombres, es decir, en el sentido de que todos son hijos de Dios.

Habrá siempre desigualdades biológicas, de talla, de sexo, de vitalidad, de inteligencia, de aptitudes. En una comunidad organismica, los individuos son como los órganos del cuerpo, desiguales en estructura y en potencialidad, pero iguales en que son todos esenciales, en que son todos semejantes por la perfección del cerebro y del alma. Las clases sociales quedan así suprimidas.

El liberalismo supone la supremacía de las clases poseedoras de bienes; el marxismo proyecta la supresión de las clases por la dictadura del proletariado.

Las clases sociales han salido originalmente de la superioridad biológica, han llegado a ser odiosas porque persistieron después de haber desaparecido esa superioridad, sobre todo, porque los hombres de las clases superiores exageraron su rango, sin querer reconocer la nobleza que existe en los pequeños. Si las clases biológicas no pueden ser suprimidas, se puede por lo menos dar a todos la posibilidad de mejorar su vida, de hacer que ascienda su espíritu, tanto el sentimiento como la inteligencia.

La desigualdad biológica lleva consigo la desigualdad de salario. La diferencia de trabajo, que conduce a la diferencia de vida, es como una compañía teatral en la que hay diferentes actores, como cuando los niños juegan al coche, en que uno es cochero y los otros caballos.

La supresión del proletariado, la liberación de los oprimidos, no debe hacerse por la lucha de clases, sino por la supresión de las clases sociales.

Es necesario suprimir el proletariado y reemplazarlo por el servicio de la juventud y la empresa de carácter organismico. Si la comunidad tiene un carácter organismico, poco importa que el Estado o los particulares sean propietarios de los medios de producción. La propiedad individual, casa y tierra, es indispensable.

VI
Éxito de la vida racial

En resumen: el éxito de la vida colectiva se obtiene por el amor fraternal, la supresión de las clases sociales, el acceso de todos a la propiedad, la posibilidad para todos de llegar a la vida del espíritu: intelectivo, estético, religioso.
El éxito de la vida racial no tiene las mismas reglas que el de la vida individual o el de la vida colectiva. Exige virtudes nuevas: la eugenesia, por ejemplo. Es compatible con las infracciones individuales de la regla, aun numerosas, porque está sujeto a la ley de los grandes números.

Hay necesidad de hombres y de mujeres que se consagren a los hijos de los demás; en efecto, la crianza y educación de los hijos de los hombres es infinitamente más difícil que la de los hijos de los animales.

VII
Aplicación del sentido religioso. - El Cristianismo

El éxito de la vida implica el cumplimiento total de nuestro destino espiritual, cualesquiera que sea.
El sentido religioso, como el sentido estético, es una actividad fisiológica fundamental, no en modo alguno la consecuencia de un estado económico, desordenado. No es preciso utilizar todas las formas presentes de la vida. La más utilizable es la forma cristiana en el sentido místico que preconiza la unión con Dios y con los demás. La Iglesia católica es la forma más completa.

¿Por que las razas blancas, a pesar de su cristianismo, no han alcanzado el éxito? ¿Por que el caos actual? ¿Por qué fracasó la sociedad de la Edad Media? ¿Por que el cristianismo, que tiene intuiciones tan precisas de la naturaleza humana, no ha continuado su ascensión de la Edad Media?

El cristianismo ofrece a los hombres la más elevada de las morales, muy próxima a aquella que indica nuestra estructura. Nos presenta un Dios que puede ser adorado, porque está a nuestro alcance, que debe ser amado por nosotros. El cristianismo ha inspirado a los mártires, ha respetado siempre la vida, la raza, el espíritu. Pero no ha aportado la paz al mundo. ¿Cual es la razón de este fracaso?

Las reglas de la mística le son bien conocidas, pero no le son conocidas las reglas de la vida.
La inspiración cristiana no se ha incorporado a las formas de vida racional. Ha descuidado lo fisiológico por lo intelectual. Tolerando las clases sociales, la opresión de

los pobres por los ricos, la desposesión de una clase de hombres, se ha incorporado a las formas de comunidad que no son viables.

Es preciso dar a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar. La Iglesia no puede ni sustituir al Cesar ni confundirse con él. Cesar e Iglesia se oponen de la misma manera que se oponen en el ser humano el sentimiento, la razón y los órganos.

Es cómodo dar al cristianismo, al catolicismo también, lo que les falta: el complemento del conocimiento fisiológico: así se llegará a impedir la decadencia fisiológica o intelectual que, inevitablemente, lleva consigo la decadencia moral.
Es preciso que la inspiración cristiana se incorpore a las formas sociales creadas, no según los principios filosóficos, sino según la estructura de la vida.

261
El Porvenir
1) El individuo, la sociedad y el porvenir.
Nuestro porvenir y el de la raza están ligados al del grupo social. Sea familia, pueblo, ciudad, provincia o nación, el grupo social es más que la suma de los individuos de que se compone. Porque incluye no solamente a los vivos, sino también a los muertos. Los muertos que nos rodean todavía con su pensamiento, su previsión, su amor. Con frecuencia también con sus errores. Sin los muertos cuyas casas habitamos, cuyos campos cultivamos, cuyos conocimientos empleamos, lo mismo que sus doctrinas y sus técnicas, seríamos unos pobres bárbaros. Son ellos quienes crearon las instituciones, quienes hicieron los descubrimientos científicos, quienes inventaron las ideologías con que se halla formado nuestro medio social. Nuestra felicidad o nuestra desgracia vienen menos de nosotros que de nuestros antepasados. A nuestra vez, somos en gran parte responsables de la felicidad o de la desdicha de nuestros descendientes. La sociedad actual es un espejo que refleja la corrupción, la debilidad y la estupidez a la vez de nuestros predecesores y de nosotros mismos. La sociedad de mañana valdrá lo que valemos nosotros y lo que valen nuestros hijos.

Todo esfuerzo repercute a lo largo de las edades. ¿No vivimos todavía bajo la influencia de los Enciclopedistas, de Juan Jacobo Rousseau, de los héroes de la Revolución Francesa, de Carlos Marx?

La sociedad lleva largo tiempo en sus instituciones la huella de la inteligencia, de la belleza moral de quienes en ciertas épocas la modificaron. Continúa también deformada por su carencia de juicio y por la vanidad de sus doctrinas.
262
Cada edad es la beneficiaria, así como también la victima, de la edad precedente.

Encontramos en la estructura misma de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu la orden de propagar nuestra raza en su integridad orgánica y mental. Porque la ascensión de la vida hacia el espíritu debe continuarse en la raza de los hombres. Cada uno tiene, pues, la obligación, en la medida de sus fuerzas, de contribuir al progreso del grupo social que suministrará a sus descendientes el medio en que habrán de desarrollarse. No está permitido a nadie aislarse completamente en si mismo, en su familia, en su especialidad. Porque quien no toma una parte activa en la vida colectiva, sobre todo en las épocas de gran crisis, falta a su deber para con sus hijos.

Para preparar la sociedad de mañana es preciso ante todo captar la realidad de hoy. Esta aprehensión de la realidad exige el esfuerzo sincero, persistente, obstinado, para comprender los acontecimientos que ocurren en nuestro derredor, no solamente en nuestro pueblo o en nuestra ciudad, sino también en la nación y en el mundo.

No hay esfuerzo más difícil. Porque en Europa y en America estamos igualmente sumergidos en las mentiras de la radio, de los periódicos y de los libros. Las técnicas sutiles de la propaganda han suprimido de hecho la libertad de pensar. Pero no hemos comprobado plenamente la humillación y el peligro de esta nueva forma de esclavitud. No sabemos todavía rebelarnos contra ella.

Además, durante los periodos catastróficos de la historia, una extraña noche se extiende siempre sobre las masas lo mismo que sobre los jefes. Los franceses, por ejemplo, no han comprendido todavía la significación de la derrota. Esperan apasionadamente la generación espontánea de la victoria, una alimentación abundante y el retorno de los viejos políticos. Se obstinan en vivir con los fantasmas del pasado en un mundo tan irreal como una decoración de teatro.

263
Los antiguos conocían bien esta ceguera particular del espíritu cuando decían que Júpiter vuelve locos a aquellos que quiere perder. Hace mucho tiempo se oía sonar la campana tras las tinieblas del horizonte. Pero nadie quería escucharla. No hemos sabido evitar los cataclismos que eran inminentes. En el momento actual tenemos que atravesar el caos antes de alcanzar el orden.[1]

1 "L'homme, cet inconnu", pags. 336-337

Pero aunque nos encontremos en la víspera del caos, tenemos que preparar lo por venir. Pero para preparar un futuro mejor que el pasado, es preciso comprender bien el origen de nuestras desdichas.

2) La crisis de la civilización y sus causas.

El hombre ha cogido por segunda vez el fruto prohibido, en el árbol de la ciencia. Ha logrado construir un nuevo paraíso terrenal. Desgraciadamente, sus planos eran defectuosos, porque las ciencias de la materia inanimada habían progresado con mucha mayor rapidez que las ciencias de la vida. Conocía el hombre las leyes de la mecánica, de la física y de la química. Pero no se conocía a si mismo. Ignoraba las necesidades reales de su cuerpo y de su espíritu. Creó, pues, un paraíso que no le conviene. Un duro mundo geométrico del cual fueron desterradas la armonía y la belleza de los animales salvajes, de las plantas, de los árboles y de las aguas. Se condenó a vivir entre el pueblo sin alma de las maquinas, al azar de los progresos de la tecnología, sin ninguna preocupación por los modos de ser esenciales de su naturaleza. Así, sin sospecharlo, vació de leyes la vida. Entonces los mecanismos automáticos que trituran a los individuos y a los pueblos cuando se niegan a conformarse con el orden de las cosas, se han puesto una vez más en movimiento, y ha ocurrido a nuestra civilización lo mismo que había ocurrido a todas las que la precedieron.

Como durante la guerra del Peloponeso, en el comienzo del declinar de la Grecia antigua, las democracias de Europa y de America padecen la falta de natalidad, una disminución de la riqueza pública y privada y un enorme aumento de los gastos necesarios para la guerra. Pero lo mismo que en Grecia, las causas de nuestra decadencia son más bien morales que políticas y económicas. Durante los años que precedieron a la guerra, la desunión de los ciudadanos, su falta de patriotismo y la falta de honradez de sus jefes no eran menores en Francia que en la Grecia de la época de Demóstenes.

Lo que importa comprender es que el fenómeno capital de nuestro tiempo no es la guerra universal. Ciertamente, la guerra que azota a Alemania, a Italia y a Inglaterra es un formidable acontecimiento en la historia de Europa. No es, sin embargo, más que un accidente. Un episodio agudo de una enfermedad crónica, y, hasta el momento actual, incurable, que, en cierto momento de su historia, se ha abatido sobre todas las antiguas civilizaciones.

El peligro es, pues, extremo. Sin embargo, tenemos algunas razones para esperar que la historia no se repita ya para nosotros. Porque poseemos medios de conocer y de obrar que ignoraban los antiguos. Por primera vez en la historia del mundo una civilización llegada al comienzo de su declinación, puede discernir las causas de su mal. quizá sepa servirse de este conocimiento y evitar, gracias a la maravillosa fuerza de la ciencia, el destino común de todos los grandes pueblos del pasado. Será preciso desde ahora avanzar por el camino nuevo.1

1 "L'homme cet inconnu".

3) La preparación del porvenir.

¿Cómo avanzar por el nuevo camino? ¿Cómo servirnos de la ciencia para librarnos de los cataclismos que acompañan al derrumbamiento de las grandes civilizaciones? ¿Cómo salvarnos y salvar nuestra civilización? No hemos de esperar ayuda más que de nosotros mismos. Pero nosotros somos incapaces, en el estado de división y de desorden en que nos encontramos, de transformar inmediatamente nuestras instituciones, porque la sociedad moderna es una pesada construcción cargada con todos los errores del tiempo pasado.

No tenemos en este momento ni inteligencia ni fuerza para edificar completamente un mundo nuevo. Antes de renovar nuestras instituciones es preciso que nos renovemos nosotros mismos. Y este esfuerzo de renovación puede comenzarlo cada uno inmediatamente. Sin duda ninguna, parece absurdo el creer que nosotros, tan insignificantes, somos capaces de efectuar la regeneración de nuestra nación con un minúsculo esfuerzo individual. Porque cada uno no puede contribuir a esta empresa mas que de una manera ínfima. Pero un esfuerzo muy débil, cuando se multiplica millones de veces, se torna irresistible. Nadie debe considerar como inútil su contribución a la obra común, por insignificante que le parezca.

Nada más penoso que despojarse del propio egoísmo, de la intemperancia, de la grosería, de la pereza, del desequilibrio nervioso, del orgullo, de todos los vicios que paralizan el desenvolvimiento de nuestra personalidad y nos hacen odiosos a los demás.

De esos vicios que nos debilitan, que esterilizan nuestros esfuerzos y hacen de nosotros elementos profundamente defectuosos del edificio social.

Esta tentativa de reconstrucción de nosotros mismos, tan ardua, tan difícil, es preciso repetirla infatigablemente hasta que triunfemos, con ayuda de la fisiología y de la psicología. La humanidad, por primera vez desde el comienzo de su historia, ha llegado a ser dueña de su destino; pero, ¿será capaz de utilizar en su provecho la fuerza ilimitada de la ciencia?

Para crecer de nuevo está obligada a rehacerse. Y no puede rehacerse sin dolor. Porque es a la vez el mármol y el escultor. Debe hacer añicos su propia substancia, a martillazos, con el fin de volver a tomar su verdadero semblante. Para rehacernos, para tomar nuestro verdadero semblante, no hay más medio que el obedecer estrictamente las leyes de la vida, el obedecer a todos los preceptos de la vida racional. Entonces solamente recuperaremos nuestra faz y la claridad de nuestras visiones. Podremos comenzar la transformación de nuestros métodos de educación, de nuestros hábitos de vida, de la organización del trabajo, de la construcción de las casas, de la legislación, del gobierno. así se desarrollará poco a poco un medio social adaptado exactamente a las verdaderas necesidades del hombre. Un medio en que la generación que nos suceda pueda desarrollar todas las potencialidades ocultas en el plasma germinativo. Así es como se edificará poco a poco la Ciudad Nueva.
La vida no se desenvuelve de modo óptimo sino en condiciones apropiadas. Condiciones que la sociedad ha ordenado poco a poco en el curso de los milenios. El hombre aislado, independiente, nunca ha existido más que en el espíritu de Juan Jacobo Rousseau. Dependemos completamente de los demás hombres. De los que viven con nosotros, y sobre todo de los que nos precedieron. Porque la sociedad se compone de los muertos lo mismo que de los vivientes. Robinson Crusoe no hubiera sobrevivido sin la ayuda de las herramientas y de las armas por él encontradas. En su soledad, era, sin embargo, el beneficiario de los esfuerzos de los demás hombres.

4) ¿Cómo obrar?

Nuestros contemporáneos no se conocen entre si. No se dan cuenta de que bajo apariencias que son las mismas de antes de la guerra, todo ha cambiado, que nuestro mundo está muerto, que otro mundo está en vías de formación. Este mundo será como nosotros lo hagamos. Tenemos para escoger entre el caos, la ruina, la esclavitud, por una parte, y por la otra, el duro trabajo de la reconstrucción de nosotros mismos. Entre la satisfacción de nuestros apetitos y de nuestro capricho y la estricta obediencia a la reglas de la conducción racional de la vida; finalmente, entre el bien y el mal.

De los hombres del día, muchos están espiritualmente muertos. Es preciso hacer la reunión de los vivientes, y la fuerza de cada uno aumentará con la fuerza de todos los demás. Entonces los vivientes se separarán de los muertos. Pero no conservarán la vida sino con la condición de conocer sus leyes. Para ganar es preciso conocer las reglas del juego. No es haciendo trampas como se gana de modo definitivo. No ganarán sino quienes se hallen dispuestos a no ganar para si mismos. El porvenir pertenece a los que arriesgan todo por un ideal. La sabiduría no consiste en vivir para no hacer nada, para divertirse estúpidamente, para ganar dinero, para tener un retiro. La sabiduría consiste

en vivir heroicamente. A los ojos de la juventud democrática, el heroísmo es una locura. Sin embargo, esta locura es la única que rinde.

El porvenir será lo que seamos nosotros. Es muy cierto que el principio del menor esfuerzo, la moral del placer y el liberalismo están en contradicción con las reglas de conducta, inscritas en la estructura misma de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Deben ser rechazados de modo radical. A cambio de la satisfacción de nuestra pereza y de nuestros apetitos, ¿que puede aportarnos la vida tal como pide ser vivida? Nos aportaría primeramente el esfuerzo, el sacrificio, el sufrimiento, como toda disciplina que tienen como objeto el entrenamiento de la inteligencia, de los órganos o de los músculos. Y después, una cosa de inestimable valor, una cosa de que estarán privados cuantos buscan solamente el placer de beber, de danzar, de satisfacer sus deseos sexuales, de ir al cine, de ganar dinero, de pasearse en automóvil, de viajar en avión.
268

Esta alegría particular, indefinible, que es preciso que sintamos nosotros mismos para comprenderla. Signo con que marca la vida el momento de su triunfo. Es decir, el momento en que nuestras actividades fisiológicas y mentales alcanzan la finalidad prescrita por el orden de las cosas. Alegría del atleta que alcanza la meta, del artista ante su obra, de la mujer que escucha el vagido del recién nacido, del sabio en la aurora de un descubrimiento, del patriarca en medio de su progenitura, del héroe conduciendo su pueblo a la victoria, del santo que se duerme en la paz del Señor.

Ante quienes realizan perfectamente su oficio de hombres, el camino de la verdad se abre siempre. En este camino real, los pobres lo mismo que los ricos, los enfermos y los débiles lo mismo que los fuertes, los incrédulos lo mismo que los creyentes, están indistintamente convidados a avanzar. Si aceptan esta invitación, estarán seguros de cumplir su destino, de participar en la obra sublime de la evolución, de apresurar la llegada del reino de Dios al mundo terrenal. Y de tener, por añadidura, toda la felicidad compatible con la condición humana.
fin.